



POR TI, POR MÍ,
POR ELLOS...

Freya Asgard

Por ti, por mí, por ellos...

Freya Asgard

POR TI, POR MÍ, POR ELLOS... ©2016

NOVELA INÉDITA DE FREYA ASGARD©2013

Primera edición digital, noviembre de 2016

Segunda edición digital, junio de 2017

Primera edición para papel, junio 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

CÓDIGO 1611289931870

Fecha de registro: 28-nov-2016

ISBN-13: 978-1548380595

ISBN-10: 1548380598

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de la autora.

Índice

[Escapando](#)

[Recuerdos](#)

[Suplicio](#)

[Confusión](#)

[Noche de terror](#)

[Revelaciones](#)

[Peligro](#)

[Corrupción](#)

[Sorpresas](#)

[Riesgos](#)

[Desaparecidas](#)

[Búsqueda](#)

[Confesiones](#)

[Todo por él](#)

[Vuelco](#)

[Noticias](#)

[Cansados](#)

[Desconfianza](#)

[Reencuentro](#)

[Desgracia](#)

[Cenizas](#)

[Mentiras verdaderas](#)

[Asuntos pendientes](#)

[Pesadillas](#)

[Atrapados](#)

[Noticiarios](#)

[Visitas](#)

[Reunión familiar](#)

[Una nueva historia](#)

[Por ti, por mí, por ellos...](#)

[Agradecimientos](#)

[De la autora](#)

*El amor y la familia son los bienes más preciados. Si se
lucha por ellos, tendrás la batalla
ganada. (Freya Asgard)*

Capítulo 1

Escapando

No puedo detenerme. Debo seguir huyendo. De eso depende mi vida. Fui traicionado por mi compañero y ahora debo escapar.

—¡Mierda! —resoplo desesperado, y con espanto veo que el camino se termina; sin darme cuenta, me había metido a un pasaje sin salida.

Miro hacia todas partes en busca de un lugar seguro. No me queda tiempo. Apenas tengo unos pocos minutos de ventaja sobre mis perseguidores. No lo pienso dos veces y me encaramo a la pared que tengo enfrente. Si no hay un buen escondite en el patio, tomaré rehenes. No me queda opción.

—Mierda, mierda, mierda —protesto en voz baja.

Todo el mundo tiene cachureos en sus patios, muebles, cajas, escombros... juguetes. Menos en esta casa en la que se me ocurrió meterme. Nada. Ni un solo papel. Nada. ¡Vieja conche...!

No, no dije la palabra. Mi padre me enseñó a respetar a las mujeres y por él es que siempre cumpliría la promesa que me hizo hacer de nunca faltarles el respeto.

Los seis metros de largo y los cuatro de ancho no me dan mucha seguridad, la puerta trasera de la casa está abierta y aprovecho de entrar. Si no puedo esconderme, intentaré escapar por el frente. O la dueña de casa tendrá que ser secuestrada.

Así de simple.

No permitiré que me cacen ahora que estoy tan cerca de la verdad.

La música en un pequeño reproductor es lo único que da señales de vida. Desde el umbral puedo ver la casa completa. Al menos el primer piso. Todo está en un solo lugar. Es una vivienda básica del Estado donde living, comedor, cocina y baño se amontonan en dieciséis metros cuadrados.

La puerta del baño se abre y yo me parapeto tras la pared que divide el baño de la cocina. La mujer no me ve, sube al segundo piso, corriendo, envuelta en una toalla. Tengo un poco de tiempo para salir de esa casa sin que me vea. Ella al menos.

Me dirijo a la puerta de calle pero, antes de abrirla, las luces de la torreta del auto de Rolando Meneses me detienen. Está afuera. Esperando por mí. ¡Malditos traicioneros y vendidos!

Me devuelvo y entro al baño, que sigue con la puerta abierta, al sentir los pasos de la mujer que se acercan a la escalera. No tengo opción. Tendré que tomarla como rehén.

Al exacto momento en el que ella pasa por la puerta del baño, salgo, la tomo por asalto y la

arrinconado contra la pared. Le cubro la boca con una mano, le sujeto el cuerpo de la cintura y le aprisiono ambas muñecas con la otra. Alzo mis ojos a su cara y, por poco, la dejo escapar. Su rostro y sus ojos horrorizados son iguales a otros que conocí hace unos tres años, solo que estos son marrones y los otros eran de un extraño violeta.

—No grite, no le quiero hacer daño —aseguro con la voz más suave que puedo imprimir. Es verdad, no quiero lastimarla, solo quiero un lugar seguro donde esconderme hasta que pueda salir y escapar.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Con quién vives? —interrogo y suelto un poco mi mano para que me conteste.

Ella no contesta, dos gruesas lágrimas corren por sus mejillas y mojan mi mano. Su terror es evidente.

—No te preocupes, no te voy a lastimar, tampoco quiero hacerle daño a tu familia, solo quiero estar seguro que nadie dará mi ubicación.

Mi corazón late desbocado ante esa mujer que me recuerda demasiado un pasado que esperaba volviera un poco después. No ahora.

—¿Con quién vives? —repito.

—Sola —contesta en un hilo de voz.

—¿Seguro? ¿No hay un marido? ¿Hijos?

—No.

—Espero que no me mientas.

—Vivo sola y usted debería saberlo bien —espeta casi molesta.

Ya no llora.

Su frente tiene dos arrugas de enojo, sus cejas están casi juntas; sus ojos, entrecerrados, emiten miedo y odio; sus mejillas, pálidas, me demuestran lo atemorizada que está; sus labios los siento en mi palma, húmedos, cerrados, y su mentón tiene un leve temblor que me provoca culpa.

Terminada esta inspección a su rostro, ella baja la vista. La dejo libre. Algo me dice que no escapará de mí.

—Usted me quitó a mis hijos —me refriega en la cara, intenta no demostrar su miedo, lo que no logra.

Yo le doy la espalda y cierro los ojos. Sí, no me había equivocado, esta mujer es Paola Donoso.

—¿Yo te los quité? —pregunto con recelo a la respuesta, no quiero admitir que sé muy bien quién es ella.

Abro los ojos y ella está justo frente a mí, eleva su mentón para enfrentarme. Si se colocara de puntillas, quizás su rostro quedaría cerca del mío, sin embargo, su cabeza quedaba justo debajo de mi cara.

—Sí, mi ex esposo, un tipo con mucho dinero y poder, me acusó de abuso y usted, como detective,

lo corroboró y se llevó a mis niños con él, dejándome como a un perro atada a una silla —declara con lujo de detalle

—Estás distinta —admito sin querer recordar ese instante.

—Usted también, no lo reconocí enseguida.

Aparta su mirada de mí y se voltea. Viste tan solo una polera larga y pantuflas y puedo apostar que no lleva ropa interior.

—Las cosas han cambiado, vengo huyendo de la policía —explico para olvidar el curso de mis pensamientos.

—¿Y eso? —pregunta interesada y gira su cabeza para mirarme.

—Fui traicionado —respondo encogiéndome de hombros como si gran cosa—. Te queda bien el pelo corto, ¿qué le pasó a tus ojos? —pregunto y me siento a la mesa, no soy capaz de mantenerme en pie. Estoy cansado, agotado de seguir huyendo y, encima, por haber venido a dar, precisamente, a este lugar.

—¿Por qué se vino a meter aquí? —Ella se sienta ante mí y clava su mirada de odio en mí—. ¿Usted cree que me interesa salvarlo de alguien? Usted se vendió y me arrebató a mis niños, ¿cree que tengo algo que perder? ¿Sabe cuántas veces he deseado morir y no he sido capaz de hacerlo? Si usted lo hiciera por mí, juro que se lo agradecería.

Su voz natural e intensa me hace sentir una punzada de lástima por ella. Le había hecho daño, mucho, y estoy seguro que nunca ella creerá que ese fue el punto de partida para lo que hoy estoy viviendo. Quise arreglar ese entuerto y por ello fui traicionado por lo que ahora estoy huyendo como un delincuente cualquiera cuando hasta hace unos días era el comisario de mi división: Crimen organizado. Una verdadera ironía.

El timbre nos sobresalta, sobre todo a mí. Ella aguanta el aire, yo la miro con desconfianza, ¿esperaba a alguien y no me había dicho?

—Debe ser alguna vecina —me indica con voz temblorosa.

—No le digas a nadie que estoy aquí —advierto, estoy seguro que podría ponerme en evidencia en el momento en que lo quisiera, no le había mostrado un arma ni tampoco la había amenazado, no en un sentido formal.

Paola alza el mentón, al parecer es un gesto característico de ella, y sale a abrir; yo me escondo tras la puerta, al menos así puedo amedrentar un poco a la dueña de casa.

—Doña Berta, ¿cómo está? ¿Pasó algo? —saluda con voz demasiado alta antes de salir hasta la reja.

—Ando de pasadita, vecina —responde una mujer de voz madura, una voz que me recuerda a mi antigua entrenadora—, le venía a decir que anda un delincuente por acá, lo mostraron en las noticias y como sé que usted no ve televisión —censura la vecina—, le vine a avisar, además usted siempre pasa con la puerta del patio abierta... Digo, para que cierre todo, dicen que es muy peligroso y la policía está por llegar, revisarán todas las casas, para que esté atenta y no la pille de sorpresa.

—Gracias, doña Berta, voy a cerrar todo enseguida —responde con un leve temblor en su voz.

—La gente anda muy mala en estos días, hay tanto delincuente suelto, aunque los peores son los de

cuello y corbata, ¿no? Con esos sí hay que tener cuidado.

El silencio se torna incómodo. Quiero salir, quizás Paola me delató y ahora vienen por mí.

—Nos vemos, doña Berta, gracias.

—Cuídese y recuerde que van a pasar por todas las casas.

Molesto silencio otra vez.

La puerta se abre despacio. Yo cierro los ojos. Espero. El sonido del cerrojo me obliga a volver a la realidad. Paola me está observando, en su rostro hay confusión. Yo hago un gesto, no quiero demostrar lo vulnerable que soy en esta situación. Aunque la haya acorralado y la haya amenazado, sería incapaz de lastimarla.

—Creo que llegó algo tarde la recomendación —comenta de mal modo.

—Gracias —respondo lacónico.

—No lo hice por usted, lo hice por ella, tiene familia y aunque es la vecina "*copuchenta*" del barrio, la que riega todas las noticias, es muy querida pues siempre lo hace por la preocupación por los demás. Como ahora. No podía permitir que la secuestrara igual que a mí.

No digo nada. No sé qué decir.

Ella avanza hasta la cocina, yo me quedo allí, inmóvil. Me siento fuera de lugar, quiero irme, esa es la verdad, estar aquí con ella no me sienta nada bien.

Un ruido llama mi atención: el hervidor eléctrico. Me acerco y me siento en la mesa, observándola. Ella se mueve presta buscando todos los utensilios y materiales para cocinar.

—Si estuviera secuestrada, como dice, no podría estar haciendo eso —expongo con calma.

—A usted mismo le va a dar hambre en un rato más —responde de mal modo.

—Pareces más enojada que asustada.

—No estoy asustada, usted no me intimida.

—Estás enojada entonces.

—¿Y qué quiere? Tengo que proteger y alimentar al hombre que me robó a mis hijos, ¿le parece poco?

—Todo apuntaba en tu contra.

—*Nada* apuntaba en mi contra —rebate ella con firmeza.

—Lo siento.

—No, no lo siento.

—Sí, lo siento. Bernardo Echeverría estaba por sobre mis superiores y muchas veces manipularon las pruebas para liberarlo a él de polvo y paja o darle el favor en algunos casos —explico para justificarme.

—Como en el mío.

—Como en el tuyo. Todas las pruebas que yo tenía apuntaban en tu contra. No tenía más que hacer que sacar a los niños de tu lado para protegerlos.

—Yo le supliqué, ¿lo recuerda?

Claro que lo recuerdo. Como si hubiera sido ayer y no hacía tres años. Me cuesta mirarla a los ojos: la culpa y la vergüenza me corroen por dentro. Por más que quiera quitarme la imagen de ella en el suelo rogando, llorando por sus hijos, no puedo. Mucho menos apartar las emociones que me martirizan hasta este mismo día por haberla visto sangrante, a punto de morir. Esa mujer no es una farsante como me hicieron creer. Bernardo Echeverría se la quería sacar de encima y lo logró, pero ¿a qué costo? Ese fue el punto de quiebre entre la Institución que tanto amo y yo. Ver que la corrupción pudre todos los rincones y que nadie es capaz de hacerle frente, personas inocentes que pagan por todos esos delincuentes que andan muy tranquilos por la calle sin preocuparse por nada, es más de lo que puedo soportar.

—Nunca he vuelto a verlos —indica Paola con una profunda tristeza, apartándome de mis cavilaciones.

Se sienta frente a mí en la mesa, entrelaza sus dedos y los aprieta, como si estuviera controlándose.

—Lo siento. Perdón. —Debo reconocer que mis disculpas parecen una gran mentira, a pesar de que no lo son.

—¿Y qué saco con sus disculpas? Eso no me va a devolver a mis hijos.

—Paola...

—Hasta se acuerda de mi nombre —ironiza ella.

—Nunca lo he olvidado.

—Pero sí se olvidó de mí.

—No, no —respondo con celeridad—. Estás distinta. No es solo tu cabello o tus ojos... Tus facciones son más... duras. Te ves mayor de lo que eres.

—La amargura. Cuando usted me conoció yo era una chica ingenua que todavía creía en el amor, en la vida y en la bondad de las personas.

Esbozo una sonrisa con la frustración saliendo por mis poros. Es cierto lo que ella dice, cuando la conocí, era una niña de veintiún años, de cabello rubio como el trigo, ojos de un color violeta muy extraño y con un cuerpo modelado a mano. Debo admitir que al conocerla en persona me llamó profundamente la atención, sin embargo, no fue solo por su físico y su sorprendente belleza, sino que su rostro, mirada y actitudes, daban la impresión de que no había crecido todavía, que seguía siendo una niña que jugaba con muñecas en manos de un depravado que la mantenía como una esclava, tan inocente que no se daba cuenta siquiera de lo que ocurría a su alrededor.

Sus hijos, unos mellizos de unos tres años en ese entonces, eran muy parecidos a ella y se notaban muy bien cuidados. Lloraron al desprenderlos de su madre. La amaban. Y el contraste fue mayor al entregárselos a su padre. No querían que Bernardo los tocara. Mucho menos que los abrazara o irse con él. ¡Qué ciego estuve! En ese momento abrí los ojos a la verdad. Algo no encajaba con lo que decían los papeles. En realidad, *nada* encajaba con lo que decían los documentos falsificados que me habían entregado para quitarle los hijos a Paola.

—Paola... —No sé cómo disculparme y explicar.

—No diga nada, por favor, no lo empeore.

—Te devolveré a sus hijos —afirmo con convicción.

Ella fija su mirada en mí de tal forma que me hace estremecer. Sus ojos brillan con la luz de la esperanza.

—¿Qué? —me pregunta como para convencerse que es verdad lo que escuchó.

—Te devolveré a tus hijos, te lo juro —repito con voz clara para que lo oiga bien.

—No jure en vano, por favor —suplica con los ojos llenos de esperanza, miedo y dolor.

Por un leve instante quise acogerla en mis brazos y calmar su tristeza. Obviamente, me resistí al impulso.

—No estoy jurando en vano, Paola. Cometí un error, más de un error, hice daño a demasiada gente y cuando me di cuenta, fui traicionado. Y aquí estoy.

Ella se levantó de la mesa, se encaminó hasta la radio y bajó el volumen de la música que ahora sonaba con un chillón reggaetón. En el mismo instante tocan a la puerta.

Apenas tengo tiempo a reaccionar y me escabullo detrás de un mueble despensero. ¡Maldita sea con estas casas que no tienen ni lugar para esconderse!

La mujer abre, sé que es Rolando, ¿se reconocerán?

—Policía, señora —informa mi ex compañero en la puerta y seguro le enseña su placa, de la que se siente muy orgulloso, por el poder que representa, no por otra cosa—. Estamos haciendo una revisión en todas las residencias, hay un delincuente suelto, es muy peligroso.

—Sí, me dijo una vecina, yo ya cerré todo, no tiene modo de entrar aquí, tal vez en el patio, aunque no tengo nada donde pueda esconderse, el patio está vacío.

—¿Podemos entrar? —consulta por cortesía.

—¿Tienen orden de allanamiento?

—No, pero podemos conseguirla —responde de mal modo y me dan ganas de salir.

—Pasen, pero no toquen nada, no tengo nada que ocultar y no permitiré que me destrocen la casa por una ineptitud de parte de ustedes —sentencia ella y me admiro, no queda nada de la niña inocente y frágil de hace tres años, ahora es una mujer fuerte y valiente.

Pasan de largo hacia el patio, no se detienen en la pequeña estancia.

—Primera casa que veo sin cachivaches en el patio.

—No tengo cachureos porque no tengo a mis hijos conmigo —espeta.

Un corto silencio se vuelve insostenible para mí, no sé qué sucede afuera.

—Dentro de la casa no está, ¿verdad?

—¿Usted cree que si estuviera dentro yo estaría tan tranquila? Tal vez el tipo que andan buscando está en la China y ustedes todavía lo buscan aquí.

—¿Qué hay en el segundo piso? —consulta mi ex amigo.

—Dos dormitorios, pueden subir si lo desean, pero ya les dije, sin tocar nada.

Escucho los bototos golpear contra la escalera cinco veces, lo que me indica que subió los peldaños de dos en dos. Está nervioso. Ansioso. El haberme perdido lo tiene trastornado. Y, si mis cálculos no me fallan, esta es la última casa que le queda por registrar.

—¿Con quién vive? —Lo oigo a la subida de la escalera. Tengo la impresión que ella no terminó de subir al segundo piso y se quedó a medio camino.

—Sola.

—Tiene dos dormitorios armados.

—Es con la esperanza que algún día me devuelvan a mis hijos, los que me robaron injustamente —apostilla con reproche.

Sonrío. Ella lo reconoció.

Silencio. Si mi intuición es correcta, él intenta reconocerla. Paola está cambiada, diferente, perc algo, no sé qué, sigue gritando en su rostro que ella es la niña a la que hicimos tanto daño.

—Vamos, aquí no encontraremos a nadie. Dudo mucho que ella lo esconda —le habla al oficial que lo acompaña.

—Yo se los dije —replica en tanto los pequeños pasos de ella se escuchan en la escalera.

Abre la puerta que se encuentra situada justo al terminar el último escalón.

—Buenas tardes, señora.

Paola no contesta. Yo espero en mi escondite hasta que oigo la puerta cerrarse.

—Gracias —digo con sinceridad.

—No me las dé, no lo hice por usted.

—Pudiste haberme delatado.

—¿A ese desgraciado? No. Jamás le haría fácil algo a ese...

No digo nada. No hay nada qué decir. Si yo fui un infeliz, Rolando no lo hizo mejor. Al contrario. Para que Paola no estorbara en retirar a los niños de la casa y molesto por el llanto incesante de la madre y sus ruegos en el suelo, la esposó a una silla. Dos horas más tarde, cuando todo había concluido, volví al lugar de los hechos; ella seguía allí, con sus muñecas sangrantes por la fuerza que hacía por intentar escapar. Tuve que llevarla a un centro de atención de urgencias para que la atendieran, pues la sangre que había perdido había sido demasiada y estaba en peligro de muerte. En realidad, ella quería morir.

—De verdad lo siento mucho, Paola —volví a decir. Me frustraba no tener más palabras para expresar mi arrepentimiento.

Paola no me contesta, solo sostiene mi mirada con el dolor agolpado en sus ojos. ¡Cuántas ganas tengo que tomarla en mis brazos y protegerla, como lo hice hace tres años! Pero no puedo. Sé que no puedo y me duele, su dolor me duele.

No sé qué decir. Juro que no sé. Mi presencia la tortura, eso lo tengo claro. La llegada de Rolando fue peor. El problema es que no puedo irme y dejarla sola, tranquila. Necesito quedarme un poco más aquí.

Doy un paso hacia ella, quiero abrazarla y decirle que todo estará bien. Su rostro cambia, ahora hay terror en su mirada, corre escaleras arriba escapando de mí y de aquellas sensaciones que torturan tanto su corazón como su mente.

Por un instante pienso correr tras ella, pero no es lo mejor. La dejaré tranquila, necesita escapar de mí y de todo lo que está sucediendo. Han sido demasiadas emociones juntas. Es mi culpa que ella esté en ese estado.

Miro a mi alrededor, ¿qué puedo hacer para recompensarla aunque sea en lo mínimo? Ya se me ocurrió algo.

Capítulo 2

Recuerdos

Escucho esa conocida voz que siempre habla en mis sueños. Cada noche, desde hace poco más de tres años, la escucho. Es la voz de Camilo. Lo sé, porque mi pesadilla se repite desde el momento en que me arrebatan a mis hijos y luego quedo sola en la casa, esposada a una silla. Poco después me doy cuenta que puedo romper mis muñecas. Quiero morir y me corto las venas. En el momento en el que sopor me deja casi inconsciente, escucho esa voz.

—Paola... Paola —me llama, pero no soy capaz de contestar.

Siento el peso en la cama y una suave mano aparta mi cabello de mi cara. Camilo está a mi lado. Eso nunca me había pasado antes. Él siempre se iba antes de abrir los ojos. Los sollozos de mi llanto anterior continúan. Me siento tan cansada.

No aparto mi mirada de Camilo, intento comprender. De pronto lo recuerdo todo. Si a diario sufrí por mis hijos, verlo a él aquí y haber visto a Rolando Meneses, abrió una herida que no estaba cerrada y volvió a sangrar. Es como si le echaran sal a las llagas de mi corazón.

—Te devolveré a tus hijos. Te lo prometo —susurra.

—No puedo más —gimo y vuelvo a llorar. No quiero ser débil, pero estoy demasiado mal.

—Lo sé y no sabes cuánto, cuánto lo siento. Perdóname, por favor —suplica y me toma en sus brazos, abrazándome.

No me opongo. Necesito la contención de un abrazo.

El silencio no es tenso. Es duro, sí, pero no hay tensión entre los dos.

Mis recuerdos se mezclan con la realidad. Esta no es la primera vez que estoy así, cobijada en los brazos de ese hombre. Pero, al igual que ahora, parecía surrealista.

Me aparto un poco y lo observo. Camilo es un hombre mayor que yo por varios años, sus canas apenas visibles en su cabello no quitan dureza a sus ojos ni a su expresión, aun así, me mira con lástima. Y yo no quiero lástima. Debo estar horrible, entre mi cara que debe estar como tomate con el llanto que me hizo dormir, hasta mi desordenado pelo que debe estar todo pegoteado. Y mi polera que debe enseñar más de lo decente.

—Paola...

—No, no diga nada. No.

Me salgo de la cama y bajo hasta el primer piso para entrar al baño y recuperar algo de la poca

dignidad que me queda. Siempre me prometí que si volvía a ver a cualquiera de esos dos tipos o a mi esposo, yo no flaquearía ante ellos. Y hora lo acabo de hacer. Permití que me viera llorando, vulnerable. Pero ya no más. Sus falsas promesas, su cínica culpa, no me la trago. Incluso, ahora pienso que quizás ni siquiera esté huyendo, quizá quiera infiltrarse en mi vida y en mi mundo para ir con el cuento a Bernardo, mi ex esposo. Tal vez, todo no sea más que una trampa y lo que quieran sea sacarme del camino.

El volumen alto de la música me hace saltar. Doy gracias que estoy oculta de Camilo. ¿Él le había subido el volumen? Eso significa que vio mi celular, pues estaba conectado al equipo. ¿Habrá visto la foto de mis pequeños? Espero que sí y que le dé cargo de conciencia el habérmelos arrebatado de ese modo tan brutal.

Salgo del baño mucho rato después, cuando ya mi cara no parece de novia recién dejada en el altar. La mesa está dispuesta, lista para almorzar.

—¿Cocina usted?

Lo sorprende. Él se voltea para mirarme.

—Sí, espero que no te moleste que me haya metido en tu cocina.

—No, da lo mismo, me ahorró trabajo. —En realidad lo agradezco, la cocina no me gusta nada.

—Siéntate —me ofrece con una leve sonrisa—. Ya voy a servir.

Me siento en la pequeña y única mesa que tengo. Tampoco me cabría otra. Camilo se mueve con libertad a pesar que le queda un poco pequeña para su tamaño. Apaga la campana de la cocina, yo casi nunca la enciendo, me queda demasiado alta para hacerlo. Sonríe al notar que el mueble de cocina donde guardo los condimentos le golpea la frente. Yo tengo un banquito para sacar las cosas que necesito. Él me mira y me ve sonriendo.

—Ahora puedo entender a Gulliver —menciona con humor.

Yo me echo a reír. Es verdad, parece un gigante en Lilliput. Yo me siento pequeña. Recuerdo su abrazo, me cubrió por completo, era como que mi cuerpo se amoldaba al suyo como un convexo al cóncavo. Yo, por supuesto, soy el convexo...

Y mis pensamientos me llevan a algo más que a la geometría.

Cierro los ojos y niego con la cabeza, no quiero que mis pensamientos se dirijan donde no quiero. Mucho menos en esa dirección.

Abro los ojos y me encuentro con los platos servidos y al hombre que se sienta frente a mí. Me observa atento, espera que pruebe mis tallarines, lo cual hago sin temor.

—No soy tan mal cocinero, ¿verdad? —consulta él, con nerviosismo.

—No —respondo con soberbia—, diría que es bueno, pero eso sería adularlo y no lo haré.

Camilo dibuja una sonrisa triste en su rostro al tiempo que sacude la cabeza y me siento un poco culpable. Me enojo conmigo por ser tan tonta y, luego de retarme, vuelvo a mi postura y a mi decisión.

—¿Qué? —pregunto molesta.

—Nada —responde sin que deje su sonrisa.

—¿Se está burlando de mí?

El detective se pone serio en un microsegundo y clava sus negras pupilas en las mías.

—Jamás haría eso.

—¿Entonces?

—Tú jamás me vas a perdonar lo que hice.

—No.

El hombre asiente con la cabeza y vuelve a la misma sonrisa de hacía unos segundos.

—Tampoco creo que le importe mucho si lo perdono o no —replico fingiendo un rencor que no siento.

—No merezco perdón de ninguna clase.

—¿Quiere hacerme sentir culpable?

—¡No! —se apresura a responder—. Solo expuse una verdad irrefutable, lo que hice no tiene perdón.

—¿Qué quiere?

—Ya te dije, estoy huyendo, tú misma lo pudiste comprobar. Me buscan, soy un criminal muy peligroso.

—Sí, su ex mejor amigo y cómplice lo vino a buscar, ¿qué pasó? ¿Terminaron? —cuestiono con evidente ironía.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —respondo sardónica, entornando los ojos, quiero hacerle sentir mal, no quiero que se fije en mi dolor.

Se levanta de la mesa, toma su plato y lo pone en el lavaplatos.

—Yo soy bien hombre y me gustan las mujeres —replica con cierto grado de molestia.

—¡Uy! Se sintió, ¿no será un gay no asumido? —sigo molestándolo.

—Si lo fuera no tendría tapujos en decirlo.

—Entonces, ¿qué? ¿Su compañero se enojó porque no quiso nada con él? —continúo mofándome de él, aparentando una calma que no siento, al tiempo que dejo mi plato en la loza sucia.

—No. —Camilo me toma del brazo y me obliga a mirarlo—. Escúchame, Paola, no te aproveches de tu situación ni del odio contra mí, porque no lo voy a permitir.

—¿Qué me va a hacer? ¿Me va a esposar a una silla? ¿O a la cama? O...

Mi garganta se cierra de pronto.

—¡Basta! Tú sabes que no fui yo quien lo hizo.

—Pero lo permitió que es lo mismo —replico al borde del llanto.

—Yo te liberaré.

—Horas más tarde, mejor me hubiera dejado allí para terminar de morir, ¿para qué vivir?

—No digas eso —responde con rostro dolido.

—Es la verdad, quisiera morir, pero soy tan cobarde que soy incapaz de matarme. La esperanza de que algún día mis hijos vuelvan a mí es lo único que me sostiene.

—Te entiendo y no sabes cuánto lo siento.

—No me diga eso que no es verdad, usted los entregó, usted me los quitó... Yo... Yo no hice nada para que me los quitaran. ¡Nada!

¡Maldita yo y mi debilidad! Me largo a llorar con mi alma desgarrada. Cada vez que pienso en eso, vuelvo a sufrir como si el tiempo no hubiese pasado.

Camilo me abraza a su pecho. No sé por qué siento que su cuerpo puede contenerme. ¿Será porque quedo allí, amoldada a su forma?

No quiero sentirme así, no quiero que sea él quien me sostenga en mi dolor. Él provocó esto y ahora pretende que crea en su arrepentimiento.

—¿Por qué? ¿Qué le hice para...? —comienzo a preguntar, pero no sé cómo terminar.

—Yo era ingenuo en ese momento y creía en la justicia y en la palabra de mis compañeros, sin embargo, con el tiempo pude ver que las cosas no eran como yo las veía. En ese momento, yo estaba teniendo problemas con mi mujer, ella manipulaba a nuestro hijo, lo maltrataba; yo lo sabía, pero como cuando uno está metido en el lío no siempre ve las cosas claras, esperaba que ella cambiara... No lo hizo, las cosas iban de mal en peor. Fue poco antes de lo tuyo y tus hijos.

—Por eso te vengaste en mí.

—No. Pero creí que eras como ella. Te juro, Paola, que tu imagen me persiguió durante mucho tiempo y eso hizo que mi situación la dejara un poco de lado. Mi esposa se escapó y no he vuelto a saber de mi hijo. Siempre he pensado que es un castigo divino por lo que te hice.

—Dios no debería castigar con los hijos.

—Yo lo merecía, pero mi hijo no, sé que él no está bien, como supongo que los tuyos tampoco. Tal vez Joaquina y Pablo tengan todo en sentido material, pero dudo mucho que tu ex esposo sea un buen padre, si lo fuera, los niños se hubieran ido con él sin problema.

—¿Lloraron? —consulto preocupada, buscando sus ojos.

—Te querían a ti —responde y deja caer una lágrima al tiempo que apoya su mano en mi mejilla—. No querían irse con él.

—Mis niños... —Saber eso me duele más todavía y escondo mi cara en el duro pecho del hombre que me los quitó.

—Te prometo que haré lo que sea necesario para devolverte a tus hijos.

Me separo de él, sin apartarme del todo, necesito observar sus ojos para leer la verdad en ellos.

—¿Es verdad lo que dice o es solo para que yo me quede tranquila?

—Te lo estoy prometiendo. Quiero que recuperes a tus hijos. Te lo juro. Y yo no juro en vano. Mi honor es lo único que me queda y eso no me lo quita nadie.

Mantengo mi mirada en la suya y lo que veo me revela su sinceridad y su angustia. Él también sufre. Su hijo también fue arrebatado de su vida y quiere devolverme a los míos. Aspiro todo el aire que puedo, esperando no equivocarme en la decisión que acabo de tomar en mi mente.

—Escúchame, Camilo —digo con firmeza—, vamos a recuperar a nuestros hijos, tu hijo tampoco merece estar con una mamá loca, ninguna mujer en su sano juicio puede impedirle a un padre estar con sus hijos, como sea la relación de uno con su ex, no tiene nada qué ver con los hijos. Yo jamás le hubiera negado los niños a Bernardo. Y si ellos fueron capaces de hacerlo, no merecen estar con los niños. Yo no sé qué hacer para recuperarlos, pero estoy segura que entre los dos podemos hacerlo.

Camilo sonrío con tristeza y con sus ojos llenos de ternura. Sus facciones se suavizan notoriamente y eso me hace estremecer.

—Lo haremos. Nuestros hijos volverán a nosotros —sentencia y yo le creo.

—¿Crees que me recuerden? —inquiero con temor.

—Dudo mucho que te hayan olvidado.

Me muerdo el labio que tiembla como una gelatina y bajo la cara. Las lágrimas que corren por mis mejillas ahora son de esperanza, de ilusión. Camilo toma mis manos y las gira, las cicatrices de los cortes siguen ahí, como fiel testigo a lo que pasó.

—De verdad, Paola, no sabes cuánto me arrepiento de lo que hice.

—¿Por qué te persiguen?

—Por tratar de hacer lo correcto. Por darme cuenta que estaba siendo usado para hacer lo que ellos querían, aunque no fuera correcto. Rolando se enteró que estaba reuniendo pruebas para desbaratar la red de corrupción de la Institución y me tendió una trampa. Ahora se supone que soy yo el traidor.

—¿Son corruptos?

—Lamentablemente.

—¿Y qué harás?

—Escapar y reunir pruebas para comprobar mi inocencia y su corrupción.

—No será fácil huir.

—Se irán de aquí, pensarán que me fui lejos y buscarán en otra parte, cuando eso pase, me iré de tu casa para terminar de hacer lo que tengo que hacer.

Sí, Camilo es sincero, no es como el patán de Rolando Meneses. Ese sí fue un hijo de puta. A él lo odio más que a nada en el mundo. Más que a Bernardo, incluso.

Me aparto de él y miro mi reloj. Las cinco y media.

—Tengo que ir a comprar pan —le indico.

—¿Tan temprano?

—Voy a esta hora porque sale un pan amasado exquisito. Si no voy, sabrán que estás aquí.

Me acerco al mueble donde dejo las llaves y el monedero y miro a Camilo. No estoy segura que él confíe en mí. O que confíe al extremo de dejarme salir de la casa.

—¿Volverás? —consulta lleno de temor.

—No te entregaría a ese infeliz ni aunque hubieras llegado con toda la violencia del mundo —aseguro.

—¿Tanto lo odias?

—Más que a mi propio esposo.

—¿Más que a mí?

—Ni comparable.

—Ve con cuidado, ¿sí?

—Sí, solo tengo que cruzar la calle.

—Con cuidado, Rolando te reconoció y no sé qué pueda hacer. Él también te odia y no sé por qué.

—No te preocupes.

Salgo de la casa como todos los días. Dejo con cerrojo, tal como siempre. La policía sigue rondando la villa. Vivo en avenida, pero ahora no pasan micros, tienen la calle cortada y no dejan pasar más vehículos que los de los vecinos residentes. Al menos podré cruzar sin problemas.

Entro al negocio y allí veo a Meneses y al otro tipo con el que entró en la casa. Están comprando. Intento no tomarlo en cuenta. Saco el pan del mueble en el que lo dejan y me pongo a la fila para ser atendida. Al llegar mi turno, pongo la bolsa en la balanza. Meneses no me ha visto y espero que no lo haga. .

—Ya la estaba echando de menos, vecina, yo creí que no vendría por lo del delincuente —me comenta la chica que atiende.

¡Cresta! Rolando se da vuelta a mirar.

—Sí, me puse a dormir y se me pasó la hora —respondo lo más natural que puedo.

—Bueno, ha bajado la venta hoy día, la gente tiene miedo porque se metió a una de las casas del pasaje.

—Por lo menos, en mi casa no había nadie y no tiene cómo entrar, la señora Berta me previno de lo que estaba pasando y dejé todo cerrado, además, yo creo que los ladrones deben haberse ido del país y aquí la policía sigue aterrando a la gente. O bien, le están dando tiempo a escapar, como todos están coludidos y estos delincuentes hacen lo que quieren...

—¡Vecina! —se asombra la dependienta de mis palabras, aunque me da la impresión que se asustó más porque se encuentra el uniformado en el negocio que por no estar de acuerdo conmigo.

Rolando Meneses se gira por completo y queda frente a mí.

—No tengo miedo a decírselo a la cara a nadie —continúo—. Yo no sé qué siguen haciendo aquí, atemorizando a los vecinos, este es un buen lugar, tranquilo. Lo más seguro es que ese peligroso delincuente ni siquiera haya asomado su nariz por aquí.

—Eso es verdad —admite la joven—, aquí los vecinos somos todos unidos y si se hubiera visto algo raro, todos lo sabríamos.

Rolando aprieta la mandíbula y sale del almacén. Yo respiro tranquila. Asiento con la cabeza al

comentario de la dependienta y le pido algunas cosas más para comer.

Al salir, el tipo está afuera, esperándome. Me toma del brazo y me quita la bolsa.

—Pensé que vivía sola.

—Sí, ¿por?

—Lleva cuatro panes. Demasiado para una persona sola.

—Guardaré para mañana, tengo que salir y no quiero salir a comprar tan temprano, ¿por qué? ¿Cree que estoy escondiendo al peligroso delinciente que anda buscando? ¿O tengo que darle explicaciones de lo que como y de lo que no?

Mis piernas tiemblan, mi corazón late a un ritmo poco saludable y mi garganta se seca. Así y todo, no permito que el miedo me domine.

—No —replica el hombre con frustración.

—¿Y su compañero? ¿No eran tan amigos y andaban para todos lados juntos? ¿Terminaron? —me burlo, intentando parecer segura.

—No abuse de mi paciencia.

—Sé que no la tiene.

Le arrebato la bolsa de la mano y lo rodeo para salir de allí, no obstante, él vuelve a detener mi paso agarrándome del brazo.

—¿Por qué lloraba? —interroga, acercándose mucho a mí, con su cara casi pegada a la mía.

—Porque verlo a usted me da náuseas. Mire. —Le muestro las marcas en mi brazo como último recurso para que me deje ir—. Esto fue lo que usted hizo y verlo me hace recordar todo lo que me hicieron usted y su compañero. ¿Qué quiere? Se equivocó conmigo, yo no era nada de lo que ustedes decían, cometieron una injusticia, un error, igual que ahora... Quizás dónde está ese hombre, a lo mejor ya salió del país y usted, como imbécil, todavía lo busca aquí. No aprenderá nunca, debe tener muchos santos en la corte para que lo mantengan en su puesto, de otro modo, sería un vagabundo que no sirve para nada.

Me suelta con brusquedad, como si le hubiera dado una descarga eléctrica, instante que aprovecho para caminar a paso rápido hasta mi casa. Por suerte, la reja cede enseguida y puedo abrir con facilidad a pesar de mis temblorosas manos. Quiero estar en la seguridad de mi hogar. Rolando Meneses había logrado aterrarme. Al cerrar la puerta, miro a Camilo y ruego en silencio no haber dado indicio al policía que tenía al prófugo en mi casa.

Capítulo 3

Suplicio

Debo admitir que una vez que Paola sale de la casa, una angustia me aprieta el pecho. Ella podría denunciarme sin correr ningún riesgo. Estaría protegida afuera y estoy seguro que lo sabe. Mientras ella no está, me dispongo a hacer unas llamadas para preparar mi partida.

—Mañana, después que se vayan, te vamos a buscar. Ya lo tenemos listo —me informó el que fue compañero de mi papá.

—¿Qué hago?

—Esperar. Mañana en la tarde el fiscal dará la orden de revisar el lugar, como no te encontraremos, se dará la orden de salir de la población y por la noche, te ayudaremos a escapar.

—Gracias.

—No podemos hacer menos. Solo tenemos un problema.

—¿Cuál?

—La cabaña no tiene comida.

—Yo lo arreglo, no se preocupen.

—¿Seguro?

—Seguro, no hay problema —respondo con seguridad a pesar que no estoy nada tranquilo.

—Está bien. Mañana nos vemos, quédate tranquilo, te ayudaremos a salir de esta.

Sé que lo dice en serio. Diego, junto a José Manuel y Raúl, fueron amigos y compañeros de papá cuando él era oficial de la policía.

La reja suena de forma violenta, lo que paraliza por un segundo mi corazón. La puerta de la casa se abre de igual modo. Paola cierra la puerta, apoya la espalda en ella y me queda mirando con terror en la mirada. Resopla y mueve sus labios como si elevara una plegaria.

—¿Qué pasa? —consulto preocupado al tiempo que me acerco a ella y la tomo con suavidad de los brazos, no me atrevo a abrazarla.

—Tu compañero estaba en el negocio —responde en un hilo de voz.

—¿Te dijo algo? ¿Te molestó? No debí dejarte ir. —Mi desesperación debe notarse en mi voz—. Rolando puede ser muy cruel cuando quiere.

—No, está bien, si no iba a comprar se hubiera dado cuenta que algo pasaba, debo continuar con

mi rutina. Es que ese hombre me descompone mucho más que tú.

No sé qué hacer. Me siento impotente.

—¿Quieres un vaso de agua? —ofrezco por inercia... o estupidez.

Ella asiente con la cabeza, la abrazo de los hombros y así la llevó hasta la mesa para que se siente y darle un vaso de agua. Me preocupa su palidez.

—¿Mejor?

—Sí, gracias.

—Siento mucho haberte traído problemas.

—Hubiera sido lo mismo, igual ese tipo habría venido a ver si te escondías en mi casa. Él no sabe que estás acá, o eso se supone, y es lo mismo, es como si me odiara. Además, verlo solo a él...

No continúa la frase, Rolando le trae peores recuerdos que yo, eso lo sé.

—Ese hombre me molestaría de igual modo —expresa con molestia—. Y estoy segura que buscaría el modo de fastidiar.

—¿Tu esposo nunca más se contactó contigo? —pregunto interesado.

—Sí, apareció un par de veces. En realidad, fue cuatro veces a mi casa antigua.

—Fue un cambio muy drástico, tu casa era muy distinta a esta, ¿no te costó acostumbrarte aquí?
—En cuanto esas palabras salen de mi boca, me arrepiento, no sé cómo se me ocurre decir una cosa así.

—Fue difícil, pero la otra era de Bernardo y él llegaba a "cobrarse" mi estadía.

No quiero saber el significado de aquellas palabras, aunque me lo puedo imaginar.

—Me violaba, me golpeaba y se iba —explica ella con rencor.

—¿Y cómo saliste de ahí?

—Alguien, no sé quién, me ayudó. Me dejó lentes de contacto; dinero, mucho; las llaves de esta casa; la tarjeta de una estilista que me hizo un cambio de look, una carta con las instrucciones de lo que debía hacer y el día y la hora en la que debía escapar. El día señalado me esperaba un auto que me trajo hasta aquí.

Suspira y vuelve a clavar su mirada en mí. Con un gesto de su mano me enseña el lugar, pequeño, pero propio.

—Aquí estás más tranquila.

—Hasta ahora. Tengo miedo que tu amigo le diga a mi ex dónde estoy. Aunque si tú diste conmigo...

—Yo no di contigo, si llegué aquí, fue casualidad.

—Con mayor razón, Meneses ganará un punto extra por haberme encontrado. ¿Te imaginas el provecho que puede sacarle a esta información?

—Vámonos juntos.

—¿Qué?

—Tengo un refugio donde te puedes quedar sin problema, allí no llegará nadie a buscarte.

—¿Tanto es tu cargo de conciencia que quieres ofrecerme un refugio? ¿O es que quieres ganar tú los puntos extras con mi ex?

Paola se había vuelto una mujer muy suspicaz y desconfiada.

—No. O sí —tuve que admitir—. Mi conciencia me taladra cada día por lo que hice. Pero no lo hago por eso. Lo que pasa es que ahora que conozco a Bernardo Echeverría y a Rolando Meneses, sé de lo que son capaces y si Rolando le dice a tu esposo donde estás, ten por seguro que vendrá y te cobrará todo... Retroactivo.

—No sé si pueda irme, no es algo fácil.

—Deja todo, vente conmigo y luego, cuando todo esté un poco más calmado, veremos la forma de recuperar a tus hijos —insisto una vez más.

—¿De verdad harías eso por mí?

—No estoy bromeando, Paola, yo fui engañado y tú sacaste una parte muy mala de todo esto, pero ese hombre tiene que caer, no puede seguir por la vida siendo impune a tanta maldad, a tanta corrupción, esto tiene que terminar de una vez, ya está bueno...

—¿Te imaginas si cae? Él tiene mucho poder, sería un escándalo a nivel nacional... No creo que caiga con el poder que tiene.

—Poder que se irá por la alcantarilla si logramos desenmascararlo. ¿Estás dispuesta a ayudarme a lograrlo?

—Por mis hijos estoy dispuesta a todo.

—Por ti, por mí y por ellos, vamos a sacar a la luz todo lo que han hecho hasta ahora. Mañana en la noche nos iremos. Prepararemos todo y saldremos en la madrugada, cuando ya todos se hayan ido.

—¿Por qué mañana y no hoy?

—Porque hoy no se irán, pero mañana al ver que no aparezco, tendrán que sí o sí dejar la búsqueda en el sector y ese será el momento preciso para huir.

—¿Y cómo nos vamos a ir? Yo no tengo auto.

—No te preocupes, ya arreglé eso. Nos vendrán a buscar.

—¿Cómo sabes que no te traicionarán?

—Porque no podrían, están tan metidos en esto como yo y lo único que quieren es terminar con el abuso, no solo de ahora, de unos pocos años, esto viene de mucho tiempo atrás. Desde que mi padre estaba vivo en servicio activo.

—Wow... Bueno, a esperar.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Tú irás al supermercado esta tarde a comprar algunas cosas para la semana, o eso se supondrá, te haré una lista de las cosas necesarias y, por supuesto, te daré el dinero.

—No hace falta.

—Claro que la hace. De todos modos tendría que haberlo hecho yo y prefiero que lo hagas tú, así ahorramos tiempo y evitamos un posible riesgo si nos ven en otro lado.

—Es verdad.

Ella guarda silencio un momento mirando la nada, luego regresa su vista hacia mí. Yo, por alguna razón, me siento incómodo con su insistente mirada.

—Camilo... —se atreve a hablar—. ¿Por qué volviste aquella vez?

Sabía que en algún momento vendría esa pregunta.

—Porque no podía no volver —aseguro y coloco mis manos en sus mejillas—. No volví antes porque no pude, teníamos que hacer mucho papeleo, pero te juro que no dejé un solo segundo de pensar en ti y en cómo estarías. Ese fue el punto de quiebre entre Rolando y yo, desde ese momento nunca más fuimos amigos y solo entonces pude darme cuenta de la mierda en la que estaba metido. El abuso que vi contra ti...

—Estuve en el hospital dos semanas.

—Lo sé, volví un par de veces a ver cómo seguías, hasta que un día me dijeron que habías sido dada de alta y que te habías ido. Nunca más supe de ti.

—Me llevó Markus, mi ex guardaespaldas, y Bernardo.

—¿Te lastimaron?

—No. Ese día Bernardo fue especialmente amable conmigo. Además, Markus fue quien se hizo cargo, Bernardo casi no se acercó a mí. Tal vez por eso se comportó así. Markus era un tipo muy especial... Yo creo que nadie era capaz de enfrentársele, ni siquiera mi marido.

—¿Cómo te sentías tú respecto a él en ese momento?

—Yo lo odiaba, no quería verlo, no quería hablarlo, lo único que quería era que se muriera, ojalá en frente de mí... No se murió —termina con un gesto de resignación.

—No merece morir tan fácil.

—Yo preferiría verlo muerto, solo así me devolverá a mis hijos, de otro modo, nunca me dejará en paz.

—No, lo que debemos hacer es desenmascararlo, eso hay que hacer y que se pudra en la cárcel.

—Las cárceles no están hechas para los ricos, Camilo, eso ya deberías saberlo.

—Están hechas para los delincuentes y Bernardo Echeverría lo es.

—Por favor, ¿de verdad te crees eso? Hay muchos delincuentes de cuello y corbata que no han caído ni van a caer. ¿Crees que él lo haga? Mira, lo que a mí me interesa es recuperar a mis hijos. Con eso y con que él me deje tranquila, me basta.

—¿Estás segura de eso que dices?

—La verdad es que quisiera que se muriera. Pero volver a tener a mis hijos conmigo, me conformaría.

—No te preocupes, los recuperarás.

—Espero que mañana salga todo bien, si tu compañero se da cuenta que te tengo aquí oculto... No quiero ni pensar en lo que pasará.

—No se dará cuenta, no te preocupes.

—Eso espero.

La abrazo a mi pecho para que se tranquilice, su voz tembló en la última frase y no quiero que se asuste, no corremos peligro.

—Todo estará bien, si el destino me trajo hasta ti, y tú no me delataste, es porque las cosas están tomando su rumbo normal, el rumbo que siempre debieron tener.

—¿A qué te refieres?

—A que esto es lo que debió ser desde un principio.

—No entiendo.

Ella se aparta de mí, sé que no comprende.

—Camilo... —musita.

—No, todo está bien —la tranquilizo y apoyo mi frente en la frente de ella—. Todo está bien y todo irá mucho mejor que antes y que nunca. Hoy es el primer día de lo mejor de nuestras vidas.

—Pareciera como si estuvieras prediciendo algo.

—Así es, tómalo como si yo supiera leer las señales.

—Yo debo ser muy mala para leer las señales... O tengo la mente muy retorcida.

—¿Por qué? —Sonrío imaginando sus pensamientos.

—Porque estar así contigo, ahora...

El ambiente se siente íntimo, cálido y eso, a ella, la pone nerviosa.

—¿Ahora? —la insto a seguir hablando, necesito que me dé el pie para continuar.

—A mí me señala una sola cosa y es algo que no debería ser.

—¿Qué cosa?

—¡No me digas que no sabes! —exclama avergonzada.

—No tengo idea —respondo fingiendo inocencia.

—Mentiroso —susurra ella.

—Contigo no —afirmo y busco sus labios con los míos, con suavidad, esperando que sea ella quien dé el segundo paso, yo ya me había acercado, ahora le toca a ella aceptar o rechazar aquel encuentro.

Paola se queda estática unos segundos, parece ser que no me va a corresponder, pienso en alejarme, si ella no quiere, no la obligaría. De pronto, ella abre sus labios y me responde al beso con timidez, yo intensifico el beso y ella me imita. Paola es hermosa, no solo por fuera, también por dentro. Ella no merece un hombre como Bernardo Echeverría.

—Camilo... —jadea ella, nerviosa, separándose un poco.

Yo no me disculpo, simplemente junto mi frente a la de ella y me mantengo así, necesitamos calmarnos. Yo necesito calmarme.

—Espero que esto no impida que te vayas conmigo —inquiero con miedo.

—No. No. Ya no quiero seguir aquí, no quiero que él me encuentre.

Me doy cuenta que ella tiene más miedo que yo. Le doy un suave beso y me quedo abrazado a ella para que en mis brazos encuentre la paz que le ha sido negada. Paz que yo también puedo sentir en los suyos.

Después de tomar el té, subimos al segundo piso y en el descanso de la escalera nos miramos sin saber bien qué hacer. Es cierto que apenas nos conocemos, pero no somos niños, claro que yo tampoco quiero apresurar algo para lo cual ella no esté preparada.

—¿Quieres quedarte conmigo? —pregunta ella con dificultad.

—Eso debería preguntarlo yo —respondo sin saber bien por qué.

Ella suspira y junta sus labios entre sus dientes.

—Creo que necesito un baño —dice nerviosa, parece una chiquilla que nunca ha hecho el amor.

—Yo también —digo y sonrío para mis adentros: me siento de igual modo.

—¿Será muy notorio si nos bañamos por separado? —pregunta con voz temblorosa—. Estas casas son tan chicas que se oye todo lo que hacen los vecinos —explica sin una gota de coquetería, al contrario, parece más bien preocupada.

—Creo que será mejor fingir que solo se dará un baño una sola persona —concedo algo nervioso.

—Claro...

Paola entra a su habitación y del ropero saca una muda de ropa. La observo fijamente cuando se quita los lentes de contacto marrones. Me mira. Sus ojos violetas son muy particulares y por ellos es presa fácil de ser descubierta, no pasa desapercibida en ninguna parte con ellos.

—No tengo ropa de hombre para prestarte —me dice.

—No te preocupes, ya con una ducha estoy más que bien —afirmo.

Bajamos y nos metemos juntos al baño. Ella duda unos instantes. Yo no hago amago de sobrepasarme con ella, a pesar que las ganas me juegan una mala pasada. Me refreno con mucha dificultad. Para olvidarme de ella como mujer, la trato como a una niña y le lavo el pelo y la baño. Al terminar, tomo mi ropa y la llevo al cuarto, las circunstancias en las que estamos metidos me obligan a tomar resguardos y no dejar nada al azar, si llegase Rolando de nuevo, no puede haber ropa masculina en esta casa.

Solo al momento de llegar a la habitación, me acerco a esa niña-mujer y la beso con verdadera pasión. Me acuesto con ella en la cama para hacerle el amor con calma y dulzura. Ella fue muy dañada en su pasado y no quiero asustarla o hacerle pensar que soy un imbécil como su ex marido. Esa es, precisamente, la imagen de hombre que le quiero hacer olvidar.

He esperado demasiado tiempo para esto y no quiero echarlo a perder.

Capítulo 4

Confusión

Un fuerte ruido desconocido me asusta y despierto agitada. No puedo determinar qué fue. Estoy sola en la cama, Camilo no está. ¿Se había ido? Mi alma se encoge con temor. ¿Se había burlado de mí? Me visto con un pantalón de tela suave, una camisa blanca y unas sandalias. Busco a Camilo y no está por ninguna parte. Un nuevo ruido se escucha en la calle. Parecen disparos. Suenan lejos. Otro más, parece que se acercan. ¿Acaso Camilo salió y lo persiguen? Unas sirenas de policía comienzan a ulular. De pronto se oyen gritos. La gente está desesperada. Quiero asomarme, pero no me atrevo. Los gritos de la gente, las órdenes de los policías, las sirenas, los disparos, los perros aullando...

No, es demasiado y no quiero meterme en líos por estar mirando.

La reja suena con estruendo, como si quisieran echarla abajo. Con mi corazón latiendo a mil, me asomo a la ventana. Rolando y otros tres hombres están ahí, mirando hacia adentro. Decir que tengo terror, es un eufemismo. Abro la puerta con lentitud. Las llaves se me caen al intentar quitar el cerrojo a la reja. No puedo evitar el temblor de mis manos. El policía mete su mano entre los fierros y me quita la llave para abrir él. Me imagino el castigo que me dará por ser tan estúpida.

Me echo hacia atrás cuando la puerta se abre.

—Señora Donoso, tengo una orden de allanamiento para su casa —me informa Rolando Meneses con aire autoritario.

—¿Por qué? —Intento parecer normal, estoy segura que no lo logro, mi miedo es demasiado patente.

—Porque tengo mis dudas que usted esté sola aquí —explica simplemente, no demuestra malhumor al devolverme mis llaves.

—¿Por qué mentiría? Además, ¿qué cree, que estoy escondiendo al peligroso delincuente?

—Usted sabe muy bien quién es ese peligroso delincuente —me dice queriendo traspasarme con su mirada.

—No veo noticias. Si no es por mi vecina, ni me entero que ustedes andaban por aquí.

—Eso es verdad, oficial Meneses, yo le avisé de que tuviera cuidado, ella escucha música todo el día y más encima de su celular, ni siquiera de la radio, nunca escucha noticias. —Sin darme cuenta, detrás del oficial está la señora Berta que habla con un tono de censura hacia mis costumbres, que hoy me han ayudado.

—¿Lo ve? —digo pretendiendo restarle importancia.

—De todos modos, voy a entrar a ver su casa.

—Adelante. Espero que no me rompan todo, las personas no pueden esconderse en los cajones ni en los cuadros.

Agradezco que Camilo no esté en la casa, aunque, claro, no está porque se fue, tomó lo que quería y me dejó atrás sin importarle nada. La señora Berta pone su mano en mi brazo, lo que me devuelve a la realidad.

—Tranquila, vecina, ese hombre la tiene en la mira, pero no puede hacer nada en contra de usted —me consuela con mucha tranquilidad mi vecina.

—No sé qué espera, si al final, yo creo que todos sabemos que el tipo al que están persiguiendo ya cruzó la cordillera.

—Sí, pues, siempre es lo mismo. Usted no ha visto el programa de la policía que dan en la noche, ahí muestran lo ineptos que son.

—Ya me di cuenta. Voy a entrar, no vaya a ser que me destrocen todo —me disculpo antes de volver a entrar a mi casa.

Justo en ese momento, el hombre baja y me queda mirando, resopla con frustración, le fue mal en su búsqueda. Yo casi no puedo evitar sonreír.

—¿Y? ¿Encontró al peligroso delincuente? —me burlo con la voz temblorosa.

—Fuera todos —ordena y espera a que desaparezcan para volver a dirigirse a mí—. No es un simple ladrón, señora Donoso.

—¿Ah, no?

—No, y usted lo conoce muy bien.

Creo que me puse pálida, roja, amarilla y verde.

—Es Camilo Espinoza —continúa haciendo caso omiso a mi cara—, el hombre que me acompañaba cuando fueron retirados sus hijos de su lado.

—¿Usted cree que si ese hombre hubiese venido para acá, yo lo habría acogido, lo habría escondido? Por favor, lo único que quiero es verlos caer —logro articular con todo el rencor renaciendo dentro de mí.

—Su cama está muy desordenada para dormir sola.

—¿Qué quiere decir? —No entiendo esas palabras en una primera instancia.

—Nada más que lo que dije.

No, definitivamente, estoy lenta, es la hora, apenas son las cuatro de la mañana, o no sé, pero no logro captar lo que me quiere decir.

—No se haga la tonta, señora Donoso, sabe lo que quiero decir.

Niego con la cabeza. La expresión del hombre cambia.

—Me extraña que, siendo usted una mujer con experiencia, no sepa lo que significa una cama

desordenada. —Su voz y su cara van disociadas, mientras la primera es dura, la segunda es de confusión. Solo entonces logro entender.

—A ver, oficial, ¿qué se cree? ¿Cree que aparte de esconder a un "peligroso delincuente" como ustedes lo han catalogado, también me acosté con él? ¿Tiene celos?

—No me falte el respeto.

Dos de los oficiales que habían salido, vuelven a entrar. Yo no les hago caso.

—Usted me lo faltó primero. Yo tengo derechos y si mi cama está desordenada es porque tuve pesadillas toda la noche. ¿Quiere que le diga frente a sus hombres qué fue lo que me provocó tantas pesadillas?

—No se atreva —advierte con los labios apretados.

—Ja. ¿Se da cuenta? Usted espera que nada de lo que pasó me afecte, pero sí. No tenía idea de a quién estaban buscando, yo le aseguro que aquí no está, aunque créame, Rolando, que si estuviera, tampoco se lo diría, no le haría su trabajo más fácil.

—Paola... —Me agarra la muñeca y mi cuerpo tiembla por completo.

—Suélteme, no puede tocarme, no he hecho nada —El pánico me agobia, pero sé que debo mantenerme firme.

—Suéltala, Rolando, no queremos que encima de todo este lío se agregue una demanda por abuso de poder —le indica uno de los hombres.

—Ya oyó a su compañero, no se meta más en líos y espero que muy pronto usted y toda esa manga de corruptos, caiga y se descubra la verdad de sus acciones.

—Aunque así sea... Jamás volverás a ver a tus hijos, ¡nunca!

—Ya lo quisieras, pero créeme que lucharé hasta el último de mis días por recuperarlos.

—Primero muerto antes que Bernardo te los entregue.

—No le daré esa satisfacción, él me rogará por sus hijos, me rogará por clemencia, tal como hice yo.

—Sigue soñando. Esas cosas no pasan en este país.

—Tú sigue durmiendo en ese sueño donde todo para ti es perfecto, donde todo está bien y puedes hacer lo que quieras y pisotear y humillar a la gente decente. Hazlo. Que no seré yo quien te despierte. No todavía, al menos —amenazo con el corazón en un puño. Mis ojos brillan con la amenaza de las lágrimas, pero no quiero darle esa satisfacción.

Rolando me fulmina con la mirada, en tanto el otro oficial que le había hablado antes, lo toma del brazo y lo tira para salir de allí, me pide las disculpas correspondientes, pero antes de salir, Rolando se suelta, se devuelve hacia mí, yo ya no soy capaz de reaccionar, espero quieta, no sé qué, un golpe, no sé. Solo sé que espero con los ojos cerrados. Al notar que tarda, abro los ojos y ahí está, viéndome fijo.

—Solo una cosa te voy a decir. —Toma aire que expulsa bajando la cabeza, la vuelve a levantar y a mirarme—. Todos cumplimos un papel. Todos. ¿Has visto películas de policías? —Yo asiento sin saber a dónde va toda esa cháchara—. Has visto, entonces, que siempre hay un policía bueno y uno

malo. —Vuelvo a asentir—. A mí me tocó ser el malo. Todo lo que hicimos, todo, fue ordenado previamente. Incluso el regreso de Camilo estaba programado. No te creas que él fue el bueno porque volvió y te ayudó. Fue enviado a hacerlo. Yo tenía que seguir cumpliendo mi rol de desgraciado. Y lo logré bien, ¿no?

—Váyase de mi casa, por favor —replico en un hilo de voz. No puedo creer lo que me está diciendo.

—Buenas noches, Paola, ya no la molestaré. Nos vamos. Si Camilo se esconde aquí, dígame que ganó esta batalla.

—Usted pudo comprobar que no está aquí.

Rolando sonrío con una mezcla de frustración y burla.

—Él sabía dónde encontrarla ¿o de verdad cree que llegó aquí de casualidad? Siempre lo supo, si hay un corrupto aquí, es él —lanza como si tirara un dardo sobre mi pecho.

Se da la vuelta y yo lo tomo del brazo para detenerlo, él se vuelve con excesiva lentitud.

—¿Le dirán a Bernardo dónde estoy?

—Por mi boca no lo sabrá. Yo hice un trabajo que me encomendaron hace tres años. Retirar a dos niños que sufrían maltrato por parte de su madre, del hogar. Listo. No hay más que agregar. Yo lo hice, cumplí mi misión, si usted era o no culpable de maltrato, era trabajo del juez averiguarlo, no mío. Yo cumplía órdenes de mis superiores y, que yo sepa, Bernardo Echeverría no es mi superior.

—Gracias.

El sostiene mi mirada, a pesar que está pasando el tiempo, yo no la aparto. De pronto, afirma con la cabeza, se despide con un gesto y sale sin rastro de burla ni despotismo en su mirada. Cierra la puerta tras de sí y yo busco una silla para sentarme. Rolando Meneses lo sabe todo. No solo que Camilo se escondió en mi casa. Sabe lo que me dijo. Sabe lo que pasó. Corro al segundo piso y me meto a la cama. Necesito pensar. Necesito esconderme. Soy la más idiota de las idiotas. No aprendo. Nunca voy a aprender. Camilo se aprovechó de mí y yo lo dejé. ¡Idiota, mil veces idiota! Me acabo de acostar con el hombre que me arrebató a mis niños después de tantas veces que juré y rejuré que si volvía a ver a uno de ellos, les escupiría en la cara su maldad. Sin embargo, con Camilo no pude. No pude porque él... porque él fue el policía bueno.

Dejo caer una lágrima y recuerdo aquel fatídico día de hacía tres años, dos meses y cuatro días atrás.

Los niños despertaron como siempre aquel viernes; contentos porque su papá les había prometido llevarlos de viaje. Nada me hacía presagiar lo que sucedería más tarde. Bernardo había ido a la oficina temprano y volvería para llevarlos al campo. Y volvió. Pero para llevárselos solo a ellos. Dos oficiales, Camilo Espinoza y Rolando Meneses, llegaron a escoltarlo y a hacer cumplir la orden de alejamiento que pesaba contra mí, su madre. Mi ex esposo me acusó de maltrato físico y psicológico contra los niños y contra él mismo; según dijeron, había varias denuncias y demandas de eso en la fiscalía. Yo no tenía idea de esas acusaciones. No entendía por qué querían quitarme a mis niños si yo nunca les hice nada. Ni siquiera necesitaba retarlos, pues a pesar de ser gemelos, eran muy tranquilos. Ver a Bernardo sacar a los niños mientras los dos

oficiales me detenían para que no saliera tras ellos, fue más de lo creí poder soportar. Yo suplicaba a ambos que no lo hicieran, que era un error, que yo jamás había maltratado a mis hijos, ni lo haría.

—Lo siento, no podemos hacer nada —dijo Camilo—, es la orden superior, señora, por favor, cálmese.

—¿Cómo me pide que me calme si me están robando a mis hijos? —casi grité.

—Eso debió pensarlo antes de maltratarlos, mujeres como usted no deberían ser madres —espetó Rolando.

—¡Yo nunca les he hecho nada malo! —me defendí—. Eso no es verdad, no sé de dónde sacan eso.

—Cálmese, si hay un error, pronto podrá arreglarse todo —me tranquilizó Camilo—, pero mientras tanto, debe acatar la orden de alejamiento y por su bien, es mejor que obedezca.

—Por favor... —rogué echándome a llorar, no podía creer que estaba pasando eso.

Bernardo entró de vuelta y al ver que los dos hombres me tenían sujeta, se acercó y me dio un puñetazo que, de no estar afirmada por Camilo, hubiese caído, porque Rolando me soltó.

—No haga eso, señor —lo reconvino Camilo—, si ella hace una contrademanda...

—Esta perra no hará nada, pobre de ella que lo haga.

Yo, desesperada por la separación con mis niños, me tiré al suelo de rodillas para suplicarle que no se llevara a los niños, que estaba dispuesta a lo que fuera con tal de quedarme con ellos. Bernardo me dio una patada en el estómago y se fue. Camilo se agachó a verme, pero no dijo nada, solo me miró preocupado.

—Deja de llorar, no sacas nada con hacerlo —me retó el otro.

—Por favor —le supliqué a Camilo—, no deje que se los lleve.

—No puedo hacer nada.

—Es una injusticia, yo nunca...

—¡Basta! Me cansó el llanto de esta mujer y nosotros debemos irnos.

Rolando se agachó, sacó sus esposas y me ató a una silla. Camilo lo iba a impedir, no obstante, Meneses no se dejó. Una vez asegurada, agarró a Camilo y lo empujó contra la pared, algo le dijo en voz baja, yo no alcancé a oír, y se fueron. Ni Camilo ni Rolando se volvieron a mirarme, aunque yo gritaba en el suelo, rogando que me soltaran.

Intenté por todos los medios liberarme. La silla pesaba una tonelada, era una reliquia de la madre de Bernardo y no era capaz de moverla, mucho menos por estar media tendida en el suelo. Lo único que conseguí fue romperme las muñecas. Desesperada como estaba en ese momento, decidí morir. Ya había perdido las dos razones más poderosas de mi vida y sin ellos no tenía sentido seguir luchando. Sabía el poder que tenía Bernardo y si él no me quería devolver a mis hijos, no lo haría y no habría juez que pudiera darme el favor si él no lo aprobaba. Las muñecas se me fueron rompiendo poco a poco. Mucho rato después, estaba segura que me quedaba poco tiempo en este mundo y que pronto dejaría esta vida, lo único que lamentaba era que no había

podido despedirme de mis niños. Esperaba que Dios me concediera unos minutos en sus sueños para hacerlo.

Un sopor me fue envolviendo. El fin estaba cada vez más cerca. Me eché a llorar porque no quería morir, pero tampoco tenía nada por qué vivir.

—Paola... Paola... —Escuché a lo lejos, pero no reconocí la voz—. Paola, despierte, por favor.

Sentí mis brazos caer, había sido liberada de las esposas. Casi sin fuerzas, abrí los ojos y con dificultad reconocí a Camilo que estaba a mi lado con la preocupación pintada en el rostro.

—Tranquila, todo está bien.

—Mis niños...

—Usted estará bien —especificó.

—No —sollocé, no quería vivir si no era con ellos.

—Tranquila, por favor, tranquila —me decía al tiempo que envolvía mis muñecas con unas vendas.

—Mis niños...

—Tranquila...

Me acunó en sus brazos un buen rato y yo no estuve segura, ni aún lo estoy, si él lloró conmigo, por mí, por culpa o por qué, pero lloró como un niño y, bueno, yo tampoco lo hacía mejor. Una vez calmado, me tomó en sus brazos hasta el automóvil y condujo hasta un centro de urgencias, donde me dejaron hospitalizada.

Allí estuve por dos semanas, hasta que me enteré de algo que no comprendí muy bien en ese momento.

—Acaba de irse el hombre que pregunta por usted —me informó la enfermera una tarde en tono cómplice.

—¿Qué hombre? —La verdad es que me asusté pensando que era Bernardo, pues a pesar de que mi guardaespaldas no se había movido de la puerta, mi ex esposo no se había aparecido por allí.

—Un hombre guapo, sí, no es un adonis, pero es fuerte, parece policía, es moreno, alto, con unos ojazos negros que derriten —explicó la enfermera con un suspiro.

—Camilo —musité no muy conforme con la actitud de la enfermera.

—Desde que llegó, viene cada día, tres veces al día, a preguntar por su estado de salud.

—¿Y no ha pedido verme o hablar conmigo?

—Por eso se lo menciono, porque hoy el doctor le ofreció pasar a verla aprovechando que estaba despierta y él dijo que no, que no le parecía buena idea. Yo creí que era un ex o algo así.

—No, es un oficial y por su culpa estoy aquí —replicó.

—Ah, a lo mejor tiene cargo de conciencia.

—Sí, eso debe ser. Y bien merecido se lo tiene si es así.

—Perdón, no quise alterarla.

—No, no, está bien que me lo haya dicho, al menos sé que él se preocupa de mí.

—Sí, parece de verdad muy preocupado.

—¿Cuándo me van a dar el alta?

—No sé, el doctor no ha mencionado nada de eso.

—Gracias y si ese hombre viene de nuevo, me avisa, ¿ya?

—Claro.

Desde que habían ocurrido los hechos, cada noche soñaba con aquel momento en el que, sin piedad, arrancaron a mis niños de mi lado, pero también con el momento en el que Camilo volvía y lloraba conmigo. Y muchas veces, me parecía despertar y verlo ahí, a mi lado. Quizá su alma estaba junto a mí.

¡Idioteces! Ya no puedo seguir pensando así, él se fue sin avisar, como un ladrón.

Así mismo me fui yo hacía tres años. Luego de enterarme que Camilo iba a consultar por mi estado de salud y a pesar de sentirme bien con eso, sabía que no podía quedarme allí mucho más. Así que al día siguiente hablé con Markus, mi guardaespaldas y le pedí su ayuda para irme del hospital. Ya estaba bien en sentido físico, en sentido emocional ya nunca volvería a estar bien, no importaba si estaba en el hospital, en la calle o en un palacio, el motivo de mi tristeza seguiría conmigo por mucho tiempo.

Y aún sigue.

Y seguirá hasta el mismo día que mis hijos vuelvan a mi lado.

Capítulo 5

Noche de terror

Me siento en la cama con el corazón galopándome a mil por un ruido que pronto se me hace conocido. Es mi reja. Alguien llama. ¿Acaso volvió Rolando y sus hombres? ¿Bernardo? Pensar en eso sí aceleró y paró mi corazón en un pequeño segundo. Sigo sola. Ojalá estuviera Camilo. Él sabría qué hacer. Bajo las escaleras con miedo. Debo abrir, no puedo evitarlo, si no lo hago, entrarán por la fuerza, ya sé que Meneses se consiguió una orden de cateo y no podré negarme a que entre, sin mi permiso si quiere.

Tomo aire y abro la puerta. Respiro aliviada.

—¿Doña Berta! ¿Qué hace aquí? —pregunto algo molesta por haberme asustado de este modo.

—¿Cómo le fue con los oficiales? —me consulta mientras voy caminando hasta la salida.

—Bien, bien, al menos no destrozaron nada.

—Y no encontraron nada tampoco.

—No había nada que encontrar.

Mi vecina sonrío de una manera extraña. Yo abro la reja por educación, más que por querer hablar con ella.

—Hace un poco frío y ha sido una noche larga, ¿me invita un café?

Me quedo de piedra, no sé qué decir ni qué hacer. Mi vecina sí y entra a mi casa sin mi permiso. En un momento quiero protestar, pero la mujer me hace callar con un gesto que me obliga a obedecer. Su actitud es, por decir lo menos, extraña. Mi invitada pasa las manos por debajo de la cubierta de la mesa, por la orilla de la cocina, hasta que su mirada se detiene en un lápiz en el suelo, que me muestra apuntando, sin palabras, como si no debiésemos hablar. Yo niego con la cabeza, ese lápiz no es mío. Doña Berta lo pisa y cuando saca su pie, unos cables habían saltado. Era un micrófono. Yo me quedo pasmada. ¿Quién había puesto micrófonos en mi casa? ¿Desde cuándo?

Las palabras de Rolando Meneses martillean en mi cabeza. ¿Y si fue Camilo?

Doña Berta sube al segundo piso, yo no hago nada por evitarlo. Ni siquiera subo detrás de ella de inmediato. Me quedo abajo pensando. Ella tarda, por lo que decido subir. Estaba sacando un dispositivo de la cabecera de la cama. Por eso Meneses sabía lo que había ocurrido. ¡Qué vergüenza!

Mi vecina me toma del brazo y me empuja con suavidad hacia la escalera. Una vez abajo, ella saca dos tazas y sirve un café para cada una.

—Le tienen sangre en el ojo, vecina —comenta con su taza en la mano.

—No entiendo, ¿cómo supo...? —atino a preguntar.

—Es su modus operandi, Rolando Meneses la tiene en la mira para destruirla en el momento en el que esté más vulnerable.

—Pero ¿cómo? ¿¡Por qué!? ¿Qué le hice yo para que me...? ¿Cómo sabe usted...?

Me siento tan estúpida porque no puedo formar una frase coherente.

—No importa tanto el cómo lo sé, lo importante es que lo sé, como también sé que Camilo Espinoza está aquí.

—¿Qué dice? ¡No!

—No me mienta a mí, sé que está aquí y por lo mismo quiero hacerle una recomendación, debe irse con Camilo, las cosas se van a poner muy feas.

—¿Qué?

—Rolando va a volver, y no va a volver solo.

—Yo sé que ese tipo no me va a dejar tranquila, usted lo vio, él se ensañó conmigo.

—Sí, bueno, era de esperarse, ¿no? Mal que mal debió saber que usted no le ayudaría, él le quitó sus hijos.

Siento que el color de mi cara se va a mis pies.

—No tenga miedo y no se preocupe que su secreto está a salvo conmigo. No vine para hacerle una encerrona, solo a advertirla.

—¿Qué quiere decir?

—Que yo sé que Espinoza está aquí, como también sé que usted debe irse, su esposo no tardará en encontrarla, no ha hecho nada por buscarla, pero si la encuentra...

—Lo sé.

—Va a ir al supermercado a comprar alguna mercadería —comenta como si ya lo supiera.

—¿Qué?

—Debe ir al supermercado.

—No entiendo, ¿por qué me dice que vaya al supermercado a comprar mercadería? Camilo... Él me dijo que nos fuéramos, que...

La vecina me dedica una dulce sonrisa.

—Porque esa será la versión oficial si alguien la ve comprando mercadería, usted puede decir que yo le dije que lo hiciera. Usted sabe que todo el mundo me ve como la chismosa del barrio. Y no será mentira. Usted no sabe mentir.

—Yo no diría que es chismosa, porque jamás la he visto hablar por detrás, usted siempre dice las cosas de frente y si alguien dice algo, usted va y lo pregunta, no tiene tapujos en investigar antes de hablar.

—Primera persona que lo ve tal como es.

—Tal vez soy la primera persona que se lo dice.

—Gracias, pero ahora lo importante es que vaya a comprar pronto, espero que le vaya muy bien en su vida, que recupere a sus hijos y que paguen todos los que tengan que pagar.

—Espero que usted siga tan bien como hasta ahora y que nos volvamos a ver para presentarle a mis hijos.

—Espero que venga con su marido.

—No tengo marido —replico con seriedad.

—Pero lo tendrá. Eso es seguro. Y será muy feliz, la vida le recompensará por todo lo que ha perdido.

—Muchas gracias, doña Berta, y espero también algún día saber cómo supo todo esto.

—Dele mis saludos a Camilo.

—¿Se conocen?

—Claro que sí, pero él le podrá contar de mí. Dígale que Berta Durán le desea mucho éxito en su tarea y que aquí estaré por si me necesita.

Me da un abrazo y se va, su sonrisa y sus ojos tienen un brillo especial. Son las siete y tengo una hora antes de que abran el supermercado, así que mejor me vuelvo a la cama un rato. La noche fue horrible y necesito descansar.

Me tapo hasta los ojos. Tengo frío. Miedo. Soledad. Vergüenza. Mucha vergüenza. Me acosté con el hombre que me quitó a mis hijos. Y todos se enteraron. No lloro. No pienso hacerlo. Ya no más. Nunca más, me prometo.

El movimiento de la cama a mis espaldas y una suave caricia en mi cabello me hace abrir los ojos.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta con suavidad Camilo.

—¿Y tú? —interrogo de vuelta con un dejo de malestar.

—Estaba escondido.

—¿Dónde?

—En un escondite que tienes en la casa.

—¿Yo tengo un escondite? —me sorprendo, en estos tres años nunca vi un escondite.

—Así es. Aunque para serte franco —dice poniéndose muy serio—, estuve a punto de salir y exponerme.

—¿En qué momento?

—Cuando ese idiota te insultó y te agarró de la muñeca.

—¿Lo viste?

—Todo, a punto estuve de salir, de no ser por Leopoldo que lo retuvo, te juro que hubiera salido.

—¿Tú estuviste todo el tiempo aquí?

—Así es.

—Al despertarme ya no estabas.

—No, porque andaba buscando refugio, me avisaron que habían pedido orden de cateo para tu casa, sabía que llegarían en cualquier momento.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque estaba buscando un escondite, justo llegaron y... no pude salir. Lo lamento.

Me vuelvo y lo miro a los ojos, son expresivos y profundos, tal como me indicó la enfermera. En realidad, cualquier mujer se derretiría ante esos "ojazos".

—¿Estás enojada? —me pregunta preocupado.

—No, no. Es que estaba recordando... Pensando...

Él baja la vista, al parecer incómodo con mi escaneo.

—Recordé cuando volviste a buscarme.

—¿Recuerdas eso? Estabas muy mal.

—Recuerdo que lloraste.

Él traga saliva.

—Pensé que morirías —expresa de un modo que sentí sincero.

—Y en vez de llevarme al hospital, te pusiste a llorar —me burlo sin maldad.

—No te podía llevar en ese momento, tenía que detener tu hemorragia primero, en el auto no iba a poder hacerme cargo de ti y esperar por una ambulancia, era eternizar.

—¿Y qué más daba si me moría? Ni siquiera me conocías hasta ese momento.

—No. No sé. Algo pasó. No lloro muy seguido y tú fuiste la tercera causa por la que lloro.

—¿Tercera?

—Lloré cuando murió mi papá y yo estaba recién entrado en la Escuela de Oficiales, él era uniformado y lo mataron en una redada, otros compañeros corruptos y sin escrúpulos lo expusieron y lo asesinaron a sangre fría. Yo tenía recién cumplidos los dieciocho.

—¿Y así y todo te metiste con corruptos?

—No lo sabía en ese momento. Nunca entré en su juego, solo me utilizaban como pantalla.

—¿Y la segunda?

—Cuando me enteré que mi hijo era violentado por mi ex mujer, cuando ella se fue la primera vez y me amenazó con llevarlo lejos y que no lo vería más. Y la tercera...

—Yo. Una total desconocida.

—Tú representabas todo lo que yo quería y odiaba en mi vida.

Yo me descoloco, no entiendo lo que quiere decir.

—Como te había dicho, mi mujer se había ido con mi hijo, era una mujer manipuladora y malvada,

pensé que tú eras como ella, casi de inmediato me di cuenta que no era así, que tú eras lo que yo buscaba en una mujer, tú le eras leal a tu esposo a pesar de todo y tus hijos eran todo para ti.

—Lo son. Ese día yo me quería morir, y si hasta ahora no lo he hecho es porque soy demasiado cobarde.

—O valiente y esperas, muy dentro de tu corazón, que algún día ellos vuelvan a ti.

—Ahora espero eso, ahora sí tengo esperanza.

—¿Lo ves? Tu propósito en este mundo todavía no termina.

—¿Has vuelto a llorar?

—Sí, por ti, por mí, por ellos: tus hijos y el mío. Siento que tu situación y la mía se parecen y que el día que tú y yo pongamos las cosas en su lugar, podremos ser felices.

—Yo sería feliz con solo ver a mis niños.

—¿Crees que te conformarías solo con verlos? Tal vez la primera vez, pero ¿luego? ¿Qué pasará durante la noche cuando recuerdes que los viste y que no pueden dormir contigo, que no puedes hacerlos dormir, ni siquiera darles el beso de las Buenas Noches?

—Es cierto, no podría —admito a mi pesar.

—Vamos a hacerlo, preciosa, te lo juro que vamos a recuperar a nuestros hijos.

—¿Y luego qué?

—Y luego armaremos nuestra propia familia, ¿quién sabe si el destino nos juntó de nuevo para poner todo en su lugar, incluso a nosotros?

—¿Te quedarás conmigo después que todo esto pase?

—Nunca he dejado de pensar en ti; pude buscarte, es cierto, pero llámame loco o no sé, pero una noche, caminando en la madrugada como tantas otras, meditando en si buscarte o no, me encontré con una mujer, una vieja de cuento, ¿sabes?, de esas que parecen brujas malvadas y al final son hadas madrinas que conceden deseos —decirlo y avergonzarse fue una sola cosa—; ella me dijo que no apurara el destino, que las cosas llegan cuando tienen que llegar, que nada llega tarde y que el mundo es un reloj perfecto donde los engranajes funcionan a tiempo. Yo le pregunté que a qué se refería y me respondió que lo que estaba planeando hacer en ese momento no lo hiciera, porque el día que comenzara mi engranaje a ponerse en su lugar, todo se daría fácil y que yo, en ese momento, me daría cuenta que lo mejor había sido esperar.

—¿Ya? ¿Y tú qué hiciste?

—La mujer desapareció. Yo volví a mi casa y esperé, y esperé, y esperé... Hasta hoy —termina con un dulce beso en la punta de mi nariz.

—¿Crees que las cosas se pongan en su lugar de una vez?

—No lo creo, estoy seguro. Imagínate esto, si yo te hubiese buscado, habría acelerado procesos que tenían que darse despacio, como las pruebas que tengo en contra de Bernardo Echeverría, Rolando Meneses, incluso contra mi propio capitán y algunos superiores, jueces, fiscales y muchos más; Rolando hubiera sabido que yo te había buscado y te habría puesto en riesgo, lo de ahora fue solo una casualidad, pero si hubiésemos estado juntos... Y, por último, si yo te hubiese buscado

antes, no habrías creído en mi inocencia, hoy lo sabes porque yo mismo estoy escapando de mis superiores corruptos que quieren callarme y están dispuestos a todo, si en este momento me ven, me matan, eso te lo aseguro.

—Entonces, la anciana tenía razón.

—Eso creo.

—Tal vez era tu hada madrina.

—O la tuya.

—¿La mía?

—Sí, ¿por qué no? Para salvarte.

—O quizás es la de los niños. Si hubieras apurado los procesos, los niños serían llevados más lejos de nosotros.

—Es verdad.

—Como sea, un ángel nos ayuda —expreso con ironía, ya no creo en Dios ni en ángeles.

—Yo creo que más de un ángel.

—¿Por qué?

—Porque quien me avisó que debía esconderme, no se equivocó.

—¿Qué quieres decir?

—Me lo dijo alguien en sueños.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No sé. No la conozco.

—¿Cómo era?

—Era como tú, pero de unos cincuenta años.

—Mi mamá, todos dicen que soy igual a ella.

—Puede ser. Ella me avisó que buscara un refugio.

—Pudo haberme librado de este dolor.

—Yo hubiese querido hacerlo.

—En realidad nadie podía y creo que eso me hizo crecer, cambiar. Yo me casé con Bernardo cuando tenía dieciséis años y debo admitir que me fui amoldando tanto a él que me creía el cuento del poder, el dinero y la fama. Y caí de golpe a una realidad que no era capaz de vivir. No puedo decir que era una mala persona, pero sí a veces me sentía superior y no soy nadie.

—No digas que no eres nadie, porque una persona no se mide por el dinero, poder o fama que tiene.

—Eso no lo sabía antes.

—Al menos te ayudó en algo.

—Sí.

Camilo me besó con dulzura, era un hombre que podía ser muy pasional, pero también sabía refrenarse muy bien. Pero la sombra de la duda ataca de repente.

—¿De dónde conoces a mi vecina? —le pregunto.

—¿A tu vecina?

—Berta Durán.

—¿Berta Durán es tu vecina? ¿Doña Berta? ¿La misma doña Berta que te vino a avisar que cerraras la puerta?

—Sí, debiste verla, si viste a Rolando...

—No. No. En cuanto se fue Rolando salí de mi escondite, en ese mismo momento que golpearon a la puerta y me tuve que ir al patio.

—Ah, no la viste entonces.

—No, si la hubiera visto, habría salido a saludarla.

—¿De dónde se conocen?

—¿Quieres un café? —me ofrece—. Es algo largo y un poco complicado.

—Sí, creo que me hace falta, han sido demasiadas emociones por un día.

—Y una noche —agrega con un poco de cansancio en su voz.

Aun así, me besa, está agotado, quizá más que yo, de todas formas se mantiene firme para mí. No tengo dudas. Rolando Meneses quiso hacerme dudar de él, pero si así hubiese sido, estoy segura que no habría vuelto. Y volvió por mí y para mí.

Capítulo 6

Revelaciones

Sentados ante la mesa de la cocina, no sé cómo iniciar la explicación de Berta Durán y mi relación con ella. Bebo un sorbo del líquido caliente que abriga no solo mi cuerpo, también mi alma. Demasiadas cosas han pasado el último tiempo y sé que la espina de la duda que enterró Rolando hace mella en Paola, por más que quiera creerme.

—Berta Durán fue mi instructora en la Escuela de Detectives —comienzo a explicar.

—¿De verdad? —me interrumpe Paola, no puede creer semejante cosa de su dulce y metiche vecina.

—Sí, y no solo mía, también de Rolando.

—Por eso buscó micrófonos, sabía que lo haría.

—Así es. En realidad, es el método usual, no es nada nuevo.

—Tú no buscaste.

—Sí, pero no pusieron nada, esos que encontró Durán fueron puestos en la madrugada.

—Ah. —Casi es un gemido. Estoy seguro que no entiende nada de lo que pasa.

—Yo sé que no es fácil de comprender —intento tranquilizarla.

—¿Por qué no me enfrentó antes? —me pregunta totalmente confundida.

—Porque no vino a advertirte a ti, vino a advertirme a mí; en realidad, yo creo que vino a ponerte en sobre aviso, pero se dio cuenta que llegó tarde la recomendación. O quizás ya lo sabía y vino para protegerte a ti y advertirme a mí. Mujer más astuta que ella, no conozco.

—Claro, ella llegó a verme y avisarme, así pudo corroborarle a Rolando que yo no tenía idea siquiera que alguien andaba escapando por aquí y a la vez, te ponía en sobre aviso a ti que estaban cerca y que vendrían. Ella estaba segura de que tu ex compañero me reconocería.

—Ella lo sabe todo.

—¿Por qué no te traicionó y, al contrario, se fue contra Rolando que al parecer no la reconoció?

—Ella nunca le agradó a Rolando y siempre desconfió de él, muchas veces me previno de él, yo me sentía entre la espada y la pared; por un lado, Rolando era mi amigo y, por otro, sabía que el olfato de Berta era insuperable.

—Y tú preferiste a tu amigo.

—No es que lo prefiriera, Rolando no solo era mi amigo, era mi compañero, no podía desconfiar de él, mi vida dependía de eso.

—Podría haber sido solo tu compañero y no tu amigo.

—Es cierto. Pequé de ingenuo.

—¿Y cómo es que ya no fueron amigos?

—Yo empecé a encontrar sentido a lo que me decía Berta, cuando ocurrió... lo tuyo... vi todo mucho más claro y...

—Y te diste cuenta que era toda una mierda —termina la frase por mí, al ver que no puedo continuar.

—A decir verdad, sí.

—¿Volviste porque te lo ordenaron? —pregunta con un cierto temor.

—No. O sí. Pero yo quería hacerlo.

Algo cambia en su rostro.

—Y ahora, ¿de verdad llegaste por casualidad o ya sabías que yo vivía aquí?

—No. No tenía idea que esta era tu casa.

—¿Jugaron al policía bueno y al malo con ese hombre?

—Sí. Siempre lo hacíamos.

—Y a ti te tocó ser el bueno.

—No. Siempre yo era el bueno. A él le gustaba el rol de malo. Le gusta.

—Y es verdad que hicieron todo lo que se les ordenó.

—No, teníamos libertad de acción.

—Que me dejaran esposada a la silla, ¿era parte del “protocolo”? —me pregunta con una cuota de sarcasmo, haciendo el gesto de comillas en la última palabra.

—No. No era parte de nada. No debió ocurrir.

—¿Qué te dijo que te convenció de dejarme ahí?

La miro sin saber si decirle o no las palabras de Rolando.

—¿Qué te dijo? —insiste.

—Nada importante. Debíamos volver a la delegación y no podíamos perder más tiempo. Bernardo era un hombre importante al que no se podía dejar esperando.

—¿Seguro?

—Paola... Yo hubiese querido ayudarte más, pero en ese momento no podía. Si tan solo me hubieras hecho caso y te hubieras quedado tranquila... Te juro que Meneses...

—¿Crees que podría haberme quedado tranquila cuando me estaban quitando a mis niños por una injusticia?

Extiendo mi mano para alcanzar la suya y acarició los suaves dedos. A decir verdad, no sé qué decir. Todo lo que diga sonará a disculpa, a cinismo.

—¿De verdad lo crees? —pregunta en un tono más bajo, más triste.

—No. Te entiendo muy bien —afirmo también con mi cuota de dolor.

—¿Y en qué momento decidiste alejarte de ese tipo?

—La verdad es que no tuve que elegir.

—¿Cómo así?

—Hace tiempo me trasladaron al sur, estuve allá por dos años, volví hace poco más de un año y me reasignaron con él.

—¿No sabías lo corrupto que era?

—Efectivamente, yo no tenía idea de todo lo ocurrido aquí, de hecho, el caso tuyo fue el último en el que estuve a cargo antes de que me enviaran al sur. Yo sabía que habían cosas oscuras, pero solo cuando volví pude investigar ciertas cosas y vi la mierda en la que estaban metidos.

—O sea que te fuiste después de lo que pasó conmigo.

—De hecho, me fui dos semanas más tarde de lo que ocurrió aquella vez. Tú te fuiste del hospital y yo me fui de la ciudad.

Paola no dice nada, se queda con la mirada perdida en la nada, otra vez.

—¿Qué pasa? —pregunto, apretando un poco su mano.

—Nada, solo recordaba.

—No quiero que te pongas triste.

—No me pongo triste, solo recordaba, ya te lo dije.

Su respuesta, un tanto brusca, me descoloca. No quiero que se ponga triste, tampoco que se enoje o desconfíe de mí, aunque dadas las circunstancias, está en todo su derecho.

Ella sigue con sus ojos apuntando a la nada. Mientras, yo medito en el cambio que ha tenido estos tres años, no solo en lo físico, también en lo psicológico y en su entorno. De vivir en una mansión de lujo en lo más exclusivo de la capital, ahora vive en una casa básica entregada por el Estado, donde living, cocina y comedor es una sola cosa y el baño está incluido en el mismo espacio de cuatro por cuatro. En su antigua casa, ese era el tamaño de su dormitorio. El barrio no es malo, al contrario, es un sector muy bien cotizado de clase media, pero los vecinos de Paola ya no son grandes empresarios o políticos, ahora son gente común y corriente y, aunque Paola diga que en ese tiempo se creía el cuento de fama y poder, era una chica dulce e inocente, hoy, por el contrario, se la ve más dura, más amargada y yo quisiera quitar esa amargura de sus ojos y labios, quisiera devolverle la sonrisa espontánea, la de verdad. Agradezco que la mesa sea pequeña pues con solo extender mi mano libre puedo acariciar la mejilla femenina.

—Eres muy valiente, Paola —expreso con sinceridad, sin querer la sorprender, pues da un respingo.

—¿Yo? Soy lo más cobarde que hay —reniega.

—No cualquiera sale adelante después de una situación como la que tú viviste.

—No ha sido fácil.

—No digo que sea lo contrario, pero has sabido salir adelante, has luchado.

—A veces he querido morirme.

—Lo sé, pero no lo has hecho, aquí estás y juntos daremos la pelea, ¿me oíste? —Aprieto más su mano para transmitirle seguridad—. Si hemos llegado hasta este punto, no nos echaremos para atrás ahora.

—Claro que no, ahora menos que nunca, recuperaremos a nuestros hijos —asegura ella con una firmeza que me enorgullece.

Me levanto de la mesa sin soltar su mano y la levanto conmigo. La abrazo a mi pecho, queda justo bajo mi mentón y eso me agrada, siento que está hecha a mi medida.

—Por ti, por mí, por ellos, no decaeremos, seguiremos luchando hasta el final, aunque sea lo último que hagamos, ¿prometido?

—No me estás engañando, ¿verdad?

—Jamás lo haría —respondo con sinceridad.

—Entonces, te lo prometo.

Alza su rostro y se entrega a un beso pasional y dulce.

&&&&&

Quiero creer en Camilo, Dios sabe que sí, y debo reconocer que él hace un muy buen trabajo convenciéndome.

Camino al supermercado, que me queda a solo tres cuadras de mi casa, puedo percatarme que no solo estaban molestando en mi casa, también en todo el barrio. Incluso, una vecina trata de calmar a su hijo pequeño que quiere salir corriendo y ella le indica que no puede, que están los policías por ahí y que anda un delincuente muy peligroso. Yo sonrío. Supieran...

El supermercado está más lleno que otras veces. La gente está desesperada por comprar, como para luego esconderse y no salir por el "delincuente". De vuelta del supermercado, me detiene mi vecina.

—Cúidense mucho, dígame a Camilo que recuerde todas mis lecciones, él siempre fue un muy buen aprendiz, muy aplicado, sabrá lo que debe hacer y usted, aunque dude en algún momento de sus decisiones, sígalo sin chistar, todo lo que él haga será por su bien y para su cuidado, aunque no lo parezca —me dice muy convencida.

—Está bien —yo contesto no tan convencida.

—Usted es una mujer sensata y estoy segura que así se comportará, porque a las mujeres histéricas, mandonas o caprichosas les va muy mal en este tipo de casos.

—No se preocupe, que no soy así.

—Mucho éxito en todo su camino de aquí en adelante, y no se olviden de venir a verme.

—Espero que muy pronto podamos volver con nuestros hijos.

—Eso espero yo también.

Nos sonreímos, quiero abrazarla, pero no puedo, sería muy extraño. Me despido con la mano y me voy a mi casa mientras la señora Berta sigue camino al supermercado.

—¿Cómo te fue? —me pregunta Camilo en cuanto cruzo la entrada.

—Bien, compré todo. Me encontré con la señora Berta.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que recordaras todas sus lecciones, que siempre fuiste un muy buen aprendiz, muy aplicado, que ibas a saber qué hacer, y que yo debo obedecerte en todo.

Camilo sonríe con picardía.

—¿En todo?

—Eso dijo ella, que aunque dudara en algún minuto de lo que hacías, yo debía confiar y obedecerte sin chistar.

—Mmm... —Me mira malévolamente—. ¿Y si te dijera que tienes que subir ahora y quitarte la ropa de inmediato?

—¿Eso me puede salvar la vida? —interrogo coqueta—. Porque mi vecina me dijo que tú me ibas a cuidar.

Se acerca a mí y me abraza de la cintura. Pero está serio, no tiene la picardía de hace un segundo. Apoya su frente en la mía.

—No, Paola, hacer el amor conmigo no salvará tu vida, pero sí puede salvar la mía.

—¿Cómo así?

—Estaba muriendo por dentro y solo tú has logrado revivirme.

—Entonces... Somos dos —susurro apenas, yo también siento lo mismo aunque sea imposible, mal que mal, acabo de conocerlo, de volver a verlo. No lo conozco, no sé cómo es.

—Tres años pensándote, soñándote, viéndote como una ilusión... Paola... Fuiste la luz que mantuvo mi vida con sentido, porque mi anhelo era devolverte todo lo que habías perdido y devolverte no solo a tus hijos, sino la ilusión y la felicidad.

No sé qué decir. Yo también soñé muchas veces con él, pero no sueños agradables, precisamente. Aunque, si soy sincera conmigo misma, siempre, en cada uno de mis sueños, él llegaba al rescate, diciéndome que todo estaría bien que mis hijos estaban bien y que pronto los iríamos a buscar. Sueños ilusos que nunca llegaron.

—No sé a quién agradecerle el haberte reencontrado, el haber venido a dar justo aquí, el que estés a mi lado. Dos días y siento como si estuviésemos juntos desde siempre.

Yo sigo sin saber qué decir.

—Te juro que si no fuera ateo... —baja la cara, lleno de culpa.

—Yo creía en Dios, pero después de todo lo que pasó, dejé de creer —logro articular sintiendo en la boca del estómago el nudo del rencor.

—Yo dejé de creer cuando murió mi papá, no entendí cómo Dios podía permitir que muriera una persona inocente, un hombre intachable... Mi mamá siempre quiso hacerme entender, pero nunca lo logró, así que prepárate, porque ella no dejará de decirte lo bueno que es Dios.

—Tal vez sea bueno escucharla.

—¿Crees tú?

—No lo sé, yo solo digo, en una de esas... nos da la paz que no tenemos, ¿o no?

—Eso dice ella. Dice que cuando uno está en paz con Dios, está en paz con el mundo y sobre todo con nosotros mismos.

—¿No me odiará?

—¿Odiarte? ¿Por qué?

—No sé, en cierto modo por mi culpa estás en esto. Y si sabe que tú y yo...

—No, ella es muy respetuosa del espacio ajeno, y del mío. Nunca intervino con mi ex mujer. No creo que lo haga contigo.

—Espero caerle bien.

—Ten por seguro que sí. Te adorará.

Me echo a reír.

—¿Qué pasa? —pregunta él confundido, pero con una sonrisa en sus labios.

—Es que estamos hablando como si nos fuéramos a casar o algo así.

—¿Te parece gracioso eso?

—Me parece gracioso que hablemos como si lleváramos tiempo saliendo y...

—Y no es así.

—¡No! Ni siquiera esperábamos volver a vernos y tampoco es que hayamos pensado alguna vez en tener algo a futuro.

Camilo se puso serio.

—Tal vez tú no, pero yo nunca pude sacarte de mi cabeza.

—Pero no para estar conmigo.

—Te idealicé, me imaginé estar contigo, haberte conocido de una manera distinta, soñaba que te encontraba y no me odiabas...

—No te odio.

—No, pero no puedes negar que todavía sientes, dentro de ti, el resentimiento de aquel día y una cierta cuota de desconfianza.

Trago saliva con incomodidad.

—Camilo... —No sé cómo excusarme.

—No, no. —Me toma de ambos hombros con fuerza, pero sin violencia—. Está bien, es lo que es. Yo te hice daño, y mucho; también sé que Rolando te puso en mi contra; también me has entregado mucho, cosas que no merezco; que las soñé, sí, que las anhelaba, también, pero te juro que jamás creí que pudieran hacerse realidad, menos tan pronto. No, Paola, no tienes que disculparte de nada.

—Yo...

Yo quisiera confesar lo que siento, sin embargo, no me atrevo.

—No digas nada si no quieres. Sé que no todo es color de rosa, ojalá lo fuera. También estoy seguro que lo de anoche pasó porque estábamos solos, no solo en esta casa, sino que emocionalmente llevábamos demasiado tiempo solos; la adrenalina de ser descubiertos también jugó a mi favor; el evocar cosas del pasado... Todo se alineó para que tú y yo... —Me besa en la frente—. Pero yo quiero más, más que lo de anoche, más que esto, más que el simple hecho de jugar al síndrome de Estocolmo.

—Esto no es un juego y no tengo síndrome de Estocolmo —replico molesta.

El detective sonrío con amargura, con su rostro pegado al mío.

—Cuando seamos libres, cuando tú estés libre, con tus hijos, sin la sombra de tu ex marido y yo sea un hombre más en tu vida, no un agente que huye de la policía, no un policía, cuando solo sea un hombre, con virtudes y defectos, entonces, solo entonces, podrás decidir libremente.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que me muero por hacer el amor contigo, que me muero por tenerte en mis brazos y verte dormir, que me muero por ir de compras contigo, caminar de la mano, ver jugar a nuestros hijos en una plaza, que tú y mi mamá se coludan en mi contra o para darme alguna sorpresa... Quiero todo de ti, Paola, pero lo quiero como algo limpio, como algo verdadero y no porque no tuviste más elección o... No sé, no sé...

Entonces coloco mis dos manos sobre sus mejillas.

—Siento rabia por lo que pasó, por mis hijos, por la forma en la que se los llevaron, pero ¿sabes qué? Tú volviste, tú me pediste perdón, lloraste por mí y conmigo. Estoy consciente que no recuerdo muchas cosas de cuando volviste por mí, pero sí recuerdo tu llanto, tu arrepentimiento, tu verdadera preocupación. Y eso que en ese momento no me conocías. También sé que seguiste preguntando por mí las dos semanas que estuve en el hospital, pendiente de mi avance.

—Ni tanto, si no me di cuenta que te iban a dar el alta.

—Yo la pedí, yo tuve que firmar un documento donde eximía de cualquier responsabilidad al hospital de lo que me pudiera pasar. El doctor no me iba a dejar ir todavía. Estaba bien, sí, pero él quería tenerme en control más tiempo.

—Ahora ya me quitaste un peso de encima, siempre creí que te habían dado el alta y te habías tenido que ir sola, que yo no estuve para cuidarte, para ayudarte.

—Yo no quería que estuvieras.

Él iba a bajar la cabeza, sin embargo, se la retengo con suavidad.

—Sé también que me visitabas de noche.

Camilo abre la boca para hablar, pero la cierra sin decir nada, notoriamente contrariado.

—Yo no estaba segura. —Le sonrío—. Ahora sí.

—Me quedaba horas contigo —comienza a explicar—, te veía dormir, a ratos te desesperabas, soñabas, y yo intentaba calmarte, te hablaba despacio para que no despertaras, te decía que todo iba a estar bien, que tus hijos estaban bien y que pronto iríamos por ellos. Fue entonces que me prometí que te los devolvería.

Me quedo de piedra. No sé qué decir. Ese ha sido mi sueño repetido estos tres años y ahora me confirma que no fueron solo sueños.

—Te juro que aunque sea lo último que haga, te devolveré a tus hijos.

Sus ojos confirman la promesa de sus palabras. Me pongo en punta de pies para alcanzar sus labios con los míos.

Nos besamos con dulzura, pero pronto se convierte en algo más y subimos, ambos nos necesitamos.

Nos acostamos y él me queda mirando unos segundos con sus ojos que arden con la pasión.

—No merezco tanto —susurra justo antes de besarme con pasión y ternura.

Capítulo 7

Peligro

Cerca de las doce de la noche, nos disponemos a dormir. Mis amigos me dijeron que nos pasarían a buscar a las cuatro de la mañana. Eso nos deja unas cuantas horas para descansar luego del día y la noche tan desagradable que habíamos pasado. Paola se derritió en la cama y ahora duerme a saltos. Yo la cubro con el cobertor y le doy un beso en el cabello. Es una mujer de la que cualquier hombre se sentiría orgulloso de tener a su lado. Me acuesto y la abrazo. Ella se acomoda en mi pecho y susurra mi nombre.

Puedo dormir tranquilo.

Me despierto a las tres y media y despierto a Paola. Nos vestimos sin prisa. Tomamos un café y, como dejamos todo listo, podemos estar relajados. Salimos de la casa, sigilosos, y nos subimos a la Van que nos llevará lejos de aquí.

Paola está asustada. Se aferra a mi pecho y su mano aprieta mi camisa. Yo la acojo en mis brazos, protector.

—Duerme, descansa —le digo con suavidad.

—¿Sí?

—Sí, duerme, tenemos al menos un par de horas de camino todavía.

No contesta, solo se acomoda un poco más en mi pecho y se duerme casi enseguida.

El silencio reina en el vehículo, nadie habla, nadie dice nada. Debo confesar que el silencio me agrada, puedo pensar en lo que he de hacer y cómo.

—Tu madre se fue al refugio —habla Raúl de la nada.

—¿Qué? —consulto sin entender.

—Tu mamá en cuanto se enteró de todo quiso ir a la cabaña. No te quiere dejar solo.

—Pero yo no estaré solo. ¿Sabe de Paola?

—Sí, se lo dijimos todo, sabes cómo es tu mamá.

—Yo no me quedaré en la cabaña mucho tiempo.

—¿Cómo así?

—No, yo debo irme, necesito recopilar más pruebas para terminar de hundir a esos tipos.

—Pero es peligroso que aparezcas ahora —interviene José Miguel.

—Lo sé, pero no puedo seguir esperando, ustedes saben que hay mucho en juego.

—Lo sabemos, pero este operativo no habrá servido de nada si te encuentran y te matan —replica

Diego.

—¿Qué quieren que haga?

—Quédate en la cabaña al menos una o dos semanas hasta que todo decante —sugiere José Miguel.

—No sé, quiero que todo esto termine pronto.

—Arriesgándote no sacarás nada —espeta Raúl.

Yo termino aceptando la sugerencia de los amigos de mi padre; a regañadientes, a pesar de saber que ellos tienen razón.

Pasadas las seis de la mañana, el vehículo en el que escapamos, se detiene fuera de la casa de mi mamá, a los pies de la cordillera.

—¿Dónde estamos aquí? —consulta Paola al abrir los ojos.

—Es la casa de mi mamá, aquí estarás segura.

—¿No le molestará recibirme?

—No, ella ya lo sabe. De hecho conoce toda la historia.

—¿Sabe que tú y yo...?

—No, esa parte no —respondo avergonzado.

—Mejor así.

—¿Por?

—Porque así no es mi suegra.

—Todavía. —Sonrío maquiavélico.

—Todavía —admite ella de igual modo.

Bajamos mientras mis amigos y cómplices sacan nuestras cosas del vehículo. Hecho eso, nos despedimos y ellos se van. Miro a Paola, ella me devuelve la mirada con susto, estamos nerviosos. Y se nota. No es lo mismo enfrentar a diez delincuentes que a la mamá de uno.

Entramos y mi mamá está terminando de sacar unos panes del horno de barro que hay dentro de la casa.

—Hola, mamita —la saludo con alegría, en realidad, estoy feliz de verla.

—Hola, hijo —me responde y se acerca para darme un gran abrazo—. Tenía tanto miedo por ti, ¿estás bien?

—Sí, mami, sí —contesto con vergüenza, el gusto de las madres de dejar mal a los hijos al tratarnos como bebés.

—Ella es Paola —presento a mi invitada.

—Hola, hija, espero que te sientas muy cómoda aquí el tiempo que te quedas.

—Gracias —contesta Paola algo cohibida.

—No hay de qué, mi esposo estaría muy orgulloso de los esfuerzos de mi hijo por reparar todo el

daño que hizo, aunque haya sido sin querer.

—Me imagino —afirma; la noto algo incómoda, extraña—. Camilo es un hombre íntegro y eso es gracias a la familia que tiene.

Mi madre sonrío de un modo extraño, esa mirada la conozco y sé que en su mente ya armó la historia. No por nada ha vivido toda su vida rodeada de detectives y, por ser madre y mujer, tiene un sexto sentido muy desarrollado.

Tomamos desayuno entre conversaciones de los últimos acontecimientos, cuidando de no decir lo que había pasado entre nosotros. Mi madre nos escucha atenta, interviniendo con alguna pregunta cuando no entiende algo, pero al ver que no contamos lo más importante para ella como madre, decide tomar la iniciativa con la sinceridad que la caracteriza.

—¿Cuándo me van a contar que están juntos? —interroga sin enojo.

—¡Mamá!

—¿Me lo van a negar? —insiste, segura de su apreciación.

—Señora Giselle, yo... —comienza a decir Paola, con sus mejillas que pasan del rojo al blanco en cosa de segundos.

—A ver, no me malinterpreten, si ustedes están juntos, yo soy la más feliz, creo que tú puedes hacer feliz a mi hijo y sé que él va a estar para ti siempre, pero yo soy tu mamá, Camilo, y tengo derecho a saber a quién recibo en mi casa, si es tu novia...

—No, mamá, no es mi novia, estamos juntos, pero ha sido todo muy rápido y no sé, creo que es muy pronto...

—Pronto para enamorarte, para adquirir un compromiso, pero no para acostarte con ella —me reprocha, ahora sí con algo de enfado en su voz.

—Mamá...

—Me conoces, hijo, yo no tengo pelos en la lengua. No entiendo a los jóvenes, se admiran si alguien se enamora a primera vista, si se gustan y quieren estar con esa persona el resto de la vida, pero no tienen ni un tapujo en acostarse a los diez minutos de conocerse. Si ustedes están juntos, bien, me alegro por ustedes, pero ninguno de los dos es un niño que no sabe lo que quiere. Ahora si es solo calentura...

—No es eso, señora —niega Paola con algo de tristeza.

—Mamá, por favor.

—No estoy recriminando que estén juntos, les estoy diciendo que si es solo un juego, deben tener cuidado, esto que están viviendo no es una travesura y ambos pueden perder mucho si es solo un juego.

Paola baja la cabeza, mi mamá se está pasando de la raya. No puede tratarla así u obligarla a que sienta cosas por mí. Yo tengo muy claro mis sentimientos, no son de ayer o anteayer, vienen de mucho tiempo atrás, pero también es muy claro que las cosas no son iguales para ella.

—Mamá, tú sabes lo que yo pienso de esto, por favor, deja de molestar a Paola.

—Su hijo me enamoró hace tres años, señora —confiesa con celeridad, sorprendiéndome—, si yo

me fui del hospital lo hice por huir de lo que estaba sintiendo. Las noches que estuvo a mi lado sentí cosas que nunca había sentido ni con el padre de mis hijos, por muy enamorada que estuve de él. Lo de su hijo fue distinto, porque con él, a pesar de todo, me sentía segura, no solo en lo físico, sino en lo emocional, sabía, sé —corrige—, que él jamás me dejará sola, mucho menos me pondrá una mano encima.

—De eso puedes estar segura, porque el día que lo haga, me olvidaré que es un hombre adulto y que es más alto y más fuerte que yo —se burla mi madre con la sonrisa pegada a su cara.

—Sabes que no lo haría —replico intentando contener mi alegría—. Mi miedo por tu chancla es mayor.

—Lo sé, mi puntería con la chancla es perfecta —afirma contenta.

La abrazo, ambos somos muy unidos, sobre todo desde que murió mi padre y quedamos solos, pues mi hermano estaba lejos.

Paola nos observa detenidamente y me pongo nervioso. Mi madre lo nota y se aparta. Se dirige a la cocina por más agua caliente para el café.

—Se quieren mucho —comenta mi chica.

—Sí, la verdad es que sí.

—Eso es bueno, no todos los padres se llevan bien con sus hijos.

—Tienes razón. Y no conoces a mi hermano, él es mucho más mamón que yo.

—¿Tienes un hermano?

Mi mamá vuelve al comedor y yo no contesto a la pregunta de Paola.

—¿Tienen sueño? —nos pregunta mi mamá en tanto nos sirve otro café.

—Yo estoy un poco cansado, anoche no dormimos mucho.

—Yo dormí todo el camino —reconoce con timidez mi ahora novia.

—Pueden ir a dormir, si quieren, para que descansen —ofrece mi mamá.

Después del desayuno, me tiro a la cama. Estoy cansado, agotado, y necesito pensar en mis próximos pasos. Sé que todo está muy mal como para salir en este momento a seguir buscando pruebas. Pero tampoco puedo esperar demasiado. Los hijos de Paola deben ser devueltos a su madre.

Una llamada a mi celular me sorprende.

—Aló —contesto extrañado, es un número desconocido.

—Si quieres recuperar a tu hijo, deja la investigación de corrupción —dice una voz que no logro identificar.

—¿Qué dice?

—Ya me escuchaste, hay demasiado en juego para seguir preocupándonos de ti, si quieres volver a ver a tu hijo con vida, deja esta estupidez y haz que Paola vuelva a su casa.

—No lo voy a hacer.

—¡El niño! —grita ante el teléfono, pero no se dirige a mí.

—¡Papi, papi! —Oigo a mi hijo sollozar.

—¡Déjenlo! Él no tiene nada que ver en esto —adviento, a pesar de saber que no tengo el control.

—Eso depende de ti. Deja esto y devuélvenos a Paola, si no, tu hijo pagará las consecuencias.

Y corta el teléfono sin esperar respuesta.

¡Mierda! Ahora, ¿qué hago?

Dejar ir a Paola no está en mis planes. Perder a mi hijo, tampoco.

Tendré que salir antes de tiempo de mi escondite. Al diablo el descanso.

Salgo afuera, donde mi mamá y mi novia toman el abrigado sol de la mañana. Al acercarme, escucho la conversación que tienen, era de esperar que mi mamá le hablara de Dios a su nuera.

—A usted le mataron a su esposo, ¿qué puede haber de bueno en eso? —dice, enojada, Paola.

—Hay muchas cosas que al parecer no tiene nada de bueno, de hecho, no puedo decir que la muerte de mi esposo tenga algo bueno, pero ¿sabes?, la muerte de mi esposo me hizo ser más fuerte, mi hijo me necesitaba, Camilo apenas era un adolescente y mi hijo mayor estaba en el extranjero cumpliendo una misión de incógnito, ni siquiera pudo venir a enterrar a su padre. Yo no podía echarme a morir, tal vez, ahora tú lo veas todo negro, pero debes admitir que algo debió cambiar en tu vida, para mejor, después de lo malo que has vivido. Y aunque no se saque nada bueno, ten en cuenta que, de todas maneras, las cosas pueden terminar mejor de lo que pensabas que podían ser.

—¿Y qué tiene que ver Dios en eso?

—Dios es quien puede dar la fortaleza para superar los problemas, por más negros que parezcan.

—A mí no me ha dado nada de fortaleza.

—¿Estás segura? Según me dijo Camilo, quisiste matarte ese mismo día y él llegó justo antes que fuera demasiado tarde. ¿Quién dice que no fue Dios quien intervino para que él llegara a tiempo?

Paola agacha la mirada, quiero intervenir, pero no me atrevo.

—Debió dejarme morir.

—¿Estás segura de lo que dices?

No hay contestación. Adelanto dos pasos, la voz de mi madre impide que pueda intervenir.

—Si eso hubiera sido así, ¿qué sería de tus hijos? Tu ex esposo irá a la cárcel, no hay más familia, y aunque la hubiera, ¿crees que ellos querrían estar con gente desconocida? Tú eres su madre, seguramente tienen muchas ganas de volver contigo. Si estuvieras muerta, ellos no tendrían donde ir.

A Paola se le llenan los ojos de lágrimas. El corazón se me encoge.

Me acerco más y me detengo ante ellas.

—Me tengo que ir —anuncio sin más.

—¿Qué? Pero... Pero se suponía que no te irías —replica Paola.

—¿Pasó algo malo? —me interroga mi madre.

Dudo entre decirles o no. Opto por lo primero. Necesito que ambas sepan lo que ocurre, así.

sabrán a qué atenerse. Me siento en un sillón frente a ellas, no sé cómo empezar. ¿Cómo le digo a mi madre que su nieto está en peligro? ¿Cómo le digo a la mujer que amo que la vida de mi hijo depende de la suya? ¿Cómo puedo decidir entre una y otro si quiero a ambos conmigo?

Cierro los ojos. Quisiera que esto fuera una pesadilla, pero no lo es.

Abro los ojos y mi mirada va de la una a la otra. Ellas esperan. Debo hablar.

—Acabo de recibir una llamada... —comienzo a decir.

Segunda Parte

Capítulo 8

Corrupción

—¡Quiero a mi mujer de vuelta en la ciudad a como dé lugar! —amenaza Bernardo Echeverría a sus hombres.

—Ella volverá, señor —responde con tranquilidad el guardaespaldas, Markus, con su gruesa voz.

—Yo la quiero ¡ahora! —se exaspera.

—Estuvo sin saber de ella por tres largos años, ¿y ahora no puede esperar un poco más? Solo un poco...

—Sí, no supe de ella por tres largos y malditos años y ya no quiero seguir esperando. Quiero que la traigas, ¡ya!

—Yo no hago milagros, señor —replica el enorme hombre con cierta molestia.

—¡Pues comienza a hacerlos!

Bernardo se levanta y golpea la mesa. Markus, hombre de gran estatura y descomunal talla, se yergue, ya suficiente ha aguantado los desplantes de su jefe, que muy patrón puede ser, pero a él, nadie, ni el rey del mundo, lo grita.

—La quiero de vuelta conmigo.

—¿Para qué? ¿Para seguirla golpeando? ¿Para seguirla violando?

—No me faltes el respeto, Markus.

—Y usted no me vuelva a gritar, recuerde que trabajo para usted, pero no soy un monigote como sus otros súbditos. Yo no soy su esclavo y así como mato y escondo los cadáveres por usted, puedo hacer lo mismo... *con* usted.

—¿Me estás amenazando?

—Yo no amenazo, señor, no necesito hacerlo.

—Lo que haga yo con mi mujer no es de tu incumbencia.

—Si usted lo dice...

—Lo digo y lo afirmo. Ahora, quiero que la traigas de vuelta, ¡ya!

Markus observa a su jefe con fijeza, sin expresión, como si fuera una enorme estatua de marfil.

—¿Puedes hacerlo? —consulta el jefe, incómodo con la insistente mirada de su empleado.

—Haré lo que pueda, señor.

Markus sale de la oficina de Echeverría con la furia exudando furia por todos los poros. Sus narices aletean con la entrecortada respiración.

—Cálmate, Markus —le dice su compañero, Rob, mientras lo sigue en el pasillo.

—No me calmo nada —responde sin detenerse.

—Aprovecha esa ira para algo productivo, ¿qué haremos para recuperar a esa mujer?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Nada. No traeremos a Paola Donoso de vuelta con ese imbécil.

—Pero el jefe...

—El jefe, nada. Yo doy las órdenes aquí.

—¿Entonces no le va a entregar a esa mujer ahora?

—Ni ahora ni nunca.

&&&&&

—Rolando, no puedo creer que tengas la desfachatez de venir a mi casa y sobre todo para preguntarme por mi vecina —reprocha Berta Durán a su ex alumno.

—Usted la conoce, usted habla con ella, usted debe saber dónde está —responde el hombre.

—Pues no, no sé, no tengo idea de adónde se fue, pero no me extrañaría nada que se haya ido después de tu acoso.

—Yo solo cumplía con mi deber.

—La tuviste vigilada todo el tiempo, desde que descubriste quién era.

—No todo el tiempo si se fue y ni me enteré. ¿Se fue con Camilo?

—¡Y yo qué voy a saber! No lo creo, tú mismo pudiste comprobar que él no estaba en la casa.

—Yo creo que sí estaba, solo que no supimos buscar, seguro esa mujer lo escondió muy bien. Esa mujer es un demonio.

—¿Y dónde lo iba a esconder? Paola ni siquiera ha agrandado la casa, no es que tuviera mucho espacio para esconder a alguien.

—Y si no se fue con él, ¿con quién?

—¿No pudo irse sola?

—No, esa mujer no puede hacer nada sola. Y si no fue Camilo, alguien la está ayudando. Yo creo que él siempre supo dónde estaba ella y ahora solo se juntaron.

—¿Por qué no puede hacer algo sola? Desde que llegó aquí ha vivido sola, sin ayuda, ¿por qué no

se pudo ir sin ayuda?

—Porque fue al supermercado y sola no lo habría necesitado. Estoy seguro que esa mujer arrastró a Camilo con ella.

—¿Ella?

—O Camilo se la llevó a su refugio. Usted sabe dónde queda ese dichoso lugar, ¿verdad?

—Mira, Meneses, si se fue sola, con Camilo o con quien sea, yo no tengo idea y me parece de muy mal gusto que vengas a mi casa justamente a preguntar, cuando por tu culpa yo perdí mi empleo y me tuve que jubilar antes de tiempo.

—No quiso entrar al negocio y su presencia se volvió un riesgo.

—Como el padre de Camilo, tu amigo.

—Hubiera terminado igual que él, ¿me va a decir que prefería morir? Le hice un favor al hacer que la despidieran.

—Claro, ahora debo agradecer que estés metido en la mierda. Debiste desenmascararlo.

—No podía, no puedo, los de arriba nos pueden hacer caer a todos.

—A todos no, a los que se dejaron convencer con el dinero fácil, olvidando su juramento.

—No vine a discutir con usted, Berta, si no me quiere ayudar, puedo acusarla de traición a la patria.

Berta se larga a reír con amargura.

—¿Traición a la patria? ¿Tú? ¿Con qué cara, Meneses?

El oficial no responde, se da la media vuelta y se va. Desde hacía una semana que buscaban infructuosamente a Paola y a Camilo, sin embargo, ninguno de los dos había aparecido. Parecía que se los había tragado la tierra.

&&&&&

—¿No ha aparecido Paola? —interroga un hombre de unos cincuenta años a sus empleados.

—No, señor.

—Quiero que busquen el punto débil de ese hombre.

—Solo tenemos al niño, señor.

El hombre resopla.

—No creo que le quiera hacer daño al niño, es casi un bebé.

—Camilo no ha aparecido ni siquiera por su hijo, no le interesa.

—No debió mezclar el tema de su hija con el de la corrupción que él persigue, quizás piensa que fue Bernardo Echeverría y por eso no la ha entregado, señor, mal que mal, si alguien lastimó a su hija, ese fue el desgraciado de su yerno.

—Y pagaré, Kyle, ahora que estoy de regreso en el país, todas las cosas se van a poner en orden. Llama a Serena.

El llamado Kyle sale de la biblioteca y se dirige a una de las habitaciones donde sabe encontrará a Serena, la hermana de su jefe.

—¿Necesita otra vez de mí? —pregunta la distinguida mujer en cuanto ve al guardia.

—Así es, señora.

La mujer asiente con la cabeza y avanza con paso lento hacia la escalera, ceremoniosa, como si fuera todo un evento. Kyle la observa irse, no le gusta lo que hace su jefe con su hermana, aunque debe admitir que si una cualidad sobresale de ella es su gran fortaleza.

Kyle echa a andar tras la mujer de plateado cabello natural, figura menuda y gestos tranquilos y altivos. Por lo general, como hoy, viste de blanco, sin embargo, en ciertas ocasiones, lo hace de negro.

La mujer se vuelve hacia Kyle antes de tocar a la puerta.

—Será mejor que se quede afuera, no será agradable —indica al hombre.

—¿Se enfrentará sola a él? —se asusta el guardia.

Serena sonrío tímida.

—No se preocupe por mí, Kyle, estaré bien, mi hermano no me lastimará. Puede parecer duro, pero está desesperado, no tiene el control y a él no le agrada eso. Todo estará bien. Siempre ha sido igual.

El hombre da un solo asentimiento con la cabeza y la mujer, luego de dar dos suaves golpes a la puerta, entra a ver a su hermano. Sabe lo que él quiere y lo que espera, como también sabe que no puede dárselo.

&&&&&

—Señora Giselle, ha pasado mucho tiempo desde que Camilo se fue y no hemos sabido nada de él. Tengo miedo. Tal vez debí entregarme —confiesa Paola a su suegra.

—Yo también estoy preocupada por mi hijo, Paola, pero desesperarnos no nos va a llevar a ninguna parte. Si no se ha comunicado es porque no ha podido.

—¿Y si le pasó algo?

—Ya lo sabríamos, nos habría avisado.

—¿Y si lo secuestraron? Mi ex marido sería capaz de eso y mucho más.

—Paola, así como hay infiltrados en la policía, los hay en la banda de Bernardo, si algo así hubiese ocurrido, ya nos habrían avisado. Por favor no llores a desgracias.

—Tengo miedo.

—Lo sé, querida, y no nos queda más que pedirle a Dios que estén bien y que se solucione pronto esto.

—Pídale usted, que a usted si la escucha.

—A todos nos oye —afirma con dulzura la madre.

—Pero no a todos nos hace caso, al contrario, parece que cuando yo le pido, todo me sale al revés.

—Quizás pides mal, o pides cosas que te harían más mal que bien.

Paola frunce los labios, ella no cree que Dios la escuche, no obstante, no puede negar que su suegra tiene una fe inquebrantable y que siempre consigue lo que quiere. Espera que esta vez, con su hijo Camilo, también funcione su fe.

&&&&&

Camilo sube aprisa al entretecho de la oficina de Echeverría y cierra los ojos, siente que es el fin. Lleva dos semanas investigando, siguiendo cada paso de Bernardo y no ha conseguido nada, es como si todas las pruebas, documentos y sicarios, se los hubiera llevado el viento. Rolando no anda en circulación tampoco. Según le dijeron, se fue de vacaciones fuera del país.

—Bien, hermanito, ¿cuánto crees que se demoren en encontrarte aquí?

—¡Rubén! ¿Qué haces aquí?

—Hasta Ámsterdam llegaron las noticias del valiente policía que pretende desenmascarar a los corruptos oficiales de la policía chilena, donde no solo caerán uniformados, sino también políticos y empresarios, entre ellos, el ex de tu novia.

—¿Todo eso se sabe?

—Con lujo de detalles, hermanito —asegura, divertido.

—¿Cómo diste conmigo?

—Estoy de infiltrado en un grupo de políticos que no quiere que esto se descubra. Están muy relacionados con tu rival.

—Tienen a mi hijo, Rubén, y temo que ya...

—¿A Bastián? No, no lo tienen.

—¿Estás seguro? Me llamaron y me amenazaron con él, si no les entregaba a Paola y dejaba la investigación, mi hijo pagaría las consecuencias.

—O te engañaron, hermanito, o lo tiene otro grupo.

—¿Otro grupo?

—Esto es una telaraña, Camilo, lo que tú has visto es solo una parte de las redes que conforman esta corrupción, que no es solo de amor al poder. Hay más de un grupo interesado en ti y en Paola.

—¿Qué tiene que ver Paola en todo esto? Si no es Echeverría ¿quién la quiere de vuelta?

Rubén alza las cejas en un gesto de no tener la respuesta a esa pregunta.

—¿Y las pruebas que faltan? —continúa Camilo—. Desaparecieron todas y eran las más importantes. Creo que esto es el fin, Rubén.

—¿El fin? ¿Estás loco? —se burla sin malicia el hermano—. Yo acabo de llegar. Esto, mi querido hermanito, está recién comenzando.

—¿Y mi hijo?

—Averiguaré entre mis contactos, sabes que no permitiré que le hagan daño a mi sobrino.

—Lo sé.

—Y luego, tú y yo, vamos a hacer caer esta mierda. ¡Serás un héroe, hermanito!

—Seremos.

—No, yo vivo en las sombras y así seguiré. Aquí, el único héroe, serás tú.

—Yo no quiero ser un héroe, solo quiero salir con vida de esta, rescatar a mi hijo, recuperar a los hijos de Paola y casarme con ella.

—No quieres nada —se vuelve a burlar.

Camilo lo mira con miedo en sus ojos.

—Tranquilo, hermanito —lo calma Rubén poniendo una mano sobre su hombro, con seriedad—, todo saldrá bien, aquí estoy para ayudarte. Lo haremos juntos.

—Gracias, hermano.

—Ahora, vete, que pronto llegarán los otros y si te ven aquí, te matan. Y como yo no lo permitiré, todo se nos va a ir a las pailas.

—Nos vemos, hermano —se despide Camilo.

—Nos vemos.

Camilo sale por el ducto de la ventilación, tal como entró. En tanto, su hermano vuelve con los hombres, con los que se supone trabaja, y les indica que no encontró a nadie en lo que fue a revisar el lugar.

—Siendo así —expone un diputado de la nación—, podemos hablar de negocios.

—Claro, señor diputado, hay que dejar ciertas cosas claras, con las cosas como están, no podemos dejar nada al azar y debemos cubrir nuestras espaldas.

—Si ustedes nos aseguran la libre entrada de la droga al país, nosotros no solo les cubriremos las espaldas, también aseguraremos sus respectivos pagos y, al ser esta carga superior a las otras, el dinero también es mayor.

El uniformado que les acompaña asiente con la cabeza y Bernardo Echeverría sonríe satisfecho. Rubén solo está de pie detrás del diputado, grabando la conversación y sacando fotos con dispositivos que ni se imaginan que existen.

—Mañana llegará un barco que desembarcará en Arica, desde allí debe ser distribuido una parte a Antofagasta y el resto me debe llegar a mí —indica el político—, el trabajo de ustedes será "no supervisar" la carga, dejarle el libre paso para que llegue a destino sin novedad.

—Ningún problema, señor diputado.

—Y el jueves sale de aquí un camión con otro tipo de mercancía —continúa el diputado.

—¿Qué tipo de mercancía?

—Niños. Mujeres y niños, pero en su mayoría niños.

—¿Trata de blancas, señor? —pregunta, extrañado, el oficial.

—Así es, ¿algún problema con eso?

—No, señor.

—Bernardo, si me trajiste a un oficial que no está de acuerdo...

—No hay problema, diputado, el oficial es de mi confianza.

—Prefería a Meneses, él no tiene tapujos ni moral.

—Es cierto, solo que ahora está fuera del país; como Espinoza le estaba pisando los talones, tuve que enviarlo fuera de circulación un tiempo.

—A ese Espinoza lo quiero muerto lo antes posible.

—Eso intentamos, el problema es que parece habérselo tragado la tierra.

—Bien, vigila a este oficial, no quiero que nos dé problemas si no está de acuerdo en lo que hacemos.

Markus, que se encuentra en las sombras atento a todo lo que ocurre, sale con un arma y apunta a la cabeza del uniformado.

—¿¡Qué?! ¡No! Yo no tengo problema con lo que hacen, solo que... Yo me haré cargo, nadie los detendrá ni revisará el cargamento, señores —asegura, temblando, el oficial.

—Bien, así me gusta —advierde Echeverría—. No quiero sorpresas. De todas maneras, señor

diputado, pasado mañana llega Meneses, así que lo tendremos para la descarga de la droga y el envío de la mercancía.

—Está bien. Espero que no haya ningún problema.

—Esperemos que así sea —asevera Bernardo con tono amenazante.

Capítulo 9

Sorpresas

Camilo presiona "Enviar" al texto que acaba de escribir. Es un escueto mensaje para hacerle saber a su madre y a su novia que se encuentra bien, a pesar de saber que puede que muy pronto ya no lo esté. Inmediatamente después de enviarlo, rompe el celular y lo tira en el techo de un camión que va rumbo al sur, cuando lo descubran, si lo descubren, estarán muy lejos el uno del otro.

Dos días han pasado desde que vio a su hermano. Las pruebas han ido apareciendo de a poco. Pruebas que acusan a Bernardo, pero también a otros, pues aunque Echeverría es un pez gordo, no es el más grande, hay otros que están muy por encima de él.

La carga que esperaban llegó sin novedad y su hermano fue el encargado de llevarla a su destino final. Ahora, agazapado en un container lejos de la acción, espera para ver la "mercancía" que llevarían fuera del país. Y es efectivo, tal como le informó su hermano, mujeres y niños son llevados como animales en un oscuro camión. Mientras aguarda, corrobora la información que tenía, con una nueva que había encontrado aquel mismo día y se da cuenta que, tal como había dicho su hermano, esto es una maraña mucho más grande de la que pudo imaginar, donde, al parecer, nadie está libre.

—Camilo Espinoza, ¡qué gusto verte, amigo!

El aludido queda de piedra al ver, frente a él, a Rolando Meneses.

—¿Y tú? —atina a decir, sorprendido—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—No lo sabía. Ando en busca de alguien que me pueda ayudar, ¿sabes?, tengo un camión que retirar y no puedo si no me dan el pase firmado, se suponía que estaba arreglado, pero al parecer, no.

Camilo, enfurecido por la hipocresía de su ex amigo y de no poder encontrar a su hijo, se lanza contra él y lo arrincona junto a la pared, ahorcándolo con su antebrazo.

—Esa mujer fue tu perdición, Camilo —habla Meneses casi sin voz—, lo supe desde el mismo instante que los vi. Éramos amigos, trabajamos siempre juntos, te quería como a un hermano. Te sigo queriendo.

Camilo suelta un poco su agarre y Rolando se termina de soltar, empujando a su otrora amigo.

—Debes salir de aquí, Camilo, si te encuentran, te matan. Tu cabeza tiene precio y uno muy alto, por lo demás.

—Quiero a mi hijo.

—¿Tu hijo? ¿Qué pasa con él?

—Ustedes lo tienen, me amenazaron...

—¡Jamás permitiría que le hicieran daño a Bastián! Me extraña que pienses que yo lo tengo con alguien de mi entorno. Sabes que hay códigos.

—Códigos que se pasaron por alto con los hijos de Paola... Y ahora.

—Paola era una mala madre. —Hace caso omiso al otro comentario.

—No lo era.

—Eso lo supimos después, tú y yo lo descubrimos juntos, ¿o se te olvida? Ya no podíamos hacer nada. Pensé que lo habrías aceptado, pero esa mujer te embrujó con no sé qué hechizo que ni los años te hicieron olvidarla.

—Si no lo tienes tú, ¿quién?

—No lo sé, intentaré averiguar, pero, Camilo, por favor, no sigas con este juego, es muy peligroso y ni Paola ni nadie merece que te arriesgues de esta forma. Si Bernardo te atrapa con vida, te torturará hasta la muerte, por haberle quitado a su esposa y por hurgar donde no debes.

—¿Cómo pudiste venderte, Rolando? Creí que eras honrado. ¡Tu padre murió por su Institución como un héroe! Si estuviera vivo...

—¡No te metas con mi padre! —Ahora es Rolando quien arrincona a Camilo y lo somete— Escúchame, Camilo, ¿nunca has oído aquello que a los amigos hay que tenerlos cerca y a los enemigos más cerca todavía? No me he vendido, pero haciendo lo que haces tú, arriesgas a demasiada gente.

—¿Estás de infiltrado?

Rolando suelta a su amigo y retrocede un par de pasos.

—Ándate, que si nos pillan aquí, tendré que matarte.

—Rolando...

—Prefiero hacerlo yo de una vez y no que te atrapen y te desuellen vivo.

Camilo no sabe si Rolando dice la verdad o no, de todas formas, le agradece en silencio, con solo un gesto. Su amigo le contesta con un gesto, pero un gesto de que se retire del lugar, lo cual Camilo hace de inmediato.

Rolando observa a su amigo hasta que desaparece de su vista. Saca su celular y hace una llamada.

&&&&&

—Necesito saber dónde está mi hija, sé que puedes encontrarla.

—Creí que para ti lo que yo hacía solo eran supercherías de ignorante.

—No tengo tiempo para tus boberías, Serena, dime dónde está.

Kurt y su hermana discuten en la habitación de esta última. Una vez más.

—Te dije hace dos semanas, hace una, ayer y antes de ayer que tú hija está en las mejores manos y

a salvo de cualquiera que quiera hacerle daño. Incluso de ti.

—¡No puedes decir eso!

—Lo digo porque es así. Tu hija no te conoce, no sabe nada de ti, ¿para qué quieres traerla a tu lado cuando tu imperio es tan firme como un castillo de naipes?

—Yo la quiero proteger, llevarla lejos de toda esta mierda.

—No seré yo quien te ayude a aquello. Ella no lo merece y tú no la mereces a ella.

Kurt Barkley alza la mano en un claro gesto de amenaza.

—No te atrevas, Kurt. Te he permitido que me retengas en contra de mi voluntad por el bien de mi nieto, no obstante eso, no pondrás ni una de tus sucias manos sobre mí.

—No me provoques, Serena.

—No, Kurt, no me provoques tú.

Los ojos de Serena expelen un brillo inusual que hace retroceder a su hermano.

—Tu hija volverá a ti cuando sea el momento, aún no lo es. No fuerces al destino, hermano, estoy cansada de repetirlo.

El hombre se sienta en el sofá y cierra sus ojos, con la cabeza gacha, demostrando el cansancio que lo domina.

—Calma, hermano, todo este asunto que te consume la energía se resolverá a su tiempo. Si apuras tus pasos, puede volverse contra ti y muchas personas pueden salir lastimadas. Incluida tu hija.

—Sé que esto se está desmoronando y no quiero que mi hija siga sufriendo, quiero reparar en algo el daño que he provocado. Quiero que ese desgraciado de Echeverría pague todo lo que le hizo y que le devuelva a mis nietos. Si les lastima...

La mujer se sienta al lado de su hermano y coloca su mano en su brazo para transmitirle paz. Ella es una poderosa hechicera europea que se crio en un pueblo donde le enseñaron todo lo referente a los espíritus y almas. Ella es reconocida por su magia y poder, sin embargo, en esta ocasión, sus poderes son nulos, pues no se enfrenta a seres espirituales, al contrario, sus enemigos son de carne y hueso, sin alma y sin corazón.

&&&&&

Giselle mira a su nuera con la sonrisa pintada en la cara.

—¿Lo ves, Paola? Yo sabía que mi hijo estaba vivo y bien —le dice Giselle a su nuera tras recibir el mensaje de Camilo.

—Es un alivio. No saber de Camilo es... desesperante, sobre todo porque esto es mi culpa.

—¡No vuelvas a decir esto! Mi hijo es un hombre íntegro y las cosas que están pasando vienen de mucho antes. Estoy segura que ni salías de la escuela cuando mi esposo murió, traicionado por sus propios compañeros. Camilo acababa de ser aceptado en la Academia para ser policía. Lamentablemente, mi hijo es un iluso que cree que todo el mundo es bueno, Paola, sin embargo, no es

así; ya ves a Rolando, ese tipo trabajó codo a codo con él varios años y ahora lo busca para matarlo. Por suerte, nunca vino a esta cabaña, no porque Camilo no quisiera traerlo, si no que nunca se dio la oportunidad. Así es que, por favor, no digas que esto es tu culpa, porque no lo es, tú eres tan víctima como Camilo o mi esposo.

La joven no sabe qué decir. Solo queda mirando a su suegra con los ojos muy abiertos. Giselle se sienta en el sofá y hace un gesto para que Paola haga lo mismo frente a ella.

—No es Bernardo Echeverría quien te busca —le indica de sopetón.

—¿No? ¿Entonces?

—No lo sabemos, tampoco él ni sus cercanos tienen a mi nieto.

—No entiendo.

—Tú deberías saber quién más puede estar interesado en buscarte.

—No tengo idea, si lo supiera, se lo diría.

—Eso espero, Paola, no quisiera que mi hijo se arriesgara sin conocer toda la verdad.

—Lo que yo sé es lo que les he dicho. No sé nada más —replica la joven.

La mujer echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos.

—Señora Giselle, yo no quiero que Camilo se arriesgue, mucho menos por mi culpa. Si yo supiera algo, le aseguro que se lo diría. Además, no se olvide que está en riesgo la vida de Bastián, si no lo tiene mi ex, no sé quién más lo podría tener. ¿Usted cree que yo pondría en riesgo al niño así porque sí?

—En mi vida he visto de todo, Paola. No lo tomes a mal, pero no sé qué tanto te puede importar mi nieto si no lo conoces siquiera.

—Me importa en la misma medida que me importa Camilo. ¿Usted cree que si le pasara algo al niño, yo me lo perdonaría? ¿Cree que podría volver a mirar a la cara a su hijo? Esto me afecta más de lo que usted piensa, señora Giselle, y si pudiera hacer algo para evitarlo o acabar con esto, le juro que lo haría, yo se los dije, era mejor que me entregara y que su hijo se olvidara de la corrupción, que buscara otro trabajo y viviera una buena vida junto a su hijo.

—Camilo jamás hubiera aceptado.

—Pero usted sí, señora Giselle, déjeme ir, yo me entrego a quien me busque y que Camilo recupere a su hijo y a su vida.

—Eres una ilusa, Paola. Ellos no harán eso. Quien quiera que tenga a mi nieto no lo entregará así de fácil y si tú te entregas, te tomarán a ti de rehén y al final, puede que los maten a los tres por una estupidez tuya.

—No sé qué hacer —solloza la joven.

—Por lo pronto, quedarte aquí y esperar, rogar por Camilo para que todo salga bien. No hay nada más que hacer.

—Yo siento tanto esto.

Giselle se levanta y camina hasta su nuera y se sienta a su lado.

—Estamos nerviosas y preocupadas. Yo sé que tú amas a mi hijo y no quieres que nada malo le pase, pero debes comprender que el hecho de ser su novia te hace blanco fácil, pero mi hijo es hábil y sabrá salir adelante.

—Durante tres años alimenté una ilusión con Camilo que no comprendía. Quizás el hecho de recordar sus abrazos, sus palabras, su tranquilidad... No sé. Al volver a verlo...

—Esa ilusión se convirtió en amor —termina la frase la mujer.

—Así es.

—Lo sé. A él también le pasó lo mismo. Él vivió durante todo este tiempo, añorándote, pensándote. Por lo mismo, quédate tranquila, que él luchará por salir de esta. Él volverá por ti.

&&&&&

Bernardo Echeverría se pasea de un lado a otro de su habitación como un demonio acorralado.

Markus lo observa estático, solo el leve movimiento de los ojos dan muestra de vida en el hombre.

—La mercancía no llegó —murmura casi para sí, esperando que, de todos modos, su hombre de confianza lo escuche—. Nadie sabe nada. Los niños y las mujeres están desaparecidos.

Markus se queda impasible, su jefe está acorralado y es solo su culpa, hizo una mala maniobra por creerse superior y salió mal. No obstante, en el fondo se alegra. Esas mujeres y niños iban a ser enviados a Alemania para ser vendidos para prostituirlos o sacar sus órganos y venderlos. Lo que saliera más rentable en cada caso particular.

El teléfono móvil de Echeverría hace saltar a su dueño quien lo mira sin ánimo de contestar.

—El diputado ya lo sabe —musita.

—Dígale que solo hubo un retraso —sugiere Markus—. Los hombres están averiguando qué ocurrió y lo más probable es que muy pronto den con el paradero del camión, los esclavos y los responsables. Rolando Meneses también está haciendo lo suyo.

—Tienes razón.

Echeverría contesta el celular y le explica al político que el camión solo va retrasado por unos problemas en el camino, pero que pronto llegará a su destino para ser entregado. El diputado acepta la explicación sin mayor reparo.

Bernardo resopla aliviado al colgar el móvil.

—Debemos encontrar ese estúpido camión —ordena con firmeza.

—Todos nuestros esfuerzos están en ello, señor —contesta el empleado.

—Bien, espero que así sea.

Markus no contesta, solo clava sus oscuros ojos en su jefe con el odio que día a día se acrecienta más y más.

Capítulo 10

Riesgos

Camilo hurga entre los documentos de un archivador de la oficina de Rolando Meneses. Es toda una sorpresa. Están todos los antecedentes de la muerte del padre de su ex amigo y del suyo propio. Antecedentes recopilados durante muchos años, con nombres, lugares, fechas. Todos los involucrados en la red de corrupción que lleva más de veinte años haciendo de las suyas. Eso significa una sola cosa: Rolando no es un vendido, tampoco un infiltrado.

Rolando Meneses busca venganza.

Camilo duda entre llevarse aquellos documentos o dejarlos allí para lo que sea que los guarde Rolando.

—Estoy seguro que Meneses es traidor —oye decir en el pasillo.

—Por favor, Meneses está metido hasta el tuétano en esto, lleva más años que tú y yo juntos en esta mierda, así que no creo que quiera traicionar a la gente que le da de comer.

—Eso lo vamos a saber ahora mismo.

Camilo aguanta la respiración en el mismo instante en que uno de los hombres gira la perilla de la puerta.

—Está con llave, por la *chucha* —reclama, enojado, uno de ellos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a esperar a que llegue y en cuanto abra, lo hacemos salir.

—O podemos pedir autorización para allanar su oficina.

—Sí, así matamos dos pájaros de un tiro: recuperamos las pruebas que tiene contra nosotros y lo hundimos. Yo, en lo personal, ya me cansé de sus aires de grandeza y superioridad.

—Tienes razón. Ya tendrá su merecido. Además, podemos ganar un bonus extra con eso.

Camilo está expectante, apenas respira, si llegasen a entrar en ese momento, estaría perdido.

—¿Qué estás pensando, Mario? —escucha luego de un breve silencio.

—Todo el mundo sabe que hay corrupción en esta unidad, ¿qué tal si les damos al corrupto?

—¿Rolando Meneses?

—¿Quién más?

—Perfecto. Volvamos mañana entonces, ya no tenemos nada que hacer aquí.

Los pasos se alejan. Camilo no lo piensa dos veces y saca las carpetas que acusan a Rolando y las de los antecedentes de los padres de ambos. Espera un momento y sale por la ventana, tal como entró, amparado por la oscuridad de la noche sin luna.

&&&&&

—Esto se está pasando de la raya, Echeverría —censura el diputado—, no puede ser que se haya desaparecido un camión repleto de gente. Es imposible.

—No sé qué sucedió, todos nuestros hombres están buscando...

—¿Y no se te ha ocurrido que esos mismos hombres son los que te han traicionado?

—Pues...

—¿Tú crees que esto iba a suceder solo? ¿Piensas que nadie se iba a dar cuenta que el camión se había desviado?

Bernardo se queda callado, no sabe qué decir, está consciente que la pérdida de la mercancía no es un evento fortuito, alguien de dentro está boicoteando sus negocios; este no es el primero, sí el más importante.

—¿Qué vas a hacer para solucionarlo? —interroga el político.

—Averiguar hasta dar con los responsables, señor. No se preocupe.

—Y mientras tanto, ¿qué hago yo? ¿Cómo voy a estar seguro que esas personas no hablarán?

—Tenemos controlados los medios, señor, nada de esto saldrá a la luz pública, ni aunque hablen.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, señor.

El diputado mira a sus dos hombres que están con él y les indica que se van.

—Espero tener noticias pronto —advierte a Bernardo—. Buenas noticias —agrega mientras camina a la salida.

&&&&&

De madrugada, Giselle siente ruidos en su casa y, sigilosa, se levanta. Paola no se encuentra en su cama. Sale afuera y la encuentra sentada bajo el cobertizo. Llorando en silencio.

—¿Paola?

—Señora Giselle —dice la joven, visiblemente alterada, y se seca las lágrimas intentando no ser vista por su suegra.

—¿Qué pasa?

—Nada, no podía dormir.

—¿Por eso lloras?

—No estoy bien, pero eso no es ninguna novedad, ¿no?

—Sigues preocupada por mi hijo.

—¿Usted no?

—Claro que sí.

—Él no se ha vuelto a comunicar. Lleva fuera mucho tiempo y se ha comunicado solo una vez. No sabemos nada.

—Pareces más enojada que asustada —comenta la mujer y Paola se echa a llorar con más fuerza al recordar que esas fueron las mismas palabras de Camilo cuando llegó a su casa—. ¿Qué pasó? —pregunta, preocupada, Giselle.

—Eso mismo me dijo su hijo cuando llegó a mi casa a esconderse.

—Paola...

Un disparo cercano las asusta. Paola quiere correr, sin embargo, su suegra la detiene con fuerza del brazo y la hace callar con un mutis. La arrastra con ella a la oscuridad de unos árboles, donde puedan estar seguras.

Gritos de hombres. Cada vez más cerca de ellas. Paola está aterrada. Giselle intenta no demostrar su miedo. Abraza a su nuera y la protege maternal.

—¡Murió! —grita uno de los hombres.

Ambas mujeres dejan de respirar unos segundos. No tienen idea de lo que está sucediendo adentro de la casa. Paola se aferra con más fuerza a Giselle, que no puede evitar sentir miedo por la vida de ambas, pero más por la de su nuera, ella es joven y su hijo la necesita. Los hijos de ella y su nieto también. Al final, siente que ella ya ha vivido suficiente y quiere volver a los brazos de su esposo.

Los hombres salen de la casa.

—Corre, Paola, vete a la montaña, sigue el camino del río, te llevará a una cabaña, allí te ayudarán. Corre y no te detengas —ordena Giselle.

—Pero... ¿y usted?

—No te preocupes por mí. Corre. Cuida a mi hijo y a mi nieto, ellos te necesitan más que a mí.

—No puedo.

—Puedes y lo harás. Por Camilo, por mi nieto, por tus hijos. Hazlo. ¡Vete! —exclama en voz baja.

Paola le da un beso en la mejilla a la mujer. No puede evitar que las lágrimas corran por sus mejillas, así y todo, obedece y corre con todas sus fuerzas. Agradece que cada mañana tuviera la costumbre de salir a correr. En la ciudad lo hacía para poder enfrentar el día, en el campo, para no pensar en las cosas malas que estaban ocurriendo. Y ahora debía hacerlo por su vida.

—¡Allá están! —avisa a grito en cuello un hombre con acento extraño—. ¡Las encontré!

Paola duda entre seguir o detenerse al escuchar esas palabras, pero decide que es mejor seguir,

así, al menos podría avisarle a Camilo y salvarla. Si las secuestraban a las dos, ninguna podría hacer nada.

&&&&&

Rolando llega a la división donde trabaja, casi sin ánimo. Entra cabizbajo y se detiene ante el espectáculo que encuentra. Seis de sus compañeros están ante su puerta, esperándolo.

—¿Qué pasa? —interroga.

—Tenemos una orden de allanamiento a tu oficina, Meneses —indica Mario Rojas.

—¿Por qué? ¿De qué me perdí? Necesito una explicación a esto —exige con una imperceptible gota de sudor brotando por su frente.

—¿Tienes algo que esconder? —inquieta Jorge Cáceres.

—¡Claro que no! —responde con celeridad, con algo de temblor en su voz.

Cáceres y Rojas intercambian una mirada de entendimiento, están seguros que dentro están las pruebas que acusan a Rolando, no solo de la traición a los corruptos, también a la Institución. Por donde se le mire, ese hombre está perdido.

—¿Nos abrirás la puerta o tendremos que tirarla? —apura Rojas.

—Sí, claro. No tengo nada que esconder.

Abre la puerta y deja entrar a los hombres. Al terminar de entrar, Rolando cierra los ojos. De esta no sale y él lo sabe.

Mira con temor cómo los hombres abren cajones y sacan carpetas. Intenta no cambiar su expresión al notar que las carpetas que lo incriminan en contra de la Institución no están, como tampoco está la carpeta con todos los antecedentes y culpables de la muerte de su padre y del de Camilo.

—Aquí no hay nada.

—¿Qué esperaban encontrar? —pregunta con algo más de soltura el oficial inculcado.

—Nos dijeron que eras corrupto y que traicionabas a esta Institución.

—¿Yo? Por favor, llevo aquí casi quince años, mi padre y mi abuelo dieron su vida por su uniforme, ¿ustedes creen que yo mancharía el nombre de mi familia de ese modo? ¿Qué creen que diría mi madre? No, señores, ya les dije que aquí no había nada. No necesitaban una orden de allanamiento, les salía más fácil preguntarme y menos engorroso.

—Tienes razón, Meneses, yo supe esta mañana que debíamos allanar tu oficina, no creo que se hayan cumplido los protocolos, pero la orden había sido dada —se excusa Marcelo Herrera, otro de los oficiales.

—Sé que solo cumplían órdenes. No sé quién me acusó injustamente, pero lo averiguaré —amenaza mirando a Mario y a Jorge— y tendrá que dar muchas explicaciones.

—Cumplíamos con nuestro deber —apostilla Mario.

—Lo sé, ya se los dije. Ustedes no tienen nada que ver con esta injuria sobre mi persona, eso lo entiendo, el trabajo es el trabajo, a mí también me ha tocado hacer cosas que no quiero o que sé son injustas porque es lo que hay que hacer.

—Como perseguir a Espinoza —espeta Jorge Rojas.

Rolando lo mira como si sus ojos fueran espadas que pudieran atravesarle.

—Sí. Como perseguir a Espinoza. Para nadie es un secreto que Camilo era mi amigo, mi hermano mi partner. No. No fue agradable tener que perseguirlo, aunque tampoco fue agradable que se nos escapara. No cumplir mi trabajo me deja tan mal como hacerlo en este caso. Ustedes no entenderían. No quería perseguir a Camilo...

—Pero sí a su "novia" —interrumpe Jorge Rojas.

—No sabemos si esos rumores son ciertos. Y no, Rojas, tampoco me fue agradable tener que volver a ver a esa mujer, por mí me lo hubiera evitado. Sobre todo el tener que volver a irrumpir en su casa. Feliz me hubiera ahorrado ese instante, ustedes mismos pudieron verlo, estaban allí conmigo.

Cuatro de los hombres bajaron la cabeza.

—Tuve que comportarme como un bruto con ella porque de otro modo... ¡Ustedes saben que no solo buscábamos a Camilo Espinoza en esa casa! Kurt Barkley nos está dando muchos dolores de cabeza, si él está en el país no ha de ser por nada bueno y el no saber por qué rondaba la casa de esa mujer nos tiene en pendiente, con hombres vigilándolo día y noche.

—No ha dado ningún paso en falso —interviene Herrera.

—Eso es lo peor. Es uno de los hombres que se supone está detrás de grandes fraudes internacionales, aunque nunca se le haya comprobado nada, algo busca aquí en este país y ahora estoy de lleno en eso y para ser franco, no tengo más tiempo para perder en una estupidez.

—Nos vamos.

—Yo venía a buscar unos documentos y me voy. Tengo una denuncia de alguien que vio a Espinoza, voy a ver de qué se trata. Si Barkley hace algo fuera de lo común, si sale de su casa, si va alguien a visitarlo, lo que sea, me avisan. Ya lleva más de dos meses aquí y no puede ser que todavía ni siquiera se acerque a sus contactos.

—Lo que sea, le aviso, señor.

—Me voy. Dejen cerrado cuando salgan —ordena y sale a toda prisa.

Capítulo 11

Desaparecidas

Markus espera órdenes. Una hora lleva esperando alguna palabra, pero nada. Sabe que su jefe está desesperado. Tres de sus hombres fueron asesinados la madrugada anterior en casa de Giselle, al ir en busca de Paola Donoso. ¿Quién lo hizo? Nadie sabe. Se enteraron por la policía. Roland Meneses les dio aviso que encontraron los cuerpos, solo dijo eso, puesto que debía eliminar cualquier prueba que inculpara a Bernardo. De la madre y la novia de Camilo Espinoza no hay noticias.

—¿Qué voy a hacer? —medita desesperado el hombre.

—Esperar —responde Markus con tranquilidad.

—¿Esperar? Esperar ¿qué? ¿Que vengan y me atrapen? Kurt está metido detrás de la desaparición de mi esposa, estoy seguro de eso.

—No puede estar seguro.

—No, claro que no, pero, dime, ¿quién más puede estar detrás de una cosa así? Él la quería, la estaba buscando, me lo dijo Meneses, ellos lo vieron merodeando la casa de Paola.

—¿Él le dijo eso?

—Sí, me lo dijo cuando ella desapareció, claro que yo no le dije quién era ese hombre en la vida de mi mujer.

—Ex mujer —aclara Markus.

—¡Ella siempre será mi mujer!

Markus aprieta la mandíbula y los puños.

—Ella no debió huir de mí.

—¿Y qué esperaba, señor? Cada vez que usted me envió a hacer algunos "trámites", usted fue a su casa y la abusó y la golpeó. Ella no podía seguir con usted. Ahora que descubrió su escondite, ¿cree que iba a esperar sentada a que usted llegara para seguir abusándola?

Bernardo mira a su hombre con una expresión extraña, como indagando en sus ojos, de pronto, su rostro cobra vida.

—¡Estás enamorado de ella! —reprocha con furia.

—Nada más alejado de la realidad, señor, mi deber era cuidarla y no lo hice. No me gusta fallar en mi trabajo.

—Ya no era tu trabajo.

—Claro que lo era. El día que usted le quitó a sus hijos, ella seguía a mi cargo, pero usted, hábilmente, me envió fuera de la ciudad.

—Había cosas más importantes de las que debías encargarte.

—Cosas más importantes que resguardar a su esposa.

—No estamos discutiendo eso ahora. Lo que me interesa es saber dónde está. Puede estar en peligro

—¿Con Barkley?

—¿Y si él no se la llevó?

—¿Quién más cree que pudo ser?

—No lo sé.

—Si Barkley se la llevó, tenga por seguro que está bien. Él no quiere lastimarla. Si se fue con Espinoza, tampoco corre peligro.

—Pudo haber sido quien nos está traicionando. Y en ese caso sí está en peligro, lo más probable es que quiera canjearla.

—Se supone que Meneses está haciendo lo posible por dar con su paradero —ironiza el empleado.

—Claro, como encontró el camión con decenas de personas en su interior. Te lo digo, Markus, Meneses está actuando muy errático y si continúa así, nos va a llevar a todos a la cárcel.

—Quizá se cansó.

—¡No puede cansarse!

—Todos nos cansamos de los errores ajenos.

—¿Me estás diciendo que yo soy el de los errores?

—Usted se equivocó el día que planeó el fin de la señora Paola, eso lo llevó de un error a otro.

—¿Qué querías que hiciera?

—¿Consultar? Quizás si se hubiese llevado a su esposa lejos, de vacaciones; haber buscado otro modo de alejarla de Barkley. Sin embargo, déjeme decirle que hoy, tres años después de aquello, no logro comprender por qué usted lo quería fuera de la vida de su hija.

—Ese hombre no puede acercarse a ella. No la merece.

Markus, por más que lo piensa, no logra comprender la reacción de su jefe con respecto a Kurt Barkley. Es cierto que ese tipo no es de fiar, es uno de los mafiosos más conocidos a nivel mundial y uno de los más escurridizos, pero eso no es motivo para negarle a un padre el estar con su hija, de ser así, los hijos de su jefe deberían estar a cientos de kilómetros de allí.

Camilo corre despavorido por la orilla del río. Por los amigos de su padre, se enteró que su madre y su novia habían desaparecido. Ahora corre para buscar un indicio de adónde pudieron ir a dar. Seguro está que Meneses no es el responsable, pues estaba tan alterado como los demás, él pudo verlo desde lejos y su preocupación no era fingida. Sabe que su madre es una mujer astuta y si no pudieron escapar juntas, debió enviar a Paola a casa de los cuidadores de sus terrenos.

Al llegar, encuentra al matrimonio siendo interrogado por oficiales de la policía.

—¡Por la mismísima mierda! —protesta en voz baja.

Se esconde en un lugar preparado para ello y aguarda a que los hombres se vayan. Si Paola y su madre se encuentran allí, han de estar bien escondidas.

Las horas pasan con lentitud para Camilo. Ahora ya no puede salir, debe esperar a que se vaya toda esa gente. De todas formas, sabe que si su madre y su novia llegaron hasta allí, están seguras.

El viento vespertino le hiela el cuerpo. Como es costumbre, de día el calor es casi insoportable y de noche *baja la helada*, como se le dice al frío nocturno.

Sigiloso, Camilo ingresa a la casa del matrimonio, a los que sorprende con su presencia.

—¡Camilito! ¿Qué hace aquí, niño, por Dios? —exclama la mujer a modo de saludo.

—Lo andan buscando a usted, a usted lo andan buscando —indica el hombre.

—¿Y mi madre y mi novia?

La pareja se mira con incomodidad.

—Ninguna de ellas llegó hasta aquí —responde la dueña de casa.

—¿Qué? —gime el ex oficial y cae con todo el peso de su cuerpo en una silla.

—No, ñor, nadie llegó aquí anoche. La policía dijo que había habido muertos en la casa grande.

—Sí —responde Camilo, lacónico.

—¿Y se puede saber por qué?

—Querían a mi novia. No lo tengo claro, pero supongo que dos grupos distintos la vinieron a buscar a un tiempo. Los de un grupo mataron al otro y se las llevaron.

—¿Y quienes quieren a su novia y pa' qué, oiga?

—Es mi novia, eso la pone en la mira de mis enemigos automáticamente. El problema es que no solo tengo de enemigos a los corruptos oficiales de la policía, también hay políticos, empresarios que me quieren muerto, puesto que si cae uno, caen todos.

—Entonces va a ser difícil saber quién la tiene.

—Así es, sobre todo porque ahora me acabo de enterar que hay otro tipo que la quiere, un mafioso extranjero.

—La cosa está bien fea, Camilito —dice la mujer, compungida.

—Así es, tía Flor. Pero a todos esos hombres los tengo muy bien vigilados y ningún conocido hasta el momento la tiene. Por eso estaba seguro que habían logrado llegar hasta aquí.

—Aquí no llegaron, Camilito.

Camilo se queda mirando la nada y una solitaria lágrima se desliza despacio, por su mejilla.

—Si no la tiene Bernardo ni Barkley... —susurra, pero en el silencio, sus palabras retumban en las paredes.

—¿No hay más enemigos que pudieran habérselas llevado, ñor?

—No. Los políticos y empresarios no trabajan por sí mismos, ellos trabajan a través de Bernardo, quien lo hace con los corruptos de la policía y algunos sicarios, los grandes no meten las manos en cosas sucias.

—¿Nadie más, Camilito?

—No, al menos no que yo sepa.

—Va a tener que ver bien eso, porque si ni uno de esos las tiene, es porque hay más gente que les quiere hacer mal.

—Sí, pero no se me ocurre quién.

—Usté 'ta metí'o en algo grande, ñor, en algo grande ta metí'o

—Así es, y para ser franco con ustedes, cada día me arrepiento más de no haberme retirado cuando me lo advirtieron.

—¿Y ahora es muy tarde, Camilito?

Camilo mira con cariño a la mujer que estuvo con ellos desde que él era pequeño, y le puso una mano en su hombro.

—Mientras no aparezca mi mujer y mi madre...

La pareja vuelve a cruzar una mirada de lástima por ese niño que vieron crecer y que ahora está desesperado por su madre y su novia.

&&&&&

Serena contempla a su hermano, no puede negarse a sí misma que es capaz de sentir su dolor y su culpa. Kurt tomó un mal camino que lo fue alejando cada vez más de la gente que amaba, de su familia y de sus amigos. Un camino que no llevaba a otra cosa que al dolor y la destrucción y hoy, después de tantos años, Kurt siente el peso de aquella mala decisión.

—Solo quiero saber que está bien —suplica una vez más el hombre a su hermana.

—Yo la veo bien, con vida al menos.

—Si le hacen daño.

—No veo que se lo hayan hecho.

—¿Estás segura?

—Hasta el momento se ve bien, sin daño físico.

—¿No me mientes?

—No lo haría. Si no fuera como te digo, no lo ocultaría.

—Por mi culpa está pasando esto —dice con la culpa llenando todo su ser.

—No es así.

—Si lo es —replica él—. Me descubrí ante Meneses. Él me conocía, y ahora no solo me busca a mí, también a mi hija.

—¿Y eso?

—Él trabaja con Bernardo Echeverría y tengo una deuda muy grande con él.

—El ex esposo de tu hija, ¿lo sabía?

—No lo sé, espero que no, porque habría sido una maldad desde el primer momento, aunque sí creo que lo supo después y por eso la maltrató de la manera en como lo hizo.

—¿Qué deuda tan grande tienes con él que se quiere vengar en tu hija? Ella era su esposa.

Kurt mira a su hermana sin ganas de contestar.

—No me digas si no quiere, pero ten en cuenta que todo esto yo te lo advertí hace mucho tiempo.

—No necesito tus regaños. —Aparta la vista.

—Sé que no te importan —espeta, dolida.

Kurt vuelve a alzar la mirada y, tomando aire, se acerca a ella.

—Perdóname, sé que he hecho mucho daño y quiero repararlo.

—No era este el mejor momento. Te lo advertí.

—Lo sé, ahora lo sé.

Ambos hermanos se abrazan.

—Si tan solo supiera quién la tiene.

—Ya lo sabremos, pero por favor, deja de cometer tantos errores, a veces, la prisa hace que nos equivoquemos más de la cuenta.

—Deja de regañarme —ruega como un niño.

Serena sonrío.

—Cuando tú naciste, yo estaba muy enojada contigo. Venías a quitarme mi lugar en la casa. Mis amigas me habían convencido que un hermanito siempre, pero siempre, hacen que los padres se olviden de los otros hijos, o sea, yo.

Barkley se aparta un poco, no comprende las palabras de su hermana.

—Y llegaste y te odié. Pero luego, a los tres años, tuviste una neumonía que te tuvo al borde de la muerte. Entonces, comprendí lo que te amaba.

—No lo sabía.

—Nunca te lo dije, ni siquiera me lo quería confesar a mí misma.

—¿Por qué me lo dices ahora?

—Porque cuando te fuiste de la casa, cuando tu esposa tuvo que escapar y se llevó a tu hija lejos y supimos que no la veríamos crecer... En unos meses los años les cayeron encima a los papás. La tristeza se los llevó. Te odié. Te odié más que cuando naciste.

—Lo siento tanto...

—No supimos de ti sino hasta veinte años después.

—Creí que ya había terminado todo.

—Te equivocaste. Y arrastraste a mi hija, a mi nieto y a mí misma en ese error.

—Tu hija no es buena.

—Mi hija está dolida, está enferma, lamentablemente mi hija se dejó llevar por el amor al dinero, sin embargo, mi nieto merece ser libre y tú nos tienes aquí como rehenes.

—Sí, en cierto modo, aunque también aquí están protegidas. Afuera puede pasar cualquier cosa. Ya ves, mi hija y la madre de Camilo están desaparecidas y nadie sabe nada.

—Kurt... Yo sé que tú no eres una mala persona, pero has cometido muchos errores, errores que nos ha costado la tranquilidad a la gente que te amamos.

—Dijiste que me odiabas —le recuerda él con tristeza.

—Sí. Dije que te odié más que cuando naciste, pero ¿sabes qué? No puedo mantener ese odio. Te veo aquí, desesperado, asustado, culpable, y no puedo evitar volver a quererte.

—Nunca quise hacer daño.

—¿Crees que no lo sé? Te metiste entre las patas de los caballos y terminaste pateado.

—Y de qué manera.

—Por eso escucha mis consejos. Espera. Quédate tranquilo, no hagas nada por el momento. No te conviene que te encuentren ahora.

—¿Y mi hija?

—Ella sigue viva y bien, lo que sea que quieran, la necesitan viva. Es un secreto a voces que hay más de un grupo tras de ella. No les conviene matarla o hacerle daño.

—Ojalá, hermana, que tengas razón. Si le pasa algo...

—Nada le pasará.

—Es que si le pasa algo, todo el sacrificio de veinte años no habrá servido de nada y en ese caso mi vida no tendrá sentido.

—No digas eso.

—Si algo le pasa, Serena, te juro que van a caer todos, y no a la cárcel, precisamente.

—¿A qué te refieres?

— A que toda esta manga de idiotas se van a ir directo a su tumba.

Serena contempla a su hermano con miedo, ella sabe que él es muy capaz de matar a todos. No sería la primera vez.

Capítulo 12

Búsqueda

Rolando mira en su teléfono una llamada entrante de un número desconocido.

—Quién habla —exige.

—Necesito hablar contigo.

El oficial queda mudo por unos segundos. Observa a su alrededor para corroborar que no hay nadie cerca.

—¿Qué quieres?

—Ya te dije, hablar contigo.

—¿No crees que esto que estás haciendo es muy peligroso? ¿Por qué te arriesgas?

—No me traicionarás.

—¿Qué te hace pensar eso? Te salvé el pellejo una vez, pero no voy a hacerlo toda la vida.

—Tengo los documentos que te incriminan como corrupto de la policía.

—¿Qué? —se espanta el oficial.

—Y también los antecedentes de las muertes de nuestros padres.

—¿Fuiste tú el que los robó?

—Escuché cuando planeaban allanar tu oficina. Te salvé el pellejo, ¿no? Estamos a mano.

—¿Qué quieres, Camilo?

—Hablar en persona contigo.

—¿Para qué?

—Dime dónde y cuándo.

—No creo que sea buena idea.

—No me importa si lo es o no.

—¿Qué pretendes, Camilo?

—Recuperar a mi madre y a mi mujer.

—Yo no tengo nada que ver con eso.

—Dime dónde y cuándo, sé que los hombres muertos en mi casa eran los hombres de Bernardo Echeverría y no te conviene que salga a la luz tu relación con él —amenaza.

Rolando guarda silencio unos eternos segundos.

—¿Recuerdas cómo entrar a mi casa?

—Por supuesto.

—Esta noche, después de las diez de la noche.

—Espero que no seas tan estúpido como para traicionarme.

—No, ni tú como para pretender acabar conmigo.

—No soy un asesino.

—Bien, nos vemos esta noche.

—Nos vemos.

Rolando Meneses no sabe qué hacer, en cierto modo, le teme al encuentro con el hombre al que persigue y que ha de estar desesperado por la desaparición, de más de una semana, de su madre y de esa mujer, Paola Donoso.

O Marinka Barkley.

Meneses sonríe con frustración. Hace apenas una hora que había descubierto la verdadera identidad de esa...

Ahora tiene una tercera razón para odiarla.

Lo que no sabe y se pregunta, sin atreverse a hacer la pregunta en voz alta, es si Bernardo Echeverría sabe del parentesco que une a su ex mujer con Kurt Barkley, un hombre al que dice odiar.

Mira su reloj, son recién pasadas las nueve de la mañana, el día apenas comienza y tiene dos problemas encima: decirle a Echeverría quién es su esposa realmente y esperar a Camilo en su casa para saber qué es lo que quiere.

Dos golpes en la puerta lo apartan de sus pensamientos.

—Señor... —Asoma la cabeza uno de sus subordinados.

—Hable, cabo Reyes.

—Alguien lo busca.

—¿Quién?

—Kurt Barkley, señor.

Lo único que le faltaba.

Serena acaricia la cabecita de su nieto. El niño no hace nada. Ni siquiera se inmota. Es un niño muy poco sociable, casi no habla. Tampoco le gustan los abrazos ni los besos. Es un niño diferente. La abuela culpa a los problemas que ha tenido que vivir, el que sea así.

Le da un beso en la cabeza, solo entonces el pequeño reacciona, pero para apartarse de su abuela. La mujer camina pensativa hasta el pasillo y al cerrar la puerta, mira hacia un lado y otro, decidiendo. Al final, enfila al cuarto de su hija. A mitad del camino, se topa con Kyle.

—¿Va a ver a su hija? —pregunta el hombre.

—Sí, voy a intentar hablar con ella.

—Al menos amaneció tranquila, yo vengo de allá, cada día está más calmada.

Serena suspira y vuelve a emprender su camino.

—¿Quiere que la acompañe? —pregunta Kyle.

—Me harías un gran favor —responde la mujer, que espera a que él llegue a su lado y se toma de su brazo.

El camino lo hacen en silencio. La casa es grande y a la chica la tienen lejos de todos, sobre todo de su hijo. Fuera de la habitación, como dos columnas, dos hombres cuidan la entrada.

—Viene a ver a su hija —indica Kyle con voz de mando.

Los hombres asienten una sola vez con su cabeza.

—La espero aquí afuera —le dice a la mujer.

—Gracias.

La madre entra y cierra la puerta tras ella. Su hija la queda mirando fijamente.

—Hola, hija —la saluda Serena con cierto temor.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo crees?

—Hija...

—¿Qué quieres? —pregunta con brusquedad la joven.

—Quiero verte, conversar contigo, no he podido acercarme a ti...

—No tenemos nada que hablar.

—Por favor...

—¿Cómo está mi hijo?

—Bien, bien, acabo de pasar por su cuarto.

—Quiero verlo.

—Sabes que no puedes.

—¿Soy yo la que no puedo o tú la que no quieres?

—No está en mis manos ayudarte en eso.

—Claro, porque preferiste creerle a tu hermano antes que a mí, ¿cierto?

—No se trata de eso.

—Sí, dicen que soy violenta, que estoy loca, pero no es así. Mi tío me puso de esa forma al no entender lo que hacía.

—Querías lastimar al niño.

—Yo no quería hacerle daño, solo quería darle un susto.

—Un susto, ¿por qué? ¿Qué había hecho tan grave como para que quisieras quemarlo?

La joven alza el mentón y se vuelve contra la pared. Serena, enojada y ya sin paciencia, la toma del codo y la gira para hacer que la mire.

—Ya comenzaste a hablar. Todo este tiempo te habías negado. Ahora habla. Dime lo que ocurrió si aseguras que tu tío miente.

—Tu nieto, mamá, no es un pan de Dios como todos creen. Le dan unas pataletas horribles, muy fuertes, se enoja y no quiere nada con nadie. Yo me harté de sus desplantes, mamá, quería asustarlo, quería que reaccionara.

—Quemándolo...

—Te dije que no quería quemarlo, solo quería asustarlo.

—Según tu tío lo tuvo que arrebatar de tus brazos, de otro modo, lo hubieses dejado caer sobre la olla hirviendo.

—¡No estaba hirviendo!

—¡Estaba puesta en la cocina!

La hija otra vez vuelve a su mutismo.

—Kass, tu hijo se hubiera muerto de no llegar tu tío, lo sabes, ¿o no?

—Ahora mismo es como si estuviera muerto.

—No digas eso.

—Así es, mamá, no me dejan verlo, no me dejan acercarme a él, ¡nada!

—Porque tú le querías hacer daño. Tu hijo no tiene culpa de tus problemas con su padre.

—Camilo me tenía harta y cuando me fui, lo único que le importaba era su hijo. De mí, ni siquiera se importó.

—Tú te fuiste, ¿qué querías?

—Me buscó solo por su hijo. Si no hubiera estado de por medio, Camilo me seguiría amando.

—No es culpa de Bastián.

—Y ahora está con esa perra.

—No la llames así.

—La llamo como quiero, ella me quitó a mi marido.

—Tú abandonaste a tu marido hace mucho tiempo, Kass, no vengas ahora a aparentar dolor y a hacer el papel de víctima, si él ya no te ama, por algo será.

—¿También vas a creer su versión, de que yo maltrataba a mi hijo?

—No sabía que esa era su versión, pero con los antecedentes que tengo y con lo que veo, te creo capaz de eso y mucho más.

—¡Ándate de aquí! —exclama furiosa.

—Así solucionas todos tus problemas, ¿verdad? No puedes hablar como la gente civilizada.

—No se me da la gana, ándate y deja a tu loca hija a solas. ¡Fuera! —ruge como un animal, con todas sus fuerzas.

La puerta se abre, es Kyle que entra corriendo y se interpone entre Serena y un jarrón que Kass lanza contra su madre. El hombre saca a la mujer de allí y al salir ordena que cierren con llave la habitación de la joven y que no la descuiden.

—¿Se encuentra bien? —pregunta el hombre, preocupado.

—Yo sí, ¿y tú? ¿Dónde te golpeó?

—No es nada, me dio en la espalda y tengo chaleco antibalas, un jarrón es nada. Vamos, tiene que salir de aquí.

—Gracias, Kyle —dice ella de verdad agradecida.

—No me las dé, cumplo con mi deber.

El hombre ofrece su brazo a la hermana de su jefe para que se tome de él y así la conduce hasta el primer piso, donde le sirve un vaso de jugo natural.

—¿Mi hermano no ha vuelto?

—No, señora.

—Me preocupa mi nieto, no habla con nadie.

—La enfermera dice que deberían llevarlo al neurólogo, necesita una evaluación profesional. Su hermano dijo que iba a hacer los arreglos.

—Le insistiré a Kurt, no puede continuar así.

—Yo creo que el niño necesita a su padre. Bastián...

—Su padre es un prófugo de la policía, verlo ahora sería un riesgo para el niño, además que es casi imposible, se escurre fácilmente —Kurt responde al comentario de su empleado al tiempo que entra en la sala.

—¿Cómo te fue? —consulta de inmediato la hermana.

—Bien, bien, creo. Rolando Meneses es un corrupto de la policía, hombre de poco fiar, pero con un enorme amor y lealtad al dinero, no han sabido nada de mi hija, pero están investigando. Bernardo Echeverría la quiere por ser su mujer y no acepta perderla con Camilo. Eso sin contar la deuda que,

según él, tengo yo que pagar. La buscan también unos traficantes a quienes Camilo Espinoza envió a la cárcel, desbarajustando sus redes y perdieron una enorme carga. No creen que sean ellos, pues ya habrían contactado a alguien para hacer el canje y, según Meneses, Camilo no tiene idea de dónde está mi hija ni su madre; los políticos envueltos en este asunto tampoco saben nada.

—O sea, nadie tiene idea.

—Y no solo eso: todos desconfían de todos —agrega el hermano.

—Yo no logro ver su posición ni con quién está, no veo más que su estado físico, su energía, y se ve bien.

—Al menos eso me consuela.

—Tranquilo, todo saldrá bien. Voy a ver cómo van con el almuerzo en la cocina.

Serena avanza hacia la salida, al momento de tomar el pomo de la puerta, la voz de su hermano la detiene.

—Dime, ¿qué quieres saber? —lo insta ella al ver que no habla.

—Me dijiste que me odiaste cuando nací, ¿verdad? —Ella asiente con la cabeza con una leve sonrisa en sus labios.

—Después, cuando nació Markus, ¿también lo odiaste?

La mujer sonrío ahora más abiertamente, se da la vuelta y sale sin contestar.

&&&&&

—Me enteré que Kurt Barkley estuvo aquí —dice con clara molestia Bernardo Echeverría a Rolando Meneses—. ¿Qué quería?

—Paola Donoso es su hija —responde con calma exterior, en su interior se siente agotado.

—¿Él te lo dijo? —pregunta sorprendido.

—Sí, ¿usted ya lo sabía?

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—No lo creí necesario.

—Era una nimiedad —replica el oficial con sorna.

—No era algo que te incumbiera.

—Cuando yo le dije que ese hombre estaba rondando la casa de la señora Paola podría habérmelo dicho, no hubiera perdido tanto tiempo en buscar la relación.

—Con tu trabajo cumplías y mal lo hiciste si no lo descubriste antes.

—No hay un solo papel que los una.

—Siempre queda algo.

Meneses no contesta, no le confesará que ese "algo" lo había encontrado en la mañana.

—Entonces, al final, ¿qué quería ese tipo?

—Encontrar a su hija.

—Si no la tiene él, ¿quién? ¿Te dio alguna pista, algún nombre?

—Nada. Pareciera que se la hubiera tragado la tierra.

—Al igual que al camión lleno de gente —reprocha el empresario.

—Hay que descubrir al traidor, no vaya a ser que quien más busca, sea el que más sabe —replica Meneses con furia contenida.

—Entre tantos corruptos, ladrones y traidores ya no hay en quién confiar.

—¿Qué quiere que haga?

—Que me demuestres que puedo confiar en ti.

—¿De qué manera?

—Quiero a Barkley muerto.

El oficial esboza una sonrisa.

—¿Quiere asesinar a su suegro?

—Lo quiero fuera de la vida de mi esposa.

—Ex esposa.

—Sigue siendo mi esposa y lo seguirá siendo hasta que yo quiera.

—Eso en el caso que siga viva —se burla camuflado en un semblante de seriedad.

—Ella está bien, nadie se atreverá a matarla.

—¿Qué quiere que haga con Barkley?

—Quiero que parezca un accidente. Es más, quiero que él también crea que fue un accidente.

—¿Y eso? ¿No quiere una muerte dolorosa y lenta para él? ¿No quiere que su última visión de esta vida sea el saber que usted está detrás de su muerte?

—Claro que me gustaría, pero ahora mismo lo quiero muerto y punto. Es un hombre muy escurridizo, ya lo has visto. Me interesa nada si sufre o no, simplemente lo quiero muerto.

Rolando Meneses asiente con la cabeza, también lo quiere muerto, aunque no piensa igual del proceso, quiere que Barkley sufra tanto como sufrió él.

—¿Cuándo lo harás?

—No lo sé, tengo que preparar todo.

—Pues hazlo pronto, en cualquier momento sale del país.

—¿Cree que se vaya sin su hija?

—No, creo que se irá para despistar. Si la tiene alguien que está en contra de él, lo más probable es que se vaya para que dejen tranquila a Paola. Y si la tiene alguien que está en contra de Camilo, se

irá para que quede el camino libre para devolverla.

—No creo que se vaya y no creo que quien la tenga sepa que ella es su hija, no habrían secuestrado a Giselle, la madre de Camilo. Podrían haberla dejado inconsciente o muerta. Ella no es de ningún interés para Kurt Barkley, y por ende, para nadie que quiera joderle la vida a él.

—Tienes razón, aunque si esa mujer vio sus caras...

—¿Grupos de profesionales a rostro descubierto? No lo creo.

—Entonces, tu teoría es que los que tienen a mi mujer buscan a Espinoza y no a Barkley.

—Así es.

—¿Y si la tiene él mismo?

—Ya le dije que no. Alguien lo vio merodeando la cabaña. Si la tuviera con él, lo que menos hubiera hecho habría sido aparecer por allá.

—Sí, tienes razón, pero dime algo, Meneses, si lo vieron, ¿por qué no lo mataron? O al menos lo hubieran apresado.

—Estaba demasiado lejos, ni siquiera valía la pena ponerlo en sobreaviso, ese tipo conoce la zona mejor que todos nosotros. No lo habríamos encontrado.

—Ya va a aparecer y me las va a pagar. A él sí lo quiero ver sufrir.

Meneses vuelve a asentir con la cabeza y a negar en su interior. Su mirada se encuentra con la de Markus y un reconocimiento en los ojos de este último hizo sobresaltar al oficial.

—Me voy, no dejes de buscar a mi mujer. Llevo contados los días que lleva desaparecida.

—¿Qué? —inquire Rolando sin comprender.

—Son mil ciento noventa y cuatro días. Imagínate el castigo que se llevará por haber huido de mi lado.

Meneses mira a Markus que aprieta la mandíbula y empuña sus manos con tanta fuerza que casi se le ponen moradas. Vuelve su vista a Echeverría que, ajeno a los gestos de su empleado, sonrío imaginando lo que se avecina para la hija de Barkley.

Capítulo 13

Confesiones

Rolando entra a su casa pasadas las once de la noche. Sabe que Camilo ya se encuentra allí. A la hora de almuerzo había pasado por allí y había dejado libre la entrada oculta.

Se va directamente al cuarto donde tiene el bar. Allí, con la pequeña luz del mueble bar, con un vaso de coñac en las manos y ajeno a la llegada de su ex compañero, está Camilo Espinoza.

—Buenas noches, Camilo —saluda el dueño de casa.

—Buenas noches, amigo —saluda éste de vuelta.

Meneses nota de inmediato que el alcohol está haciendo mella en su invitado.

—¿Comiste? —pregunta con preocupación.

—Nada. Desde hace tres días —responde con la lengua traposa.

—¿Y así estás bebiendo?

Espinoza se encoge de hombros y se dispone a tomar otro trago del vaso, vaso que Rolando le arrebató de las manos antes que llegue a su boca.

—Acompáñame a la cocina para que comas algo.

—¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? Para que comas. Mírate. Pareces una piltrafa humana.

—¿Para qué quiero comer? ¿Para qué quiero estar mejor?

—¿Qué pasa, Camilo?

El ex oficial se levanta de su asiento y mira a su ex amigo con lágrimas en los ojos.

—Perdí la fe —dice con voz apenas inteligible.

—Estás mal, Camilo, vamos a comer, el alcohol te está jugando una mala pasada.

Camilo se deja caer en el sofá y cierra los ojos. Rolando lo observa unos minutos, sin saber qué hacer. Luego, al ver que no se mueve ni habla, se acerca a su amigo y lo remece.

—Camilo. Camilo.

Nada.

—Camilo —habla con voz más fuerte.

Nada. Ya está dormido.

Meneses resopla frustrado. Va a buscar una manta y lo cubre con ella. Espinoza ni se inmuta.

Rolando se va a su cuarto y se acuesta, pero no duerme, está demasiado cansado; su día había sido agotador y sabe que cada día será peor.

Rememora en su cabeza los hechos del día: el descubrimiento de la relación entre Kurt Barkley y Paola Donoso; la visita de ese hombre que está dispuesto a pagar lo que sea por encontrar a su hija y tener la primicia de los resultados de las investigaciones; la conversación con Bernardo Echeverría; sus dudas de quién tiene a la madre y a la novia de Camilo; las presunciones de quienes son los traidores, tanto a la institución como a los corruptos. Sabe que está metido en un campo de batalla donde en cualquier momento se desata la guerra y si no tiene cuidado, puede terminar muy mal parado. Si es que no muerto.

Los ojos comienzan a pesarle y poco a poco se queda dormido, pero su mente no descansa y las pesadillas no tardan en aparecer.

A las cinco de la mañana, tras varias pesadillas, decide levantarse. Camilo no está en el sofá. Maldiciendo en voz baja, lo busca por toda la casa hasta que se da por vencido. Camilo Espinoza había desaparecido.

&&&&&

Kurt recibe a su hermano en el privado de un lujoso café en un conocido hotel.

—Tanto misterio, Markus, ¿qué pasa?

—Te quieren ver muerto —le anuncia así, como si nada.

—Eso no es novedad —contesta el otro con liviandad—. Desde que tengo veinte años que me quieren ver muerto. ¿Quién es esta vez? —pregunta con una gran sonrisa.

—Bernardo Echeverría y Rolando Meneses.

La sonrisa de Kurt se congela en un micro segundo.

—¿Qué sabes tú de ellos?

—Trabajo para Echeverría.

—¿¡Qué!?

—¿Te acuerdas cuando me comentaste que tu hija corría peligro porque alguien había descubierto quién era ella en tu vida?

—Lo recuerdo perfecto. Un narcotraficante muy peligroso. Logré matarlo antes de que se cumpliera su cometido con mi hija.

—Pues yo también hice mi parte. No permitiría que nada malo le pasara a mi sobrina y la busqué. Cuando me enteré que Bernardo Echeverría la pretendía...

—¿Pudiste evitar ese matrimonio? —interroga con sorpresa y enojo.

—¿Crees que no lo intenté? Pero tu hija es tan testaruda como tú y estaba enamoradísima de ese desgraciado. Tenía dos caminos: uno, secuestrarla y llevarla lejos hasta que se le pasara el amor, lo cual no era una opción pues tenía casi dos meses de embarazo, y dos, cuidarla desde dentro.

—Cosa que no hiciste.

—¡Claro que lo hice! Pero Bernardo Echeverría planeó lo de los niños a mis espaldas. Yo todavía no era su hombre de confianza como para contarme sus planes, él me había contratado como guardaespaldas de su mujer. Por eso, tuve que matar a su mano derecha y hacerle creer que este tipo lo estaba traicionando. Así fue como me convertí yo en su hombre de confianza y conozco todos sus planes.

—¿De verdad él no sabe nada de mi hija?

—Nada. Está desesperado. Tanto así, que quiere verte muerto, no le interesa torturarte antes, quiere que parezca un accidente y quiere que tú también lo creas. No quiere que te escapes.

—¿Quién hará el trabajo?

—Rolando Meneses.

—Rolando Meneses es un corrupto cuyo amor al dinero es más grande que su lealtad. Podemos comprarlo. De hecho hoy hablé con él.

—Rolando Meneses es mucho más que un corrupto, hermano,

—¿A qué te refieres?

—A que ese tipo no está de parte de Echeverría por dinero. Y dudo mucho que lo vaya a estar contigo.

—Habla claro —exige Kurt, intranquilo.

—Lo que pasa es que Bernardo Echeverría y su grupito fueron los responsables de la muerte del papá de Meneses.

—¿Y aun así trabaja con él?

—Raro, ¿no? Por decir lo menos.

—Yo conocí a sus padres.

—Lo sé, y por lo mismo, tu peligro es doble. Rolando Meneses te quiere bajo tierra tanto o más que Echeverría.

—¿Sabes el por qué?

—Porque tú estás involucrado en la muerte de la madre de Meneses y del padre de Camilo Espinoza.

Kurt queda de piedra. No entiende cómo es eso de que está involucrado en esas dos muertes. Alza su mirada hacia su hermano, interrogante.

—Bernardo Echeverría te incriminó.

&&&&&

Rolando Meneses sale del baño luego de una larga ducha. Agradece que es sábado y que no tiene turno, por lo que puede quedarse en su casa. Está cansado y necesita un relajo. Con el bichito de la curiosidad de lo que quería hablar Camilo con él todavía carcomiéndole las sienes, se va a la cocina a preparar su desayuno, sin embargo, su sorpresa es mayúscula al encontrar a Espinoza preparando todo.

—¿Y tú? —inquire el dueño de casa.

—Estoy preparando el desayuno, ¿no ves?

—Te busqué y no estabas.

—Fui a comprar pan.

—¿A las cinco de la mañana?

—No fue fácil encontrar. Siéntate. Tenemos un tema pendiente.

—Que no conversamos por tu borrachera.

—No me reproches, si estuvieras en mi lugar, harías lo mismo.

—¿Qué quieres, Camilo? ¿Sabes lo peligroso que es que estés aquí? ¿Te das cuenta que si te encuentran, tendré que matarte? ¿Puedes dimensionar, siquiera, el lío en el que nos meterías?

—Tantas preguntas, Rolando, este no es uno de tus interrogatorios en la comisaría.

—Dime, Camilo, ¿qué quieres?

—Tomar desayuno, tengo un hambre voraz, hace tres días que no como nada. Quiero un café y mucha comida.

Rolando escanea a su amigo y nota lo pálido y ojeroso que está. Sin volver a replicar se sienta ante la mesa y comienza a comer junto a su ex amigo, que engulle la comida como un animal ansioso.

Una vez terminada la comida, Meneses se cruza de brazos y se echa un poco hacia atrás en la silla para instar a que Camilo hable. Este sostiene la mirada de su amigo unos momentos.

—¿Sabes dónde están? —pregunta al fin.

—No. No tengo idea. Pareciera que se las hubiera tragado la tierra.

—¿Y mi hijo?

—Con él tengo una teoría.

—¿Cuál?

—Kurt Barkley.

—¿Kurt Barkley? ¿Qué tiene que ver él con mi hijo? ¿Por qué no se ha contactado conmigo para devolvérmelo?

—Porque no creo que quiera hacerlo.

—Si él le hace algo... —comienza a decir en tono amenazante.

—Dudo que lo lastime.

—Ese hombre no tiene escrúpulos.

—Bastián es su sobrino nieto.

—¿¡Qué?!

—Recién lo descubrí ayer... Y no solo descubrí eso.

—¿Qué más descubriste?

—Paola es su hija.

Camilo mueve la cabeza en señal de negación, no entiende qué quiere decir.

—La madre de Paola tuvo que huir del lado de Barkley por amenazas de muerte, el hombre pagó para darles nueva identidad, se cambiaron el nombre y él las mantuvo vigilada desde lejos y ahora, que se enteró de todo lo que le estaba ocurriendo a su hija, decidió venir a buscarla.

—¿Y Kass?

—Kass es hija de la hermana de Barkley, también desapareció, pero a ella la vieron con el hombre de confianza de Barkley, por lo que supongo que está con él y, por supuesto, Bastián debe estar con ellos.

—No puedo creerlo, ¡Paola y Kass son primas!

—Así es.

—¿Estás seguro que ese hombre no tiene a Paola ni a mi mamá?

—No, de hecho ayer, después que me llamaste, fue a verme. Me ofreció mucho dinero para mantenerlo informado de la investigación.

—¿Qué voy a hacer? Si ellas no aparecen...

—¿No tienes idea de quién más pueda tenerlas? ¿Algún otro enemigo que haya aprovechado esta instancia?

—Si lo supiera, ¿crees que estaría aquí?

Camilo se levanta de la silla y avanza con paso cansino hacia la sala.

—¿Eso querías? —pregunta Rolando avanzando tras él.

—Sí, esto ya me tiene colapsado. Siento que... Siento que ya no puedo seguir.

—Tendrás que hacerlo. Tú te metiste en este lío y ahora te aguantas —sentencia Rolando.

—Claro, como a ti se hace fácil ser un vendido.

—Al menos yo no estoy en tu posición. ¿Qué ganaste con esta estupidez, Camilo? Nada. Ni siquiera tienes un lugar para dormir.

—Eso no te incumbe.

—Si no me incumbe, ¿por qué viniste a buscarme a mí?

—Quería saber si sabías algo de mi familia.

—Pues ya ves, no tengo idea.

—¿Estás seguro?

—¿Tú crees que si lo supiera te lo ocultaría?

—No lo sé, ya no te conozco.

—Si no confías, si no me incumbe lo que te ocurre, si no me consideras tu amigo, ¿a qué viniste?

Camilo no contesta.

—Admite que sigo siendo tu único amigo —ironiza Rolando sin maldad.

—Tú ya no eres mi amigo.

—Porque tú no lo quieres. Tú dejaste de ser mi amigo por esa mujer.

—No fue por ella

—¡Sí lo fue! El día que apareció Paola en tu vida fue tu ruina.

—No es así, Rolando, estás confundiendo las cosas.

—¡Mírate! —Meneses está casi fuera de sí—. Por ella estás aquí, como un prófugo, en la mira de más de un sicario.

—No es por ella.

—Por ella es. ¿Por quién más? Tu madre está desaparecida por su culpa, ni siquiera sabes si sigue viva.

—Ni lo digas.

—Si la secuestraron fue por esa mujer. Tu mamá no les es de ningún beneficio y si se la llevaron fue para que no hablara y puede que la silencien por siempre.

—¡Cállate!

—Tengo razón y lo sabes.

Camilo se lanza sobre Rolando, pero este le hace el quite, lo cual hace con facilidad, Espinoza no está en su mejor momento ni en un buen estado físico. Meneses lo reduce en un rápido movimiento.

—Escúchame, Camilo, si alguien la cagó, ese fuiste tú. No me culpes a mí.

El atrapado se resarce del agarre de su amigo.

—No fui yo quien se vendió.

Meneses le pega un puñetazo tal a su visitante que lo deja tirado en el sillón.

—Tú te dejaste llevar por el supuesto amor que sentiste por esa mujer y perdiste todo lo que habías logrado hasta ese momento.

—Actuamos mal y tú lo sabías.

—Los dos lo sabíamos.

—A mí me convencieron haciéndome creer que Paola era igual a Kass.

—Son primas, deben tener los mismos genes.

—¡No era cierto que ella maltrataba a sus hijos!

Rolando se queda mirando a su amigo unos segundos, saca un cigarrillo de una cajetilla que tiene encima de la mesita de centro y le ofrece uno a su ex compañero, el cual acepta más por necesidad que por agrado. Rolando le da un par de fumadas y toma una silla para sentarse frente a Camilo.

—Dime algo, ¿qué habría pasado si tú no hubieras ganado esa tarde y te hubiera tocado ser el malo?

Camilo lo acribilla con la mirada.

—Contéstame. ¿O además de nuestra amistad y complicidad también olvidaste que jugábamos a cara o sello para saber quién actuaría de bueno y malo en cada operativo?

Camilo aspira aire como si le faltara.

—¿Qué habría pasado si hubieras tenido que ser tú el que pusiera las esposas en sus muñecas? ¿O si hubieras tenido que ser tú el que la sujetaba mientras los niños eran arrebatados de su lado?

Camilo sigue en silencio.

—No me culpes a mí, ni digas que fui un desalmado con ella, no era la primera vez que jugábamos al policía bueno y al malo, a mí me tocó ser el malo, pero tú no lo hacías mejor cuando perdías y te tocaba a ti.

—No hubiese podido hacerlo.

—Yo tampoco quería.

—Pero lo hiciste.

Rolando sonrío con amargura.

—No te hagas el bueno conmigo, Camilo, estuviste así —indica y hace el gesto de “poco” con dos de sus dedos— de venderte, a un paso de entrar al negocio y si no hubiera sido por esa mujer, hoy serías parte de esta mierda, tanto o más que yo.

Capítulo 14

Todo por él

Kurt mira desde la puerta a su sobrino-nieto que juega con unos cubos, como siempre.

—¿Es él? —pregunta la mujer que está a su lado.

—Sí, doctora, él es Bastián Echeverría, hijo de mi sobrina y estamos preocupados por él, usted lo puede ver, está allí con sus cubos, en su mundo, y es así casi todo el día.

La mujer asiente con la cabeza.

—¿Habla?

—Poco.

—¿Y los padres del niño?

—La mamá está con una depresión, por lo que tuvimos que apartarla de él, estuvo a punto de lastimarlo.

—Es normal que las madres colapsen cuando tienen hijos algo extraños y no comprenden su situación y de igual modo necesitan terapia y ayuda. ¿Y el padre?

—Es una historia larga y...

—Señor Barkley, necesito saber todo, mi ética profesional impide que yo diga nada de lo que ustedes me informen si es para ayudar al niño.

—¿No se aterrará?

—Trabajo hace muchos años con gente como ustedes —indica la psiquiatra.

Kurt asiente con la cabeza, toma del codo a la mujer y la lleva a su despacho donde le narra toda la historia sin omitir detalle.

—Bien, por lo que me cuenta y por lo que pude observar del niño, es muy probable que sufra trastorno del espectro autista, Tea. Por supuesto, debo hacer unas pruebas, unos test a ustedes, su familia, y al niño.

—¿Mi nieto autista? —Serena había escuchado la última parte de la conversación.

—Debemos confirmar el diagnóstico —responde la profesional con calma—, usted debe ser Serena Barkley.

—Así es, buenos días y disculpe por entrar así.

—No se preocupe, le explicaba a su hermano que el niño, por lo que él me cuenta y por lo poco que vi, tiene rasgos de Tea, yo les enviaré por correo unos documentos que deben llenar, ojalá todos los que viven con el niño o han vivido con él puedan contestarlo para tener más claridad del diagnóstico y del tratamiento. Ojalá la mamá y el papá pudieran llenarlo, mal que mal, ellos lo conocieron desde bebé y es muy importante saber cómo fue su nacimiento y su primera crianza.

—No se preocupe, doctora.

—Enviaré una psicóloga muy buena que trabaja conmigo para que le haga un test al niño para evaluarlo también.

—Ningún problema.

—Bueno, en cuanto ustedes tengan el cuestionario llenado y la psicóloga me haya dado su evaluación, yo vendré para ver al niño e iniciar el tratamiento.

—Muchas gracias, doctora.

—De nada, señor Barkley, estoy para servirle.

La psiquiatra se despide de ambos hermanos, a pesar que Serena se encuentra en estado de shock. En cuanto la mujer se va, el hombre se acerca a su hermana y la toma de los brazos y los acaricia de arriba abajo para confortarla.

—Hermana, tranquila, no es tan terrible, la doctora me explicó algunas cosas y nosotros vamos a investigar y a hacer lo necesario para ayudarlo, no te preocupes.

Serena eleva su mirada hacia su hermano con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué va a hacer el día que nosotros no estemos? Yo soy su abuela, pero él necesita de sus padres. Mi hija no puede hacerse cargo de él y a su padre se lo niegan.

—Su padre es un traidor.

—¡Su padre está tratando de hacer lo correcto! —grita Serena fuera de sí.

Kurt la abraza a su pecho en un instinto por protegerla y contenerla.

—Bastían tiene ocho años apenas; dime Kurt, dime qué va a ser de él cuando sea grande y nosotros no estemos para cuidarlo.

—Él estará resguardado.

—¿Solo?

El hombre toma aire y lo expulsa con dificultad.

—Voy a buscar a Camilo Espinoza —accede.

—¿Qué? —La hermana se aparta para mirarlo.

—Lo voy a buscar y se lo voy a decir. No te prometo nada. Yo no sé cómo es él, no lo conozco. Tampoco tengo idea cómo era con su hijo o con mi sobrina. Quizás Kass tiene razón y ese tipo la volvió loca.

—Hermano, sabes que no es así. Es mi hija y la amo con todo mi corazón, pero ella no está bien.

—Como sea, lo buscaré y hablaré con él, solo entonces decidiré qué hacer.

—¿Puedo estar presente cuando hables con él? —consulta con un brillo de esperanza en los ojos.

—Está bien, mal que mal, tú eres la abuela de Bastián y ex suegra de Camilo.

—Me hubiera gustado conocerlo en otra situación.

—Yo quisiera no tener que estar viviendo en esta situación —enmienda el hermano—. No sabes cuánto desearía vivir una vida normal.

—Lo sé, hermano, no debe ser fácil tener que esconderse por más de veinte años y no poder ver crecer a tu hija porque eres un peligro para ella.

—Ya estoy cansado de esta vida —confiesa a riesgo de llevarse una reprimenda.

—Lo sé, pero pronto va a terminar todo esto. No te preocupes —lo consuela su hermana sin reproche.

Ella lo abraza y él se refugia en sus brazos. Allí se siente protegido y seguro, por más que su hermana sea mucho más baja que él, ella es su apoyo y cuando no discuten, él la aprecia mucho más.

&&&&&

Camilo mira en su celular la llamada entrante. Es un número desconocido. Ruega porque sea alguien que le quiera devolver a su familia.

—Aló —responde Camilo inseguro y nervioso.

—Necesito hablar contigo.

—¿Quién habla?

—Esta tarde. Di lugar y hora. Es urgente.

—¿Qué quieres?

—Es acerca de tu hijo.

Camilo aprieta los labios y sus mejillas pierden color.

—¿Me estás escuchando? Hora y lugar.

—Yo quiero a mi hijo de vuelta, me da lo mismo el lugar donde quieres que te vea.

—Primero, Espinoza, no te da lo mismo, si yo te citara en el cuartel, dudo mucho que quieras ir. Segundo, no quieres a tu hijo de vuelta contigo, no en este momento, al menos. Y tercero, es para hablar de él y de Kass, no para devolvértelo.

—Sabes que estoy prófugo, me persiguen y mi cabeza tiene precio. No tengo un lugar seguro, me muevo todo el día. Será mejor que tú consigas un lugar.

—Bien, entonces ve al hotel A&E, pasa directo al café, allí te esperarán y te traerán hasta aquí.

—¿Mi hijo está ahí, contigo?

—Sí, si tienes suerte, lo podrás ver.

Los ojos se le llenan de emoción a Camilo.

—¿Él está bien?

—A las cinco y diez en el hotel A&E, no tardes.

Camilo se queda con el teléfono en la mano. Quizás vería a su hijo. ¿Lo recordaría? ¿Lo reconocería? Habían pasado ya tres años.

El ex detective llora por cuarta vez en su vida. Algo le dice que ese hombre no le mintió cuando le dijo que podría ver a su hijo.

Se aprestó para ir a ese encuentro. En casa de Rolando se había bañado y cambiado ropa; su amigo también le había entregado dinero para sostenerse, pues no podía sacar dinero de ninguna de sus tarjetas y tampoco está generando recursos.

A las cinco en punto llega a la esquina del hotel, sin embargo, es interceptado por dos hombres que lo obligan a subir a una camioneta.

—¿Quiénes son ustedes? —interroga una vez dentro.

—La cita con mi jefe fue descubierta, de llegar al hotel, hubiera sido detenido, por eso lo tuvimos que sacar de allí.

—Pero ¿quién...?

—Si lo supiéramos, créame que ya estaría muerto.

—¿Están seguros que trabajan para quien me llamó? —interroga con cierto temor.

—Sí.

—¿Tiene a mi hijo? —pregunta no queriendo dar indicios de saber quién es.

—Sí.

—Yo no sé dónde está Paola Donoso; quien me llamó la primera vez, hace unas semanas, me dijo que me devolvería a mi hijo a cambio de ella.

—Las preguntas y los detalles discútalos con él. Nosotros solo cumplimos órdenes.

—Una sola pregunta más: ¿él está bien?

Kyle mira a Camilo por el espejo y puede percibir la angustia en sus ojos.

—Sí, está muy bien cuidado.

—Gracias —dice con los ojos aguados.

&&&&&

Bernardo Echeverría vuelve a golpear la pared con su puño.

—¡Cómo que Camilo Espinoza volvió a escapar, por la mierda! —grita furibundo.

—Se enteraron que lo estábamos esperando, pues lo alcanzaron antes de llegar al hotel.

—¡Por la mismísima mierda! ¿Hasta cuándo van a ser tan ineptos? Se supone que son los mejores hombres del rubro, ¡no trabajo con mediocres!, sin embargo, aquí están, dando estúpidas excusas a su

fracaso, incapaces de atrapar a solo un hombre.

—Es muy escurridizo, señor —se justifica uno.

Echeverría escudriña a Markus.

—¿No tienes nada qué decir?

—No, señor.

—¿No? Tú estabas a cargo de la misión, ¿seguro que no tienes nada qué decir?

—¿Qué quiere que le diga? Alguien le avisó que lo atraparíamos, algún traidor.

—Hay que encontrar a ese traidor y llevarlo a una muerte lenta y dolorosa.

—¿Qué vamos a hacer ahora que volvimos a perder a Espinoza? —inquieta Markus, haciendo caso omiso al comentario de su jefe.

—Seguir buscándolo. A él y a mi esposa.

—Señor, Markus tiene algunos antecedentes del paradero de su esposa —interviene uno de los hombres de Bernardo.

—¿Sabes dónde están? —cuestiona Echeverría.

—¡Por supuesto que no! —exclama con celeridad—. Son solo especulaciones. Si lo supiera, se lo diría, pero mientras tanto, prefiero dejarlo así, no es la primera vez que tengo una teoría que luego queda en nada.

—Espero que no me estés omitiendo información.

—Por supuesto que no, pero no vale la pena importunarlo cada cinco minutos con hipótesis que no significan nada.

Bernardo Echeverría asiente con la cabeza, quiere confiar en Markus, no obstante, hoy por hoy siente que ya no puede confiar en nadie.

—Señor, ¿han sabido algo del camión y del cargamento?

—Nada. Definitivamente, se los tragó la tierra. Ni siquiera hay una denuncia. Nada.

—Qué extraño, porque toda esa gente, si hubiera sido liberada, habría denunciado en masa. ¿Y si se lo robaron?

—¿Cómo así?

—El camión tenía pase libre por cualquier aduana y peaje. ¿Qué tal si quienes lo tomaron no buscaban liberar a esa gente sino más bien apropiarse del trabajo ajeno y vender ellos a esa gente?

—Por eso no hay denuncias, siguen como esclavos.

—Así es.

Bernardo Echeverría se sienta en el sillón frente a su escritorio. Presiona el intercomunicador.

—¿Señor? —responde la secretaria.

—Comuníqueme con Rolando Meneses —ordena.

—Sí, señor, enseguida.

Pocos segundos después, el mismo teléfono suena y responde con el altavoz.

—El señor Meneses en la línea 1 —indica la mujer.

—Gracias, Beva —dice y aprieta el botón correspondiente—. Meneses.

—Diga.

—Necesito saber quién es el traidor —exige sin más.

—En eso estamos, señor, y tengo la impresión que hay más de uno en diferentes flancos.

—¿A qué te refieres?

—Que aquí hay un traidor que nos está vendiendo con el enemigo, acabo de recibir unos documentos que informan que la carga del camión salió del país. Creo que usted tiene uno o más que también lo están traicionando. Por lo menos aquí en la Institución nadie más sabía que Espinoza se iba a juntar con Barkley, solo yo, y por supuesto no fui quien dio la información, por lo que no pudo salir de aquí. Por otro lado, Barkley también debe tener a algún traidor entre sus filas, de otro modo, ¿cómo se enteró de su junta? Y el diputado también, con sus amigos empresarios, solo ellos conocían el recorrido del camión con certeza, nuestro trabajo era no molestarlo, esa patente estaba fuera de nuestro alcance.

—El día que descubra quién me está traicionando, lo pagará muy caro.

Markus afirma con la cabeza y echa un rápido vistazo a sus hombres que se asustan fácil con la frialdad y el enojo de su patrón.

&&&&&

La pobreza se puede percibir en el ambiente. A Camilo no le es ajena, muchas veces tuvo que buscar a los delincuentes comunes en esos lugares para ayudarlo en sus operativos, jóvenes adictos que por un porro eran capaces de casi cualquier cosa. Lo que no entiende es qué hacen ahí. Kyle lo mete en una casucha de madera a medio caer.

—Quítate la ropa —ordena con firmeza.

—¿Qué?

—Quítate la ropa, me escuchaste bien.

Camilo obedece y una vez desnudo, Kyle le entrega ropa nueva.

—¿Y esto?

—No queremos correr riesgos —responde lacónico.

Mientras Camilo se viste, el hombre quema la ropa en un recipiente de metal.

—Ahí están mis documentos y el único dinero que tengo —protesta el ex oficial.

—No te preocupes, tendrás nuevos documentos y por el dinero... Barkley tiene de sobra para darte más. Y dinero limpio, no marcado como este.

—¿Dinero limpio? —pregunta con ironía al tiempo que termina de abrocharse el pantalón.

—Limpio, no como el que te dio tu supuesto amigo.

—¿Qué dices?

—El que te dio es dinero marcado, me extraña que no te hayas dado cuenta. Claro, como estás desesperado, dando tumbos y pasos en falso... Vamos.

Camilo vuelve a la camioneta y en silencio recorren casi toda la ciudad hasta llegar a la casa de Kurt Barkley.

—Supongo que no serás tan estúpido como para darles la dirección a tus amigos, la vida de tu hijo está en juego.

—Yo ya no tengo amigos.

—Bien. Adentro.

Kurt Barkley espera a Camilo en la sala. Junto a él, como una estatua, por lo rígida y pálida, se ubica Serena. Camilo siente algo de desasosiego al ver a la mujer, está seguro que es, o mejor dicho fue, su suegra, pero no puede decir nada.

—Bienvenido a mi casa, Espinoza —saluda Barkley.

—¿Y mi hijo?

—¿No te enseñaron a saludar? Primero hablemos y luego, con calma, veré si eres digno o no de ver a Bastián.

Un nudo en el estómago se le instala al ex policía. Su hijo está tan cerca que casi lo puede sentir.

—Tú dirás —dice con toda la firmeza de la que es capaz.

—Déjame presentarte a mi hermana. Serena.

—Buenas tardes, señora.

—Buenas tardes, Camilo, es un gusto conocerte, aunque hubiese preferido que hubiera sido en otras circunstancias.

El hombre finge confusión al escuchar el extraño saludo.

—Me gustaría decir lo mismo, pero si ustedes tienen secuestrado a mi hijo...

—Tu hijo no está secuestrado y mi hermana es tu ex suegra —corrige Kurt.

La sorpresa es real en Camilo quien no esperaba que le dijeran la relación familiar que tenían.

—Con esto claro, Camilo, ¿te puedes sentar para hablar?

Capítulo 15

Vuelco

Rolando Meneses guarda en su maletín el documento que, sin lugar a dudas, incrimina a Bernardo Echeverría en la muerte de su madre y el padre de Camilo. Rápidamente, se dirige a su casa y se sienta en el sofá a releerlo una otra vez.

Y comienza a recordar todos y cada uno de los hechos que llevaron a las circunstancias actuales:

—Hijo, tengo algo que decirte y espero contar con tu silencio y discreción —me dijo un día mi papá, estaba con unas copas de más, hacía poco que habían asesinado a su mejor amigo, el papá de Camilo, y mi papá no había vuelto a ser el mismo.

—Claro que sí, papá, puedes confiar en mí. Dime —respondí.

—Lo que pasa es que yo sé quién mató a Andrés Espinoza.

—¿Qué dices? —interrogué sorprendido—. ¿Por qué no lo has denunciado? El tío Andrés era tu amigo y lo mataron a mansalva.

Se bebió de un sorbo el resto de whisky que tenía en la copa.

—No puedo denunciarlo, ustedes corren peligro y si les pasa algo por mi culpa, no me lo perdonaría.

—Pero...

—Escúchame, hay mucha mierda en la Institución, no la ensalces, no te creas que es perfecta, porque no lo es.

—¿Qué me quieres decir, papá?

En ese tiempo, yo era joven e ingenuo, tenía apenas diecinueve años y mi papá era mi héroe y verlo así, no me gustaba nada.

—Las cosas no siempre son como parecen.

—No entiendo qué me quieres decir —admití a pesar del temor, mi padre era un hombre severo y no aceptaba errores de ningún tipo, ni siquiera los míos.

—Las consecuencias de nuestros actos siempre nos alcanzan, lo queramos o no.

—¿Qué pasa, papá? ¿Por qué no me hablas claro?

—Pasa que jamás debiste meterte a ser policía. ¡Maldita la hora en la que lo permití!

—Pero, papá, somos de familia de policías, toda nuestra familia...

—¿Y qué mierda me importa esa familia? ¡A mí me importas tú y tu madre! ¡Ustedes son mi familia!

—¿Qué hiciste, papá?

Por primera vez lo vi llorar. Lloró como un niño. Yo no supe qué hacer. Me quedé allí, paralizado, sin atinar a nada.

Aquella conversación marcó el inicio de un capítulo que todavía no se ha cerrado. A pesar de que ya han pasado quince años.

Mi papá murió tres días más tarde en un operativo para desbaratar la red de corrupción de la Institución. Su sacrificio fue en vano, pues no lograron capturar a los cabecillas, uno de los cuales, como descubrí algunos años después, era Bernardo Echeverría. Mi primer impulso fue sacarle la cresta con mis propias manos y luego matarlo despacio. Pero no. Mi venganza la planearía mucho mejor.

Fue entonces que me vendí.

O aparenté que lo hacía.

Echeverría no tiene idea de que yo sé que él fue uno de los causantes de la muerte de mi papá ni que ahora sé que fue él y no Barkley quien asesinó a mi madre y al padre de Camilo, y espero que no lo sepa hasta el momento de su muerte.

Dos años después de la muerte de mi papá, y mientras investigaba su caso y el del padre de Camilo, me llegó una amenaza para dejar las cosas como estaban. No lo hice. No iba a dejar de investigar sus muertes para encontrar la verdad absoluta, sin embargo, dos días después mataron a mi mamá en el estacionamiento del supermercado. Luego de comprar, y ya en su automóvil, le dispararon a quemarropa en la sien. Nadie se dio cuenta sino hasta mucho rato después, cuando iban a cerrar y vieron el auto de mi mamá aún estacionado. Las cintas de las cámaras de seguridad habían desaparecido. Tres años más tarde, cuando decidí "venderme", Echeverría me dio pruebas de que había sido Barkley; tenía órdenes expresas a sus hombres y documentos que especificaban el "trabajo" que debían hacer. El primero de ellos era matar a Andrés Espinoza. El otro era asesinar a mi mamá.

Para mí no era la primera vez que Barkley se metía en mi camino. Anteriormente, cuando apenas tenía quince años, mis padres y yo viajamos a Nueva Zelanda por un trabajo de mi papá. Allí conocí a una joven hermosa, pero Kurt se interpuso e hizo que nos volviéramos a Chile y no conforme con eso, acabó con su vida. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez, cuando lo tenga enfrente, a punto de morir, le haga confesar. Esa fue la primera razón de mi odio hacia él. En segundo lugar, es padre de Paola Donoso. La mujer que, con su sola presencia, hizo cambiar a mi amigo. Esa mujer provocó el quiebre entre Camilo y yo. Una amistad de más de treinta años se fue a la mierda por culpa de ella. También hizo que su marido, Bernardo Echeverría, diera pasos en falso, los cuales nos llevaron a esto, a todo este entuerto en el que, probablemente, terminaremos muy mal parados.

¡Maldita Paola Donoso! Esa mujer de ojos violeta logra poner de cabeza a quien se acerque a ella.

Incluso a mí; si lo hubiera permitido. Esos ojos extraños, su mirada de niña buena, su piel suave y delicada podían poner de rodillas a un santo. Ahora, tres años después, no había cambiado tanto; sí, su rostro era más duro, usaba lentes de contacto, su cabello se lo había oscurecido, a simple vista, sí, había cambiado, pero su esencia seguía siendo la misma.

¡Maldita y mil veces maldita! Mis pensamientos llegan a ella cuando quiero poner en orden mis pensamientos, ordenar mi mente; no pensar en ella.

Tengo que saber qué se hizo el estúpido camión, quién secuestró a Paola y a Giselle, quién le avisó a Kurt que sabíamos dónde se juntarían con Camilo y, a decir verdad, también me gustaría saber cómo se enteró Bernardo de ese encuentro. A mí solo me dijo que tenía sus métodos. Markus, su guardia personal, esconde cosas, eso lo tengo claro, se le nota en su mirada y en sus actitudes. El tema es qué. Yo a él o conocí hace pocos años, cuando Bernardo lo envió conmigo a un operativo de una mercancía llegada de Perú. Un hombre callado, serio y sin ningún interés en hacer amistad. Lo único que quería era terminar rápido el trámite.

Hace dos años tomó el puesto de Reginaldo, ex mano derecha de Echeverría, encontrado en pleno de una flagrante traición a su patrón, razón por la cual, fue muerto en el instante.

Hoy, Markus sigue siendo un misterio. Se enfrenta a su patrón sin miedo si tiene algo que replicar, así y todo, demuestra ser un hombre fiel y leal, aunque también, sobre todo cuando se trata de Paola, su expresión cambia y pareciera que un odio hirviente brillara en su interior. Otra vez Paola. ¿Por qué todo tiene que terminar en ella?

El sonido de su celular lo despierta de sus cavilaciones.

—Aló —responde sin mirar.

—Tienes que tomar una decisión —habla una voz desconocida.

—¿Qué? —pregunta sin comprender.

—O estás con la policía o estás con los corruptos. Deja de jugar a dos bandas.

—¿Quién habla?

—Un amigo que no quiere que termines mal.

—No entiendo lo que quieres decir.

—Lo entiendes muy bien. Recuerda: no es tiempo de ambigüedades, al contrario, es tiempo de decisiones.

Corta.

Rolando queda con el teléfono en la mano, confundido y molesto. Alguien más sabe de su dualidad. Pero debe convenir en algo: es tiempo de decidir. Cada vez se acota más la distancia entre ambo bandos y solo uno quedará en pie. Independiente de eso, él ya tiene su decisión tomada desde hace mucho tiempo y es hora de actuar y llevar a cabo lo que se puso, como propósito, tantos años atrás.

&&&&&

Camilo lleva su mirada de Kurt a su hermana intentando comprender lo que le dicen.

—Yo siempre lo noté extraño. Tenía poco apego, no le gustaban los abrazos, los "te amo", tampoco jugar con otros niños, pero... ¿autista?

—Del espectro autista —corrige Serena—, lo que se conoce como asperger.

—¿Tiene tratamiento?

—Por lo pronto, la doctora enviará por correo un test que debemos llenar quienes estemos cerca de él —explica Kurt.

—Bastían es muy inteligente —musita Camilo—, cuando dejé de verlo, ya sabía leer.

—Por lo general son así —responde la mujer.

—¿Puedo verlo? —ruega.

Los dos hermanos se miran. Kurt asiente con la cabeza y se levanta. Serena y Camilo lo imitan.

—Quizá no te reconozca —advierde la mujer.

—Es lo más seguro —admite el hombre con pesar.

Llegan hasta el cuarto del pequeño que juega, como siempre, con sus cubos. A Camilo se le llenan los ojos de lágrimas. El niño parece que ni se ha dado cuenta de su presencia.

Kurt empuja con suavidad a Camilo para que se acerque a su hijo.

—Hola, pepita —saluda una vez que está frente a él.

Bastían lo observa unos segundos, pero no lo mira a los ojos, pareciera que mirara lejos, como si lo traspasara y viera detrás de su papá. De pronto, se levanta y Camilo hace lo mismo. El niño pega su cuerpo al de su padre, como un abrazo, pero con los brazos caídos a sus costados.

Camilo lo abraza y llora. El niño se resarce pronto de ese abrazo, como si le molestara el contacto físico.

—Hola, papi —dice el pequeño como un autómata y vuelve a su juego como si nada.

Camilo toma un cubo y se lo entrega a su hijo, espera a que él lo coloque en su lugar y le entrega otro, y así, por varios minutos.

—Espinoza —dice Barkley.

—Solo un momento más —suplica.

Serena rodea el brazo de su hermano y le ruega con su mirada.

Padre e hijo siguen jugando un rato más. De repente, el niño deja de hacerlo y guarda todo en una caja.

—Comida —pide.

—¿Tienes hambre? —pregunta el padre.

—Es su hora de cenar —indica Serena.

En ese mismo instante, entra una enfermera con una bandeja con comida. El niño entra al baño, se lava las manos y se sienta en una mesita. Todo lo hace como si fuera algo automático.

Camilo se despide de su hijo.

—¿Dormir? —consulta el niño.

Camilo no comprende en primera instancia.

—¿Dormir? ¿Conmigo?

A Camilo se le rompe el corazón. No puede dormir con él, con suerte, Kurt le había dejado verle.

El niño continúa comiendo como si se hubiera olvidado de su pregunta.

El padre sale con el corazón en un puño.

—Voy a ordenar que te lleven donde quieras —ofrece Kurt.

—¿Por qué no me dijiste que Bastián es tu sobrino-nieto y, por el contrario, me amenazaste con él?

—Quería a mi hija de vuelta.

—No era el camino, ¿te das cuenta que todo esto es por tu culpa?

—¿Mi culpa? ¿Qué hay de la autocrítica?

—Si yo hubiese sabido que Paola iba a estar protegida contigo, te la hubiese entregado. No estaría perdida.

—¿Me la habrías entregado?

—Claro que lo hubiera hecho. No tenía en quién confiar y ahora mi madre y mi mujer...

—¡No es tu mujer! —protesta Kurt.

—Lo es, te guste o no.

—Ella es prima de Kass, ¿te das cuenta lo que eso significa? Son familia.

—Una familia que Paola no sabe que existe porque la abandonaste cuando era niña, ¿o se te olvidó? Me lo acabas de contar.

—No lo abandoné, tuve que dejarla ir por seguridad, pero siempre me hice cargo de ellas.

—Mal te hiciste cargo si fue maltratada por su esposo y le quitaron sus hijos.

—No pude hacer nada, no fui avisado, el hombre que cuidaba a mi hija fue comprado por Bernardo y Markus... —Se detiene de sopetón.

—¿Markus? ¿Qué tiene que ver ese hombre contigo?

—Nada.

—No, no es nada. Algo tiene que ver y quiero saber qué es.

—No estás en posición de exigir nada —reprocha Barkley.

—Se trata de mi familia.

—Mi hija no es tu familia.

—Lo será. En cuanto esto termine, me caso con ella.

—Eso si Bernardo le da el divorcio —se burla.

—Para ese tiempo, ese hombre estará muerto.

—Estás muy decidido.

—Me dejaron sin nada. Nada tengo que perder. De aquí en adelante, todo será ganancia.

—Lamentablemente, como dices, no tienes nada.

—Recuperaré todo. Y tú lo verás —afirma con decisión.

Kurt Barkley sonrío satisfecho.

—Me caes bien, muchacho, tienes espíritu.

—Espíritu que no me ha servido de mucho hasta ahora —medita casi para sí mismo.

—Ven a tomarte un trago conmigo y veremos el modo de ayudarte. Si quieres a mi hija para bien y se nota que Bastián te adora, tenemos que aclarar unos asuntos.

Capítulo 16

Noticias

Serena, que se había quedado en la habitación de su nieto, entra a la sala.

—Serena, hermanita, dime algo, tú que todo lo sabes, ¿cómo crees que resulte esto de Camilo y mi hija? —consulta Kurt con un toque de diversión y burla.

Serena mira a su hermano con cara de pocos amigos.

—Señora Serena, yo amé mucho a su hija, creí que viviría con ella el resto de nuestras vidas, pero su comportamiento errático, su manipulación, sus histerias, me hicieron dejar de sentir lo que sentía por ella. Todo el amor que nos profesamos quedó en nada al poco tiempo de nacer Bastián —se justifica.

—Lo sé, Camilo, no tienes que darme explicaciones.

—Cuando ella se fue...

—No digas nada, ella no debió hacer eso, si yo lo hubiera sabido, no habría permitido esto.

—Dijo que era huérfana, que no tenía a nadie en el mundo.

—Puedo ver que eres un buen hombre; mi nieto jamás abraza a nadie, no obstante, a ti sí, eso demuestra que a pesar del tiempo, él te recuerda y te quiere. No puedo decir lo mismo de mi hija. A ella le teme.

—Ella lo lastimaba. No quería creerlo y cuando por fin pude corroborarlo, ella se fue y sacó al niño del país sin mi autorización.

Los hermanos se miran. Ella les había dicho que su esposo la golpeaba y la maltrataba psicológicamente, por lo que la ayudamos a escapar del país.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Camilo? —consulta Serena.

—La que quiera.

—¿Alguna vez la golpeaste?

Camilo frunce el ceño.

—¡Jamás! Ni cuando ella me tiraba los platos por la cabeza, se me pasó por la mente hacer eso.

—¿Ella te tiraba los platos, literalmente? —inquire Kurt.

—No solo los platos, también los adornos y lo que tuviera a mano. Una vez hasta una silla.

—¿Ni siquiera le diste un empujón? —interviene Kurt.

—¡No! Ella es mujer y yo no hubiera utilizado mi fuerza contra ella.

—Por eso se aprovechaba. Lo siento, es mi sobrina, pero no porque sea mujer tiene derecho a hacer lo que se le antoje.

—Aun así, yo no iba a pegarle. Lo que sí, eso me alejó de ella. Emocionalmente, digo.

—Me imagino. Yo no soportaría a una mujer así.

Silencio.

—¿Quieres hacer dormir a Bastián? —pregunta el dueño de casa. La ilusión se hace patente en los ojos de Camilo—. Llévalo Serena y pide que pongan un puesto más a la mesa: esta noche tendremos un invitado. Camilo, una vez que lo hagas dormir, baja para que cenes con nosotros. Todavía nos queda conversación.

Camilo asiente y sigue a Serena. El niño ya está en la cama, pero no se ha dormido. El padre se sienta a su lado y el niño extiende su mano, como cuando aún vivían juntos.

—Había una vez —comienza a decir el hombre—, una pepita pequeñita que comenzó a crecer en la pancita de su mamá y, antes de tiempo, se cayó y sus padres, con mucho amor, cuidaron de esta pepita, que creció fuerte y sana. Su padre siempre lo amó aunque no pudo estar cerca de su hijo.

El niño extiende su otra mano y Camilo la toma.

—Papi... —dice bajito—. Las pepitas no tienen padres.

Camilo sonrío, siempre le decía lo mismo.

—Esta pepita, sí —responde el hombre.

El niño esboza una pequeña sonrisa y se duerme enseguida, como si le hubieran apagado un interruptor.

Camilo lo besa en la cabecita y sale del cuarto. Una luz de esperanza se enciende en su alma. Siente que el fin de todo lo malo ya está pasando. Y espera, de corazón, que así sea.

&&&&&

Paola siente que todo le da vueltas. Nada más abrir los ojos, un mareo la deja casi sin aliento y con unas náuseas horribles. Ni siquiera es capaz de levantarse a vomitar. Ante sus quejidos, llega Giselle a verla.

—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—Estoy mareada, quiero vomitar —se queja.

—Tranquila, respira hondo, pediré ayuda.

—No, no, no se preocupe. Estaré bien.

—¿Te ayudo a llegar al baño?

La joven abre los ojos y se levanta como puede y, a toda prisa, corre al baño donde bota hasta el

alma.

—¿Qué pasa? —pregunta una mujer que, al sentir el alboroto, llega al lugar.

—Mi nuera se siente mal —responde Giselle por la joven.

—¿Necesita un médico?

—Puede ser.

—No, no hace falta —rechaza Paola.

—Mírela, apenas puede hablar y está mareada. Tiene que verla alguien.

—Le avisaré a mi jefe.

—Gracias.

Giselle ayuda a Paola a levantarse y esta se lava la cara y la boca.

—¿Mejor? —consulta.

—Algo, pero no creo que sea como para que me vea un médico. Debe haber sido algo que comí.

—Pues es mejor que te vea ahora.

Paola vuelve a la cama, se siente cansada y todavía algo mareada.

—Gracias por preocuparse —dice la nuera.

—¿Cómo no lo voy a hacer? Eres la mujer de mi hijo.

—¿Cómo estará? No hemos sabido nada de él desde hace días.

—Él está bien. Tenlo por seguro.

—Debe estar buscándonos como loco.

—Sí, así debe ser.

—Ya quiero que esto acabe.

—Falta poco, no te desesperes.

—Es que estoy preocupada por Camilo. Si algo le pasa...

—Nada malo va a ocurrirle, ya lo verás.

—Me gustaría tener su confianza.

—No te sientes bien, eso afecta a tu estado de ánimo.

Paola cierra los ojos y se queda así mucho rato. Giselle la observa. Ella está tan preocupada por su hijo como su nuera, pero sabe que debe estar tranquila, sobre todo ahora, que sus sospechas de embarazo de la joven, al parecer, son reales.

La puerta se abre de golpe y la mujer que antes estuvo allí, trae una bandeja con el desayuno para las dos mujeres, pero a Paola le trae unas tostadas con mermelada y un té suave.

—¿Qué pasó? —El jefe de la mujer entra detrás de esta, con la preocupación pintada en la cara.

—Paola amaneció un poco mal.

El hombre se sienta en la cama y le acaricia el cabello a la joven que sigue con los ojos cerrados.

—¿Qué te pasa, linda?

—Estoy mareada y tengo náuseas.

—¿Podrías estar embarazada?

Paola abre los ojos y sostiene la mirada del hombre.

—No sé.

—Yo creo que sí —interviene Giselle.

—Mandaré a comprar un test. Después enviaré por un médico.

—No hace falta —protesta la joven.

—No digas que no hace falta. Aquí mando yo y no puedo permitir que sufras daño. Camilo te querrá entera y bien.

Dos lágrimas corren por las mejillas de Paola.

—Estás sensible, niña —dice el hombre, secando las pequeñas gotas—. Todo estará bien, solo estoy esperando el momento justo, de otro modo, nuestro plan se irá al carajo, ¿ok? ¿Puedes estar tranquila un poco más?

Ella asiente con la cabeza.

—Así me gusta.

El hombre se levanta y le da un beso en la frente.

—Yo tengo que salir, voy a mandar a que te traigan el test —dice con algo de diversión y se acerca a Giselle—. Más tarde me dan la noticia. —Le da un beso en la frente y sale de la habitación, mucho más relajado.

&&&&&

Despertar al lado de su hijo es algo inexplicable para Camilo. Barkley había ordenado colocar una cama en el dormitorio del niño. Lo siente como un sueño en este momento, sin embargo, sabe que se convertirá en pesadilla en el momento en el que tenga que irse.

—Buenos días, mi pepita, ¿cómo estás?

—Hola, papi.

El niño se levanta y Camilo lo ayuda, todavía le cuesta colocarse la polera y subirse el cierre del pantalón. De los zapatos no hay problema, pues usa pantuflas. Camilo también se viste, había dormido solo con ropa interior.

Salen de la habitación y afuera los espera la enfermera de Bastián.

—La señora Serena dice que bajen a tomar el desayuno al comedor.

—Gracias —responde Camilo—. ¿Vamos?

El niño se encoge de hombros. Si mal no recuerda y eso no ha cambiado, eso es casi un "sí". Padre e hijo bajan tomados de la mano y, ante la mesa, se encuentran los dos hermanos listos para el desayuno.

—Buenos días —saluda Kurt.

—Buenos días —contesta Camilo.

—Buenos días, ¿cómo amanecieron? —pregunta Serena.

—Muy bien —dice Camilo, feliz de tener a su hijo a su lado.

El niño no habla. Solo se aferra a la mano de su padre que lo hace sentar en el puesto preparado para él; a su lado.

El silencio llena el ambiente, pareciera que todos quisieran decir algo y ninguno se atreviera.

—Hay que pensar en colegio para el niño —comenta Serena—. En poco más de un mes comienza la época escolar...

—Eso lo analizaremos con la psiquiatra —afirma Kurt—. Si el niño no está preparado para el colegio, no irá; le pagaremos profesores particulares, dará exámenes libres, lo que sea, pero no haremos nada mientras no estemos seguros de qué es lo mejor par Bastián.

Camilo no dice nada, sabe que su opinión no vale, pero en silencio agradece que Kurt se preocupe así de su hijo, sabe que quedará en buenas manos cuando se tenga que ir. Un nudo se le forma en la garganta y un profundo y angustiado suspiro, que no puede evitar, le sale del alma. No quiere volver a dejar a su hijo.

—Bueno, ya se terminó el desayuno y los negocios no esperan. Vamos, Camilo, debemos hablar.

La enfermera aparece en el comedor como por arte de magia y se lleva al niño; Serena los sigue. Los dos hombres se levantan a una y se dirigen al despacho del dueño de casa, quien invita a Camilo a sentarse en el sofá y no ante el escritorio.

—Bien, Camilo, no puedo negar que mi sobrino nieto te ama y a pesar del tiempo y la distancia, él te sigue recordando como su "papi" y su protector. No pude dejar de notar cómo venía aferrado a tu mano.

—Es mi hijo y lo amo. Jamás le haría daño y haría lo que fuera para que no le pase nada malo nunca.

—También es hijo de Kass y quiso matarlo.

—¿¡Qué?!

—Ya pasó. Ella está a resguardo y el niño está vigilado. No te preocupes.

—¿Dónde está ella?

—Recluida. Aquí mismo. Kass no está bien, ¿sabes? Ella... Ella está trastornada, perdió el juicio. Hace dos días intentó golpear a su madre. Por suerte, tengo buenos guardaespaldas y lograron sacarla a tiempo de la habitación de mi sobrina.

—No entiendo qué pasó, no sé en qué momento ella cambió tanto. Cuando yo la conocí era toda dulzura, era una mujer que había sufrido mucho y aun así supo salir adelante —cuenta Camilo.

—¿Sufrir? ¿Kass? —ironiza Kurt—. A Kass jamás le faltó nada: ni dinero, ni cosas, mucho menos cariño. Si mi hermana la ama, mi cuñado la adoraba, pero ella no supo retribuir todo lo que se le dio. Ni al funeral de su padre asistió. Negó que tenía una mamá y no una mamá cualquiera, una mamá que la amaba hasta el límite y su padre... para él ella era su sol. No, Camilo, Kass no supo lo que era sufrir. Quizás eso, en vez de hacerle bien, le hizo mal.

Camilo sonrío con sorpresa y frustración.

—Yo le creí todo. Que sus padres habían fallecido cuando era niña, que se la llevaron a un hogar porque nadie quiso hacerse cargo de ella, que a los doce escapó y desde ese momento en adelante vivió en la calle, que pasó hambre, frío...

—El único frío que paso fue cuando la llevamos a conocer los Alpes Suizos y el hambre que alguna vez pudo sentir fue por alguna de las mil dietas que hizo. Te engañó, muchacho, te engañó como a un crío y tú caíste redondito. ¿Ni siquiera sospechaste por su acento extranjero?

—¿¡Y cómo!?! Ella se vino de polizona en un barco naviero.

Kurt larga una risotada.

—O eres muy tonto, muy ingenuo o estabas demasiado enamorado —se burla el hombre.

—Las tres cosas —admite Camilo algo avergonzado—. Ella podía hacerme olvidar todo, incluso respirar.

—Te atrapó en sus redes y tú le creíste todo.

—Sí, yo era demasiado joven y demasiado crédulo todavía.

Barkley se coloca serio.

—¿Qué vas a hacer ahora, Camilo? Bernardo Echeverría te quiere muerto por haberle quitado a su mujer.

—No soy al único que quiere ver bajo tierra. ¿De qué lo conoces tú?

—Lo mío es una historia larga y compleja.

—No tengo mucho que hacer por ahora —responde con sorna.

—No creo que quieras saber. Lo más seguro es que luego quieras salir huyendo y dejes a mi hija.

—No creo que pueda hacerlo.

La puerta se abre de golpe y una pálida Serena se aparece allí.

—¿Qué pasa, Serena? ¿Cómo entras así? ¿Pasa algo malo con el niño?

—Es Paola, Kurt.

—¿Paola? ¿Qué pasa con ella?

—La vi.

—¿Cómo que la viste? ¿Descubriste dónde está?

—No. Sigo sin lograr visualizar el lugar.

—¿Entonces? ¡Habla de una vez, mujer!

—Ella esta... está... enferma —musita.

—¿Enferma? —interviene Camilo—. ¿De qué hablan? ¿Cómo lo saben?

Kurt se gira para mirar a su invitado.

—Serena es bruja...

—Hechicera —corrige la hermana.

—Bueno, eso —accede él con impaciencia—. Puede ver cosas y personas a miles de kilómetros, sin embargo, no ha podido descubrir el paradero de mi hija; así y todo, ha podido ver su estado anímico y de salud y la ha visto bien... Hasta hoy.

—Hay que encontrarla —apremia Camilo.

—Alguien que sabe ocultarse muy bien debe tenerlas secuestradas, alguien que sabe de estas cosas, sobre todo, alguien que no trabaje para nadie, de ser así, lo sabríamos.

Camilo se queda pensando unos instantes, con la preocupación metida en el corazón, hasta que se le ocurre quien, dentro de todo su entorno, puede tener a su mamá y a su mujer. No puede ser otro y lo sabe.

Capítulo 17

Cansados

Rolando está poniendo en orden todos los documentos que acusan a Bernardo Echeverría y que contienen los nombres de los involucrados en los casos de corrupción, narcotráfico, trata de blancas y fraude. Tiene lo necesario para enterrar a ese hombre de una vez por todas. Camilo le había devuelto lo que había sacado de la oficina y le había entregado lo que él tenía, con lo que el historial necesario para desbaratar la mafia en Chile está completo.

Bernardo Echeverría lo llama en ese momento por teléfono.

—Necesito que vengas a mi oficina —es el particular saludo del empresario.

—¿Ahora?

—Ahora mismo, es urgente.

—¿Qué ocurre? —pregunta el oficial.

—No es para hablarlo por teléfono.

—¿Pasó algo?

—Más que algo.

—Voy enseguida.

Rolando guarda todos los papeles en una caja fuerte oculta en el suelo del pasillo de su casa y sale rumbo a la casa de Echeverría. En el camino recuerda, como si fuera hoy, el día que conoció al empresario.

La primera vez que lo vio fue en el entierro del padre de Camilo. El muy caradura tuvo la desfachatez de presentarse en el cementerio.

—*Ten cuidado con ese tipo* —le advirtió su papá aquel día.

Solo eso. Nada más.

Por esa razón, memorizó su rostro, lo que le sirvió, cinco años más tarde, para reconocer en su nuevo jefe al tipo que no le daba confianza a su padre. Unir nombre y rostro al hombre que fue el responsable de la muerte de su papá, le hizo cuadrar algunas cosas, pero necesitaba pruebas y por ello es que decidió entrar a la mafia; así, desde dentro, podría conseguir las pruebas que necesitaba.

Rolando sonrío: ya tiene lo que requiere para hundir a Bernardo, al diputado involucrado, a los empresarios, y a sus compañeros, Mario y Jorge, que se vendieron en cuanto se dieron cuenta del dinero que podrían ganar. A todos y cada uno de los que cooperaron para llevar a cabo esos delitos,

ensuciando la Institución y matando a sus propios hombres.

Rolando estaciona su automóvil en el primer subterráneo del edificio donde están ubicadas las oficinas de Bernardo Echeverría.

Algo le pone inquieto y, por más que mira alrededor no nota nada extraño. Se sube al ascensor, está vacío. No sabe si sentir alivio o preocupación. Llega al piso doce y puede respirar tranquilo.

Entra a Recepción donde Beva lo recibe con una enorme sonrisa, lo cual lo descoloca mucho más.

—Buenas tardes, don Rolando, le avisaré a mi jefe que ya está aquí.

—Buenos días, ¿sabe para qué me necesita? ¿Ocurrió algo?

—No lo sé, pero no anda de buen humor.

Rolando alza las cejas. No puede imaginar lo que sucede. ¿Habrá descubierto su dualidad?

La secretaria se levanta y golpea con suavidad la puerta del despacho de su jefe. Entra para avisarle la llegada de Meneses. En pocos segundos vuelve a salir.

—Adelante —le indica Beva, sujetando la puerta.

—Gracias.

La mujer no se mueve de su lugar, lo que obliga a Rolando a pasar muy cerca de ella.

—Ten cuidado con mi secretaria —advierte Echeverría una vez que Meneses ya está dentro de la oficina.

—No sé qué fue eso, ella no se movió.

—Ojo con ella. Beva está fuera de toda esta mierda y espero que así siga.

—No estoy interesado en ella —corta con molestia—. ¿Qué es eso tan urgente? Tengo trabajo y no tengo tiempo que perder.

—Apareció el camión.

—¿Qué? ¿Dónde? Nosotros, en la estación, no hemos tenido noticias.

—Ni lo iban a saber. El camión cayó en la casa de campo del diputado.

—¿Cómo así? ¿Cómo que cayó?

—La casa de G se ubica en la falda de una colina. Pues desde ahí lo dejaron caer. En la madrugada lo encontraron.

—¿Heridos?

—No. Solo una casa destruida y un camión vacío que no podemos denunciar.

—¿Qué harán?

—Dinos tú qué hacer. ¿Qué crees que pasaría si denunciáramos el hecho?

—Yo creo que lo que podemos hacer es convertirlo en chatarra. El contenido de ese camión no puede salir a la luz pública.

—¡Claro que no! Pero te advierto, Rolando, que el diputado no está nada contento.

—Me imagino.

El oficial sabe que a Echeverría, al diputado y a todos los que les siguen, les queda poco tiempo y en momentos como este, quisiera que todo terminara antes de lo previsto.

—Meneses, busca a los responsables de este hecho, deja ya de darte vueltas y no encontrar nada —ordena Bernardo.

El aludido asiente con la cabeza, con la rabia hirviéndole por dentro.

—Buenas tardes, Echeverría —se despide el oficial.

—Nos vemos.

A la salida de la oficina, Beva se levanta presta y se acerca al policía.

—Yo mañana me voy de vacaciones, me despido ahora de usted, espero verlo a mi vuelta.

Le da un beso en la comisura del labio al sorprendido oficial y deja un papel en su mano, en secreto.

—Beva, venga a mi oficina —se escucha desde el intercomunicador la voz de Bernardo.

La joven le sonríe con coqueta timidez a Rolando, toma una libreta y un lápiz de su escritorio y, después de dar dos golpes a la puerta, entra sin voltear.

&&&&&

Camilo expone ante Barkley todas las copias que tiene de los documentos que incriminan a Bernardo Echeverría, al político y a varios empresarios, pero quien está metido hasta el cuello en los casos de corrupción, en todos los frentes, es Echeverría.

—¿Y Meneses? Aquí no hay nada de él.

—No.

—¿Entonces?

—No lo sé. Él me dio a entender que en realidad no se había vendido.

Kurt mira a Kyle significativamente. El empleado saca unos papeles de un estante y se los entrega a Camilo.

—¿Qué significa esto?

—Que al parecer tu amigo, o ex amigo, en realidad es un agente encubierto.

—Por eso tenía las pruebas del asesinato de nuestros padres —medita Camilo.

—¿Qué crees que debemos hacer? —consulta Barkley.

—Iré a hablar con él para aclarar esto.

—¿Crees que él quiera hablar contigo?

—Lo hará.

—A mí también me gustaría hablar con él. Meneses y yo tenemos una conversación pendiente.

—¿La verdadera razón por la que te odia?

—¿Qué sabes tú de eso?

—Éramos mejores amigos. Amigos de verdad.

—Es cierto —admite el hombre—. Sí, quisiera aclarar ese punto con él.

—Lo llamaré y concertaré una cita.

—Gracias.

—¿Por qué quieres aclarar ese punto con él? ¿Te interesa? —inquire Camilo.

—Sí, me interesa que él escuche mi versión de los hechos, pues él solo tiene una parte. O dos. La chica en cuestión le contó una parte de la historia a su manera y él tiene la suya propia. Yo necesito que él sepa mi versión. Yo quise mucho a su padre.

—Al que echaste de su país.

—Lo iban a matar a él y a su familia. Nunca engañaron a nadie con la falsa historia de la familia que emigra buscando nuevos horizontes. Todos los mafiosos sabían muy bien quiénes eran y a qué habían viajado.

—¿Y Rihanna era parte de eso?

—¿Parte? —Sonríe burlón—. Ella era la cabecilla de una de las bandas emergentes de Europa era sobrina, hija, nieta, bisnieta, prima y todos los familiares que se te ocurran de narcotraficantes. Esa muchacha, a pesar de su edad, no era de los trigos más limpios y sabía muy bien cómo sacarle información al bueno de Rolando. Créeme cuando te digo que ese muchacho casi nos delata a todos y, más encima, por poco hace que maten a su padre. Le hice un favor. Y quiero que ahora lo sepa.

Camilo queda sin habla. Rolando, ni en sus más inverosímiles sueños, se imaginó algo así. Para él, Rihanna era la chica más buena del planeta.

—¿Por qué... por qué no se lo dijiste en el momento?

—Porque no era el momento adecuado.

—Hablaré con él para encontrarnos esta misma noche, ¿te parece?

—Me parece muy bien.

Kurt le entrega un teléfono algo extraño.

—Con este aparato no podrán rastrearte —indica.

Camilo marca el número de su amigo y espera.

—¿Aló? —responde inseguro.

—¿Rolando?

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo, hay novedades.

—¿Novedades?

—Kurt Barkley también quiere verte.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Bien. Dónde y cuándo —accede.

—Esta noche. Di hora y lugar para que mis hombres te pasen a buscar —interviene Barkley que escucha la conversación con un audífono.

—A las diez en la estación de servicio que está en la esquina de la comisaría. Así puedo aparentar que voy a comprar algo. Creo que me siguen y no quiero levantar sospechas.

—De acuerdo, parecerá un secuestro. Nos vemos —se despide Kurt.

—Hasta la noche —dice Camilo.

Rolando solo cuelga, no responde.

&&&&&

—¿Cómo que se llevaron a Meneses? ¿Quién? ¿Dónde? ¿Por qué no hicieron nada para impedirlo? ¡Son unos ineptos! ¡Unos inservibles! ¿Para qué les pago? Para hacer un trabajo bien hecho, no para que cada dos por tres pierdan las cosas. Primero Camilo, luego mi mujer, después el camión ¿y ahora Rolando? ¿En qué mierda estaban pensando? ¿Qué *chucha* pasa por su cabeza que no son capaces de prever ni el más notorio movimiento? ¿Acaso llegaron de la nada? ¿Acaso fue un secuestro exprés que en menos de un segundo llegaron y se lo llevaron? No. Ustedes mismos lo dijeron. Él se fue caminando, ¡caminando!, de su trabajo a la gasolinera a comprar algo al local, entra al negocio y al salir lo interceptan dos hombres que tenían una Van estacionada allí y se lo llevan. No hubo forcejeo, no hubo golpes, no hubo tiroteo. ¡Nada! ¿Cómo no pudieron detenerlos, pararlos? ¡Seguirlos, en última instancia!

Bernardo Echeverría despótica en su oficina contra sus hombres, mientras se pasea por la oficina dando grandes zancadas y moviendo los brazos como un loco. Había mandado a seguir a Meneses, después de los hechos ocurridos las últimas horas y días, ya no podía confiar en nadie y ahora mismo, siquiera en sus hombres.

—¡Y Markus donde está! —vocifera.

—Salió, señor —responde uno.

—¿Salió? ¿Cómo que salió? ¿Con qué permiso?

—No sabía que tenía que pedir permiso para salir como si fuera un niño —responde Markus de mal modo.

Había entrado a la sala justo en ese momento, pero los gritos de su jefe se escuchaban hasta afuera. Por suerte, vive lejos de otras casas y los niños habían ido de paseo con su club de verano.

—¡Te vas justo cuando te necesito! —protesta Bernardo.

—Usted siempre me necesita. ¿Qué pasa ahora?

—Es Meneses, se lo llevaron, quién sabe a dónde y para qué.

—Averiguaré.

—¡Claro! Como averiguaste lo de mi esposa y lo del camión, ¿no? Ni a Camilo lo has podido encontrar. Distes con su paradero justo cuando se fue de allí.

—No sabía que tenía la misión de encontrar el camión.

—Y a mi esposa.

—Ya le dije, señor, que a la niña Paola, así la tuviera enfrente, no se la entregaría.

—¡Es mi esposa y yo soy tu jefe!

Bernardo está fuera de sí, en cambio, Markus se mantiene sereno.

—Ella es su ex esposa y usted mi jefe —contesta el empleado— y podría ser su esposa, su amante, su hija, o su madre, me daría lo mismo; usted traspasó las normas de un verdadero hombre: a las mujeres no se las golpea.

—Es mi esposa y hago lo que quiero con ella.

—Era su esposa y no un objeto. Y respecto del camión, usted nunca me preguntó nada de eso, era un tema que solo trataba con el inepto de Meneses.

—¿Sabías dónde estaba?

—Todo el tiempo.

—¿Quién...?

—Los hombres del diputado. Se aprovecharon de la situación. Vieron una buena oportunidad de ganar dinero fácil y se llevaron a la gente. Supongo que para venderlas. Estas son conjeturas mías, pues lo único que sé, y de lo que estoy seguro, es que fueron esos hombres.

—¡Por la mismísima mierda! ¿Te das cuenta que si hubieras hablado antes, nada de esto estaría pasando? ¿Sabes quién fue capaz de lanzar ese maldito camión contra la casa del diputado?

—Eso sí no lo sé. Supongo que es la misma gente que ya está aburrida de sus abusos. La gente, cuando se cansa, puede ser muy poderosa, Echeverría, eso debería saberlo usted.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Yo cumplo órdenes y usted no me dio la orden.

—¡Por la chucha! ¿Qué querías, que te enviara un memo?

Un esbozo de sonrisa se le escapa a Markus.

—Usted dijo que quería arreglar ese asunto con Meneses, yo no tenía nada que hacer allí.

—Eres mi empleado y debiste decírmelo.

—Ya le dije que yo cumplo órdenes. Además, cuando entré estaba vociferando en contra de mí.

—Porque no estabas aquí en esta emergencia.

—No estaba en mi horario laboral.

—¡Tú no tienes horario laboral! Todo tu tiempo es mío —exclama con soberbia.

Markus entrecierra los ojos. No contesta. Queda impassible, como una roca. Su jefe está demasiado exaltado y con esa actitud solo seguirá dando pasos en falso, cosa que no le importa, al contrario, mientras más siga avanzando en ese derrotero, más cerca del precipicio se encontrará. Y su caída será inminente.

Capítulo 18

Desconfianza

Rolando mira a Camilo interrogante. No entiende lo que pasa ni lo que hace su amigo en ese lugar ni con ese hombre.

—Buenas noches, Rolando —saluda Kurt, afable.

—¿Qué quieres. —No fue una pregunta.

—Quiero que hablemos, quiero aclarar contigo ciertas cosas.

—No creo que tengamos nada que hablar.

—¿Estás seguro? Me enteré que Bernardo Echeverría me culpó a mí de las muertes de tu madre y de Andrés, el papá de Camilo.

—Ya sé que no es así. No te preocupes.

—¿Por qué sigues trabajando para él después todo lo que te hizo? —pregunta Camilo con dolor en sus ojos.

—Porque quiero destruirlo con mis propias manos, quiero que sufra, quiero que sepa que fui yo y quiero verlo todo en primera fila.

—Entonces, ¿nunca has estado realmente de su parte?

—Nunca. Tenía que aparentar y no me era fácil, pero no tenía más opción; necesitaba pruebas. ¿Para eso me llamaron?

—Nosotros dos tenemos otro asunto pendiente —responde Kurt.

—Si quieres hablar de Rihanna o de nuestra fallida estadía en tu país, olvídale. No quiero hablar de eso.

—Yo sí. Quiero que sepas la verdad.

—La única verdad que conozco es que tú mataste a la chica de la que me había enamorado, mi novia, como dicen ustedes; nos echaste de tu país porque el trabajo de mi papá te estorbaba e intentaste matar a mis padres.

—¡Jamás hice eso! Ellos eran mis amigos.

—Por eso nos echaste.

—Precisamente por eso —afirma con convicción.

Rolando queda mudo.

—Tus padres eran muy queridos para mí., Rolando, y tú eras un joven con garra y empeño, inocente e incauto, pero sincero. Eras como el hijo que no tuve. Nunca quise hacerte daño, al contrario. Ahora, dime, ¿podemos sentarnos y tomar un trago para hablar con más calma?

El oficial accede y Kyle, que se ha mantenido en silencio, sirve las tres copas y se las entrega.

—Gracias, Kyle, ahora puedes dejarnos solos, creo que Rolando va a mantenerse tranquilo —bromea.

—Sí, señor, de todos modos, estaré en mi habitación, atento a sus órdenes —responde el empleado.

—Muchas gracias, Kyle —agradece, sincero, el patrón.

El hombre se va y Kurt enfrenta la mirada de Rolando que no le quita los ojos de encima.

—Escucho —dice el oficial—, ¿qué tienes que hablar?

—Primero que nada, ¿tú sabes el verdadero motivo por el que tus padres viajaron a Europa?

—Mi papá tenía que desbaratar una red de tráfico de personas desde Chile —Kurt asiente con la cabeza—. Mi padre fue de infiltrado.

—Así es.

—Bueno, eso lo supe tiempo después —confiesa Rolando—. En ese momento, para mí, mi papá solo había sido trasladado por la nueva empresa donde entró a trabajar.

Kurt sonrío sin malicia.

—Sí, era mejor que tú pensaras que su trabajo era real, aunque en cierto modo, lo fue.

—¿Cómo?

—Tuvimos que inventar un puesto para él en esa empresa que, por cierto, era mía.

—¿Tuvimos? —interroga sorprendido.

—No todo es lo que parece, Rolando, yo era de los buenos y estaba cooperando con la policía, aunque la imagen que proyectaba dijera lo contrario.

—Tú matabas gente a destajo —lo acusa sin temor.

—¿Porque maté a tu chica? Ya te dije que nada es lo que parece.

—Ella no tenía nada que ver con la mierda en la que estaban metidos tú y mi familia.

—Ahí es donde te equivocas. Primero, yo no estaba en la mierda, tus papás menos, y segundo, era ella la que estaba metida hasta el tuétano en la porquería.

—Ella no...

—Rolando, ella era la princesa del cartel que perseguía tu papá, narcotraficante y cabrona, secuestraba jovencitas para prostituirlas.

Meneses se levanta de su asiento, total y absolutamente conmocionado con esa información.

—Lo que dices no es verdad.

—Sí lo es. Tu familia nunca logró engañar a la mafia. Si los eché fue para protegerlos. Ellos los querían muertos. Si Rihanna se acercó a ti fue para sacarte información.

—Yo no sabía nada del verdadero trabajo de mi papá en ese momento.

—Ella nunca lo creyó así, pensaba que la engañabas. La noche que la maté, era la noche en la que ella te iba a asesinar a ti.

Una solitaria y silenciosa lágrima rueda por la mejilla de Rolando. No puede creer lo que oye. Rihanna fue su primer amor, su primera ilusión y ahora se trastornaba todo con esa información.

Camilo, al notar lo descolocado que se siente su amigo, se levanta, se acerca a él y pone su mano en el hombro de Rolando. Este se vuelve y se abraza a su casi hermano. Lloro como un niño.

—Estoy tan cansado de toda esta mierda —solloza.

—¿Por qué te metiste en esto solo? ¿Por qué no me lo dijiste? Te hubiera ayudado.

—No quería que te involucraras.

—Terminé involucrado igual... y peor.

—Yo te advertí, yo quise que salieras de esto, no quería que te metieras, ni a favor ni en contra, pero apareció esa mujer...

—Cuidado, Rolando, que "esa mujer" es mi hija —interrumpe Kurt

—Ella fue la perdición —dice, haciendo caso omiso a las palabras de Barkley.

—No es así, Rolando, y lo sabes —defiende Camilo.

—Ella hizo que Bernardo Echeverría diera pasos en falso, en cuanto se enteró que era hija de Kurt... Por poco se volvió loco.

—Sí, me odia más de lo que tú lo haces —acepta el aludido.

Los otros dos hombres se vuelven a mirarlo, sorprendidos e interrogantes.

—Fue por un error que ni yo me he podido perdonar. A Bernardo lo conocí cuando él tenía veintipocos años. Era casado y tenía una pequeña hija de casi dos años. Un día, sin querer... Yo creí que esa mujer era una soplona —se justifica—. La maté a ella y a su hijita... Delante de Rolando. Poi supuesto, quien me informó mal fue castigado al instante, sin embargo, aquello no quitó mi culpa ni el odio de Bernardo. Más adelante me enteraría que el odio que sentía mi informante hacia ellas no eran más que estúpidos celos.

—Yo te hubiese matado en ese mismo momento —indica Meneses.

—Creeme que a Bernardo no le faltaron las ganas, pero sé esconderme bien.

—No quiero ni imaginarme lo que pensaste al saber que tu hija era su esposa —interviene Camilo.

—Debo admitir que fue un golpe duro y tuve mucho miedo. Viajé en cuanto me enteré.

—Él le hizo mucho daño a tu hija.

—Y se lo quiere seguir haciendo —afirma Kurt.

—¿Qué piensas hacer?

—Reparar todo el daño que hice, ver a mi hija, poder contarle quién soy y por qué la tuve que dejar, abrazar a mis nietos.

—Hablas como si te fueras a morir.

—Mi tiempo se acaba, si ustedes están cansados, imagínense yo. Quiero acabar con esta mafia aunque yo mismo salga perjudicado y, por lo mismo, los busqué, quiero que me ayuden a atacar esto en cuatro flancos. Yo, que conozco el teje y maneje de la mafia europea; mi hermano Markus, que conoce a los empresarios involucrados y tiene los datos de los compradores de las personas que traficaban; ustedes, que conocen la mafia chilena y sudamericana, y Rubén Espinoza, que conoce a los políticos involucrados.

—¿Mi hermano está contigo? —interroga Camilo asombrado.

—Así es. Me contactó hace unos pocos días para hacer un trato.

—Esto es un completo enredo —comenta Rolando.

—Es toda una maraña —responde Kurt—. Creo que ya estamos cansados de tanta corrupción, de escondernos, de no poder llevar una vida normal. Ustedes todavía son jóvenes y pueden hacer una vida plena y feliz. Yo me conformo con recuperar a mi hija y conocer a mis nietos.

—¿Qué debemos hacer? —pregunta Camilo.

—Lo primero será unir nuestras pruebas, documentos y, en base a ello, formular un plan que termine de acabar con la red de mafia y corrupción que nos rodea.

—Supongo que no hay trampa —duda Rolando.

—Por supuesto que no. Así como ustedes, yo también tengo nombres, hechos y documentos incriminatorios. Ninguno trabajará solo, lo haremos siempre en conjunto. Markus y Rubén deben estar por llegar.

Serena aparece en la sala.

—¿Pasa algo? Estamos ocupados —dice molesto el dueño de casa.

—Lo siento, es que... mi hija...

—¿Qué pasa con ella ahora?

—Escapó.

—No llegará muy lejos.

—Se robó uno de los automóviles.

—¿Qué?

—Eso, se fue y me preocupa.

—¿Puedo ayudar? Puedo enviar hombres... —comienza a decir Rolando.

—Es mi ex esposa —murmura Camilo a su amigo.

—¿Es Kass? ¿Tu Kass? —Rolando se sorprende notoriamente y luego cae en cuenta—. ¿Usted es la hermana de Kurt?

—Sí.

—¿Tenía secuestrada a su propia hija? ¿Cómo es eso de que escapó?

—No, Rolando, no estaba secuestrada —explica Kurt con calma—. Ella está enferma, no se encuentra en sus cinco sentidos y la teníamos recluida para que no se hiciera daño ni se lo hiciera a los demás.

—Me tomé la libertad de hablarle a Kyle.

—Muy bien hecho, Serena. Dejemos que él se haga cargo, nosotros tenemos temas más importantes que tratar.

—Es que hay algo más, Kurt —indica la hermana.

—¿Qué pasa? —pregunta impaciente.

—Sé dónde está tu hija.

—¿¡Qué!?

—Kass la encontró, en su habitación había un hechizo de localización y...

—¿Crees que fue a buscarla?

—Eso me temo.

Barkley toma aire y cierra los ojos.

—¿Eso lo sabe Kyle?

—Sí, ellos esperan llegar antes, pero no saben con qué se van a encontrar.

—Ojalá lo hagan.

Rolando y Camilo se miran. El primero no entiende nada, el segundo teme por su madre y su novia.

Kurt abre los ojos y busca los de su hermana.

—Kurt... Mi hija está loca.

—No es novedad para mí.

—¿Qué voy a hacer? —Los ojos de la mujer se llenan de lágrimas.

—Dirás; "qué vamos a hacer". —La abraza a su pecho—. No te voy a dejar sola en esto. La ayudaremos.

—Si le hace algo a Paola...

—Confiemos en Kyle. Él es muy hábil. La encontrará antes de que lo haga Kass.

—Yo creo saber dónde puede estar Paola —interviene Camilo.

Los hermanos se vuelven hacia él.

—¿Dónde?

—Bueno, la ubicación exacta, no, en realidad no es dónde, es con quién.

—Habla —exige Kurt.

—Con mi hermano.

—¿Has hablado con él?

—No, pero creo que él las tiene. Él no trabaja para nadie, es como un fantasma, va y vuelve sin que nadie lo vea. Y, si lo analizamos bien, él tenía acceso a saber que Echeverría enviaría a sus hombres a buscar a Paola a la cabaña.

—¿Sabes si él tiene algún conocimiento de hechicería? —consulta Serena.

—Puede ser. Él ha viajado mucho y ha estado en diversas culturas, puede que haya aprendido algo de eso.

La mujer asiente con la cabeza. Tal vez el hombre hizo un hechizo para no encontrarlas, dejando abierto el camino para saber cómo se encontraban.

&&&&&

Kyle conduce a toda prisa la autopista para cruzar la ciudad en busca de Paola y Giselle. Según la ubicación del mapa, están en el sector poniente de Santiago. Había dejado a otros buscando el vehículo robado, lo cual no debería presentarles problema, pues todos los coches de Kurt tienen GPS. Pocos minutos después llega al lugar de destino. Una casa muy hermosa en un sector semi rural apartada de todo, pero cerca también de todo. La entrada no es grande, desde la reja se ve perfectamente la casa. Dos hombres cuidan la entrada. La puerta se abre y aparece Rubén.

—Kyle Longton, bienvenido a mi casa —saluda, afable, el dueño de casa.

—¿Tú?

—Sí, yo. Camilo me acaba de llamar contándome lo que pasa. No te preocupes, Paola está bien un poco delicada de salud, todavía no sabemos qué es, pero se encuentra bien.

—¿Por qué...?

—Porque quería protegerlas y, conmigo, era la única forma.

—Tú sabes que tu hermano y mi jefe estaban como locos buscándolas.

—Sí. Y no me pesa. Si les hubiera avisado a cualquiera de los dos, habrían dejado de buscar, mal que mal, el que ellos estuvieran desesperados, me hacía ganar tiempo y dejaba a todos en jaque pensando y buscando a los responsables de la desaparición de la hija de Kurt y de la madre de Camilo. Dos mujeres que estaban en la mira de muchos delincuentes. Pero entra, no es bien visto que uno no haga pasar a las visitas.

Kyle entra algo desconfiado, sin embargo, Rubén se ve relajado.

—Dime algo, Kyle —le dice—, ¿tu jefe ha pensado en mi propuesta de unir fuerzas para terminar con la corrupción?

—No es algo que deba contestar yo.

—Pero sabes la respuesta, podrías darme una pista —dice burlón.

—Bueno, si quieres saber, sí, de hecho, están Camilo y Rolando en la casa de mi jefe. Te estaban esperando.

—Sí, iba saliendo cuando me llamó mi hermano, así que me quedé a esperarte. No sabía que estaba con tu jefe. No me lo dijo.

—Tú tampoco le dijiste que su madre y su mujer estaban contigo.

—Ya te dije la razón.

—A mí no me tienes que dar explicaciones.

Rubén sonríe.

—¿Quieres un trago?

—No, prefiero mantenerme alerta, además, ando solo y estoy manejando.

—¿Quieres ver a Paola para convencerte que está bien?

—Me dijiste que estaba delicada de salud.

—Sí, creímos que podía estar embarazada, pero no, se hizo un test de embarazo y salió negativo.

—Puede haberse equivocado.

—Sí, llamé un doctor y le hizo algunos exámenes, mañana estarán listos.

Kyle asiente con la cabeza.

—¿Qué pasa con mi excuñada? —consulta con un dejo de burla.

—Está loca. Después que dejó a Camilo, le hizo daño a su hijo, quería lastimar a Camilo, yo creo que sospechó que tu hermano se enamoró de Paola, porque cuando volvió a aparecer la hija de mi jefe, estuvo a punto de matar a su hijo.

Rubén se queda sin palabras. El teléfono de Kyle suena.

—Dime —responde y espera la respuesta—. Vamos para allá. —Corta y mira a Rubén—. Debemos ir a la casa. Nos llevaremos a la niña Paola y a la madre de Espinoza.

—Voy por ellas.

&&&&&

Bernardo Echeverría se siente desesperado, sabe que el cerco está cerrándose en torno a él. Y no quiere caer. No puede confiar en nadie. Ni siquiera en el que creyó su hombre de confianza. Markus le oculta cosas y eso no le gusta. El gran problema con eso, es que le teme. Markus puede ser capaz de matarlo, si quiere, en un solo minuto.

Toma su teléfono y marca el número de Rolando Meneses: buzón de voz. Quiere llamar a Markus, pero no lo hace.

Por un lado, necesita asegurarse que las cosas están bien, por otro, no quiere a nadie cerca de él.

—Estoy paranoico —habla para sí mismo—. Mis asuntos marchan como siempre, los últimos acontecimientos no son más que malas casualidades. Casos aislados que se han sucedido uno tras otros en el peor momento.

—Señor, ¿puedo hablar con usted? —Jean, el mismo hombre que días atrás había acusado a Markus de guardar información de Paola, está parado en el umbral de la sala.

—Dime.

—Yo no quiero alarmarlo, mucho menos en este momento en que la situación es tan delicada, y espero que no tome a mal lo que le voy a decir.

—No te preocupes, dime lo que tengas que decir.

—Es acerca de Markus.

—¿Ya? Escucho.

—Creo que lo está traicionando.

—¿Por qué lo crees? ¿Tienes alguna prueba?

—No, no tengo pruebas —admite el joven con pesar.

—¿Qué te hace pensar en eso?

—Quizás usted no me crea.

—Ahora mismo estoy abierto a creer lo que sea. Habla.

—Lo que pasa es que no es la primera vez que lo veo ocultándole información. Hoy mismo lo vi con los documentos nuestros. Los revisa una y otra vez.

—Está a cargo de nuestros negocios y de los clientes y también, obviamente, de los problemas que enfrentamos, ¿qué de raro tiene que esté viendo los documentos? Solo cumple con su trabajo.

El empleado baja la cabeza.

—¿Hay más? Dilo todo de una vez —apremia.

—Lo escuché hablando con alguien de que ya tenía todas las pruebas necesarias.

—Pruebas de qué —exige saber.

—No lo sé, señor, cuando él me vio, cortó la llamada y luego me dijo que había averiguado lo del camión.

—Y tú no le crees.

—No. ¿Por qué hablaría con alguien acerca de eso? ¿Por qué, si era eso, no le informó a usted acerca de esas pruebas?

—¿Sabes algo más?

—Desapareció, no está en la casa.

Bernardo cierra los ojos, frustrado.

—Ya oíste que no va a pedir permiso para salir.

—Se llevó los papeles.

—¿Qué dices? —grita el jefe.

—Eso, señor.

—¿Por qué no lo detuviste? ¿Por qué no me avisaste antes?

—Lo acabo de saber. Lo que pasa es que fui a buscarlo para enseñarle un vídeo de seguridad donde aparece Camilo Espinoza rondando la casa de Rolando Meneses.

—¿Se vieron?

—No lo puedo asegurar. El tipo desapareció del área de toma de la cámara y no se vio más.

—¿Y Rolando?

—Meneses estaba trabajando en ese momento, no se encontraba en la casa.

—¿Dónde está ese vídeo? ¿De dónde lo sacaste?

—Me lo envió un amigo que trabaja en el centro de seguridad de las calles. Recién pudo enviarlo hoy porque estaba libre.

—Ya. Necesito que me lo envíes para verlo.

—Claro, señor.

—Bueno, bueno —dice Bernardo como recordando el tema principal—. Fuiste a buscar a Markus para enseñarle el vídeo y no estaba...

—No, señor, no estaba en su cuarto.

—Ni en la casa, supongo.

—Fui a la cocina, a su despacho, y nada.

—¿Y cómo sabes que se llevó los documentos?

—Volví a su dormitorio y entré. Encima de su escritorio hallé las carpetas vacías.

Bernardo se toma la cabeza con las dos manos en un gesto de desesperación.

—Traicionado por mi hombre de confianza.

Markus entra en ese momento a la sala y observa a los dos hombres. Uno tiene una sonrisa burlona y el otro se nota desesperado.

—¿Se puede saber qué te parece gracioso, Jean? —habla Markus, poniéndolo en evidencia—. Al parecer no es algo que le haga gracia al jefe.

Jean se descoloca al ver a Markus ante ellos. Bernardo se vuelve sorprendido.

—¿Tú? ¿Dónde estabas, si se puede saber? ¿Me estás traicionando? —pregunta de frentón.

Echeverría, en un ataque de ira, se lanza contra su empleado, sin embargo, este le hace el quite y lo sujeta evitando la caída de su jefe; tira los papeles que tiene en la mano sobre el sofá.

—¿Qué pasa aquí? —vuelve a preguntar.

Echeverría se deja caer en el sofá y toma los documentos. Se ve abatido, incluso envejecido. Por un instante, Markus siente lástima por él.

—Jean, explícame qué sucede —ordena a su compañero.

—Te busqué y no estabas en la casa, los documentos habían desaparecido.

—¿Y pensaste que había traicionado a nuestro jefe?

—¿Qué querías que pensara?

—Que hacía calor y que me fui a la terraza a trabajar, por ejemplo —responde socarrón.

—¿Estabas en la terraza?! —grita Bernardo.

—¡Claro! Usted sabe que no me gusta el aire acondicionado. Además, quería fumar; aunque no estén los niños en la casa, no me gusta hacerlo aquí adentro. Estamos metidos en un gran lío y eso me tiene muy nervioso. Necesitaba tranquilidad para unir datos; me llegó un vídeo de Camilo rondando la casa de Meneses y quería verlo con calma. ¿Tengo que pedir permiso también para salir a la terraza? —ironiza.

—Por supuesto que no. ¡Maldición, Jean! Sabes cómo están las cosas y tú me vienes con chismes de vieja que ni siquiera compruebas. ¡Debería matarte ahora mismo!

—No se exalte —interviene Markus—, Jean solo cumplía con su deber. Como usted dice, con las cosas como están, debemos desconfiar de todo. Y de todos.

—Es verdad —admite Echeverría—, pero para la próxima, investiga antes de hablar.

—Exacto —asevera Markus—. Primero hay que asegurarse que la información que uno va a dar es real y verdadera, porque si fuera por hipótesis, estaríamos tapados de ellas

Jean baja la cabeza. Bernardo le ordena que se retire, lo cual el joven hace de inmediato.

—¿Has sabido algo más? —interroga Echeverría a su empleado.

—Encontré al chofer que hizo caer el camión en la casa del diputado Go...

—¡No digas su nombre! —frena Bernardo.

—Lo siento.

—Dime, ¿quién fue? ¿Lo conocemos?

—Demasiado bien, señor.

—¿Quién?

—Jean Walker.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo, señor. Tengo fotografías y vídeos de la carretera por donde condujo aquella noche.

—Entonces, Jean es el traidor.

—No necesariamente. Quizás el caso del camión es diferente a lo de la niña Paola, diferente de lo de Camilo Espinoza, diferente incluso a lo de Meneses. Quizás nuestro error ha sido meter todo en el mismo saco.

Bernardo Echeverría mira a su empleado y asiente. Sí, tal vez ese es el problema. Pero ahora que sabe que puede confiar en Markus a ojos cerrados, está seguro que todo caerá por su propio peso y los traidores caerán uno a uno.

Capítulo 19

Reencuentro

—Paola —Rubén, sentado en la orilla de la cama de la joven, intenta despertarla.

—¿Pasa algo? —Giselle despierta y mira a su hijo.

—Llegó la hora de ir a ver a Camilo —responde él.

Paola abre los ojos y se queda mirando a Rubén.

—¿Le pasó algo a Camilo? —pregunta.

—Nada. Solo está esperando por ti.

—¿De verdad? —Se ilusiona.

La joven se sienta en la cama con tanta brusquedad que Rubén tiene que sujetarla para que no caiga, un nuevo mareo la deja sin aliento.

—Tranquila, sabes que no puedes hacer movimientos bruscos —la regaña con cariño.

—Camilo...

—Sí, vamos a ir a encontrarnos con él, pero debes estar tranquila, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accede ella.

—Las dejo para que se vistan. Las espero afuera.

Las dos mujeres asienten y comienzan a vestirse con celeridad y nerviosismo. Las dos extrañan mucho a Camilo y quieren verlo.

Poco rato después, los tres, Rubén, Paola y Giselle, siguen el automóvil de Kyle hasta la casa de Kurt, donde tanto este como Camilo, esperan ansiosos.

Camilo abraza a su madre, que es la que primero entra, y la saluda con gran emoción.

—Todo está bien, hijo, ya está terminando este gran problema.

—Sí, mamá, me alegra tanto que estén bien... —Al hombre se le que quiebra la voz.

—Ya pasó, hijo, ya pasó.

Paola entra en ese instante afirmada del brazo de Rubén. Camilo casi corre hasta ella y la abraza con fuerza.

—Me duele —se queja ella.

—Perdón. —Se aparta y la escanea—. Estás pálida, ¿te encuentras bien?

—Sí, no es nada.

—Nada no es —rechaza Rubén—, se ha sentido mal desde ayer. Se hizo una prueba de embarazo, pero salió negativo, mañana nos entregan los resultados de unos exámenes.

—Deberías acostarte —indica Camilo.

—Me siento bien ahora. Si fue solo en la mañana.

—¿Segura? —interviene Kurt.

—Sí, no se preocupen —asegura la joven y mira a Kurt.

Se detiene largos segundos observando el rostro del hombre.

—¿Papá? —musita confundida.

—¿Me conoces? —consulta él más confundido.

—Mi mamá tenía una fotografía suya —le dice—. Me decía que ese era mi papá y que nos quería mucho, pero que no podía estar con nosotros. Yo lo creí cuando era niña, ya más grande dejé de creer en eso y pensé que aquella era una foto falsa y que sus historias de amor, eran una mentira.

—No sé qué te contaría, pero el amor que sentía por ustedes nunca fue mentira.

—Ella decía que no podía estar con nosotros.

—Era muy peligroso para ustedes, eran blanco de muchos sicarios.

—¿Y ahora? ¿Por qué aparece ahora que las cosas están peor?

—Porque todo esto va a acabar muy pronto. Vamos a terminar con esta red y con esta vida de escondernos.

—¿No será más peligroso? Si cae esa gente, ¿creen que se van a quedar tranquilos?

—No tienen por qué saber que fuimos nosotros quienes acabamos con esto. Esa es la idea.

La joven lanza un gran suspiro. A decir verdad no se siente muy bien. Está cansada, tiene sueño y se siente un poco mareada.

—Debes descansar —indica el padre—, Kyle te llevará a tu cuarto.

—Sí, no te ves muy bien, cariño —asiente Camilo.

—Está bien. ¿Mañana conversamos? —pregunta casi como una niña.

—Claro que sí, hija.

Kyle se detiene junto a la joven, esperando la orden.

—Buenas noches, cariño —se despide Camilo con un suave beso en los labios.

—Buenas noches —responde ella, con las mejillas sonrojadas.

Mira a su padre y camina con paso inseguro hacia él, que acorta la distancia entre ellos con dos trancos y aguarda expectante el próximo paso de su hija.

—Buenas noches —dice Paola con voz trémula.

—Que descanses, hija —responde el hombre de igual modo.

Ella se eleva un poco y le da un beso en la mejilla. El hombre la abraza con cariño y emoción contenida.

—Te amo, hija, nunca dejé de hacerlo, perdóname por no haberte salvado antes del calvario de tu matrimonio —ruega.

—Tampoco fue tan malo. Solo en el último momento se convirtió en una pesadilla... Y sin mis hijos.

—Los recuperaremos. No te preocupes.

—Lo sé. Y al hijo de Camilo.

Kurt y Camilo intercambian una mirada de complicidad. No es el momento para darle la noticia de quién es Bastián en su familia.

—Claro que sí, hija. Ve a dormir. Vaya usted también, Giselle, mañana hablamos con más calma.

—Está bien. Buenas noches —responde Giselle que ya está acostumbrada a dejar que los expertos hagan su trabajo y a dejarlos solos.

—Buenas noches. —Kurt le da un beso en la frente a su hija y la empuja con suavidad hacia su empleado quien la toma del brazo para conducirla a los cuartos preparados para ellas.

Los cuatro hombres quedan allí, Kurt sirve whisky para todos y les invita a sentarse.

—Tenemos que ponernos de acuerdo. La idea es que nadie sepa que estamos involucrados en esta traición. Supongo que saben que cuando esto termine, tendrán que cambiar de identidad, de casa y de trabajo, ¿están dispuestos a eso?

—Yo lo que sea con tal de vivir con Paola sin peligro y que mi madre también salga del ojo de los corruptos —acepta Camilo.

—Yo también, ya me cansé de esto. Una vez vengada mi familia, será bueno salir del país —agrega Rolando.

—Yo seguiré en las sombras. Esta es la vida que elegí y la vida que me gusta. Pero no se preocupen de mí, lo más probable es que me aleje un buen tiempo, conocí una tribu en Nueva Zelanda, una que está escondida del mundo y tienen costumbres muy particulares. Estuve con ellos el año pasado y me enseñaron algunos secretos —cuenta Rubén de un modo enigmático.

Kurt sonrío, en ese momento se da cuenta de que lo que le dijo su hermana era verdad. Si esa tribu es la misma en la que vivió su hermana, bien podría haber escondido a Paola con un hechizo de esos raros de Serena.

&&&&&

Camilo entra a la habitación donde duerme Paola. Kurt lo había autorizado a dormir con ella; mal que mal, ya era su mujer y esperaban, ambos hombres, que el malestar de Paola se debiera a un embarazo no detectado por la prueba y no a algo más grave.

Se quita la ropa y se acuesta al lado de su mujer. Ella, al sentirlo, se abraza a él sin despertar. Con ella allí, Camilo puede respirar tranquilo y se duerme enseguida.

Un quejido lo despierta sobresaltado. Paola está a su lado con los ojos llorosos y algo desorbitados.

—¿Qué pasa, mi amor? —pregunta preocupado.

—Quiero...

No logra acabar la frase y corre al baño que, por suerte para ella, está dentro del cuarto.

Camilo la sigue y se agacha al lado de ella. Se siente un inútil y lo único que atina a hacer es a afirmarle el cabello y sobar su espalda.

Al terminar de vaciar su estómago, la joven se deja caer al suelo, llorando.

—Tranquila, mi amor —la calma él.

Ella solo esconde su cabeza en el pecho de Camilo. Está asustada, sabe que no es normal lo que le ocurre y se imagina lo peor. El embarazo ya está descartado; si fuera eso, no le importaría pasar por esto, pero no lo es... Podría ser cualquier cosa.

Camilo, por su parte, abraza a su mujer, también con el miedo patente en su rostro. Paola no se ve nada bien. Sus latidos agitados, su llanto y la palidez de sus mejillas lo preocupan y no sabe qué hacer.

—Volvamos a la cama —sugiere él por instinto.

Se levantan juntos y ella se lava la cara y la boca. Se siente avergonzada. Sabe que no es nada agradable ver a alguien vomitar.

—¿Mejor? —pregunta Camilo.

—Sí.

—Ven, vamos para que te acuestes y descanses.

—Sí —responde ella en un hilo de voz.

Paola se acuesta y todo le da vueltas, lo que la obliga a sentarse.

—¿Tienes hambre? ¿Te traigo desayuno?

—No, no, yo me levanto, no quiero estar acostada.

—¿Estás segura?

—Sí, sí, ya me tiene harta la cama.

Se meten juntos a la ducha. Camilo no la dejaría sola. Le aterra pensar que se puede marear estando sola y que...

Un abrazo estrecho de ella lo saca de sus pensamientos.

—No quiero estar enferma —musita la joven con voz temblorosa.

—Todo estará bien —asegura él sin convicción—. Tal vez el estrés, todas las emociones que has vivido... No debes preocuparte, debemos esperar a que Rubén nos traiga los resultados de los exámenes.

—Tienes razón —admite ella.

Se terminan de bañar y Camilo la seca.

—Salgamos de aquí, que es demasiada tentación —bromea Camilo casi en serio.

—Te extrañé mucho.

—Y yo a ti, me estaba volviendo loco pensando en cómo estarían.

Se besan con todo el amor guardado del tiempo que no estuvieron juntos, sin embargo, Camilo se aparta de ella con algo de brusquedad.

—Vamos, preciosa que no voy a responder por mis actos y tú no te encuentras bien.

Ella asiente con la cabeza y comienza a vestirse. Tanto a ella como a Camilo, Kurt le había comprado algo de ropa.

—Te quiero —susurra ella.

—Y yo te amo —responde él.

Se vuelven a besar antes de salir.

En el comedor ya están Kurt, Serena, Giselle y Rolando.

—¿Puedo ir a ver a...? —consulta Camilo luego de los saludos de rigor.

—Por supuesto, ve —lo interrumpe Kurt, Paola todavía no sabe del hijo de Camilo.

—¿A quién va a ver? —inquire Paola.

—Ya lo sabrás, por el momento es mejor que no lo sepas.

—¿Otra mujer? —pregunta sin celos.

—Por supuesto que no, hija, ¿crees que yo lo permitiría?

—No. —Sonríe la joven.

—¿Cómo te sientes? ¿Cómo amaneciste?

—Ahora me siento mejor, pero desperté por el mareo y las náuseas.

—Rubén avisó que a mediodía vendría con los resultados de los exámenes.

—Ojalá no sea nada grave —expresa la joven como un ruego.

—Seguro es nada —asegura el padre—, ha de ser una tontería.

—Mi hermano tiene razón, Paola, lo más seguro es que sea algo muy simple.

—¿Tú sabes algo, Serena? —consulta Kurt.

—No, claro que no, tengo mis sospechas, pero sabes bien que no descarto la medicina tradicional.

—¿Qué dices tú que es?

—Embarazo —responde con gran alegría.

—Pero el test salió negativo —acota la joven.

—Siempre hay un margen de error con esas pruebas.

La ilusión brilla en los ojos de la joven. Kurt, que está sentado a la cabecera y a su derecha está su hija, toma su mano.

—¿Te gustaría estar embarazada?

—Sería mejor que estar enferma.

—¿Y si no estuviera de por medio tu malestar?

La joven baja la cabeza.

—¿No te gustaría? —El hombre aprieta la mano de su hija.

—¿No cree que sería muy pronto?

—Tu madre quedó embarazada de ti apenas dos meses después de conocernos.

—¿Tan pronto?

—Claro que yo la conocía desde antes, la había visto varias veces y estaba por completo enamorado de ella. Tu madre era una mujer muy especial.

—Ella siempre confió ciegamente en usted

—Nunca la abandoné, siempre me mantuve en contacto con ella, a ti podía verte solo de lejos. Y no sabes cuánto me dolía.

—Cuando ella murió me sentí muy sola.

—Siento tanto no haber estado contigo en ese momento. Yo estaba lejos de todo contacto. Estuve cuatro años incomunicado de todo.

—Bernardo se portó muy bien conmigo, en eso debo ser sincera.

La mandíbula de Kurt se tensa. Una duda lo inquieta, una duda que le molesta y que, hasta no saber la verdad absoluta, no lo dejará en paz. Su ex mujer falleció de un ataque al corazón, algo natural, no obstante, lo que no lo deja en paz es pensar en el motivo que la llevó a sufrir ese ataque. Su mente, demasiado fértil, quizá, le dice que Bernardo Echeverría estuvo detrás de la muerte de la madre de Paola y, si es así, lo pagará muy caro.

&&&&&

El diputado, que está sentado frente a Bernardo en el despacho de este último, no le quita los ojos de encima al empresario.

—¿Sabes algo del asunto del camión? ¿Quién fue el desgraciado que lo lanzó contra mi casa?

—No, no hemos tenido noticias, estamos esperando que nos entreguen las cintas de las cámaras de seguridad de las calles aquella noche —miente descaradamente.

—Espero que eso sea pronto.

—Lo será, señor diputado. De todos modos, con el secuestro de Rolando, quedamos en parte con los brazos cruzados.

—¿Y no tienes otro par de hombres dentro de la Institución que pueden ayudarnos?

—Sí, estamos trabajando con ellos, pero no son como Meneses.

—Bien, que se pongan las pilas, porque no tengo mucha más paciencia, siento que esto se está desbaratando, varios clientes han dejado de trabajar con nosotros y pueden traicionarnos en cualquier momento.

—Trataremos de hacer todo lo más rápido posible.

—Bien.

El político se levanta y Bernardo lo imita.

—Espero que no me estés mintiendo, Echeverría.

—Claro que no, señor diputado.

—Ni que me estés ocultando información.

—Para nada. En cuanto sepa algo, se lo diré.

El diputado avanza unos pasos hacia la puerta y se vuelve para mirar a Bernardo.

—¿Confías en tus hombres, Echeverría? —interroga el político.

—A ojos cerrados, señor.

—Ten cuidado, mira que pueden estar traicionando tu confianza.

—¿Por qué lo dice?

—Por nada especial, solo es una advertencia. Con las cosas como están, no se puede uno fiar.

—Es verdad, no se preocupe, todo está bajo control.

—Eso espero —sentencia y termina de salir de la oficina.

Rubén, el guardaespaldas del diputado, le ofrece una sonrisa burlona a Bernardo y sale tras su jefe.

Bernardo se vuelve a sentar; apoya los codos en el escritorio y la cabeza entre sus manos. Las últimas palabras del diputado le sonaron a que el hombre sabía la verdad. Y más con la socarronería con la que lo miró su empleado.

Jean Walker, su empleado, había confesado. A su esposa la habían secuestrado y la forma que tenía de recuperarla era lanzando ese camión al vacío; sin saber que esa era la casa del diputado con el que trabajaban. Al preguntarle por qué no se los había dicho, respondió que el miedo lo dejó sin capacidad de reacción, más que aceptar las condiciones que le impusieron. En lo único que pensaba era en recuperarla.

Bernardo lo comprendió, pues la mujer de Jean espera un hijo y él sabe lo que significa perder a la mujer que se ama y a su hija...

De todos modos, fue Markus quien evitó que matara a ese joven y lo dejara hablar. De no ser por su hombre de confianza, Jean estaría muerto. Ahora mismo, y por instancia de Markus, él y su esposa estaban lejos de la capital. Debían desaparecer por un tiempo, o quizás para siempre, de esta mierda.

Capítulo 20

Desgracia

Cerca de las dos de la tarde, el diputado tiene una reunión que se alargará por lo menos una hora, tiempo que Rubén aprovecha para ir a retirar los exámenes y hablar con la doctora que le da una breve explicación. Conduce con velocidad hasta la casa donde se encuentra su hermano y su cuñada.

—¿Cómo te fue? —consulta Camilo como saludo.

Rubén sonríe.

—Podrías saludar primero —responde—. Me fue muy bien.

—¿Qué dijo la doctora? ¿Qué tiene?

—Vas a ser papá. Claro, si el bebé es tuyo —se burla divertido.

—¿De verdad? —El hermano hace caso omiso al comentario de Rubén.

—Sí, la doctora dijo que a veces, cuando es poco el tiempo de embarazo, las pruebas pueden fallar.

Camilo abraza a su hermano. No cabe en sí de gozo.

—Felicidades, hermano —dice Rubén—, las cosas se están arreglando para ti.

—Al fin. Ya era hora.

—Ahora cada vez será mejor. ¿Les vas a dar la noticia?

—Sí, sí, claro, vamos.

—No, ya me tengo que ir. Si mi jefe sale de su reunión y yo no estoy...

—Bueno. Ya va a terminar este asunto.

—Mientras tanto, me divierto.

Camilo se despide de su hermano y entra a la casa para dar la buena nueva.

—¿Y Rubén? ¿No entró? —quiere saber Kurt.

—Se tuvo que ir.

—¿Y? ¿Qué dijo de mi hija?

—Está esperando un hijo mío —responde lleno de orgullo y felicidad.

—¿De verdad? ¿Voy a ser abuelo otra vez?

—Así es. Felicidades.

Kurt abraza a Camilo y palmotea su espalda con fuerza y firmeza.

—Felicidades, espero que sean muy felices. Y cuídala, Camilo, no permitiré que la vuelvan a lastimar.

—No te preocupes por eso, jamás le haría daño. ¿Vamos a darle la noticia?

—No, yo no. Ve tú, yo voy en un rato a darle mi bendición.

—Gracias, Kurt.

—No me agradezcas, muchacho, solo cuida y ama a mi hija.

Camilo asiente con la cabeza. Kurt lo deja ir y el nuevo padre corre a la terraza donde su madre y su mujer toman unas bebidas.

—¿Y Rubén no ha llegado? —pregunta la madre.

—Vino, pero se fue. Tenía cosas que hacer —responde el hijo.

—¿Qué dijo? ¿Habló con la doctora? —inquire Paola.

—Sí, traje los resultados.

—¿Y? ¿Qué tengo?

—Tienes a nuestro bebé —le dice con una enorme sonrisa.

—¿Qué?

—Así es, la prueba de embarazo que te hiciste se equivocó y sí estás esperando un bebé.

Paola sonríe y se levanta para abrazar a Camilo, sin embargo, el hombre debe afirmarla, pues un nuevo mareo casi la bota.

—¡Cuidado, mi amor! No hagas movimientos bruscos, mira que te puedes caer.

—Es que se me olvida. Perdón —se justifica.

—Te amo —le dice él, emocionado aún con la noticia.

—Yo también te amo. —Un corto beso y ella se aparta—. ¿Mi papá lo sabe?

—Sí, ya le dije.

—¿Y no se enojó?

—¿Por qué me iba a enojar? —Kurt, que llega justo en ese momento, alcanza a escuchar la última parte de la conversación. Camilo le cede su lugar—. Eres toda una mujer, aunque para mí sigas siendo mi niñita.

Padre e hija se abrazan.

—Ojalá estuviera mi mamá —susurra Paola.

—Sí, mi pequeña, ojalá estuviera aquí.

—Igual me alegra que estés tú.

El hombre la abraza más fuerte.

—Tengo noticias de Pedrito y Joaquina. —susurra en su oído y luego la separa para mirarla.

—¿De verdad? —La ilusión ilumina sus ojos.

—Sí, están en un campamento de verano y en unos pocos días los tendrás contigo. El fin se está acercando a pasos agigantados, pero no podemos apresurar las cosas. Bernardo habla a diario con ellos y con las encargadas. Si no estuvieran, créeme que las cosas se pondrían muy feas.

—Ni que lo digas. Pero dime, ¿qué van a hacer para desbaratar esa telaraña de corrupción y salir libres de polvo y paja?

—Es mejor que no lo sepas, mi niña, pero mañana, esta casa quedará desocupada. Ustedes se irán a un lugar seguro y nosotros nos dispondremos a pelear para terminar con esto y ser libres de una vez por todas.

La joven no dice nada, pero su rostro lo expresa todo. El miedo es patente en sus ojos. El padre la vuelve a abrazar con fuerza. Si algo saliera mal y él tuviera que morir para salvar a los demás, sobre todo a Camilo, gustoso lo haría. Por fin tuvo el privilegio de abrazar a su hija y de escuchar de sus labios que lo llamara: "papá". Con eso, la deuda que la vida tenía con él, estaba saldada.

&&&&&

—Rubén —habla el diputado a su empleado—. Tú eres nuevo trabajando conmigo, traías muy buenas referencias de algunos amigos europeos como uno de los mejores guardaespaldas que un hombre en problemas pudiera tener. No obstante, dadas las circunstancias, no confío en nadie y te mandé vigilar. Uno de mis hombres, uno de tus compañeros, tuvo la ingrata misión de hacerlo.

Rubén no se inmuta ni dice nada.

—Resulta que me informó que mientras yo estaba en la reunión de mi partido, tú te fuiste a un centro médico. ¿Estás enfermo? Porque si es así, debiste decírmelo.

—No señor —contesta el empleado con calma—, no estoy enfermo ni fui por mí. Lo que ocurre es que... Yo no sé cómo lo hacen aquí, pero en España no solo cuidamos a nuestros jefes del enemigo, también lo hacemos de sus empleados, incluso de sí mismos si es necesario. Hace unos días, escuché a Carlos Santibáñez hablar con alguien acerca del dinero que ya había sido depositado en su cuenta y que esperaba el momento preciso para escapar.

—Pero ¿qué...?

—Y hay más, comencé a investigarlo y di con este centro médico al que fui hoy. Resulta que es él quien está atendiéndose en ese lugar.

—¿Está enfermo? ¿Tiene a algún pariente enfermo?

Rubén sonrío con sorna.

—¿Enfermo? No. Se atiende con un cirujano plástico.

—¿Cirujano plástico? —El diputado cada vez entiende menos.

—Así es, señor, y logré sacar bastante información a la secretaria del doctor. Carlos Santibáñez se cambiará el rostro. Todo está listo para la semana que viene.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo, y afirmo, que ese hombre quiere traicionarlo y escapar.

El diputado se queda boquiabierto.

—Y precisamente ahora yo venía a decírselo. Necesitaba pruebas, no suelo acusar a nadie sin estar seguro de lo que digo.

Rubén deja una carpeta sobre el escritorio con los antecedentes médicos del empleado acusado.

—Puedes retirarte —ordena conmovido el político.

—Una cosa más, señor, ¿puedo saber cuál de todos mis compañeros me seguía?

—No. Es mejor que no lo sepas.

El guardaespaldas asiente con la cabeza y sale con la sonrisa en los labios. Tiene muy claro que idiota de Santibáñez lo había seguido, pero el imbécil no se dio cuenta que, después de entrar al centro médico y hablar brevemente con la doctora, salió por la puerta trasera y volvió por el mismo lugar, por lo que ni su compañero ni su jefe se enteraron que fue a darle la buena nueva a su hermano. Y, como sabe que Carlos Santibáñez desconfía de él, preparó un plan para inculparlo; el que está saliendo a la perfección.

&&&&&

Rolando examina los documentos que Kurt le había proporcionado para que los estudiara.

—¿Mi padre se había vendido? —inquire dudoso con uno de los papeles en la mano.

—Lamentablemente. Luego de la muerte de su amigo... No sé si quiso tomar la justicia con su propia mano, como tú, o en realidad le ganó el amor al dinero.

—Yo creo que fue lo primero, pero tomó malas decisiones y terminó en su contra.

—Lo siento, Rolando —dice con sinceridad el dueño de casa.

—Yo lo siento más. Llevo años queriendo vengar su muerte y resulta que lo mataron por corrupto.

—No te olvides que tu madre fue muerta sin compasión. Ella no tenía nada que ver con lo que hacía tu papá.

—Sí, es cierto, y su muerte sí será vengada.

—Así se habla. Acabaremos con ellos.

—Sí, terminaremos con esta mierda por fin.

—Debemos ir a tu casa a buscar las carpetas que tienes tú —dice Kurt.

—Tendremos que ir de noche.

—Cortaremos la luz del sector unos minutos, entramos, sacamos lo que necesitamos y volvemos. Kyle tiene sus métodos para eso.

—Me parece perfecto. Seguro tienen vigilada mi casa, pero ingresaremos por una entrada secreta.

—Muy bien. Nos prepararemos para ir esta noche o, a más tardar, mañana en la noche.

—Cuanto antes, mejor.

Kyle comienza los preparativos para intentar llegar esa noche hasta la casa de Meneses. Los documentos que tiene en la casa son muy importantes para acabar y destruir a los hombres que van contra la ley.

En las carpetas de Rolando hay nombres, direcciones, hechos, órdenes y todo el dinero envuelto en los diferentes actos de corrupción, fraude y tráfico. Documentos necesarios e imprescindibles para desbaratar la telaraña en la que todos ellos, de una u otra forma, están involucrados. Para bien o para mal.

A las tres de la mañana, Camilo, Kyle, Markus y Rubén van a casa de Rolando Meneses. Este le había dado las instrucciones específicas para encontrar los archivos en el suelo de su casa. Había insistido en ir, no obstante, entendió que si algo salía mal y él estaba allí en su casa, tendría que dar muchas explicaciones. Al final, para todos, Rolando está secuestrado y lo buscan en secreto. Incluso en la policía no quieren hacerlo público, pues los involucrados están convencidos que saldrán a la luz sus malas prácticas y los que no, temen que sea una venganza por investigar donde no debe.

A las tres y media de la mañana la luz se corta en el sector.

—Listo. Tenemos media hora para entrar, sacar los documentos e irnos —indica Kyle.

—No hay problema —responde Camilo—. Síganme.

El ex oficial los lleva por la entrada secreta a la casa de Rolando y una vez dentro, comienzan la búsqueda. Llevan unos lentes que les permiten ver de noche sin necesidad de encender linternas. Kyle y Markus se van al pasillo a buscar la caja fuerte y Camilo con su hermano recorren la casa en busca de alguna prueba.

Camilo toma un papel que encuentra en el velador del dormitorio, contiene un número telefónico. Camilo se mete al bolsillo el pequeño papel, si es de una chica, seguro Rolando lo querrá al terminar el trabajo. Y si no, quizá sea de alguien importante.

No encuentran nada más rescatable en la casa y en menos de quince minutos, abandonan el lugar. Salen del sector aledaño y vuelve la energía eléctrica. Se felicitan a sí mismos por la impecable labor realizada.

Se juntan los seis hombres en la biblioteca de la casa de Kurt. Todos habían llevado sus pruebas. Ahora falta cuadrarlas, ordenarlas y analizar cómo van a salvar libres de la situación, dónde van a ir para arreglar lo de sus nuevos nombres, su nueva identidad, en fin, su nueva vida.

—A Paola y a Giselle debemos sacarlas antes de aquí —indica Kurt—, esto se va a poner muy peligroso y ninguna de las dos está en condiciones de escapar.

—¿Y Serena y Bastián? —consulta Camilo—. También debemos pensar en Kass.

—Con ellos no hay problema, ya tengo arreglado que se vuelvan a Europa, se van mañana. Si quieres que tu mamá y Paola se vayan con ellos, lo puedo arreglar.

Camilo asiente con la cabeza y antes de que pueda contestar, un barullo los interrumpe y salen todos a ver qué es lo que pasa. Es Kass que blande un arma y grita como loca que quiere matar a Camilo y a Paola.

—¿Qué crees que haces? Baja esa arma —ordena Kurt.

—Tío, usted siempre dando órdenes.

—Kass, por favor —ruega Camilo.

—Por favor, ¿qué? Amor, tú me hiciste así.

—No, Kass, tú me mentiste todo el tiempo. Me engañaste, me hiciste creer que eras otra persona totalmente diferente y yo te admiraba, ¿sabes? Creí a pies juntillas cada una de tus mentiras.

—¡Tú ni te volteabas a mirarme después que nació Bastián! Ya no te era atractiva.

—Te amaba más que nunca, Kass.

—Tu vida y tu mundo eran tu trabajo.

—¡Porque no quería que nada les faltara! Yo hubiera dado mi vida porque nunca más pasaras hambre o frío. Claro que ahora sé que en realidad nunca pasaste necesidades —termina, bajando la voz y la cabeza, con amargura y decepción.

—Nunca me amaste —reprocha ella.

Él vuelve a levantar la vista.

—No, nunca te amé. Amé tu máscara de mujer buena, amé tus mentiras, amé la imagen que me enseñaste. Cuando te quitaste tu disfraz, fue imposible para mí seguir amándote.

—¡Imbécil! —grita la mujer fuera de sí.

Se lanza contra Camilo; Kyle y Rolando la detienen, de todos modos, una bala se escapa del arma y un silencio sepulcral inunda todo el ambiente en un microsegundo.

Ninguno alcanzó a ver nada. Solo Kass, que se zafa de los dos hombres y corre hacia su madre herida.

—¡Mamá! ¡No! ¡Mamá! ¡Mamita! ¡Abre los ojos, mamita! —Kass llora, grita y zamarrea a la mujer, pero es inútil, la bala le había llegado justo a la cabeza.

Camilo abraza, conteniendo, a su mujer.

—¡La maté, Camilo! ¡La maté! ¡Por tu culpa, la maté!

Markus y Kurt están conmocionados. Ninguno de los dos logra reaccionar. Serena está muerta. Su hermana mayor, el refugio en sus crisis. Ambos hombres, una vez que salen de su estado de shock, se acercan al cuerpo inerte. Camilo aparta a Kass que llora sin control.

Kurt la separa de Camilo, tomándola de un brazo con violencia y la pega contra la pared. Nadie hace nada para detenerlo.

—Tío —solloza ella.

—Tío, nada, perra del demonio. Eres una asesina, una loca de patio, ¡no mereces seguir viva!

—Kurt, cálmate —interviene Markus sin acercarse.

—¡No me calmo! Tú no tuviste que vivir con esta niñita y sus caprichos, no tuviste que frenar sus caprichos, no tuviste que aislarla ni defender a tu familia de esta loca.

—Tío...

—¡Ya te dije que no me llames, tío! Solo por la memoria de tu madre no te mato ahora mismo,

pero te voy a encerrar en un hospital psiquiátrico de donde nunca más vas a salir para hacerle daño a nadie. Ahí te vas a quedar, donde siempre debiste estar.

La empuja contra la pared y la suelta para volver con su hermana.

—¡Ay, hermanita! No merecías terminar así, pero supongo, y espero, que ya estás en los brazos de tu amor, como tanto anhelabas.

Kurt toma en brazos a Serena, la lleva adentro y la coloca sobre el sofá. Luego llama a la siquiatra y a un médico especialista es casos así. Todo el mundo ha de creer que fue un ataque, y no una bala, lo que mató a su hermana.

Capítulo 21

Cenizas

Camilo, una vez que está seguro que Kass está bien retenida y que ya no hará más daño, se dirige a las escaleras para ver a su familia. Seguramente, si sintieron los ruidos, no hayan querido salir. Pero al poner el pie en el primer peldaño se da cuenta de que Paola está sentada unos peldaños más arriba, con los ojos llorosos.

—Cariño... —El hombre no sabe qué decir.

—¿Por qué no me lo dijiste? —interroga ella, llena de tristeza.

Él ladea la cabeza, no sabe a qué se refiere y no quiere adelantarse a lo que ella pudiera haber escuchado.

—Kass era tu esposa, la madre de tu hijo y mi prima —explica con dificultad.

—Paola, yo... Yo quería decírtelo, de verdad, pero no así, quería ir de a poco. De hecho, yo me enteré hace muy poco que Kurt es tu papá y que Kass es tu prima.

—Y está loca.

—Sí.

—Y mató a mi tía. Su mamá.

—Sí.

—Mi papá debe estar destrozado. No la conocí mucho, pero se veían muy unidos.

—Sí, él amaba mucho a su hermana.

—¿Y Bastián?

—Está en su cuarto. Lo voy a ir a ver. Espero que no haya despertado.

—Está bien, yo voy a ir a ver a mi papá.

—¿Puedes bajar sola?

—Estoy embarazada, Camilo, no enferma —replica con dureza en su voz.

—Me preocupo por ti, ¿no puedo?

—Lo siento.

Camilo le da un pequeño beso en los labios y acuna su rostro con sus manos.

—Te amo, Paola, por favor, no dudes de eso nunca.

—Yo también te amo —responde a desgano.

El hombre no dice nada, le da otro corto beso y sube para ir a ver a su hijo.

Paola se levanta y baja con lentitud la escalera. Al llegar al salón, ve a Kass que es sostenida por Kyle, como si fuera una delincuente, a pesar que su prima se ve tranquila.

Kurt ve a su hija y avanza hacia ella.

—Papá —musita la joven y lo abraza—. Lo siento mucho.

—Mi amor, no deberías estar aquí, deberías estar descansando, esto no te hará nada bien.

—No puedo, papá, mucho menos ahora que...

—Mi amor, mi niña. —El hombre se aprieta más contra su hija.

—¡Esto es culpa tuya! —ruge, descontrolada, Kass, que con fuerza sobrehumana se suelta de Kyle y corre hacia Paola que es protegida por el cuerpo de su padre.

—¡A ella no la tocas, Kass! —amenaza el hombre y le apunta con su revólver sin vacilación.

—Debe morir, ella es la culpable de la muerte de mi mamá, de que Camilo me haya abandonado. ¡Por su culpa estoy como estoy!

—Kyle —llama Kurt a su empleado sin hacer caso a su sobrina—. Por favor, enciérrala en su habitación. Y que no vuelva a salir. Si tienes que atarla, ácala —ordena.

—Sí, señor.

Kyle vuelve a agarrar a Kass, solo que esta vez no tiene miramiento y ocupa gran parte de su fuerza para reducirla. Dos hombres se acercan a ayudarlo.

Kurt se vuelve hacia su hija, ella lo mira con los ojos muy abiertos.

—Esa mujer sí que me odia —comenta algo asustada.

—Ella odia a todo el mundo y todo el mundo es culpable de "lo malo de su vida".

Paola se abraza a su papá, está nerviosa, triste, sus sentimientos son un torbellino de emociones.

—Tú tienes que estar tranquila, mi amor, ya pasó.

—¿Por qué no me dijeron que mi prima...?

—No pienses en eso ahora, no queríamos hacer algo que te alterara.

—Yo hubiera preferido que me lo dijeran.

—Perdónanos, mi amor, solo lo hicimos para protegerte.

—Sí. Sí. Lo sé.

—¿Estás enojada conmigo? —pregunta el hombre con pesar.

—No, no. —Ella se aparta para mirarlo.

—¿Segura?

—Sí, papi. Estoy triste, nada más.

—Estás cansada, mi pequeña, debes ir a dormir.

—¿Y la tía?

—Nosotros nos haremos cargo, tú no te preocupes.

El hombre la separa de sí y le da un beso en la frente.

—Ve a tu habitación, duerme y descansa, mi amor.

Ella afirma con la cabeza y le da un beso en la mejilla.

—Buenas noches... O buenos días, ya. —Sonríe con amargura.

—Descansa, mi amor.

&&&&&

Bernardo Echeverría se reúne con el diputado a eso de las diez de la mañana. Markus y Rubén les acompañan. Cada uno en su bando, cada uno en su sector, sin que se miren, como dos extraños, como dos guardias que hacen su trabajo y que no tienen nada en común.

—Así que el hombre que hizo el trabajo, escapó —repite el político una vez más.

—Sí, cuando lo descubrimos, ya se había ido. Vimos los vídeos de las calles y se ve a él manejando, pero ya no lo pudimos atrapar, estamos trabajando para encontrarlo lo antes posible.

—¿Qué creen que pasó con esa gente?

Bernardo mira a su empleado.

—La gente salió del país, señor —responde Markus por su jefe—. Los dos tipos que estaban con Rolando Meneses, Mario Rojas y Jorge Cáceres hicieron de las suyas para sacar provecho de la situación y entregaron la mercancía ellos como si fuera propia. Se quedaron con el dinero. Esa es la hipótesis más fuerte. Todavía no tenemos las pruebas necesarias, por eso no los hemos cazado, pero en cuanto tengamos lo necesario, los vamos a atrapar.

—Eso significa que no podemos confiar en ellos —indica el diputado.

—Claro que no.

—¿Y quién nos queda dentro de la Institución?

—Hay otros más, que eran los perros falderos de Rolando, podemos hablar con ellos y...

—No debimos dejar todo en las manos de un solo hombre.

—En ese momento era lo mejor, no contábamos con que lo secuestraran.

—¿De verdad se puede confiar en esos otros?

—Sí, y tenemos a un teniente que también está dispuesto a colaborar con nosotros. Bueno, él estaba desde antes, pero ahora, sin Rolando a la cabeza, bien puede tomar su lugar.

—Está bien.

—Hay varios que han aportado su granito de arena para que nuestro negocio siga surgiendo, el problema es que algunos de ellos están dispuestos a ayudar desde la sombra, no quieren que se les

involucre en nada de esto.

—Es comprensible. Nosotros tampoco queremos que se nos relacione con esta red, ¿no es así, Echeverría? —dice el diputado con algo de ironía.

—Es verdad. De todas maneras, nosotros estamos protegidos. Nuestros nombres no aparecerán en ningún lugar como involucrados, no se preocupe.

—Eso espero, Echeverría, eso espero.

Markus y Rubén cruzan una diminuta mirada de entendimiento y una imperceptible sonrisa se dibuja en la boca de ambos hombres. Ambos saben que sus nombres están en cada uno de los casos que saldrán a la luz muy pronto.

&&&&&

Paola se asoma al dormitorio de Bastián. Al fin lo va a conocer. Camilo ya le había explicado de su condición, por lo que la joven está preparada para encontrarse con el hijo del hombre que ama.

—Hijo —habla el padre—, hola, ¿cómo estás?

El niño no hace caso.

—Mira, hay alguien que quiere conocerte.

Bastián no tiene reacción.

—Mi pepita...

El niño alza la vista como si no lo hubiese escuchado antes.

—Mira, ella es Paola.

El niño gira la cabeza pero no hace contacto visual con la joven. Aun así, solo lo hace por pocos segundos y baja la vista.

—Hola, Bastián —saluda la joven.

El niño le da una breve mirada.

—¿Cómo estás?

—¿Andas con mi papá?

—¿Qué?

—¿Te vas a casar con mi papá?

Paola no contesta, mira a Camilo para pedir ayuda, pero tampoco sabe responder.

—Eres linda —dice el niño como si nada.

—Gracias.

—Y tienes ojos raros —expresa con franqueza.

Paola sonrío algo avergonzada. Bastián vuelve a su juego, ignorando a su padre y a la novia.

Camilo extiende su mano hacia Paola, le da un beso en la cabeza a su hijo y sale junto a la joven. Sabían que el encuentro iba a ser corto.

Bajan hasta el salón, donde ya todos están preparados para el íntimo sepelio de Serena.

—¿Estás segura de querer ir, hija? ¿No te hará mal?

—No. Yo quiero estar contigo en este momento.

Kurt sonríe a su hija y la abraza, y así, de esa forma, la lleva hasta la Van que los espera para llevarlos al cementerio.

Markus le había dicho a Bernardo que debía ir a buscar unas pruebas que había encontrado Rubén, el guardaespaldas del diputado, por lo que se juntarían en un lugar apartado, pues también habían encontrado unos delincuentes comunes que tenían información de Rolando Meneses. Se ocuparon en aparentar que lo hacían, por si los vigilaban, y ahora se encuentran dispuestos a acompañar a Serena a su último viaje.

&&&&&

El regreso a casa es triste y silencioso. La tristeza es patente en el ambiente. Kurt lleva abrazada a su hija. Markus se aferra al cofre con las cenizas de su hermana. Los demás no saben qué decir para aliviar un poco el dolor de los hermanos. Camilo, en cierto modo, se siente culpable, piensa que si hubiese apresado a Kass antes, si le hubiese quitado el arma, esto no estaría pasando. Para Kyle la tristeza no se debe simplemente al ambiente, él conocía a Serena hacía más de quince años, de hecho, él había llegado a trabajar primero con el esposo de ella. Luego de la muerte de su jefe y porque Kurt no se volvió a apartar de su hermana, siguió trabajando con el que ahora es su jefe. Pero el cariño que sentía hacia esa mujer iba más allá de un simple afecto.

—Debemos terminar con esta pesadilla cuanto antes —habla Kurt interrumpiendo el silencio y el pensamiento de todos los que van en el vehículo.

—El viaje está preparado para las seis de la tarde, señor —indica Kyle, como siempre, profesional.

—Gracias, Kyle.

—Si quieres puedes irte con ellos, les hará falta alguien que los proteja, aunque vayan con hombres de confianza.

—¿No me necesitarán aquí?

—Nos arreglaremos, Kyle, yo quiero que mi hija esté bien cuidada y con nadie mejor que tú lo estará.

—Está bien, señor. Yo viajaré con su familia y la cuidaré como si fuera mía.

—Gracias, no esperaba menos de ti.

—Markus, ¿cómo te sientes?

—Triste, hermano, pero dispuesto a parar con esto.

—¿Rubén?

—Yo aquí, dispuesto a que esto termine, igual que ustedes.

—Bien, entonces, llegando a casa, nos pondremos a planificar el golpe.

Paola no dice nada. Solo escucha apoyada en el pecho de su papá. Tanto tiempo soñó con eso, que a pesar de creer que su mamá le había mentado, seguía soñando con el día en que su papá apareciera y le demostrara que su mamá decía la verdad. Sobre todo después que murió.

Llegan a la casa y Paola sube de inmediato a arreglar sus cosas para partir a Europa con su suegra y el hijo de Camilo. A Kass la envían a un centro psiquiátrico y allí se quedará por un buen tiempo.

Las despedidas nunca son agradables y en este caso, menos. El peligro que corren, tanto los que se quedan en Chile como los que se van a Europa, es alto y puede que no vuelvan a verse.

—Por favor, cuídense. No se hagan los héroes —ruega Paola a su padre y a su hombre.

—Tranquila, hija, todo estará bien, saldremos muy bien librados de esta, ya nos volveremos a ver, mi amor —la calma Kurt.

—Promételo.

El hombre le da un beso en la frente, sabe que no puede prometerlo.

—Júralo —exige ella.

—Mi amor, nos veremos en unos días —insiste el hombre.

—No me lo puedes jurar, ¿cierto? —dice ella con profunda tristeza y un puchero que inunda sus ojos.

—No, mi amor —responde él con sinceridad.

—¿Por qué no nos vamos todos y... ?

—Porque nos buscarán y nos matarán. No podemos hacerlo. Tenemos que acabar con esto de raíz, hija, para poder vivir tranquilos. Espero que lo entiendas.

—Sí, lo entiendo, pero no quiero perderlos.

—Lo sé, mi niña.

Padre e hija se abrazan. Ella lo besa en la mejilla y él en la frente.

—Te amo, no lo olvides, jamás pienses que no te amo o que en algún minuto dejé de amarte, porque nunca lo hice.

—Yo también te amo, papá.

El hombre vuelve a darle un beso en la cabeza y la empuja con suavidad hacia Camilo.

—Cuídate, ¿quieres? —le suplica él tomando su rostro entre sus manos.

—Sí, cariño, tú también, recuerda no hacer movimientos bruscos y dile a nuestro hijo que lo amo mucho.

—Tú se lo dirás cuando nos volvamos a encontrar.

—Pero mientras, díselo tú para que no me olvide.

—¡Loco! —Ríe ella con amargura.

—¿Recuerdas la promesa que te hice cuando nos volvimos a ver en tu casa?

Ella ladea la cabeza.

—Te voy a devolver a tus hijos y vamos a vivir juntos como una familia feliz, olvidaremos todo esto y compraremos helados para todos.

—En Europa es invierno.

—Compraremos palomitas, entonces.

—Te amo —dice Paola con el miedo en cada poro.

—Yo también te amo. Cuídate.

Las mujeres, el niño, Kyle y la enfermera, se suben al automóvil que los llevará al aeródromo donde les espera el avión que los llevará rumbo a Europa, a la aldea donde vivió Serena gran parte de su vida. Y a donde Kyle es el encargado de llevar las cenizas de la mujer.

Capítulo 22

Mentiras verdaderas

Tres días han pasado desde el funeral de Serena y de la partida de Paola y los demás a Europa. Rolando piensa en el plan que habían ideado. Sabe que están arriesgando mucho, aun así, están dispuesto a correr el riesgo por sus familias. Él para vengarla; los otros, para protegerla.

Mientras espera a que llegue la noche para comenzar con el trabajo, el oficial medita en su vida, en lo vacía que ha estado; por ser quien es y por lo que hace, nunca se ha permitido estar con nadie. Suficiente con la muerte de sus padres y amigos, para tener que vivir con el alma en vilo por una mujer. Mucho más si es importante. Por eso, su única entretención en ese ámbito, han sido los clubes donde frecuentaba mujeres sin necesidad de involucrarse con ellas. El problema es que cada amanecer se siente más solo y vacío que antes. Por eso ya no le importa lo que pase; su vida tiene poco o nada de valor para nadie. Ni siquiera para él mismo.

Sus ojos se detienen en el papel con el número de teléfono de Beva que está sobre la mesita de noche. Duda en si llamarla o no. Si lo hace, le dará falsas esperanzas; al parecer esa joven está interesada en él y él siente que no la merece. Ella merece un hombre normal, con una vida normal, que quiera una casa, una familia con hijos, con perros, con todo lo que ello implica. "No un imbécil como yo", piensa con amargura. Si no la llama, ella pensará que a él no le importan en lo más mínimo sus sentimientos. "¡Mierda si me importan!".

—No puedo llamarla —piensa en voz alta—. Solo le haré daño. Ella no merece sufrir por mi culpa. Si esto funciona, no la podría obligar a vivir una vida de fugitiva; si no funciona... No. No. Es mejor que deje las cosas como están.

—¿Qué es lo que debes dejar tal como está? —Camilo lo mira desde el umbral de la puerta del dormitorio.

Rolando no contesta, más bien dirige sus ojos hacia el pequeño papel gris que espera en su velador.

—¿Piensas en esa joven?

—No.

—¿No? ¿Quieres llamarla?

—Aunque quisiera, no tengo cómo.

—Puedes hablar con Kurt, estoy seguro que te prestará su teléfono. No tienen cómo rastrearlo.

—No creo que Beva tenga rastreador.

—No, pero pueden estar rastreándola a ella.

—Tonterías.

—¿Y?

—No. No la voy a llamar. No vale la pena.

—¿Seguro?

—No debo. Ella no lo merece.

—Pero quieres hacerlo. ¿Es linda?

—Más que eso. Es buena.

—Piensas que tú no la mereces.

Rolando acuchilla a su amigo con la mirada.

—Es eso —afirma Camilo—. Ella al parecer no piensa así.

—Porque ella no sabe en realidad quién soy. Cree que soy un fiel servidor a la patria y a mi Institución.

—Lo eres.

—No. Aunque mis razones hayan sido buenas, no lo soy.

—Estás amargado.

—Amargado, Camilo. ¿Cómo no voy a estar amargado? ¿Qué tengo? Nada. Tengo treinta y cuatro años ¿y qué he conseguido?

—Rolando...

—¡Nada! Me he abocado desde que entré a la Escuela a descubrir la red de corrupción que terminó con nuestras vidas como la conocíamos. Cuando murió mi papá quise llegar al fondo y ¿qué hice? Me vendí.

—No te vendiste.

—¡Me vendí! ¿Quién, en la Institución, sabe que estoy encubierto? Nadie. Nadie, ni siquiera mi superior. Nadie. Ni tú que eras mi amigo y compañero lo sabía.

—Rolando, no seas tan duro contigo mismo.

—¿Duro? ¿Duro? No, Camilo, esto es nada a lo que realmente merezco.

—¿Tan mal te deja esa chica?

—¿¡Qué tiene que ver Beva en esto!?

—Es por ella que te estás cuestionando tanto, ¿no?

—¡No!

—No me mientas. Y no te mientas a ti. Si quieres llamarla, hazlo, ya te dije que Kurt te dejará usar su teléfono.

—No quiero hacerle daño y sé que eso será lo que pasará si la llamo.

—Llámalas para despedirte.

Rolando alza su mirada hacia su amigo, sus ojos están vidriosos. Camilo se acerca y pone su mano en el hombro de su amigo.

—Llámalas. No te quedes con la duda de qué hubiera pasado. Quizá te lleves una sorpresa.

—¿De verdad lo crees?

Camilo mismo acompaña a su amigo a solicitar el teléfono al dueño de casa quien accede sin problema.

—¿Beva? —saluda el hombre.

—¿Rolando? —Se oye emocionada.

—Sí, ¿cómo estás?

—Mucho mejor, ¿y tú? —lo tutea por primera vez.

—Las cosas no han andado bien por acá.

—Sí, me enteré, pero ¿estás bien?

—Sí, sí, y ahora mejor.

—Me alegra mucho saberlo.

Silencio.

—¿Dónde estás? —pregunta ella.

—No te lo puedo decir, lo siento —se disculpa él.

—No te preocupes, solo era una pregunta, de puro copuchenta que soy.

—¿Y tú, dónde estás?

—En mi casa, como siempre.

—¿Sola?

—Sí. Esperaba que me llamaras antes.

—No pude hacerlo.

—Es que no sé si todavía hay tiempo.

—¿Tiempo? ¿Para qué?

—Tengo una información de algo que no sé si te pueda interesar o servir.

—¿Información? ¿De qué?

—Rolando... Yo sé mucho más de lo que aparento.

—¿Ya? ¿Y eso qué tiene que ver con la información que dices tener o conmigo?

—Tengo información de la corrupción de mi jefe y de los próximos pasos que dará. Entre ellos, un atentado contra algunos políticos.

—¿Qué dices?

—Digo que mi jefe quiere acabar con cualquiera que represente un peligro para él y sus negocios.

—Pero, Beva, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no podía, ¿no lo entiendes? Hasta yo corría peligro.

—¿Tienes alguna prueba? Fecha, lugar, no sé, lo que sea que nos sirva.

—Por supuesto que sí, de otro modo no te lo diría. Tengo todo en mi casa.

—Dame la dirección. Me voy de inmediato para allá.

Rolando anota la dirección en un papel que le extiende Camilo.

—Nos vemos en media hora.

—No hay...

Un grito de la mujer y el posterior corte de la llamada telefónica ponen en alerta a Rolando que, muy rápidamente, les cuenta a los demás la historia. De inmediato, parten hacia el lugar y cuando llegan la mujer está atada a una silla, amordazada, y dos hombres vigilándola.

Rubén, con un arma especial, dispara dos somníferos a los hombres que caen al suelo como bolsas.

Rolando se apresura a llegar con la mujer que se mantiene estoica a pesar del miedo.

—¿Estás bien?

Ella mueve la cabeza afirmativamente.

—Tranquila, ¿sí?

—Estoy tranquila, sabía que vendrías.

—¿Tanto confías en mí?

—Más de lo que crees. Ven, los papeles de los que te hablé...

La mujer se levanta de la silla al mismo tiempo que hacen ingreso Markus y Camilo.

—Ese hombre está con mi jefe —susurra la mujer, deteniéndose de golpe y apuntando a Markus.

—Se supone que yo también.

—¿Me van a traicionar con él?

—Claro que no, estamos aquí para terminar con esto. ¿Los papeles?

—Sí, sí. Es por aquí.

La mujer agarra la mano del hombre y lo guía al final del pasillo, hasta el dispensero. Arriba, entre unas cajas de té, arroz y azúcar, saca una carpeta que le extiende al oficial.

—Ahí está todo.

—¿Cómo lo supiste?

—¿Cómo supe qué?

—Esto que está en estos documentos. Que debías decírmelo...

—Mi trabajo como secretaria es saberlo todo y tú eres la persona más confiable que conozco para

decírselo.

—¿Por qué lo haces?

—¿No lo sabes? —La voz de Bernardo Echeverría en ese lugar los alerta.

El hombre no viene solo. Cinco más están con él.

—Meneses... ¿por qué nos hiciste creer que estabas secuestrado? —Echeverría sale del pasillo para ir a la sala y hace un gesto para que lo sigan.

—Porque lo estaba, señor —contesta Rolando caminando detrás del hombre—. Yo tuve que hacerles creer que estaba de su parte, de infiltrado. No tenía idea de esta trampa. A mí me preocupaba Beva.

—Dijiste que ella no te importaba.

—Como mujer. Pero ellos revisaron mi casa y encontraron un número de teléfono en un papel, me obligaron a llamar, no me creyeron que era de su secretaria y que me lo había dado el día antes de salir de vacaciones. Cuando la oí gritar... Se suponía que ella no estaba metida en este cuento y...

—¿Y por qué tu afán de encontrar los papeles que ella tenía?

—Para destruirlos, ¿para qué más? Hemos trabajado cinco años juntos, casi seis, cualquier cosa que lo incrimine a usted, me incrimina a mí y yo saldré más perjudicado, yo soy de la fuerza pública, un policía corrupto. Que esto salga a la luz, me hundiría.

Echeverría se vuelve y observa a Markus, su empleado de confianza.

—No esperaba encontrarte aquí, me habían dicho que actuabas extraño, pero no pensé que tú también caerías en la trampa. Sabes todos mis movimientos, yo era un libro abierto para ti, ¿qué más información necesitabas?

—Ninguna, Echeverría —contesta Markus con su altanería habitual—, yo sabía muy bien que su secretaria estaba siendo vigilada, fui yo quien puso los micrófonos aquí, también fui yo quien descubrió que estaba enamorada del imbécil de Meneses, fui yo quien ideó este plan para desenmascararlo.

—¿Qué haces con ellos, entonces?

—¿Recuerda que ayer le dije que estaba llegando al centro de la traición? —El otro asiente—. Le dije que estaba descubriendo a cada uno de los que estaba conspirando contra usted. Pues bien, para hacerlo, uno tiene que meterse hasta el fondo con ellos y hacerles creer que uno está de su parte, que está cansado de esta vida.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y arriesgarme a que alguien más lo supiera? Aquí los traicioneros no somos ni Meneses ni yo, aunque me cueste reconocerlo; usted sabe que él no es santo de mi devoción, pero esto debía hacerlo en silencio.

—Permitiste que le dispararan a dos de tus compañeros.

—Solo están dormidos. ¿Qué quería que hiciera? Tenía que seguir demostrando lealtad.

—¿Tú sabías que Markus estaba con ellos? —pregunta Bernardo a Rolando.

—No. Lo vi hoy. Justo antes de salir hacia acá. En realidad, lo vi mejor aquí. Allá me pareció verlo, luego ya no estaba tan seguro. Me pusieron una venda en los ojos para no saber dónde estaba oculto.

Echeverría hace un escaneo rápido a Kurt, Camilo, Markus y Rolando.

Los cuatro parecen sorprendidos, engañados, nadie sabe a quién creerle.

—Y tú, Camilo, ¿qué tienes que decir a tu favor?

—¿Yo? ¿A mi favor? Nada —dice con soberbia—. Yo quiero destruirte y matarte con mis propias manos, Quiero golpearte sin que puedas defenderte y que sepas lo que sintió Paola las tantas veces que tú le pegaste y ella no podía hacer nada. Quiero vengar la muerte de mi papá, quiero que te mueras, y si estoy aquí, es porque vi la oportunidad de acabar contigo.

—¿Y no te sientes mal por haberle quitado a sus hijos? Mal que mal, tú fuiste quien lo hizo, ¿no? ¿Qué explicación le diste? ¿Realmente te perdonó por haberlo hecho?

Camilo no contesta.

—Hagas lo que hagas, siempre eso se interpondrá entre los dos. —Ahora mira a Kurt—. Y tú, Kurt, ¿quieres seguir hundiéndome?

El interpelado no contesta, simplemente se queda impávido observando fijo a su rival.

—No quieres contestar. Asumo que quieres verme en el suelo, suplicando por mi vida, tal como lo hizo mi mujer con mi hija en brazos, ¿no?

Barkley aprieta la mandíbula. Quiere reducir a Bernardo, golpearlo por haber maltratado a su hija, por haber secuestrado a sus nietos, por haber asesinado a su mujer, al padre de su ahora yerno. Por todas las fechorías cometidas. Por la trata de blancas, por todos esos niños y mujeres que fueron engañados y vendidos para ser utilizados como objetos, como simple mercancía, como prostitutas o trozos de carne de los que quitaban sus órganos para venderlos en el mercado negro al mejor postor. Por esos niños y jóvenes a los que regaló droga a la salida de los colegios para luego convertirlos en sus clientes. Podría decir que también quería acabar con el fraude y el dinero robado a empresas y por la malversación de fondos. Pero en realidad, eso a él no le importaba. "¿Qué más da si roba a los ricos?". Piensa Kurt.

—¡Ustedes! —ordena Echeverría a sus hombres—. Vayan a buscar todo lo que tenga ella de nosotros y que nos pueda incriminar.

—No tengo nada más —se defiende la mujer.

—¡Cállate! Me traicionaste.

—Usted iba a matar a gente inocente —replica.

—¿Inocente? Inocente eres tú, Beva. ¿Qué creías, que Rolando iba a mi oficina para vigilar mis asuntos? ¡No! Él está tan metido en esto como yo. Además, ¿qué crees que tienen esos políticos de inocente? Ellos querían destruirnos. Y no solo a mí. ¿Sabes por qué adelanté tus vacaciones?

Ella niega con la cabeza. Está asustada y se le nota.

—Porque las cosas se estaban poniendo demasiado peligrosas. Markus me había advertido que te habías enamorado y no lo quise creer sino hasta cuando te vi ese último día con Meneses. Yo le

advertí que no se metiera contigo. Nada de esto estaría pasando. Tú estabas a salvo en tu casa. Esos políticos a los que intentaste defender te quieren tan muerta como a mí, ¿Crees que ellos piensan que tú no tienes nada que ver con mis negocios truchos? ¿De verdad eres tan ingenua que piensas que ellos creen que tú no tienes nada que ver con la mafia?

La mujer abre los ojos más que aterrada. Una silenciosa lágrima resbala por su mejilla. Bernardo se acerca a ella. Rolando busca la pequeña mano femenina y la aprieta en señal de apoyo. Se siente responsable por lo que está ocurriendo, si él no la hubiese llamado... Bernardo seca la gota con su dedo índice. Ella está tensa. Cierra los ojos.

—Te aprecio, Beva, agradece que lo hago.

—Señor...

El jefe se queda observando las manos unidas de su secretaria y el oficial. Sonríe con desdén. Vuelve su vista hacia su secretaria, cuya mirada está llena de terror. Bernardo alza su mano para acariciar la mejilla femenina, pero antes de tocarla, esta exhala un suspiro y cae al suelo de golpe. Ninguno de los dos alcanza a atajar su caída. El oficial se agacha a su lado, pero la joven no reacciona.

Capítulo 23

Asuntos pendientes

Los dos hombres que están al lado de Bernardo se miran confusos. Echeverría se agacha también.

—¿Qué pasa, Rolando, estás con ella? —pregunta con sorna.

—Tú mismo me lo dijiste, ella no tiene nada que ver con esta mierda, su único error fue enamorarse de mí.

—Todos los errores se pagan.

—A ella no la tocas —advierte Rolando, sin apartarse de la chica ni dejar de reanimarla.

Bernardo sonrío de un modo extraño.

—No estás en condiciones de exigir nada, ¿no te das cuenta?

El otro no contesta.

—Raúl, anda a buscar a los otros, se están demorando mucho —manda Bernardo.

El aludido camina dos pasos y cuando va a subir la escalera, cae desplomado al suelo. Ahora solo queda el jefe del clan y un solo tipo. Los otros tres andan recorriendo la casa en busca de más pruebas.

Un silencio que parece caer como una pesada piedra, como si el frío de la muerte hubiese caído sobre esa casa, los deja perplejos.

Camilo y Kurt se miran. Rolando sigue intentando despertar a Beva, Markus está con el hombre caído. Es el momento. Camilo se lanza contra Bernardo y Kurt contra el tipo que está con él. Kurt le da un golpe al hombre y este cae al suelo, desmayado.

—Espinoza, suéltalo —ordena Markus, con su arma apunta al ex policía.

—Suelta tú el arma —responde.

—Pagarán muy caro esto —amenaza Bernardo.

—Camilo, no compliques las cosas —expresa Rolando, desde el suelo donde continúa con la chica.

—Esto se acabó, Rolando. Tú me engañaste una vez más, me hiciste creer que estabas con nosotros, que ya no querías seguir vendiéndote, y mírate ahora. Sigues siendo el perro de Bernardo Echeverría.

—¡Cállate!

—Ustedes saben que no saldrán vivos de esta, ¿cierto? —interroga Bernardo.

—Quien no saldrá vivo, serás tú.

—Si ustedes me hacen algo, son hombres muertos.

Markus y Rolando, en un rápido movimiento, desarman a los otros dos y pelean con ellos a muerte.

—¡Salga de aquí! —le gritan a Bernardo los dos hombres a la vez.

Echeverría no lo piensa dos veces, corre y desaparece. Al momento de subir al automóvil escucha un disparo, su primer impulso es volver, pero lo piensa mejor y se va apresurado en su coche. Ya podrá acabar con ellos, ya tendrá noticias de esos dos hombres que, al parecer, no lo estaban traicionando.

Decide que debe ir por sus hijos al campamento, las cosas se están poniendo demasiado peligrosas y lo mejor será sacarlos del país.

Pero eso tendrá que esperar, mañana irá por ellos. Esta noche se irá a su casa, se dará un baño y analizará todo lo que sucede. También llamará al diputado. O no. No lo sabe todavía. Es algo que debe considerar con calma después de un buen baño en el jacuzzi y de un trago muy, muy fuerte.

&&&&

Beva se despierta confundida, mareada y con la boca seca. Los ojos parecen bailarle y no logra enfocar bien a la figura masculina que está a su lado.

—Hola, dormilona —saluda él con una sonrisa de alivio.

—Rolando... —La mujer hace amago de enderezarse.

—No te levantes, debes quedarte quieta un rato.

—¿Y mi jefe?

—No te preocupes por él.

—Me preocupo, seguro quiere verme muerta.

—Eso dependerá de ti.

—¿A qué te refieres?

—A que si te unes y te callas esa linda boquita tuya, no te pasará nada.

Un acceso de tos le impide replicar.

—Cálmate, no es tan terrible —indica él, ayudándola a incorporarse un poco.

—Rolando...

—Toma un poco de agua.

Él mismo la ayuda a beber.

—Gracias.

—No me las des, mejor dime que estás dispuesta a quedarte callada y a no volver a meterte en líos.

—¿Tengo otra opción?

—No.

—Entonces, no tengo más que hacer.

—Sé que esto te desilusiona de mí.

Ella lo observa con la mirada fija.

—No me mires así —ruega él.

—¿De verdad quieres que participe en eso de ustedes?

—No, al contrario, quiero que te mantengas al margen.

Ella se acuesta y le da la espalda al policía.

—Dime algo, Beva, ¿por qué confiaste en mí?

La joven no contesta.

—¿Es cierto lo que dijo Markus y Bernardo? ¿Es cierto que tú estás enamorada de mí?

—Si sabes la respuesta, ¿para qué preguntas?

—Porque quiero estar seguro, quiero oírlo de tus labios.

Ella se voltea a mirarlo.

—Sí —exhala en un suspiro.

Rolando cierra los ojos. Se siente fatal con la confesión de ella. Esperaba que ella le dijera que no, que era algo que había aparentado solo para entregarle los papeles que incriminaban a su jefe sin que lo notaran.

—Beva, yo no merezco que sientas nada por mí, debes alejarte. Bernardo Echeverría está dispuesto a enviarte lejos para que no estés expuesta a peligro alguno. Él te aprecia.

—Él no me aprecia, Rolando —gime la mujer. Rolando la hace callar con un dedo en sus labios.

—No hables tan fuerte. Si él no te apreciara, te aseguro que a esta hora estarías muerta.

La joven baja la vista. El hombre acaricia su mejilla.

—Debes estar tranquila, todo estará bien, preciosa.

—Tengo miedo —confiesa ella.

—Lo sé, pero no debes tenerlo, prometo que no permitiré que te hagan daño.

—¿Dónde estamos?

—En la casa de tu jefe.

Ella se sienta con brusquedad.

—Tranquila, no pasa nada.

—¿No te das cuenta, Rolando? Lo traicioné.

—Traicionarlo habría sido llevar todo eso a las autoridades o a quienes estaban en peligro, tú me lo contaste a mí porque tu corazón te lo indicó. No es lo mismo

—Me va a matar —solloza.

Rolando la abraza y la puerta se abre al mismo tiempo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta Bernardo entrando al cuarto.

—Señor...

Bernardo no contesta, se acerca a la cama y mira a la joven que continúa abrazada a Rolando.

—Meneses, déjame solo con ella, por favor.

Beva se aferra a la camisa de Rolando, pero este la suelta y busca sus ojos.

—Todo estará bien, linda.

Sale y la secretaria se queda sentada en la cama, sube la sábana para cubrirse un poco más, a pesar de estar con la misma ropa con la que estaba en su casa.

—Beva —comienza a decir el hombre y se sienta en el lugar en el que había estado Rolando—, no quiero que tengas miedo de mí, has estado a mi lado los últimos seis años...

—Desde que murieron mis papás.

—Sí —acepta Bernardo agachando la cabeza—. Por lo mismo, yo quiero que estés tranquila en que no dejaré que te pase nada malo.

—Pero está enojado conmigo.

—Enojado, no, pero debo admitir que sí me desilusioné, creí que confiabas en mí.

Ella aparta la vista.

—Ahora sé que en realidad no me traicionaste a mí, querías conseguir puntos con Rolando, él no te tomaba en cuenta y tú...

Las mejillas de la joven, enrojecen.

—Escucha. —Bernardo toma las manos de su secretaria de un modo casi paternal—. Te irás lejos, te enviaré con mis hijos a un lugar apartado hasta que el peligro pase. Luego, si quieres, puedes regresar; pero siempre y cuando prometas que no vas a volver a exponerte en alguna situación como ahora. No todos mis negocios son derechos, ya lo sabes; si no estás de acuerdo con eso, puedes quedarte lejos de mí y espero que no me traiciones, porque en ese caso no tendré compasión; si quieres quedarte, prometo que te mantendré a salvo de todo y de todos. ¿Entiendes?

Ella asiente con la cabeza.

—Yo no quiero que te pase nada malo, pero sabes demasiado como para que andes por ahí con esa información a cuestas.

—¿Por cuánto tiempo me debo ir?

—En principio por un mes. Después de eso, veremos. Tú también tienes que tomar una decisión.

—¿Cuándo...?

—Mañana. Hoy descansarás. Te pusieron un sedante y debes hacer reposo por hoy. Mañana

viajarás a Europa.

—¿Qué pasó en mi casa?

—Yo tampoco estoy muy seguro. Las cosas se pusieron un poco feas, hubo un tiroteo, Rolando y Markus lograron sacarte a ti y a Leo con vida. Los otros murieron. Markus tuvo que ponerte un sedante, pues cuando despertaste del desmayo, te pusiste histérica, no querías cooperar con ellos.

—No recuerdo nada.

—Sí, me imagino, tuviste muchas pesadillas anoche.

—¿Anoche?

—Sí, dormiste veinte horas.

—Uf, demasiado.

—Markus dice que es lo normal con lo que te puso. De todos modos, necesitas descansar.

El hombre se pone en pie para salir, pero ella toma su mano para detenerlo.

—Don Bernardo...

Vuelve a sentarse.

—Dime —la insta luego de esperar unos segundos a que hablara.

—Si me va a matar...

Echeverría aprieta las manos de su secretaria.

—No te voy a matar, ya te lo dije, ¿tú me vas a traicionar?

—No.

—Entonces no te preocupes. Escúchame bien, Beva, yo no quiero lastimarte, espero que tú tampoco desees eso para mí. Si es así, todo estará bien.

—Yo no quería traicionarlo, yo solo quería detenerlo y...

—Esa gente no es buena. Creo que ninguno lo es. —Sonríe con amargura—. Pero hacemos lo que podemos con la gente que nos interesa y para mí tú eres una de ellas.

Ella asiente con la cabeza.

—Descansa. ¿Le digo a Meneses que venga?

Por respuesta, ella solo se encoge de hombros.

—Le preguntaré a él si quiere entrar —dice con un grado de ternura y diversión; le da un beso en la cabeza y sale del lugar con paso firme.

&&&&&

Paola observa el crepitar del fuego sagrado. Llevan dos días en ese lugar y ahora encendieron esa fogata para enseñarle a Serena el camino a la luz, a su nuevo camino, a su nueva vida.

El pueblo al que llegaron, donde la hermana de Kurt vivió durante muchos años, es un lugar mágico escondido en montañas casi inexploradas.

Kyle está sentado al lado derecho del jefe de la tribu, quien preside en ese momento la ceremonia final del funeral de Serena.

—Serena se resiste a partir —comenta el líder.

—¿Le habrá quedado algo pendiente aquí en la tierra? —pregunta Kyle.

—Quizá la muerte tan abrupta que tuvo, le impide irse en paz —interviene Giselle—. Mal que mal, murió en manos de su hija.

—Ambos tienen razón —afirma el hechicero—. Serena tiene cosas pendientes en este plano todavía y debemos buscar la forma de que al fin pueda marchar para descansar en paz.

—¿Hay alguna forma? Yo solo conozco el rezar, no conozco toda esta chamanería —indica Giselle con su habitual franqueza.

El jefe local clava su mirada en ella.

—Rezar no hace más que obligar al espíritu a marcharse y no terminar de cumplir su cometido. Eso está bien cuando no quedan asuntos pendientes o cuando la persona no se da cuenta que falleció.

Giselle asiente con la cabeza.

—¿Siempre que quedan rondando es por asuntos pendientes o porque creen que siguen vivos? —inquire la mujer.

—No. A veces, sus seres queridos están en peligro y ellos, desde su plano superior, son los únicos capaces de ayudar.

—¿Y no será eso lo que está pasando? —interroga Giselle a Kyle—. Mal que mal, su hermano está en peligro, arriesgándose por Paola, y su hija está en una clínica psiquiátrica.

—Sí, es verdad, Giselle, puede ser que Serena quiera seguir cuidando de su familia.

El líder hechicero lanza sobre las llamas un polvo que agranda la llama y le da una forma extraña. Dice unas palabras en un idioma inentendible para ellos.

—Serena no quiere irse —confirma el líder.

—Adur, ¿qué se puede hacer en este caso? —consulta Kyle con preocupación.

—Tú sabes, Kyle, que tenemos dos opciones. Una que es obligarla a irse y la otra, ayudarla en su cometido, terminar con su tarea.

—O revivirla —agrega Oier, otro de los brujos que se encuentra alrededor de la fogata.

Todos los ojos se vuelven a él.

—Eso es imposible —dice Giselle.

—¿Se puede hacer eso? —pregunta Paola.

—Está prohibido —sentencia Adur.

—¿No se puede? —inquire Kyle directo al jefe de los brujos.

—Es algo muy peligroso —advierte el chamán.

—¿Qué peligros trae? —consulta Paola.

—¡Está hecho cenizas su cuerpo! ¿Cómo se supone que la puedan revivir? —replica Giselle, aterrada ante la idea de tal aberración.

—La materia es energía —explica Oier—, solo puede cambiar. Así como el agua puede convertirse en vapor o en hielo, el cuerpo puede mutar sus formas, pero siempre puede volver a la original.

—¿Puede volver a crear su cuerpo? —pregunta anonadada.

—Sí.

—¿Y por qué no lo hace?

—Cuando un alma ya ha pasado a un plano superior a esta vida, al volver, tal vez no se acostumbre a su antigua vida.

—¿Y qué pasa con eso?

—La persona puede volverse loca y hacer cosas que no hubiera hecho jamás en su vida.

—¿Puede que pase o es una certeza? —Sigue interrogando Giselle que está muy interesada en el tema, jamás había escuchado en su vida nada semejante.

Paola, en cambio, recuerda las historias que le contaba su madre.

—No hay seguridad —afirma la joven—. No todas las personas que vuelven reaccionan igual. Mucho depende de la motivación para volver. Algunas solo querían quedar rondando un poco más para ayudar a sus seres queridos a acostumbrarse a su vida sin ellos; otras en realidad se querían ir, pero la culpa no los dejaba; y otras, su único deseo era volver.

—¿Y cómo saberlo? —Giselle está admirada de aquellas cosas.

—No hay forma —responde el líder—. ¿Cómo sabes tú acerca de esto? —le pregunta a Paola un poco brusco.

—Mi mamá me contaba las historias de su pueblo —contesta la joven, el hombre mira a Kyle, interrogante.

—Su madre era Xare —responde el hombre.

Paola y el líder se sorprenden. Paola la conocía como Adela y el líder no se imaginó nunca tener frente a él a la hija de la mujer que rompió el compromiso de casarse con él y ser ambos los líderes del pueblo, para escapar de la tribu e irse con otro hombre.

Capítulo 24

Pesadillas

Paola se siente pequeña e indefensa ante la mirada del líder de la tribu.

—No te pareces a tu madre —señala Adur.

—No, creo que me parezco más a mi papá.

Un tenso silencio llena el ambiente.

De pronto, una espesa neblina cubre a los asistentes a la ceremonia. Nadie habla. Paola busca la mano de su suegra, no le gusta nada esto, pero no logra encontrar a la madre de Camilo.

—¿Giselle?

Nada. El silencio absorbe los sonidos. No se ve, no se oye y tampoco se siente nada. Es como estar en la nada. Ni siquiera ve el fuego. Un escalofrío de terror recorre la espina dorsal de la joven de punta a punta y su estómago se contrae en molestos espasmos. Teme por la vida e integridad de su hijo.

—¿Qué está pasando? —habla, pero no parece salir sonido de su boca—. Kyle. ¡Kyle!

La imagen de Serena aparece frente a ella, a escasos centímetros de su rostro.

—Tranquila, hija, estoy aquí para decirte que debes perdonar a quienes te han lastimado. Yo te pido en especial por mi hija.

—Esto no está pasando —murmura Paola—. Me estoy volviendo loca.

—Perdona y deja ir. Así podrás ser libre.

—Yo no guardo rencor. No vale la pena. Mucho menos a Kass, ni siquiera la conocí. El daño que pudo hacer, creo que lo está pagando con la culpa de haberla matado.

—Hija..., lo siento tanto.

Paola no entiende. Quiere pedir ayuda, pero no hay nadie cerca.

—Escúchame, tú debiste ser sacrificada a los dioses, ahora debes ser limpiada para que la marca de la deshonra no te siga a todas partes. Es lo que ha rodeado tu vida de fracaso y sufrimiento, es un karma que estás pagando a causa de otras personas.

—¿Qué? ¿Qué me van a hacer?

—Tranquila.

La tía toma las manos de la joven. Paola no puede resistirse, no es capaz, y no le hace ninguna

gracia ser tocada por un muerto.

—No, esto no puede ser real —se repite.

—Sí, esto es real, solo que es algo que tú no acostumbras ver.

—Usted está muerta —susurra la chica.

—Sí, y así debo seguir. No puedo volver, solo quería darte este mensaje para que te liberes de tus cargas y que sepas que debes ser liberada.

—¿Se va? Dijeron que...

—Sí, me voy. Mi alma gemela me espera al otro lado y quiero irme. Por favor, dile a Kyle que se ocupe de mi hija y a los demás que no me devuelvan a la vida —ruega la mujer.

—No —musita antes de que todo se le fuera a negro.

Cuando abre los ojos, se encuentra en la cama. Giselle, a su lado, vela su sueño. Kyle, de pie, un poco más alejado, vigila.

—¿Cómo te sientes? —inquieta la mujer.

—¿Qué pasó?

—Te desmayaste de repente. Estábamos conversando y de pronto te desplomaste, agradece que Kyle es ágil y alcanzó a afirmarte antes que te golpearas.

—No recuerdo nada.

—¿Nada de nada? —interroga Kyle.

—¿Qué pasó con Serena? ¿Qué decidieron?

—La harán volver.

—¿Y si no funciona?

—¿Piensas que no puede funcionar?

—No, no es eso —responde—, pero quizás ella no quiera volver y solo le faltaba una pequeña cosa que terminar.

Ni Giselle ni Kyle dicen nada. Paola cierra los ojos.

—Lo mejor será que duermas y descanses —sugiere Giselle.

—Tengo mucho sueño.

—Debes descansar, has tenido muchas emociones y recuerda que mi nieto está creciendo dentro de ti y debemos cuidarlo.

—Sí, creo que es él quien me está pidiendo dormir.

—O ella —replica Giselle.

—O ella —admite Paola.

—Duerme y descansa, yo estaré en la habitación del lado, si necesitas algo...

—Yo me quedaré un rato más, de todas maneras, si yo no estuviera... —Le entrega un pequeño

collar con un camafeo—. Lo aprietas y sabré que me necesitas.

—Esto debí tenerlo antes de desmayarme.

Kyle sonrío de un modo extraño, sin contestar nada.

&&&&&

Beva se dispone a salir del país con lo justo y necesario. Se acaba de enterar que su casa se había quemado en el enfrentamiento de los hombres. Perdió casi todo. Pero ya nada importa.

—¿Lista? —le pregunta Rolando.

—Sí.

—¿Estás bien?

—No —contesta con sinceridad.

—¿Por qué?

—¿No te das cuenta que con esto mi vida va a cambiar totalmente? —reprocha con brusquedad.

—Sí, pero no dudes que será para mejor.

—¿A dónde me llevan?

—A un lugar alejado y seguro. No tienes por qué preocuparte, nada te faltará y nada te pasará.

—Le sonrío para darle confianza.

—¿Y tú?

—Yo estaré bien.

—Pues no lo parece.

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—Escúchame. —La toma de los hombros y se agacha para quedar a su altura—. Si esto termina bien, pronto volveremos a encontrarnos.

—¿Y para qué? Tú no sientes nada por mí. Ni siquiera te gusto.

—No digas eso.

—Es la verdad, tú me tratas bien para lograr que yo me quede callada y estar de su parte. Pero no te preocupes, no quiero morir tan joven.

Los ojos de la chica se llenan de lágrimas y Rolando, como un perfecto caradura, la besa con suavidad en los labios.

—No es nuestro momento —le dice en voz baja—. Más adelante, tal vez, lo podamos intentar.

Beva no contesta, deja caer las lágrimas sin importarle parecer débil o tonta.

—No llores, por favor, ¿no sabes que los hombres somos muy tontos ante el llanto femenino?

—Los hombres siempre son tontos —se burla ella con tristeza.

Rolando le rodea la cara con sus manos.

—Te prometo que estaremos juntos, entiende que este no es el mejor momento.

—Cuídate, ¿sí?

—Lo prometo si tú me prometes que te quedarás tranquila.

—Bueno.

La secretaria se aferra a Rolando, quien la recibe en sus brazos y cierra los ojos. Se siente un miserable. No quisiera tener que exponerla a estas cosas, sin embargo, no puede evitarlo. Si ella no se hubiera enamorado de él, si ella no le hubiese entregado su teléfono, si Bernardo no le hubiese adelantado las vacaciones, si aquel día él no hubiese ido a la oficina de Echeverría... "Si... si... si...", piensa el hombre, "de *sis* está hecha la vida. Lo hecho, hecho está y no se puede hacer nada para cambiarlo".

—Dime la verdad —ruega ella—, ¿yo te gusto aunque sea un poco?

El policía la aparta y le acaricia la mejilla.

—No me preguntes eso ahora.

—¿Por qué no?

—Porque lo que te diga te hará daño.

—¿Por qué?

—Porque si te digo que sí, la separación sería más dura y mientras estés lejos pensarás si me sigues gustando o si aparecerá otra que me haga olvidarte. Si te digo que no, te haré daño porque pensarás que no eres digna de ser amada.

—¿Entonces?

—Entonces vete, cuídate y piensa en si realmente quieres volver o prefieres quedarte allá o, quizás, irte lejos a otro lugar. Tienes que decidir, en fin, si quieres seguir trabajando con tu jefe.

—Está bien —acepta ella de mala gana.

—¿Conforme?

Ella mueve la cabeza afirmativamente.

—Es hora de partir.

Rolando toma el bolso y se lo echa al hombro. Beva hace lo propio con su cartera y salen de la habitación.

En el vehículo que los va a llevar al aeródromo ya están instalados los dos niños y Markus, que es el encargado de acompañarlos hasta que suban al avión.

Después de una sentida despedida, el automóvil parte rumbo a su destino.

—¿Te gusta de verdad o eres un cínico de primera? —interroga Bernardo en cuanto el coche desaparece.

—No puede gustarme.

—No debe. De poder, puede.

Rolando se encoge de hombros y camina hasta su propio auto.

—No me contestaste, ¿te gusta o no?

—¿Es importante? —contesta el otro, al tiempo de abrir la puerta.

—Para mí, sí.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que la lastimes si es mentira.

Rolando sonrío con sorna.

—¿Pensó lo mismo con Paola Donoso mientras la hacía sufrir? Al fin y al cabo, Paola era su esposa, Beva es solo su secretaria, no es nada suyo.

—No tiene nada que ver una cosa con la otra. Son dos mujeres distintas y yo sé por qué hago las cosas, no eres quién para juzgarme. Ahora dime, ¿te gusta o no? —Rolando se iba a subir a su auto y Bernardo lo detiene del brazo—. ¡Contéstame!

—Sí, sí —admite a la fuerza—. Me gusta, ¿y qué saco? No puedo hacerme ilusiones ni puedo hacérselas a ella. Esto va condenado al fracaso desde antes de empezar.

—¿Por qué?

—Porque esta vida no es para ella, mucho menos con las cosas como están. Usted mismo dijo que no debe gustarme.

—¿Y qué piensas hacer?

—Nada.

—¿Nada?

—¿Qué voy a hacer? Tengo que quitarle las esperanzas y luego, bueno, no sé... Seguir adelante, supongo

—Pareces cansado.

—Lo estoy.

—¿Quieres desertar?

—Primero muerto —asegura con frialdad.

Bernardo Echeverría no dice nada. Simplemente lo suelta y camina de vuelta a la casa mientras Rolando se sube a su auto y enfila hacia la estación.

&&&&&

Paola aprieta el collar que le había dado Kyle y en pocos segundos, el hombre aparece en su habitación. Son las tres y media de la mañana y una pesadilla la obligó a despertar.

—¿Estás bien? —le pregunta el hombre, preocupado.

—Este lugar es raro, no quiero estar aquí.

—No podemos irnos, lo sabes.

Paola rompe a llorar y Kyle se sienta en la cama y la abraza.

—Tranquila, no pasa nada.

—Tengo miedo —solloza.

—Aquí estás segura, no hay lugar más seguro que este para ustedes.

—Yo no lo creo, yo no quiero estar aquí, ¿de verdad no hay otro lugar para irnos?

—Es difícil encontrar un sitio más seguro que este. Aquí está bien.

—No, Kyle, no estoy bien, usted no entiende.

—Quizás si me explicaras podría entender más de lo que crees.

—Este lugar me está volviendo loca.

—¿En qué sentido?

—En el sentido literal de la palabra.

El hombre la aparta y la empuja con suavidad para que se acueste.

—Dime, ¿qué pasó esta tarde en la fogata? No fue un desmayo común, tu mirada estaba perdida, como si no hubieras estado allí.

—¿Ustedes no lo vieron?

—¿Ver qué?

—La niebla. ¡No se podía ver nada!

Kyle sonrío.

—¿Qué más viste?

—La vi a ella.

—¿A quién?

—A la tía Serena.

—¿Te habló?

—Sí.

Kyle se muestra realmente interesado y Paola le cuenta lo que hablaron.

—Estás en un proceso de cambio, por eso te sientes así, diferente, mal.

—¿Y mi bebé? Esto le va a hacer mal.

—No te preocupes por él. Está muy protegido dentro de ti.

—¿Y qué más va a pasar?

—Debes tener confianza y prestar atención a lo que los espíritus te quieren decir.

—¡Eso es horrible! ¿Cómo puede ser que tenga que escuchar a los muertos? Además, ese

hombre...

—¿Qué hombre?

—Ya ni sé cómo se llama. El brujo mayor.

Él sonríe.

—Adur. ¿Qué tiene él?

—Me mira feo, como si yo no le gustara.

—No es eso, Paola, lo que pasa es que tú debiste ser su hija.

—¿Qué?

—Tu mamá estaba comprometida con él, pero se enamoró de tu papá y se fue con él.

—¡Yo no tengo la culpa de eso!

—Eso él lo sabe, pero no quita que seas como una refriega a su humillación.

—Por eso no me quiere.

—No es que no te quiera, es que le traes recuerdos.

—Malos recuerdos.

—Así es. Además, la primera hija que tuvieran sería un sacrificio a los dioses.

—Estaría muerta.

—¡No! Estarías sirviendo a los dioses como una sacerdotisa. No son bárbaros, niña.

Paola no replica. Está cansada, quiere su vida normal. "¿Normal?", piensa, "nunca he tenido una vida normal".

—Duerme, estás cansada.

—No quiero dormir.

—¿Tienes miedo a las pesadillas?

No contesta, pero su silencio es más elocuente que las palabras.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No, no, usted tiene que dormir también —expresa ella no muy convencida.

El hombre se recuesta al lado de la joven y la abraza de forma muy paternal.

—No tengas miedo. Yo me quedaré contigo.

—Gracias.

—Kurt no me perdonaría si no cuidara de ti como si fueras mi propia hija.

—¿Ha sabido de ellos?

—No. No me he podido comunicar. Ninguno contesta sus teléfonos

—¿Y si les pasó algo?

—No lo creo, ya nos hubiéramos enterado.

—¿Y entonces? ¿Por qué no contestan?

—No lo sé. Duerme, estás cansada y eso hace que todo se vea peor.

—Espero no tener pesadillas.

—Te voy a contar lo que tu tía hablaba de ti.

—¿De mí?

—De tu propósito, de lo que debes hacer para librarte de tu destino. ¿Quieres escuchar?

—¡Sí! —exclama con emoción.

Kyle le narra cómo es que Paola debe cumplir unas ciertos ritos para librarse de la maldición de ser la hija de una sacerdotisa destinada a ser líder de ese pueblo, que escapó, manchando no solo a su prometido, también al pueblo entero.

Capítulo 25

Atrapados

Bernardo no puede creer lo que le acaban de informar. Sus hijos, su secretaria y su hombre de confianza están muertos. Un camión arrolló el vehículo y dejó el auto hecho polvo. Todos los ocupantes murieron instantáneamente.

Toma el teléfono y llama a Rolando, se había ido hacía pocos minutos.

—Tienes que volver —le ordena sin más.

—¿Qué quiere? Tengo que ir a trabajar.

—No vas a ir, avisa que tuviste un problema. Yo arreglo una licencia.

—¿Qué pasa?

—¡Ven, por la mierda! ¿Cómo quieres que te lo diga?

Rolando no responde. El teléfono se corta.

Echeverría no sabe qué hacer. Está desesperado. Jamás se imaginó que algo así pudiera pasar. Sus hijos ¿muertos? ¿Cómo le diría a Rolando que Beva también lo estaba?

El policía tarda casi nada en volver, no obstante, a Bernardo se le hace eterno. Rolando estaciona el auto y se baja raudo, hecho una fiera.

—¿Qué pasa? —pregunta molesto.

—Hubo un accidente.

—¿¡Qué?! ¿Quién?

—Camino al aeropuerto, un camión... Dicen que aplastó el vehículo en el que viajaban... Están todos muertos...

—¿¡Qué!?! —interroga incrédulo.

—Me acaban de avisar.

Rolando se apoya en el auto.

—Esto es por Camilo.

—¿Qué dices?

—Yo le disparé a mi amigo, ¿no lo entiende? Beva murió por mi culpa. Es un castigo.

—No digas estupideces, Camilo era tu enemigo.

—Camilo fue el único amigo que tuve —musita, y luego, como si una luz le iluminara, vuelve a mirar a Echeverría—. ¿Y los niños?

—Ninguno sobrevivió.

—¡Por Dios! Esto es una tragedia, es... —Se gira y golpea el techo del auto con sus puños.

—Al menos Paola ya no volverá a ver a sus hijos.

Meneses se voltea con verdadero asco, sin pensarlo, se lanza sobre Rolando y lo empuja con fuerza.

—¿No le importan ni sus propios hijos? ¿Prefiere verlos muertos y alegrarse de ello por una idiota venganza? ¿Qué mierda le hizo esa mujer para preferir ver muertos a sus propios hijos? ¿Fue usted quien hizo esto para librarse de todos los estorbos de una sola vez? —increpa furioso.

—Cálmate, Rolando, no malentiendas las cosas. No digo que me alegro por lo que pasó, digo que Paola ya no volverá a verlos. Los perdió para siempre.

—Y usted también.

—Eran mis hijos, también los siento.

—Pues no se nota.

—Cálmate, ¿quieres? Debemos ir a ver.

—Yo no voy a ir.

—Irás conmigo.

—No.

—¿Por qué no? Beva está ahí.

—Por lo mismo, no quiero verla, no quiero tener que reconocer su cuerpo, no quiero porque ella no está muerta, no puede estar muerta, esto no es más que un juego macabro para torturarme.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que esto no está pasando. Si fuera así, usted estaría desesperado por sus hijos.

—Meneses, eres hombre, cálmate.

—Se fue pensando que no la amaba.

—Meneses...

—Debí decirle lo que sentía, debí contarle que le correspondía, que me gustaba desde hace mucho tiempo, pero que nunca me sentí digno de ella. Se fue creyendo que mi amabilidad era solo una máscara para obligarla a cooperar con nosotros.

Bernardo Echeverría no dice nada. Rolando pareciera hablar consigo mismo. Está conmocionado

—¿Por qué no se lo dije? ¿Por qué me comporte como un cobarde? ¿Porque mierda no puedo ser feliz?

—Cálmate, hombre, vamos, si no vas, te vas a arrepentir. Aunque sea doloroso, debes estar en

este momento con ella. Aunque sea la última vez.

—No quiero —llora el hombre y se deja caer, sentado al suelo.

—Meneses, basta. Yo perdí a mis dos hijos, a mi secretaria y a mi mejor hombre y no ando llorando como niñita.

—Porque usted no ama a nadie. Usted es incapaz de sentir nada.

—No digas eso. Cálmate. Acepto lo que me dices porque estás en shock, pero no voy a aguantar todo lo que se te antoje decirme.

Rolando apoya la cabeza en el auto para calmarse.

—Lo siento. Es que esto no debió pasar.

—Claro que no. Pero pasó. Levántate y vamos. Quiero ver el lugar.

El policía se levanta, se seca la cara y toma aire.

—Yo no voy a ir. Se supone que a esta hora debería estar en la estación, si me ven llegar con usted, notarán que algo raro está pasando. Voy a ir a la oficina, usted vaya y yo, como seguramente me van a dar la noticia en cuanto llegue, voy para allá.

—¿Seguro no te dará otro ataque de histeria?

—No, señor.

—Bien. Vete rápido. Nos vemos allá. Espero que no se los lleven a la morgue todavía.

—No lo creo, tiene que ir un fiscal a dar la orden. Por eso, será mejor que me vaya rápido para intentar evitar que los muevan.

—Está bien. Nos vemos.

Rolando sube a su coche y se va a toda prisa.

Bernardo Echeverría se sube a su auto y ordena que lo lleven al lugar del accidente.

&&&&&

Paola se entrega al último de los rituales de limpieza a los que ha sido sometida las últimas horas. Kyle no se separa de ella. A pesar que en un momento el brujo quiso que él saliera del lugar del ritual, el hombre no aceptó. Adur podría ser el jefe de la tribu, pero no es su jefe. Oier lo apoyó, pues dijo que no había ritual al que Kyle no pudiera asistir.

Al terminar, la joven mira a Kyle, no se siente extraña, no siente nada especial.

—Ahora eres libre de la maldición —expone el hombre—, ya el peso de ser hija de Xare no te tocará.

—¿Gracias? —Paola no sabe muy bien qué decir.

Kyle se acerca y la abraza.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Supongo. No siento nada especial —responde lo más sincera que puede.

—¿No te sientes libre, como si te hubiesen sacado un peso del alma? —consulta Oier.

—¿No? —contesta Paola.

—Déjame ver. —El brujo avanza unos pasos hacia la joven, pero es detenido por Adur, el jefe brujo.

—No puedes acercarte.

—¿Quién lo impide?

—El hechizo.

—No hay hechizo de liberación por el que no pueda acercarme.

—Yo digo que no te acerques.

Oier, desconfiado, como se viene sintiendo de un tiempo a esta parte, hace caso omiso a su líder y se acerca a la joven. Toma sus manos con una sola de las suyas y con la otra toca su frente.

—¡No te atrevas! —grita Adur y se lanza contra su compañero, pero es detenido por Kyle.

—¿Qué está pasando aquí? —interroga el guardián de Paola.

—Que esta chica ha pasado por una serie de rituales falsos. Adur no hizo el trabajo que dijo hacer —explica Oier.

—¿¡Expuso a Paola a todo ese humo y esas cosas extrañas para nada?! —reta Kyle al líder a quien tiene agarrado todavía.

—¡Oier miente! —exclama.

—Yo no estoy mintiendo. Tú y todo el pueblo sabe que ella debería sentir la liberación del peso del karma que carga a costas —se defiende el otro.

—¿Qué significa esto? —pregunta Paola, confundida.

—Significa que su vida seguirá igual o peor que hasta ahora —explica el brujo—, no hubo hechicería en nada de lo que te hizo.

—¿Toda esta tortura para nada? —reclama la joven.

—No te preocupes, haremos algo.

—Nadie más puede hacerlo. Soy el líder del grupo y solo un jefe tribal está autorizado para realizar el ritual.

—Me voy —indica Paola—. Lo siento mucho, pero no puedo seguir más aquí. Esta gente me está volviendo loca. Además, ¡esto ni siquiera es real! Son supercherías.

—Paola, no digas eso —le advierte Kyle.

—¿No me va a decir que cree en esto? Si al final, mire, nada han logrado. Además, mi vida, ¿qué peor puede ir?

—Uno nunca sabe —indica Oier.

—No, ya no quiero más esto. Tengo pesadillas en las noches, de día veo cosas... ¡Me estoy

volviendo loca!

—Quizás los espíritus le quieran decir algo.

—¿Sí? Pues que sean más claros, porque yo no hablo idioma fantasmal.

—No seas irónica, Paola, esta gente te ha acogido y protegido. Lo que hizo tu mamá merecía la muerte.

—¡Yo no soy mi mamá!

—Pero eres su descendencia que es lo mismo. Por favor, cálmate y actúa como una adulta, no como una niña caprichosa —la reprende el hombre.

Ella lo mira con profunda tristeza, miedo y arrepentimiento.

—Paola, sé que esto no es fácil para ti.

La joven no contesta, simplemente se lanza a los brazos de Kyle, su protector, su amigo, casi un padre, y se echa a llorar como una niña.

—Tranquila, pequeña, tranquila, todo estará bien.

Su llanto no cesa, al contrario, parece ir de mal en peor.

Kyle mira a Oier, no sabe qué hacer. El hechicero se acerca a la pareja y posa su mano sobre la espalda femenina y recita unas palabras en un idioma extraño, incluso para los habitantes de esa región. Es de un idioma ancestral, de sus primeros padres. Adur se pone blanco de la impresión. Su compañero está realizando el hechizo que debió hacer él. Diez minutos más tarde, Paola es peso muerto en los brazos de Kyle.

—Llévala a su dormitorio, estará bien, no te preocupes.

—Pero se desmayó.

—Demasiadas emociones. Ella es libre. Todos sus problemas eran a causa de una maldición que cargaba a costas, maldición que también hubiesen cargado sus hijos si no era cortada.

—Pero ¡los hijos de ella son pequeños y uno ni nace! —se asombra Kyle.

—Sí, la maldición por dejar de hacer lo que nuestros dioses piden es hasta la cuarta generación si no se hace nada para cortarla.

Kyle respira hondo. Acomoda a Paola en sus brazos y la lleva adentro. Al menos ahora tiene un problema menos. Lo que más le preocupa ahora es la falta de comunicación con su jefe y los demás. Nadie contesta, ninguno habla. No sabe cómo habrá resultado el plan que tenían para desenmascarar a los corruptos. Y le preocupa no tener noticias. Teme que algo haya salido mal.

&&&&&

Rolando Meneses entra en la Estación y dos policías lo quedan mirando con la sorpresa pintada en la cara.

—¿Qué les pasa? —increpa.

—Nada, señor, pensamos que estaría en el lugar del accidente.

—¿Qué accidente?

—¿No lo sabe? —aparece Mario Rojas con Jorge Cáceres.

—No, ¿qué pasó?

—Un camión aplastó el auto en el que viajaban los hijos de Bernardo Echeverría.

—¿¡Qué?! —casi grita.

—Sí. Esperábamos órdenes, pero nadie dice nada.

—Vamos. Rojas y Cáceres, acompañenme. Vamos a ir a ver qué pasa. ¿Tienen la dirección?

—Sí.

—Ustedes busquen las cámaras de seguridad del lugar para analizarlas y ver si fue accidente o un atentado —ordena a los otros dos.

—Está bien, señor.

Salen a toda prisa y suben a una patrulla. Encienden la baliza y se dirigen a la carretera donde se supone ocurrió el accidente.

Allí está Bernardo detrás de las cintas de seguridad, desesperado. Quiere ir a ver a sus hijos.

—¿Han dicho cómo fue? —pregunta Rolando.

—Nada.

—Voy a ver.

Ingresa con sus dos acompañantes y habla con el oficial a cargo. Los bomberos intentan destrabar los fierros que están torcidos por el impacto, para sacar a los ocupantes.

—Meneses —lo llama un superior.

—Señor, dígame —responde al llegar frente a él.

—Mire dentro del camión —ordena.

Rolando obedece y ahí, dentro, una enorme cantidad de droga y documentos incriminatorios lo esperan.

—Echeverría no debe escapar —le indica.

—Iré por él.

—Debe entrar, pero no debe saber para qué.

—Le diré que venga a ver a sus hijos.

—No. Envíe a sus hombres, usted acompañeme.

Meneses ordena a Rojas y Cáceres que vayan por Bernardo Echeverría para que reconozca el automóvil y los ocupantes. Los hombres obedecen de inmediato. El superior de Rolando lo guía hasta la cabina del camión y ahí, entre fierros retorcidos, con varios bomberos trabajando para sacarlo, está el diputado.

—Él está metido en el caso drogas, traficaba a lo grande, ahora no tiene cómo salir libre de esta, tenemos fotos, vídeos, audios y un montón de documentos que lo inculpan. Si él estaba en el camión, fue porque la última vez que traficó, personas —aclara—, se perdió, ahora quería vigilar él mismo que su mercancía llegara a destino. Y pasó esto. Ahora está mal, no saben si sobrevivirá y si lo hace... Los bomberos dicen que sus piernas están desechas.

Meneses toma aire. No quisiera estar en su posición. El hombre está despierto y tiene una cara de terror que es peor que el dolor que siente. Sabe lo que le espera.

Bernardo Echeverría grita al ver la condición en la que quedaron sus hijos y la gente que los acompañaba. Rolando corre hasta él y mira dentro del auto. Todos son una sola masa. Es un espectáculo horrible.

—Nos pillaron, Echeverría —susurra Rolando—. En el asiento delantero del camión está el diputado con las piernas molidas y en el acoplado están todas las pruebas. Al parecer el diputado desconfiaba de todos y traía todas las pruebas con él. Aún no lo ven todo, pero estamos perdidos.

Echeverría se deja caer al suelo. Ya nada tiene sentido para él.

—Mis hijos... Mis hijos... No puede ser... Ellos no debieron morir... —llora el padre, desconsolado, en el fondo de su ser esperaba que aquella noticia fuera una mentira.

Un disparo hace gritar a los asistentes. Bernardo mira hacia atrás y ve el cuerpo de Rolando ensangrentado y su arma en la mano.

Se había suicidado...

Capítulo 26

Noticiarios

Paola se sienta en la cama con la angustia palpitando en su pecho. Aprieta el collar que le comunica con Kyle, quien llega a los pocos segundos y encuentra a la joven llorando.

—¿Qué pasa, niña? —pregunta el hombre, preocupado. Se acerca a la cama y se sienta en ella para abrazar a Paola.

—Vi a Camilo.

—¿A Camilo?

—Sí.

—Soñaste.

—No sé. No sé. Fue demasiado real.

—¿Te dijo algo?

—No. Solo me miraba desde lejos. ¿Ha sabido algo?

—Nada —responde con sinceridad.

—¿Y si salió mal?

Kyle no contesta.

—¿Y si fallaron? —insiste.

—No pienses en eso.

—Tengo que pensarlo. Ha pasado más de una semana y no hemos sabido nada.

—Quizás no pueden comunicarse. Si los planes salieron bien, deben estar escondidos, cualquier error puede tirar por la borda el esfuerzo realizado.

—Tengo miedo —confiesa ella.

—Debes estar tranquila, ya vamos a saber algo de ellos y te vas a dar cuenta que preocuparte fue en vano.

—Quisiera tener su confianza.

—Debes tenerla —asegura él.

Paola se aparta de él y busca su mirada.

—¿De verdad cree que están bien?

—No lo creo, estoy seguro.

Ella se siente culpable por no confiar como Kyle.

—Tienes que seguir durmiendo, todavía es de noche —indica él.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y media.

—Auch —gime la joven.

—¿Qué?

—Que no lo he dejado dormir ni una sola noche completa.

—Ya estaba despierto.

—¿Tan temprano?

—Duermo poco —responde con una sonrisa.

—Igual siento mucho ser tan molesta.

—No eres una molestia, no digas eso.

—Muchas gracias por estar aquí, por cuidarme.

—No tienes nada que agradecer, con gusto lo hago.

Paola vuelve a abrazarse a él. En estos días Kyle ha sido como un padre para ella en todo sentido. La cuida, la protege, la aconseja, la contiene y siempre, siempre, le vuelve a dar confianza en que las cosas irán mejor.

Luego de unos minutos así, él la aparta y le da un beso en la frente.

—Ahora duerme, debes descansar, ¿sí?

Ella asiente con la cabeza.

—¿Estarás bien o quieres que me quede hasta que te duermas?

—No, no, estoy bien, gracias.

—Descansa.

Paola se acuesta, Kyle le da otro beso en la cabeza y la arropa antes de salir sin apagar la luz.

Afuera, se topa con Giselle.

—Buenos días, Giselle, ¿tan temprano levantada?

—Sentí ruido en el dormitorio de mi nuera —contesta— y me levanté a verla.

—Sí, tuvo una pesadilla con Camilo.

El rostro de la mujer se contrae notoriamente.

—Espero que mi hijo esté bien.

—Eso espero yo también.

—¿No han tenido noticias?

—Nada. Parece que se los hubiera tragado la tierra.

—Espero que todo haya salido bien.

—Seguro así fue, Giselle, ellos son los mejores.

—Sí, ¿verdad?

—Así es, no debe preocuparse.

—Gracias, Kyle —dice la mujer con seriedad.

El hombre no entiende.

—Sé que su trabajo es cuidarnos, pero lo que usted hace es mucho más que eso —agrega la mujer.

—No, Giselle, no me agradezca.

—Tengo que hacerlo.

—No. Parece que es el día de los agradecimientos y eso que ni siquiera ha amanecido.

—¿A qué se refiere?

—Paola también me agradeció lo que hago por ella. Y yo no sé qué hacer con las muestras de gratitud —explica un poco avergonzado.

—No tiene que hacer nada, solo recibirlos. Yo le estoy muy agradecida, Paola se siente muy segura a su lado.

—Para mí es un gusto cuidarla, ella es una joven muy especial, su hijo es muy afortunado, Giselle.

—¿No me va a decir que usted...? —Deja la sorprendida pregunta a medio terminar.

—¿Que yo qué? —consulta el hombre sin comprender.

—¿A usted le gusta mi nuera?

El hombre larga una divertida risotada. Toma a la mujer del codo y la guía por el pasillo hacia la cocina.

—¡Paola es una niña, Giselle! Por supuesto que no me gusta. Para mí es como una hija, no soy un pedófilo.

—Lo siento.

—No, está bien, quizá se malentendió mi cariño hacia ella. Espero que ella no lo tome a mal, no me gustaría perder su confianza.

—Pierda cuidado, si ella pensara otra cosa créame que no lo buscaría para sentirse protegida.

—Es cierto. Y me alegra que sea así. Durante mucho tiempo estuvo muy sola.

—Sí, ha sufrido mucho.

—Pero todo ese sufrimiento quedará atrás.

—Eso espero, Kyle.

—Así será, Giselle.

&&&&&

Bernardo se deja caer en el frío piso de la celda donde lo llevaron luego de formalizarlo y considerarlo un peligro para la sociedad. Sabe que está derrotado, que llegó el fin de todo el mal que ha hecho. Y no le importa. Ya no le queda nada. Sus hijos están muertos y todos sus bienes han sido embargados. Lo único que lo alegra es que sus enemigos también están muertos. Camilo y Kurt fueron muertos por Markus y Rolando. Paola se escapó con otro y quedó más sola que antes, pues ya nunca podrá ver a sus hijos, ni siquiera pudo despedirse de ellos.

"Bien merecido se lo tiene", piensa, "por ser hija de ese infeliz y por haberse enamorado de otro".

Una lágrima rueda por su mejilla, la que seca con furia. No quiere llorar por Paola. Él la amaba. La amó hasta el día en que se enteró que era hija del hombre que mató a su ex mujer y a su hija. Ese día se volvió loco y lo único que quería era hacer sufrir a Kurt del mismo modo en que él sufrió.

—Hola, Echeverría.

Bernardo alza la cabeza y ve a otro preso que aparece allí.

—¿Y tú? —consulta Bernardo algo asustado.

—Ya ves, caímos juntos —dice sardónico.

Bernardo traga saliva. Él fue un antiguo socio en el narcotráfico. Muy antiguo y terminaron muy mal. Erika, su ex mujer, era hermana del hombre que tenía enfrente.

—¿Qué tal tus cosas?

—Es cosa de verme, ¿no? ¿Esta es tu celda?

—Para que veas las coincidencias de la vida.

El empresario quiere escapar, sabe que las cosas se le van a poner muy feas en ese lugar.

—¿Sabes de qué me estaba acordando? —interroga el reo.

—No —miente el otro.

—Hoy es el aniversario de la muerte de la Erika.

Bernardo se da la vuelta, Brandon lo agarra del brazo y lo gira de nuevo hacia él.

—Yo lo siento, yo no quería que pasara lo que pasó, yo las amaba —se disculpa Bernardo—. Eran mi esposa y mi hija.

Brandon hace una mueca irónica.

—Sí, la Erika era tu esposa, pero la niña no era tu hija.

—¿Qué dices?

—¿De verdad creíste que ella y yo éramos hermanos?

—¿Qué? Explícate.

—Nuestros planes eran dejarte en la bancarrota, idiota, pero no sé quién mierda le fue con el

cuento a ese amigo tuyo y se murieron las dos.

—¿Expusiste a tu mujer y a tu hija por dinero? ¿Acaso no las amabas?

—Yo no amo a nadie. La Erika sí me amaba y por mí estaba dispuesta a todo.

—¿Y tu hija?

—¿Sabes lo fácil que es pasar droga cuando hay un bebé entremedio? Amigo, son los mejores transportes que hay.

Bernardo se tira contra el hombre para golpearlo, pero es evitado magistralmente por el otro.

—No te pongas así. Aquí mando yo, Echeverría, y te juro que te haré la vida a cuadritos mientras estés aquí.

—Brandon...

—Así son las cosas, amigo, tú nunca confiaste en mí para hacerte la pega de venderte la droga, caí preso y ni me pescaste para ayudarme. Ahora estamos aquí y yo no voy a darte ni un poco de ayuda para sobrevivir a este infierno. Si las cosas se pagan en la tierra, te vas a ir sin ni una deuda.

Bernardo tiembla por dentro mientras que Brandon sonrío con la venganza pintada en la cara.

&&&&&

Giselle y Kyle toman un café en la cocina y el hombre enciende su celular para escuchar noticias desde Chile. Por un buen rato, nada era de interés para ellos, no les importaba saber quién de la farándula se había puesto silicona o qué pareja de artistas había sido infiel. Pero una noticia en desarrollo sí les llamó la atención.

"Bernardo Echeverría, el conocido dueño de diversas empresas, fue formalizado y dejado en prisión preventiva hasta que se decida el caso. Los cargos son narcotráfico, trata de blancas, corrupción y fraude. Uno de sus socios, un conocido diputado de la Región Metropolitana sigue grave en la Clínica Almería y los restos de Rolando Meneses, un corrupto policía que le ayudaba a concretar los delitos, serán entregados hoy a los familiares, luego de la autopsia de rigor. Este caso se estaba investigando luego de la muerte de Camilo Espinoza, un policía que trabajaba para desenmascarar la corrupción de la Institución y fue acusado por Meneses de traición. Kurt Barkley, empresario europeo que estaba de paso por el país, también resultó muerto, pues se encontraba junto al detective Camilo Espinoza el día en que lo asesinaron".

Giselle deja caer la taza de café. Kyle se levanta presto y se acerca a ella.

—Tranquila, Giselle.

—Mi hijo... ¿muerto?

—No lo sabemos. Ellos se iban a hacer pasar por muertos, quizás eso es lo que está pasando.

"Los dos hijos de Bernardo Echeverría viajaban en el vehículo que fue aplastado por el camión. Según algunas fuentes informales, ellos iban a salir del país, se dirigían al aeropuerto", continúa la periodista.

—No puede ser. Esto es una tragedia de marca mayor —se queja Giselle cubriéndose la cara con ambas manos.

—Tranquila, esto debe ser parte del plan.

—¿Cómo va a ser parte del plan? ¿Los niños...?

—Ellos saben cómo trabajar. Yo estoy convencido que ellos están bien. Todos.

—Bueno, Rolando no —responde.

—Hasta él podría estar fingiendo.

Kyle toma las manos de la mujer entre las suyas.

—No le diremos nada a Paola hasta estar seguros que esta noticia es real —sugiere el hombre.

—¿De verdad cree que solo sea el plan que tenían trazado?

—Estoy seguro. Aunque nunca se sabe —admite bajando la voz.

—En ese caso esperaremos —dice Giselle con las lágrimas de sus ojos a punto de salir. No quiere llorar. Prefiere pensar que las cosas salieron tal como lo esperaban.

&&&&&

Cuando se levanta Paola, Kyle les propone a las dos mujeres ir a la ciudad a comer. La señal de los celulares normales no llega a la aldea donde se están quedando y espera que Rubén se intente comunicar con su mamá y, si no lo hace, buscar la forma de llamarlo él.

Llegan a un restaurant de muy bajo perfil y se sientan en una mesa en el último rincón. Su intención es pasar desapercibidos.

Paola siente la tensión de sus acompañantes, sin embargo, no dice nada. Giselle parece a punto de llorar y Kyle está demasiado alerta ante todo.

El almuerzo transcurre así, en tensión, en silencio.

Una vez finalizado, Paola se echa atrás en el asiento y con su mirada recorre los rostros de su suegra y su guardián.

—¿Me van a decir lo que pasa? —interroga al fin.

—¿Por qué? —pregunta Kyle de vuelta, haciéndose el desentendido.

—No me diga que no sabe lo que estoy diciendo. El ambiente se puede cortar con cuchillo y no precisamente porque estén enojados, al contrario, pareciera que se enteraron de algo grave y no me lo quieren decir —inrepa ella con molestia.

—No pasa nada, hija —asegura Giselle con la voz un poco rota.

—No me mientan —ruega ella ya sin enojo—. ¿Supieron algo de Chile?

Su pregunta queda sin responder pues en la televisión aparece el rostro de Kurt, por ser un conocido empresario europeo, y de Bernardo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué están en la tele? —Paola quiere entender.

Enseguida, en la televisión muestran el accidente, al diputado.

—¿Detuvieron a Bernardo? ¿Qué significa eso? ¿Y Camilo? ¿Y mis niños? ¿De quién es ese auto?

Paola no entiende el idioma por lo que solo ve las imágenes.

—Por favor, explíquenme, ustedes sabían esto desde antes.

—No sabemos a ciencia cierta lo que pasó, solo tenemos la versión oficial de los medios de comunicación —explica Kyle.

—¡Por Dios! —grita Paola al ver a Rolando tirado en el suelo y ensangrentado.

—Creo que será mejor irnos —indica el hombre.

—Yo creo lo mismo —acepta Giselle.

—No. Yo quiero saber qué ocurrió —se niega la joven sin despegar los ojos de la pantalla—. ¿Por qué muestran a mis hijos? ¿Qué pasó con ellos? ¿Dónde los tienen?

Giselle y Kyle cruzan miradas de culpa y dolor.

—Díganme, por favor.

—No sabemos más de lo que dicen en la televisión y no podemos fiarnos de ellos. La versión oficial, según el plan original, era ese, que todo el mundo creyera que están muertos y eso es lo que están diciendo. Si sale en la televisión es porque se desbarató una enorme red de tráfico internacional que Camilo intentaba desenmascarar. Yo asumo que funcionó lo planeado, pero mientras no tengamos noticias de ellos, no puedo asegurar nada —expone Kyle

—¿Y mis hijos?

Ninguno de los dos contesta. La joven mira a uno y otra, pero ambos bajan la cabeza.

—¿Y mis hijos? —insiste al borde del desespero.

—Oficialmente muertos —musita Kyle.

—No —gime Paola con labios temblorosos y a punto de llorar.

—No sabemos si es verdad —apunta Giselle.

—Mis hijos no.

La joven se descontrola y comienza a llorar con profunda tristeza.

Kyle se levanta y la abraza protector.

—Tienes que estar tranquila, lo más seguro es que las cosas hayan salido como se planearon.

El teléfono de Giselle suena en ese momento.

—¡Rubén! —exclama la mujer con alivio.

Los otros dos escuchan atentos la conversación que sostiene a pesar que todas sus palabras no son más que monosílabos.

—¿Qué dijo? —consulta Kyle luego que Giselle corta la llamada.

—Viene viajando —responde lacónica.

Capítulo 27

Visitas

Aquella noche los tres están expectantes. Rubén llegaría la madrugada de aquel día. En la cena, que se lleva a cabo en el centro de la aldea, todos juntos, los ánimos no son los mejores. Desde que Oier tomó el puesto de Adur, el jefe líder de la tribu, para deshacer la maldición en Paola, el pueblo está dividido entre los que están a favor de Adur y entre los que siguen a Oier y desconfían de su líder. Eso es causa de fricción constante. El problema es que para muchos la gestora de aquel desconcierto en su pueblo no es más ni menos que Paola. Los que apoyan a Oier le reconocen como líder pues solo un líder tribal es capaz de hacer lo que él hace. Los que siguen a Adur tienen la certeza que él fue escogido hace mucho tiempo por los dioses y no quieren ir en su contra.

Paola se siente culpable ante ellos, no obstante, Oier la tranquiliza. Y aquella noche no es la excepción, pues ella no quiere comer con todos y prefiere quedarse en su tienda.

—Niña, todo ocurre por algo. Yo nunca quise usurpar el lugar de Adur, fue él mismo, con sus actitudes autoritarias y su comportamiento errático que demuestran que abandonó los consejos de los dioses y los mayores, que fueron los que le otorgaron este puesto de jefe de la tribu y lo más común en estos casos es la destitución.

—Yo no quería ocasionar conflictos —repite una vez más la joven.

—No fue usted quien los causó, niña, su caso no fue más que el final de las actitudes mal habidas de Adur.

—¿Y qué van a hacer ahora?

—Esta noche hay nueva luna y al amanecer los dioses nos dirán qué hacer.

—Lo siento tanto —se queja nuevamente.

—Ya le dije que no lo sienta, niña, no es su culpa.

—Pero fue por ayudarme a mí, aunque creo que de nada sirvió.

—¿Por qué lo dice?

—Al parecer, mi papá, Camilo y mis otros dos hijos están... —No termina la frase antes de ponerse a llorar.

—¿Cómo se enteraron? ¿El joven Rubén les avisó?

—No. Lo vimos en el noticiario en el restaurant donde fuimos a almorzar.

—¿La noticia llegó hasta aquí?

—Así es. Es que sus muertes dejaron al descubierto una gran red de tráfico internacional. Por eso la noticia la dieron aquí también.

—¿Y ahí dijeron que su familia estaba muerta?

—Sí —responde con la voz rota.

—Cuando Serena habló con nosotros para esconderse, ella mencionó algo de este problema. Bueno, se suponía que vendría ella con Kass y el niño.

—Sí, pero salió todo mal.

—No. No salió todo mal. Ustedes y el niño están a salvo.

—Sí, pero dígame, ¿qué pasará con Bastián si su padre ya no...? —Es imposible para ella mencionar la palabra.

—Él tiene a su abuela y a usted. Yo he visto como lo trata. Lo cuida y se preocupa por él y él, a pesar de sus diferencias, también la recibe con el cariño que puede expresar.

—Es que Bastián es un sol, a pesar de no poder expresar sus sentimientos, es capaz de entregar mucho amor. A su manera, pero lo hace.

—Eso debe fortalecerla. Él la necesita. Sabemos su mamá no puede hacerse cargo de él, y su abuela puede amarlo mucho, pero ya no está en edad de cuidar niños, solo de regalárselos.

—Sí, es verdad —admite Paola.

—Yo le ofrezco hacer un hechizo para buscar a su familia y ver cómo están. Tengo entendido que ellos se iban a hacer pasar por muertos, quizá sea solo eso.

—Eso dice Kyle.

—Recuerde que la maldición ya fue cortada.

—Pero fue cortada justo después de ocurrida esta tragedia.

—No creo que los dioses quieran ser tan crueles con usted.

—Ya ni sé. A sus dioses no les gustó nada lo que hizo mi mamá.

—Las cosas siempre suceden por algo y si usted vino a dar aquí y se dio la oportunidad de quitar esa maldición fue por algo. Las cosas en la vida suceden para aprender de ellas o para disfrutarlas. Usted, creo yo, aprendió lo suficiente, y estoy convencido que los dioses así lo creen.

—Sí, pero mi mamá...

—Su mamá hizo un mal al escapar así. Y lo pagó con creces. Tuvo que criarla a usted sola, tuvo que luchar toda su vida. Aquí, como princesa, se le daba todo fácil, Y aprendió a luchar por usted. Ahora, imagínese que se hubiera quedado con Adur...

—Pero él está enojado por lo que hizo mi mamá.

—No, eso fue solo la excusa de la última vez. Niña, entienda que esto no es de ahora ni es solo con usted. Él venía con estas actitudes desde antes. Quizás, si su mamá se hubiera quedado aquí, hubiera sufrido más, por el mal comportamiento de su esposo.

Paola baja la cabeza. El brujo le toma las manos.

—Usted también ha aprendido cosas en estos años. Sabe muy bien con qué tipo de hombre no debe involucrarse. Sabe que los hijos son lo más importante y entiende que el amor de familia es lo que nos puede fortalecer para siempre salir adelante. Creo que si los dioses la enviaron a este lugar, es porque sus lecciones están aprendidas. Y ellos no son crueles. Yo sé que usted no cree en lo que nosotros, pero usted también tiene un dios que vela por usted y la cuida. Confíe en él.

La joven no responde. Quisiera tener la confianza que tiene él. Oier abraza a la muchacha y la besa en la cabeza.

—Estoy seguro que todo saldrá bien.

&&&&&

A las cinco de la mañana, un vehículo se detiene a las afueras de la aldea. Espera la autorización para entrar.

Adur sale a recibir a la visita junto a los otros padres tribales.

—Rubén Espinoza. Bienvenido otra vez —saluda Oier.

—¿También vienes a esconderte aquí? —interroga Adur antes que el recién llegado pueda contestar al saludo.

—No —responde el aludido—, vengo por mi madre y los demás. Me los llevo.

—¿Ya terminó todo?

—Así es. Agradezco su hospitalidad y ayuda.

—¿Y su hermano? —consulta Oier.

Rubén mira a Adur.

—Espero que a Barkley no se le ocurra venir a meterse aquí —advierte Adur—. Sería el colmo de la desfachatez; tener a su hija aquí ya es suficiente humillación.

—No se preocupe por ello. Dudo mucho que él pueda venir —contesta Rubén con tono sombrío.

—¿Lo que dicen las noticias es cierto? —Quiere saber Oier.

—Todo —afirma el joven—. Al menos, ahora Paola será libre.

—¿Sus hijos...?

—Ella no debe saberlo, espero que ustedes...

—Ella ya lo sabe. Lo vio por las noticias.

Rubén cierra los ojos y hace un gesto de desagrado.

—Eso no debió pasar.

—¿Entonces cayeron todos los involucrados? —inquire Adur, haciendo caso omiso al tema que hablan los otros dos.

—No todos. Queda solo un par por atrapar.

—Pero ¿saben quiénes son?

—De uno estamos seguros, del otro solo hay sospechas, está escondido en sus creencias religiosas, por eso ha sido difícil de atrapar.

—Si no los han atrapado a todos, ¿por qué se llevará a su madre y a su sobrino con usted? Paola también estará en peligro —expone Oier.

—Creo que corren más peligro aquí.

—¿Aquí? —se sorprende el hechicero—. Nadie sabe que están en este lugar.

—Pues de algún modo se enteraron. A punto estuvieron de dar con este lugar, logramos detenerlos; sin embargo, aún quieren llegar a ella. Es Paola la que les interesa.

—¿Por qué ella?

—Por ser quien es. Hija de Kurt, ex esposa de Bernardo y pareja de Camilo. O ex de él —termina bajando la voz.

—Y con ellos muertos, ¿igual la quieren?

—Creo que hay algún otro móvil, pero no he dado con él. Lo único que sé es que la quieren ver muerta. Esa es la orden, según lo que pudimos requisar de los hombres que venían para acá.

—¡Por los dioses! —exclama Oier que no puede creer tanta maldad. Adur se mantiene en silencio.

—Por eso quiero llevármelas. Ellos no descansarán hasta verla muerta. Y si llegan aquí, lo que es cuestión de tiempo, no solo ella estará en peligro, también todos ustedes.

Adur se va a conversar con un grupo de hombres que están parados un poco más lejos.

—Nosotros sabemos defendernos muy bien —dice Oier—. Si están seguros aquí, no deberían irse.

—No es necesario que se arriesguen por nosotros. Ya suficiente han hecho y yo les estoy muy agradecido.

—Paola debe estar segura.

—Lo estará, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

—¿Cuándo se van a ir? —interviene Adur, al volver a su lado.

—Ahora mismo. En cuanto estén listos.

Adur vuelve a darse la media vuelta y a irse sin decir más nada.

—Espero que no lo consideren una falta de respeto o de agradecimiento de nuestra parte. Espero que entiendan que no quiero arriesgar a mi familia ni arriesgarlos a ustedes —expresa Rubén.

—Lo entendemos perfectamente.

—Creo que Adur no piensa igual.

Ambos hombres miran hacia el susodicho y lo ven discutiendo con tres hombres en un rincón.

—No te preocupes por él, las cosas no han andado bien por acá y anda algo alterado. No es contigo el asunto.

—Ustedes se han portado muy bien conmigo y no quisiera parecer malagradecido.

—No te preocupes por eso. A mí me preocupa más saber quién les dijo que se escondían acá.

—Lo estoy averiguando. Pierde cuidado, en cuanto sepa algo, te lo haré saber.

—Espero que no sea quien estoy pensando —dice Oier mirando de reojo a Adur.

—Si pensamos en la misma persona, sería un duro golpe a su pueblo.

—Créeme que no sería la primera vez que nos traiciona.

Rubén lo mira interrogante.

—Adur ha actuado muy extraño en el último tiempo, ya en varias ocasiones lo hemos visto hacer cosas que van en contra del espíritu de nuestro pueblo.

—Creí que sería más difícil que ustedes aceptaran este descubrimiento.

—Nosotros ya no lo queremos ni aceptamos como líder. Solo quedan unos cuantos a favor, pero es más por temor a la ira de los dioses. No se olvidan que él fue escogido por ellos.

—¿Tan mal está?

—El ansia de poder, de dinero y la venganza, han hecho de nuestro jefe en un ser sin compasión ni respeto. Y si él está detrás de esta traición hacia nuestro pueblo, deberá ser juzgado con todo el peso de los dioses. Paola es parte de esta tribu, por más que su madre haya cometido un error. Los dioses la perdonaron y la libraron de su maldición. Si Adur está en contra de ella, tendrá que pagarlo con su propia sangre.

—Espero estar equivocado, sin embargo, todas las pruebas apuntan en su contra.

Oier asiente con la cabeza. El respeto que sentía por su líder cada vez se pierde más entre sus mentiras y sus actos delictivos.

—En cuanto tenga las pruebas, te las envío —dice Rubén.

—Te lo agradecería, debemos desenmascarar esto lo antes posible para que mi pueblo sea libre de la amenaza de ese hombre.

—Tu pueblo no merece sufrir este tipo de situaciones.

—Por algo será que lo estamos pasando. Algo debemos aprender de esto. O algo hicimos mal.

Kyle aparece y se reúne con ambos hombres.

—Las mujeres se están arreglando. Bastián sigue dormido, pero lo podemos sacar en brazos.

—Gracias, Kyle —agradece con sinceridad.

—No hay nada que agradecer, con gusto lo hago. Pero, dime, Rubén, ¿qué es lo que pasó?

—No es momento ni el lugar para hablar. Es mejor que lo hagamos en calma una vez que estemos lejos de acá.

—Bien, como digas.

—Los dejo, voy a ver qué dice Adur respecto a su partida.

—Gracias, Oier —responden los otros dos a la vez.

Paola aparece con su pequeño bolso y saluda a Rubén.

—¿Qué está pasando?

—Lo hablaremos más tarde, ¿sí? —responde su cuñado con ternura.

Ella asiente con la cabeza. Sabe que si no quiere hablar en el momento, no insistirá.

Las luces de un vehículo llama la atención a todos en el lugar y antes de que pudieran reaccionar, el automóvil arrolla a Paola, que cae al suelo sin conocimiento.

Los disparos no se hacen esperar y el chofer intruso termina muerto en menos de un minuto. Kyle se agacha a ver a Paola y Rubén tira al intruso chofer al asiento del copiloto y abre la puerta para que suba a Paola en el asiento trasero.

—Llévala a un hospital —indica Rubén—. Yo llevaré a los demás.

Kyle obedece y se va raudo rumbo al hospital más cercano. Rubén apura a su madre y los demás, va a buscar a su sobrino y lo carga en sus brazos hasta el auto y tras una breve despedida, se va tras Kyle.

Capítulo 28

Reunión familiar

Paola abre los ojos y ve a Camilo sentado a su lado en la cama. La mira con una mezcla de alegría, preocupación y ternura.

—Hola, amor, bienvenida.

—¿Dónde estoy? —pregunta muy desorientada.

—En nuestra casa. En la casa de tu papá en realidad.

—¿Me morí?

Camilo ríe con verdadera felicidad.

—Por supuesto que no, mi preciosa.

—¿Qué pasó? No entiendo nada. ¿Y mis hijos? ¿Y Bastián?

—Los niños ya vendrán a verte.

—Camilo, ¿me puedes explicar lo que pasó? Se supone que tú y los niños estaban muertos. Mi papá también. Te juro que siento que me voy a volver loca.

—Lo que pasa es que las cosas salieron mejor de lo que esperábamos.

—No entiendo.

—Para todos, estamos muertos.

—Pero ¿por qué no me lo dijeron? ¿Sabes lo duro que era pensar que mis hijos, que tú y mi papá estaban muertos?

—Lo siento, mi amor, pero si te enterabas de la verdad, lo más probable es que se te hubiera notado el alivio en la cara. Teníamos que hacer que todos creyeran esa mentira.

—Y la creyeron.

—Claro que sí. Eso es un punto a nuestro favor, claro que, mi preciosa, lo siento, pero tendrás que volver a tus ojos marrones.

—¿Y no pueden ser verdes como los de mi papá? Ya que no puedo tener los de mi mamá...

—El color que prefieras, pero comprenderás que el violeta te delataría de inmediato.

—Lo sé.

—Mañana iremos a buscar nuestros nuevos documentos para vivir una nueva vida, para que

podamos pasear por la calle sin tener que temer ningún peligro.

—¿De verdad somos libres? ¿Y Bernardo? ¿Y si sale libre?

—No, él tiene mucho tiempo para estar dentro de la cárcel, de todas formas, si saliera, cree que estamos todos muertos.

—O sea, estamos libres de verdad.

Paola se sienta en la cama y se cuelga del cuello de su hombre, segura que nadie podrá separarlos.

Dos toques a la puerta y el "pase" de Camilo, dan pie a la entrada de Kurt con sus dos nietos, a los que trae uno en cada brazo. Camilo le recibe a Pedro y a Joaquina la deja en la cama, al lado de su mamá.

—Hola —saluda la joven—. ¿Se acuerdan de mí?

La niña se echa a llorar y su hermano se baja de los brazos de Camilo para ir en su ayuda. La abraza de un modo muy protector.

—Mi papá nos dijo que tú no nos querías, que nos habías abandonado porque te habíamos aburrido —le cuenta el niño.

Ahora es Paola quien llora.

—No, mis amores, yo nunca los abandoné, me los quitaron y nunca perdí la esperanza de volver a verlos. Yo lo amo con todo mi ser.

Los dos niños se abrazan a su madre. Pedrito es el primero en separarse.

—Mami, estuvimos en una película de acción —le cuenta emocionado.

—¿Cómo fue eso?

—Nos fuimos en un auto y un camión se nos venía encima, pero ya nos habían dicho que no nos pasaría nada y que teníamos que salir rápido, como en las películas. Yo tuve que ayudar a mi hermana porque como es mujer...

—¿Cómo que porque es mujer? —reprocha con cariño la madre.

—Sí, porque ella no ve películas de acción como yo, peor, ella no ve tele —le dice como si aquello fuera un pecado.

—Ah, ya, porque ser mujer no la hace más débil.

—No, si anoche se tuvo que acostar conmigo, porque yo estaba un poco asustado, ¿cierto, Joaquina?

—Sí. Y, mami, conocimos al Bastián.

—¿Sí? Él es un niño muy especial.

—Sí, es muy bonito —acepta la niña con las mejillas algo sonrojadas.

Paola y Camilo se miran y sonríen, al parecer tendrán que poner ojo entre ellos, pues Bastián también le había comentado a Camilo lo linda que era Joaquina.

—Y también conocimos a la abuelita Giselle y a dos tíos más, pero no me acuerdo sus nombres, porque son nombres raros —explica bajando la voz—. Y al tata Kurt, es un nombre raro, pero sí me

acuerdo de él.

—Papi —dice Paola al tiempo de extender su mano hacia el hombre, quien la toma presto.

—¿Cómo te sientes, mi pequeña? —pregunta Kurt.

—Con hambre —responde con tono infantil.

—¿Quieres que te traigan el almuerzo para acá o te quieres levantar y comer con todos en la mesa?

—¡Todos juntos! Por fin ya no tenemos que escondernos ni tenemos problemas para estar todos reunidos en la mesa. Claro que supongo que no habrá mesa que aguante a tantas personas.

—No te preocupes por eso, mi pequeña, ya está arreglado.

Efectivamente, la mesa del comedor es inmensa y ya están todos instalados.

Paola recorre con la vista a los comensales antes de sentarse. Kurt, su padre, a la cabecera; Giselle, su suegra, a la derecha; Kyle, su ángel guardián, a su lado; Rolando y una mujer a la que no conoce le siguen en orden en la mesa; Ruben, su cuñado; Ross, la enfermera de Bastián; a la contra cabecera, su tío Markus; y por el otro lado de la mesa, Camilo; los tres niños, Bastián, Joaquina y Pedrito; y queda el lugar desocupado para ella.

—Me van a tener que explicar cómo es esto posible. O estoy muerta y esto es el cielo, o son todos muy buenos actores —increpa Paola, confundida.

—Ya van a venir las explicaciones —indica Kurt—, ahora, sentémonos, comamos y celebremos que estamos todos juntos. —A pesar de su alegría exterior, los ojos del hombre están tristes.

Paola se sienta y toma la mano de su padre.

—Sé que le falta su hermana.

Kurt sonrío con dulzura.

—Ella está en un mejor lugar, con el amor de su vida. Ella lo quiso así.

—Sí, ella quería ir con él.

—Me hace falta, no lo niego, pero llevaba demasiado tiempo sola. Ella quería volver con su esposo.

La joven sonrío y su padre le aprieta la mano con suavidad.

—Te quiero, mi niña, y me alegra mucho tenerte aquí conmigo.

—Yo también, papi.

Cuando Paola está con él, se siente pequeña y no le importa parecer infantil ni malcriada, y eso a él le encanta. Todo lo que no pudo hacer por su hija durante tantos años, se lo recompensaría con creces ahora que la tenía de vuelta.

—Nada de tristezas —habla Kurt para todos, levantándose de su asiento y elevando su copa—. Salud porque todo salió mejor de lo que esperábamos, gracias a lo cual estamos todos juntos.

—Falto yo. ¿O no me van a invitar?

La copa cae de la mano de Barkley con estruendo al ver a la mujer que habló.

—Xare... Tú...

—Sí —responde la recién llegado con una sonrisa.

—Mamá... —musita Paola.

—Pero tú... tú... tú estás... tú... no puede ser —tartamudea el hombre, incapaz de hilar una frase coherente.

—Agradece a Markus y a Rolando, que fue el que se enteró que Bernardo me quería asesinar y mi querido cuñado me ayudó a escapar. Lo siento tanto, hija, pero tenías que creer que estaba muerta, de otro modo, los planes hubieran fracasado y no podríamos celebrar este reencuentro.

—Bienvenida, cuñadita, me alegra que hayas llegado a tiempo —saluda Markus.

Rolando no dice nada. Si bien es cierto ayudó a la mamá de Paola, no puede decir lo mismo de la hija.

Kurt, temeroso y nervioso, se acerca a la mujer a la que sigue amando a pesar de los años y la distancia.

—¿Crees que podamos darnos una oportunidad ahora que ya no hay peligro? —inquire ella con timidez.

—Es lo que más quiero.

Un dulce, tierno y asustado beso, le da el poderoso hombre que se intimida frente a esa mujer, la única que ha amado en toda su vida.

Paola sonrío y Camilo le toma la mano y la aprieta.

—Las cosas están tomando el rumbo que siempre debieron tener —expresa la joven.

—Así es.

La tarde se pasa volando entre conversaciones, recuerdos y risas. Los temas tristes se prohíben por aquella tarde.

&&&&&

En la madrugada, se retiran todos a sus dormitorios, menos Giselle, que se queda mirando por la ventana hacia el jardín.

—¿No se va a acostar, Giselle? —consulta Kyle.

—No tengo sueño, la noche está cálida a pesar de la estación.

—Sí, está muy agradable.

—¿Me acompañaría a dar un paseo por el jardín?

—Claro, claro —responde el hombre algo nervioso.

—Dígame, Kyle —dice la mujer caminando al lado de él, tomada de su brazo—, ¿usted nunca se

casó?

—No, mi vida siempre fue proteger la de otros, nunca tuve tiempo para mí.

—Ahora sí lo tendrá, ¿qué hará?

—No lo sé.

—¿Ha estado enamorado?

—Creí estarlo, luego me di cuenta que era solo instinto protector, no era amor.

—¿De Serena?

—Sí. Durante muchos años fui su guardián.

—Y se dio cuenta que no era amor.

—Si. Yo no sé de esas cosas, creo que no sirvo para eso —responde un poco avergonzado.

—¿No?

Kyle mira por un segundo a la mujer a la que acompaña y aparta la vista como un adolescente en su primera cita. Giselle sonrío y con su mano en la mejilla masculina, le hace volver a mirarla.

—Yo soy una mujer que se caracteriza por decir las cosas de frente y sin rodeos.

—Sé eso —responde Kyle, aturdido.

—¿Crees que puedas darme una oportunidad?

—¿Una oportunidad? —El hombre siente en su pecho cosas que jamás había sentido.

—¿Quieres que me rebaje a decírtelo con todas sus letras? —consulta ella con diversión.

—No sería una ofensa —replica él con voz ronca.

Pone sus dos manos en las mejillas de la mujer y la besa, suave al principio, más profundo después, para terminar con un beso lleno de pasión.

—¿Quieres quedarte esta noche conmigo? —pregunta ella en voz baja.

—¿Y Camilo? ¿Y Rubén? No quiero ser hombre muerto mañana en la mañana cuando lo descubran —responde él con sorna.

—Ellos son hombres grandes y tiene cada uno su vida. ¿Por qué tendría que darles yo explicaciones a ellos? Además, son mis hijos, no son mi marido ni mi padre.

—Entonces con gusto me quedaré esta y todas las noches contigo.

&&&&&

Camilo le explica a Paola los trucos utilizados para hacerse pasar por muertos.

—No sabes las ganas que tenía de volver a verte —expresa con emoción el hombre.

—Yo quería asegurarme que estaban bien, sobre todo después de ver las noticias.

—No podíamos dar señales de vida, con Adur del lado de los malos, no podíamos arriesgarnos a

que lo supieran.

—¿Qué pasó con él?

—Ayer hubo luna llena y al amanecer los dioses le entregaron la potestad a Oier. Poco después llegó la policía internacional a buscarlo por tráfico.

—Oh —gime Paola.

—Ese hombre estaba mal actuando y debía ser encarcelado. Él se puso en contacto con Bernardo para asesinar a tu mamá.

—¿Y el tipo que me tiró el auto encima?

—Fui yo. Encapuchado. No confiaba en nadie más para hacer ese trabajo de aparentar que te atropellaba mientras mi hermano te dormía para hacer aparecer como que te había golpeado.

—Estaba todo planeado.

—Hasta el último detalle.

—Menos mal que salió bien. Pudo no haber funcionado.

—Siempre hay un margen de error, por suerte para nosotros no lo hubo. Así que ahora estamos aquí y debemos agradecerlo.

—Sí.

La pareja se besa con pasión acumulada. Están juntos y saben que lo estarán por siempre.

&&&&&

Rolando se sienta en la cama y observa a Beva.

—¿Cómo te sientes? —le pregunta preocupado.

—Imagínate, no entiendo nada todavía.

—¿Quieres entender?

—Quiero saber por qué estoy aquí.

—Porque te quería salvar de tu jefe.

—Tú mismo me dijiste que no me haría daño.

—Él. Pero no puedo asegurar lo mismo de los de su entorno. No quería que estuvieras en peligro.

—¿Te gusto? No me quisiste responder antes de ese viaje.

Rolando sonrío con dulzura. Acuna el rostro de la joven entre sus manos y la besa con suavidad.

—No —responde apartándose un poco—. No me gustas. Yo te quiero. Estoy enamorado de ti.

Beva sonrío emocionada.

—¿De verdad?

—¡Claro! ¿Crees que te mentiría con algo así?

Se vuelven a besar con la seguridad de ser correspondidos el uno por el otro. Las explicaciones sobran, al menos para Beva, que sabe que hay cosas que es mejor no saber y esta es una de ellas. Mal que mal, no saca nada con saber cómo fue que ocurrieron los hechos. Le basta con saber que Rolando está con ella y que nada los separará ahora.

&&&&&

Al día siguiente, Rolando se levanta muy temprano y sale al jardín. A pesar de haber contado con el apoyo de Kurt y de Camilo, siente que tiene una deuda pendiente con Paola y no sabe cómo arreglarlo.

—Buenos días —saluda Paola que aparece por detrás del hombre.

Rolando se da la vuelta y la mira con miedo.

—Buenos días, Paola —saluda de vuelta—. ¿Cómo está?

—Bien. Ya más tranquila.

—Me alegra —dice incómodo.

—¿De verdad lo dice? —interroga ella con dureza.

—Paola... Paola, yo...

—Lo siento.

—No, no es su culpa. Yo... yo no he sido la mejor persona con usted.

—No, no lo ha sido —replica ella.

Rolando baja la cabeza. No sabe qué decir. Está consciente que no tiene excusas para el trato que le dio a Paola. Por más que ella fuera hija de Kurt, de quien pensaba había matado a su novia y a su padre; que ella hubiera cambiado a Camilo, su amigo, o que fuera esposa de Bernardo, el hombre a quien quería desenmascarar; él no tenía razón para tratarla de aquella forma.

—¿Por qué, Rolando? —se atreve a preguntar.

—Estaba ciego de rabia. Quería venganza a como diera lugar. Sentía que todo el mundo era mi enemigo.

—Incluida yo.

—Incluida usted.

—Pero yo no hice nada —dice como en un ruego.

—Lo sé. Ahora lo sé. En ese momento estaba engeguecido. Lo peor es que sentía que me habías robado a mi único amigo. El único apoyo que tenía, pues aunque él no estaba involucrado, el tenerlo a mi lado, me ayudaba a seguir adelante a pesar de lo difícil.

—Nunca quise hacer eso. Yo ni siquiera imaginaba que Camilo se había enamorado de mí.

—Lo sé y nunca fue tu culpa, necesitaba que alguien cargara con mi frustración, con mi idiotez.

—Dígame algo, Rolando, el trato que me dio el día que me quitaron a mis hijos... ¿De verdad estaba preparado?

—En cierto modo. Debo admitir que me excedí. Lo siento.

—Y ahora, ¿siente la misma aversión que antes?

—No. Ya no.

—¿De verdad?

—Se lo puedo jurar. Las cosas han cambiado para mí. Ya no soy el de antes.

Paola extiende su mano, Meneses la mira sin comprender.

—¿Le parece que comencemos de nuevo? Usted es el mejor amigo de Camilo y no me gustaría que se alejaran por mi causa.

Rolando recibe la mano que la joven le ofrece.

—Gracias, Paola.

—No me agradezca, espero que de ahora en adelante sea diferente.

—Lo será —asegura el hombre con confianza.

Capítulo 29

Una nueva historia

Pocos meses más tarde, ya todo está en calma. Tienen nuevas identificaciones y cada uno está haciendo su propia vida. Rolando y Beva viven juntos en un céntrico departamento en Madrid; Giselle se fue a las montañas con Kyle, a ella le gusta la tranquilidad y él ya estaba cansado de tanto bullicio y peligro; Rubén se fue al corazón de África a buscar nuevas experiencias; Markus se queda a vivir con su hermano Kurt y con su cuñada en una enorme mansión que comparten con Paola, Camilo y los niños en las costas francesas.

El día que Paola llega de la clínica de tener a Serena, su hija, todos viajan para verla. Incluido alguien a quien no esperan.

—Buenas tardes —saluda el recién llegado, sonriendo a todos los presentes.

—¡Oier! —exclaman todos a la vez.

—Sí. ¿Qué pensaban, que me habían engañado? A mí pueden engañarme, pero a los dioses es imposible. Mucho menos pueden esconder a la próxima princesa de mi pueblo.

—¿Qué dices? —replica Kurt.

—Eso. Tu nieta es la nueva princesa de nuestra tribu.

—Yo no dejaré que te lleves a mi hija —niega Camilo.

El hechicero sonrío bonachón.

—No vengo a llevármela. Ella vendrá sola a nuestro hogar. Su destino está trazado.

—Yo también estaba destinada y rompí ese destino —intervino Xara, la madre de Paola.

—Tu destino no era ese, Xara, tu destino era el que has vivido.

—Yo ya te dije que ella no se va contigo.

—No te preocupes, Camilo, ella vendrá a nosotros cuando tenga edad. Solo quiero que estén advertidos y que no los pille de sorpresa. Ella será diferente, ustedes podrán notarlo y al llegar su momento...

—¿Por qué ella? —inquirió Paola.

—¿Por qué no?

—Es mi bebé.

—Ahora, Paola —expresó con dulzura el brujo—, pero en unos años crecerá y tomará sus propias

decisiones y, como padres, no tienen más que hacer que apoyarla.

El silencio es casi tangible.

—Bueno, yo solo vine a conocer a la nueva princesa. —Oier rompe el tenso mutismo—. Nuestro pueblo estará ansioso esperándola.

—¿Cómo lo supiste? —interroga Camilo.

—La última luna nos reveló el nuevo príncipe. Mi nieto Allen. También se nos mostró a Serena como la nueva princesa. Quise venir a conocerla. Ya saben, tengo mi edad y quizás no esté en este plano cuando ella crezca.

El hechicero se acerca a Xara que tenía a la pequeña Serena en brazos. La mujer, en un gesto de inercia, se la entrega.

—Sí, Serena, tú eres la elegida de los dioses.

La bebé abre los ojos y los clava en el rostro del jefe tribal. Una tenue luz ilumina el iris violeta de la niña.

—Sí, eres la escogida.

El hombre le da un dulce beso en la cabeza a la niña y la devuelve a su madre que se había acercado como una leona dispuesta a la lucha.

—Gracias. Y no se preocupen, su secreto está a salvo conmigo, nadie sabe que están vivos. Lo único que saben es que la niña escogida tiene sangre real, pero que está fuera de la aldea, nadie sabe de quién se trata —explica antes de irse.

Todos quedan conmocionados. ¿Serena será la nueva princesa de la tribu? Camilo abraza a su mujer, será algo difícil, pero había aprendido que aunque no se fuera creyente, los dioses cuando hablaban, lo hacían muy claro.

Paola se guarda aquellas palabras. Desde el vientre su hija fue diferente, con todo lo ocurrido, quizás otro bebé no hubiera sobrevivido, sin embargo, Serena nació sin problemas, ni siquiera antes de tiempo. Eso ya era un gran logro. Y sus ojos, los mismos de su madre y de ella. Sí, Paola sabe que lo que dijo Oier es cierto, su hija sí será la próxima princesa de la tribu, solo espera que aquello sea lo que quiere y no que sea por obligación. Ya están en el siglo XXI y no concibe que una mujer no tenga elección.

Cuando todos comienzan a hacer crecer su familia, deciden comprar unos terrenos en las afueras de Alemania y vivir todos juntos, pero cada uno en su propia casa. Así, Serena crece en compañía de sus hermanos, sus primos, sus tíos, abuelos y sus padrinos, Rolando y Beva.

El cumpleaños número dieciocho de la joven, la familia quiere celebrarlo con una gran fiesta, sin embargo, ella no tiene amigos, sus únicos allegados son sus hermanos y primos, por lo que su deseo es pasarlo en familia, sin invitados.

Y aceptan su deseo, saben que ella es así.

En medio de la celebración, Serena escapa del bullicio de sus primos y sale afuera. La casa de su abuelo era una enorme hacienda, un lugar lleno de la naturaleza que amaba. En el jardín está Kurt sentado mirando a los gemelos de Joaquina y Bastián, jugar y divertirse.

—Nono, ¿por qué tan solo? —pregunta la nieta y se sienta a su lado.

—No estoy solo, estoy con mis biznietos, jamás pensé que viviría para disfrutarlos. Para verte crecer, estar aquí con la familia, sin miedos, sin tener que escondernos.

—Yo doy gracias por tenerte aquí a mi lado y todavía te queda mucho tiempo con nosotros.

—Yo doy gracias por tener el privilegio de verte así, toda una señorita, hermosa y dulce —le responde acariciando su mejilla.

—Te quiero, nono.

El hombre la abraza, su nieta es muy parecida a su esposa cuando tenía su edad.

—Y yo a ti, mi princesa. Pero, dime, ¿tú por qué no estás con los demás?

—Porque quería tomar un poco de aire.

—Nunca te ha gustado mucho la gente.

—La gente me gusta, lo que no soporto mucho es el bullicio de la gente.

—Es lo mismo, mi princesa.

—Voy a ir al lago, si me buscan...

—Claro, claro, ve. Si preguntan por ti, no te he visto.

Serena sonríe. Su abuelo siempre ha sido su cómplice.

La joven camina hacia el otro sector, hacia el lago. En el agua se siente libre, cómoda, como si aquel siempre hubiera sido su lugar. Luego de un rato de disfrutar de la naturaleza, se sale y se acuesta en el césped. La temperatura es muy alta, por lo que el frío no se siente.

—Yo sabía que estarías aquí —dice con tono de falsa reprimenda, Rolando Meneses.

—¡Padrino! —Serena abre los ojos y se sienta.

—¿Será que mi ahijada me querrá decir lo que le pasa?

—Nada, sabes que no me gusta el gentío.

—A mí no me mientas; sé que no te gusta la bulla, sé que no te gusta la gente, sé que te conozco desde antes que nacieras y sé, perfectamente, que algo le pasa a mi ahijada favorita.

—De verdad, padrino, no me pasa nada.

—Si no me quieres contar, no importa, pero no me mientas diciéndome que no te pasa nada.

Dos lágrimas brotan de los ojos de la muchacha antes que pudiera retenerlas.

—Hey, chiquita, ¿qué pasa? ¿Ya no confías en tu cómplice padrino?

—Es que creo que me estoy volviendo loca.

—¿Loca? ¿Y eso sería por...?

—Escucho voces, veo cosas y tengo un horrible deseo de irme de aquí, a un lugar donde el mundo parece haberse detenido, donde la gente de allí, sin ser incivilizada, no conoce los artefactos electrónicos, ni toda nuestra tecnología; un lugar donde se comunican con los muertos, donde... Donde todo es muy diferente... Sé que es estúpido, pero...

Rolando cierra los ojos y su rostro se vuelve blanco.

—Mi chiquita, no hagas caso, quizás el estrés del estudio... —La toma de los hombros.

—No estoy estudiando, padrino —confiesa ella con temor.

—¿Cómo que no? Tu papá me dijo que estabas...

—Lo dejé hace unas semanas. No podía seguir estudiando.

—¿No se los has dicho todavía?

—No me atrevo, ¡me van a matar!

—No te van a matar, ahijada. No mataron a tu hermano cuando decidió dejar de estudiar e irse por el mundo a vivir de su arte y te van a matar a ti porque no quieres seguir una carrera que jamás te gustó.

—¿Cómo sabes que no me gustaba arquitectura?

Rolando sonríe con dulzura.

—No era novedad para ninguno, tú querías agradar a tus padres, a tu abuelo, hasta al vecino —responde con sorna, Serena baja la cabeza—. Habla con ellos, seguro podrían guiarte y ayudarte.

—Me van a internar, como mínimo.

—¿Cómo dices eso? No se les ocurrirá una cosa así, y si se les llegara a ocurrir, te juro que yo no lo permitiría.

—No sé, padrino, tengo miedo.

—Tranquila, si quieres yo te acompaño a hablar con ellos.

—¿De verdad harías eso por mí?

—Eres mi ahijada favorita, ya lo sabes.

—Lo mismo le dices a mi prima —le reprocha divertida.

—¿Cómo lo sabes?

—Tío, ya somos adultas. Ella me lo dijo.

Rolando se echa a reír.

—¡Se suponía que era un secreto!

La joven abraza a su padrino, el que, desde que nació, se había comportado como un segundo padre para ella. Su abrazo tiene el efecto de aplacar su temor, no obstante, no se le quita del todo su miedo a la reacción de su familia.

Luego de la cena, en la sobremesa, Rolando toca el tema de su ahijada con la familia. Todos quedan anonadados, saben que el pasado está volviendo a sus vidas. Recuerdan el día que Oier llegó a casa cuando Serena nació y su profecía que ella sería la nueva princesa de la aldea.

Como si lo llamaran con el pensamiento, Oier aparece ahí ante ellos. Kurt sabe que no puede esconderse de ellos. Serena, su hermana, también buscaba a la gente con hechicerías. Y pensar que tantas veces la creyó loca o sugestionada por esos locos, tantas veces quiso rescatarla de allí y ahora su nieta sería parte de esa tribu.

El jefe tribal narra a la joven la historia de su abuela, de su madre y la propia historia de ella, que está destinada a reinar en la aldea de los *Urdrs*, omite, a propósito, el tema del matrimonio con su nieto.

—Entonces, mis sueños... No son... Entonces, ¿No estoy loca? —pregunta sorprendida.

—No, no lo estás.

—¿Y si no quiero?

—Esa decisión es tuya, pero yo te aconsejaría que la tomaras una vez que conozcas nuestro pueblo.

Serena mira a su familia, ellos apoyarán lo que ella decida. Rolando se acerca a ella y la abraza paternal.

—Chiquita, no tengas miedo, si es lo que siente tu corazón, debes hacerlo.

—Gracias, padrino.

Serena decide ir a conocer ese lugar. Camila y Paola la acompañan.

El lugar es como imaginó y soñó tantas veces. En ese instante, Serena se da cuenta que está en casa.

Un lugar en medio de la nada, rodeada de naturaleza, con una civilización tan antigua como el mundo mismo. De una extraña energía que puede percibirse sin mayor esfuerzo.

La joven mira embelesada su nuevo hogar, mientras Paola recuerda los momentos vividos allí, aquellas situaciones que no entendía y que recordaba como si hubiesen ocurrido ayer. Camilo, en cambio, no le quita el ojo a su hija, está preparado para que, en caso de cualquier imprevisto, sacarla de allí.

Oier los recibe con una enorme alegría. Feliz de que la nueva princesa haya aceptado ir a verlos. De ahí a quedarse, no era más que un mero trámite.

—¡Abuelo! —protesta un joven a las espaldas de la joven quien se voltea a ver quién grita de ese modo—. ¡No quiero quedarme aquí! Yo tengo una vida, amigos, planes... Y no son venir a encerrarme a un lugar que sigue igual que hace mil años.

El hombre que reclama al tiempo que intenta encontrar señal en su teléfono móvil, se detiene al observar los ojos violetas que se le clavan en los suyos grises, con desaprobación.

—Debería dejarlo ir, Oier, si no le gusta este lugar, no tiene por qué quedarse —dice la joven sin apartar la vista del hombre.

—¿Quién eres tú y quién te crees para meterte en lo que no te incumbe?

—Me meto porque aquí no hacen falta tipos como tú que su única vida está detrás de un celular —espetea ella.

Allen guarda su móvil en el bolsillo.

—A ti no te importa. Métete en tus propios asuntos.

—Si no quieres que me meta, no grites. Tú gritas, yo me meto.

—Hago lo que quiero. Esta es mi aldea. Tú eres una recién llegada. Y ni siquiera tienes nuestro

origen.

—Desde ahora es mía. Es mi aldea. Y no hacen falta tipos que no la quieran.

—Yo he estado más veces que tú aquí.

—Por tu notoria aversión a este lugar, tengo más derecho que tú —replica ella.

Allen no responde, él no quiere quedarse, pero tampoco acepta que nadie le diga qué hacer o dónde estar.

Oier se acerca a los padres de Serena.

—Al menos se gustan —dice Paola.

—¿Cómo puedes decir eso? Se odian —discute Camilo, con ganas de ir a rescatar a su hija, pero su esposa lo tiene bien afirmado del brazo.

Paola se ríe con ganas.

—¿No sabes nada de estas cosas, mi amor? La química entre ellos es notoria.

—Conuerdo con tu esposa, Camilo, mi nieto y tu hija harán una buena pareja.

—Mi niña...

—Tu niña es una mujer —dice Paola—. Para mí tampoco es fácil, pero ella ya tomó su decisión, ella siempre fue distinta y lo sabemos. Siempre lo supimos.

Oier sonríe. Sabe que su vida está llegando a su final y ahora está seguro que ese fin está más cerca que nunca. Y, para ser franco consigo mismo, ya quiere descansar.

Capítulo 30

Por ti, por mí, por ellos...

Al día siguiente, Paola y Camilo se van de vuelta a su casa, Kurt, que había previsto este momento, había buscado terrenos relativamente cerca de la aldea donde se iría a vivir su nieta. Por más que Camilo y Paola se habían opuesto, aduciendo que ella no se iría, ahora lo agradecían.

Allen se coloca al lado de la joven cuando sus padres se van alejando en el coche.

—¿No los extrañarás? —le pregunta con algo de censura.

—Sí, pero aquí está mi hogar. A diferencia de ti, amo este lugar desde antes de conocerlo.

—¿Cómo se puede amar algo sin conocerlo?

—Tú, que no sabes de amor, no lo puedes comprender —replica ella y da dos pasos para alejarse de él.

Él la detiene del brazo.

—¿Cómo sabes que no sé nada de amor?

—Porque no has demostrado amor a nada. Ni siquiera a tu abuelo. Apenas te conozco, y ya lo has gritoneado más de lo que yo le he contestado al mío en toda mi vida.

—No hables de lo que no sabes.

—Vi como lo trataste.

La chica se zafa de la mano de Allen.

—Cuando quieras hablar, hablamos, pero no creo que cambie mi opinión de ti.

Allen la deja ir y baja la vista. Ella no sabe nada. Él sabe mucho del amor. Él también se enamoró antes de conocer, claro que, a diferencia de ella, no se enamoró de un lugar, se enamoró de una niña, una niña que aparecía en sus sueños desde que él mismo era un niño, una niña que fue creciendo junto con él, y que se convirtió en una mujer que, con su mirada violeta, le había robado el corazón antes de saber siquiera que existía.

Él estaba enamorado de la mujer que lo detestaba más que nadie. Estaba enamorado de ella... De Serena.

Y ahora, ¿qué haría con eso? ¿Cómo hacerle cambiar la visión que tenía de él?

Por la noche, el pueblo se reúne en torno a la fogata. Oier presenta a la joven como la futura princesa y a Allen como el próximo líder. Explica que el matrimonio ya está predicho en las estrellas

y que ellos son los destinados a guiar a la aldea. Ambos jóvenes se miran sin comprender. Al parecer, ninguno de los dos sabía que estaban destinados a casarse.

Así y todo, ninguno dice nada.

Oier cuenta, una vez más, la historia de su pueblo, cómo a través de los siglos se han escogido a los líderes, cómo su vida se está apagando y algunas anécdotas que se han contado de generación en generación y otras que él mismo las vivió.

Terminada la reunión, Serena no se va a su casa, se aleja un poco y se sienta en un tronco; necesita pensar, escuchar a su propio corazón.

—Serena —habla Allen.

Ella no contesta, tampoco lo mira.

—Tenemos que hablar.

La joven se mueve un poco para dejarle espacio a Allen, que se sienta a su lado.

—¿Tú lo sabías? —consulta Serena.

—No tenía idea.

—¿Qué haremos?

—Dime tú.

—¿Qué puedo decir?

—Tú me odias.

—Tú odias esta aldea.

—No la odio.

—¿Qué vamos a hacer? Tu abuelo lo dijo, su tiempo en este mundo se está acabando y necesita que un nuevo líder se haga cargo. Esta aldea nos necesita.

—Sí, por ellos estoy dispuesto a quedarme.

—¿Solo por ellos? —pregunta algo desilusionada.

Allen aparta su rostro del de ella.

—Esto es algo que deberíamos hacer por nosotros también, ¿no crees? —indica Serena.

Él vuelve a mirarla. Violeta y gris se reconocen. ¿Vale la pena negar que en el fondo ellos sabían lo que iba a ocurrir?

Allen se acerca y la besa, casi temeroso.

—Yo quiero quedarme ¿y tú?

—Yo desde antes de llegar quiero quedarme.

Allen la vuelve a besar.

—Nos quedaremos, Serena, nos casaremos y guiaremos esta aldea.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro que quiero quedarme. Creo que siempre lo quise, solo que me negaba a aceptarlo.

—¿Y yo? ¿Quieres casarte conmigo, de verdad?

—Siempre estuviste en mi mente, desde que era un niño, siempre te conocí. Y siempre te amé.

Ella sonríe.

—Yo creí que estaba loca porque me pasaba lo mismo.

—Yo también lo creí millones de veces.

Otro beso.

—¿Quieres ser mi esposa y juntos trabajar por esta aldea?

—Sí, claro que sí. ¿De verdad me quieres?

—Te amo, Serena.

Un beso más.

—¿Y de verdad te quieres quedar no solo por el pueblo?

—Yo me quiero quedar, claro que me quiero quedar, por ti, por mí, por ellos...

FIN

Agradecimientos

Nombrar una por una a todas las personas que me han acompañado en este viaje, sería una tarea casi imposible y necesitaría escribir un libro nuevo solo con sus nombres.

Así es que agradeceré de forma general.

Primero a mi familia, tanto a mi esposo y mis hijos por su apoyo, por su ayuda, por su comprensión y porque siempre están ahí para ayudarme en lo que necesite y requiera para cumplir con mis sueños.

A mis amigos, que siempre están a mi lado, a los que me incitan a seguir en esto, los que me dan ánimo y fortaleza en mis momentos de tristeza o desilusión.

A mi club de las Presionadoras, aunque también hay hombres allí, por su apoyo constante y sus presiones que me ayudan a seguir siempre adelante.

A mis queridos lectores de Wattpad, que con sus comentarios, sus votos y sus leídos, me enseñan que no lo hago tan mal.

Gracias a ustedes, mis lectores, que hacen que esto sea posible.

Freya Asgard

De la autora

Mi verdadero nombre es Yasna Sánchez, casada, tres hijos. Nací en Santiago de Chile, un 15 de mayo. Mis padres tenían muchos libros en casa, lo que despertó en mí el deseo de leer, aunque, ya más grande, mis libros favoritos eran las novelas de Corín Tellado, soñando ser como ella.

De pequeña comencé a escribir mis primeras novelas, aunque nunca las hice públicas por la timidez que me caracteriza, además que desde niña escribí en cuadernos y, como no me gusta guardar cosas que no uso, todas fueron a dar a la basura.

Tengo catorce novelas publicadas en Amazon: *Vendida como una Mercancía; Acusada; Extraño Destino; Una tarde especial; Las lunas de Abril;* la serie *Posesión, con Tú eres mía, Por siempre tuyo y Solo mía; El precio de tu amor que es romance histórico; Terror, brujos en Chiloé; Siete Años; Busco encontrarte, Quiero estar contigo y muriendo sin ti.*

Participé en un concurso Club de las Escritoras con *Equivocada* para la Antología “Pasión y amor”. También en antologías solidarias como: *"Todos con Idaira, Cuentos por la vida"*, con *La oruga más bella de todas; "Cuentos para Beatriz"*, con *El colegio de Daniela*, en la antología *"Diversa"*, con *No soy mujer para ti* y algunas otras para antologías solidarias y de grupos a los que pertenezco que hemos realizado para fechas especiales, como San Valentín, Navidad, Halloween, etc. Gané el tercer lugar en el concurso *"Navidad Sangrienta"* organizada por Wattvampiros, con el relato *Conjuro*, plataforma en la cual tengo 24 historias publicadas, entre relatos y novelas, en lectura Beta.

Mis páginas y plataformas a continuación:

Mi página web, con mis novedades

<http://ymonicasanchez.wixsite.com/freyaasgard>

Mi blog, con consejos, entrevistas y mucho más

<http://freyaasgard.blogspot.cl/>

Mi página de Facebook:

<https://www.facebook.com/FreyaAsgard/>

Mi Club de las Presionadoras

<https://www.facebook.com/groups/presionadorasdefreya/>

Mi Wattpad:

<https://www.wattpad.com/user/FreyaAsgard>